



JENNIFER EVE

EL BEBÉ SECRETO DEL PRÍNCIPE LICÁNTROPO

AMOR PROHIBIDO BAJO LA LUNA

El Bebé Secreto del Príncipe Licántropo

Un Romance Paranormal de Hombres Lobo, Compañeros Destinados y Proximidad Forzada
(Amor Prohibido Bajo la Luna)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

Capítulo 1

Leah

La empinada ladera era implacable bajo mis pies, las piedras sueltas se deslizaban mientras me apresuraba hacia adelante.

—¡Ahhh! —resbalé en el terreno irregular y el mundo se inclinó. Mis brazos se agitaron en un intento desesperado por evitar caerme. Con el corazón palpitante, recuperé el equilibrio, momentáneamente sorprendida de permanecer en pie.

Pero había dejado escapar un grito. Me agaché entre los ásperos pastos de la ladera como un ciervo escondiéndose en la maleza, y el aliento se me quedó atrapado en la garganta mientras la noche se cerraba a mi alrededor.

Miré por encima de mi hombro, dándome cuenta de que la tenue luz de los aposentos de la Manada Luna de Sangre había desaparecido detrás de los árboles, tragada por la oscuridad.

Parpadeé, luchando por adaptar mis ojos a la oscuridad absoluta. Las nubes de tormenta en lo alto ocultaban hasta el más débil destello de las estrellas. Agachada, usé mis manos como una persona ciega. Mis dedos rozaron la tierra fría, y las suaves cerdas de los pastos acariciaron mi piel.

—Ffff —ahagué mi grito mientras apartaba la mano. Una ortiga me había pinchado la palma.

Bordeando la planta ofensiva, tanteé el suelo, esperando sentir la textura correcta bajo mis dedos. El peso de la bolsa alrededor de mi cintura, cargada con secuestradores, me recordaba permanecer en forma humana. Me habría transformado en lobo si no hubiera necesitado el equipo para transportar la preciosa hierba que buscaba. Los ojos de mi loba atravesarían la noche sin esfuerzo. Sabía que la oscuridad cobraría vida con docenas de aromas y sonidos que estaban fuera de alcance en mi cuerpo actual. Aunque mis sentidos eran más agudos que los humanos, aún me sentía limitada. Como solo podía ver el contorno borroso de hojas y tallos emergiendo en la noche, el tacto y el olfato eran mis mejores herramientas para identificar las plantas a mi alrededor.

Mi loba se agitó dentro de mí, alzándose en respuesta al miedo que golpeaba mi pecho ante el

riesgo que estaba tomando.

Un riesgo necesario.

Pensé en la respiración entrecortada de Mary y su sueño febril, recordándome por qué debía seguir moviéndome.

No puedo perder a nadie más.

Mi garganta se tensó cuando el recuerdo de una loba roja yaciendo demasiado quieta inundó mis pensamientos. El entumecimiento me invadió, mi corazón pesado bajo el peso de mi pérdida. Mi pasado era el combustible perfecto para avivar las llamas de mi desesperación actual. Aparté el recuerdo y concentré mi atención en la tarea entre manos. Encontrar esa hierba podría significar la vida o la muerte para Mary.

Los instintos de mi loba rugían dentro de mí, queriendo liberarse y protegerme. El latido apresurado de mi pulso hacía parecer que me había adentrado en territorio desconocido. Y, de cierta manera, estas colinas eran desconocidas. Alguna vez fueron mi patio de juegos infantil, pero no se me había permitido caminar aquí en años.

Hace tres años, esta extensión de naturaleza salvaje de Alaska llena de valles musgosos y ríos glaciales había sido arrancada de mi manada, la Luna de Sangre. Habíamos sido derrotados por la Manada Luz de Luna. Desde entonces, nuestro hogar se había convertido en un lugar de servidumbre, y nuestras vidas eran dictadas por otros.

El recuerdo de todo lo que había perdido surgió dentro de mí mientras recordaba los días desde la lesión de Mary. Su herida era grave. Era crítico que recibiera la ayuda que necesitaba.

Palpé los secuestradores en la bolsa de mi cintura. Respiré profundamente, recordándome que necesitaba cortar la hierba en la base del tallo. Sus propiedades antibacterianas y antiinflamatorias eran más potentes allí. Estaba agradecida de tener este conocimiento vital para ayudar a mi amiga. Era la herbolaria de la Manada Luna de Sangre. Los aromas de las hierbas a mi alrededor eran un lenguaje que había aprendido hace mucho tiempo de mi madre, la curandera de nuestra manada.

Por Mary. Por Mary. Por Mary.

El mantra me mantenía en movimiento. Me arrastré por la pendiente, tratando de orientarme en

la oscuridad. La Manada Luz de Luna nunca nos permitía alejarnos tanto de nuestros aposentos o estaciones de trabajo. Me exprimí el cerebro, intentando recordar la disposición del terreno.

Mientras me estiraba hacia unos arbustos altos y frondosos, me di cuenta demasiado tarde de que había tropezado con el espeso parche de arbustos de Bastón del Diablo en el lado este de la colina. Las espinas en el reverso de sus hojas me hicieron llorar. Tragué los sonidos de dolor que amenazaban con escapar de mis labios. Los tobillos de mi overol se engancharon en sus tallos espinosos, y retrocedí para liberarme.

Mis manos ardían por los arañazos. Entonces, recordé la Hierba de Lombriz que crecía cerca. Olí sus hojas fragantes, me agaché y enterré mis manos en sus frescas hojas.

Mientras recuperaba el aliento, mis rodillas se humedecieron en el suelo mojado. El fresco viento nocturno agitaba los pastos. El aroma de la salvia y la dulzura de las flores silvestres estaban vivos con toda una vida de recuerdos. Mis amigos y yo habíamos perseguido mariposas por estos pastos moteados por el sol. Cuando éramos mayores, habíamos coronado estos picos mientras aprendíamos la emoción de abrazar nuestras formas de lobo. Pero ahora, estábamos confinados a las áreas más pequeñas, haciendo los trabajos más sucios y agotadores.

Mary, yo y muchos otros Lunas de Sangre nos matábamos trabajando diariamente en la cocina. La estrecha cocina era caótica, y el aire apestaba a grasa, caldo hirviendo y las órdenes de la Manada Luz de Luna. Recordé cómo la destartada superficie de trabajo se había derrumbado sobre Mary. Su borde metálico afilado le había cortado la parte posterior de la pantorrilla hasta el músculo. Lo habíamos limpiado con agua tibia hervida y atado un paño limpio alrededor de la herida. Pero eso era todo lo que podíamos hacer.

Pasaron los días, cada uno una lucha mientras Mary cojeaba. Insistía en que estaba bien, pero yo podía ver la infección avanzando: un enrojecimiento revelador alrededor de la herida que no sanaba. Sin acceso a la enfermería o a las hierbas que desesperadamente necesitábamos, solo podía observar cómo su fuerza se desvanecía bajo el peso de las tareas de las que aún no estaba excusada.

Mis puños agarraban la hierba, arrancando pedazos mientras pensaba en las condiciones responsables de la herida de Mary. Estábamos sobrecargados de trabajo y constantemente acosados por los Moonlights. La voz de Emily, una de las Moonlights que nos supervisaba en la cocina, resonó en mi mente: —Mary, ¿una anciana de ochenta años trabaja más rápido que tú! ¿Tendremos la cena antes de la próxima luna llena?— Ella y los otros Moonlights se

enorgullecían de burlarse de los más débiles entre nosotros. Y en ese momento, esa era Mary.

El cuerpo de Mary, como el de cualquier cambiante, debería haber sido capaz de sanar rápidamente una herida así. Pero tal como estaban las cosas, los Blood Moons apenas recibíamos suficiente comida para mantenernos, y con el trabajo intensivo y las pésimas condiciones de vida que soportábamos, no era de extrañar que el cuerpo de Mary no hubiera tenido la energía para sanarla.

Pero yo la sanaré.

Los Moonlights pueden negarnos el acceso a la enfermería y prohibirnos estas colinas, pero la noche traía oportunidades. El manto de la oscuridad significaba que era menos probable que me viera la patrulla Moonlight. Instintivamente, me agaché más cerca del suelo al pensar en los soldados Moonlight patrullando. Un escalofrío de miedo recorrió mi columna ante la idea de ser atrapada. A pesar de la brisa fresca, el sudor perlaba mi frente. Si me atrapaban, los Moonlights serían rápidos en su castigo.

Luché contra el temor que crecía en mis entrañas y aparté mis manos de las hojas calmantes de Hierba Lombricera.

La determinación me atravesó como fuego. Sabía que estaba en el lado este de la colina. Había encontrado el Fatsia y la Hierba Lombricera. Con paso más seguro, continué mi búsqueda. Me pareció recordar que había un parche de pomenta creciendo más arriba y hacia el este.

Me arrastré hacia adelante, y entonces mis manos se congelaron. Un aroma mentolado llenó mi nariz. Las yemas de mis dedos cayeron suavemente sobre la planta frente a mí, y mi corazón se me subió a la garganta. Esta vez, era de alegría. Después de lo que pareció una eternidad, la hierba estaba justo aquí. Sus hojas sedosas en forma de diamante y su inconfundible frescura a hierbabuena me dijeron que la había encontrado.

Pomenta.

—Gracias, Igaluk —ofrecí una oración susurrada a nuestra diosa lunar. Mary iba a estar bien. Sabía que esta hierba combatiría la infección que su cuerpo no había podido.

Con la euforia corriendo por mis venas, saqué las tijeras de mi bolsa, comprobando tres veces que tenía la base del tallo antes de cortar cuidadosamente la hierba. Guardándola junto con las tijeras en la bolsa de mi cintura, me apresuré a bajar la colina.

Ya estaba repasando mentalmente la preparación de la hierba y pensando en las cosas improvisadas que podría usar para hacer una cataplasma cuando me escabullí por las sombras de los árboles cerca de nuestros alojamientos. Fue reconfortante ver las pocas luces que iluminaban las chozas destantaladas de mi gente a través de los troncos de los árboles después de la completa oscuridad que había cubierto la ladera.

Mientras me escurría entre las desvencijadas cabañas de madera de los Blood Moon —los barracones de esclavos—, un sonido llegó repentinamente a mi oído.

Grava bajo pies apresurados.

—¡Eh, tú!

Mi sangre se heló. El miedo trepó por mi garganta, y supe que había sido descubierta por la Manada Moonlight. De repente, dos soldados Moonlight aparecieron de la noche. Dos hombres corpulentos, cuyas facciones no pude distinguir en las sombras, me agarraron.

Uno me sujetó, y el otro soldado se plantó frente a mí, fulminándome con la mirada mientras exigía: —¿Qué haces fuera?

Mi corazón latía desbocado, resonando en todo mi cuerpo, y supe que tenía que distraerlos de la preciosa hierba en mi cintura. Tal vez todo estaría bien si no la notaban.

Apresuradamente, balbuceé: —No podía dormir. Así que estaba dando un paseo —Desesperada, señalé detrás de mí, rezando para que fueran allí—. Pero escuché un ruido extraño por allá, así que me apresuré a volver.

La mirada del soldado me escudriñó con desconfianza. Mi estómago se contrajo cuando sus ojos se fijaron en la bolsa. En un instante, sus grandes y torpes manos estaban hurgando en ella.

La ira me invadió, acalorando mi rostro. La desesperación se revolvió en mis entrañas cuando sus manos se detuvieron en las tijeras y las preciosas hojas.

En un momento, la voz del soldado goteaba burla: —Querías dar un paseo, ¿eh? ¿Qué tal si damos uno ahora?

Mi pulso se disparó cuando agarró mi otro brazo. Ambos soldados me arrastraron lejos de los alojamientos de mi manada. Me apresuré a mantener su paso, sabiendo que me arrastrarían si no me movía.

En un instante, pasamos los edificios exteriores de concreto de la Manada Moonlight. Normalmente, no iba más allá del edificio de la cocina en los límites de esta área. Pero ahora, los soldados me llevaron más allá de estructuras más sólidas y bien mantenidas, con céspedes recortados, setos y árboles que las rodeaban. Las áreas estaban bien iluminadas también. Mientras nosotros los Blood Moons nos las arreglábamos con luz de fuego en nuestros alojamientos, los Moonlights tenían electricidad, alimentada por generadores. La luz brillante hacía que los grandes edificios de piedra parecieran aún más intimidantes. Un par de otros Moonlights estaban fuera de uno de los edificios. Uno de los soldados que me retenía les gritó: —¡Traigan al Anciano Sam! Díganle que hemos atrapado a una Blood Moon robando.

Mi corazón golpeaba contra mi pecho, y las náuseas me amenazaban. Los Moonlights corrieron adelante. Los crueles dedos de los soldados se hundieron más en mis brazos, empujándome hacia el centro del bien iluminado complejo.

Apenas noté nada hasta que llegamos ante el más grandioso edificio de piedra.

Conocía este edificio por los rumores susurrados: las Cámaras del Consejo de los Moonlights.

Uno de los soldados abrió bruscamente las puertas dobles, y el otro me empujó a través de ellas. La brisa quedó fuera cuando la pesada puerta retumbó detrás de nosotros. Un largo corredor, adornado con runas bronceadas, se extendía ante mí. Incluso mientras el pánico me desgarraba, la opulencia de este edificio era una bofetada en la cara, un recordatorio de la riqueza que los Moonlights poseían mientras nosotros carecíamos de medicina básica.

Sam, uno de los ancianos de la manada Moonlight, estaba sentado detrás de una mesa larga. Su cabello negro, veteado de plata, estaba despeinado como si acabara de levantarse. No obstante, la fina túnica, adornada con marcas rúnicas, le daba un aire de autoridad. La brillante mesa frente a él llevaba el símbolo de su manada, un círculo que representaba a Igaluk como luna llena con dos lunas crecientes a cada lado.

Igaluk era la diosa luna que ambas manadas veneraban. Pero la Manada Moonlight se consideraba a sí misma como su pueblo elegido, exaltado por encima de todos los demás.

Menuda mierda elitista.

La creencia de nuestra manada siempre había sido que la luna de Igaluk brillaba sobre todos los cambiantes. Creíamos que era nuestra responsabilidad usar su luz para ayudarnos a trabajar juntos. Con determinación, intenté mantener la fe en que la diosa me ayudaría a encontrar un

camino de regreso a mi manada y a Mary.

Mary.

La frente de Sam estaba arrugada con desdén, formando más líneas mientras me miraba con el ceño fruncido. Mi estómago se retorció al ver a Emily, su hija, sentada junto a él. Su cabello estaba recogido en una trenza apretada, acentuando sus rasgos afilados. Largas pestañas enmarcaban el destello malicioso en sus ojos. Tenía la misma edad que mis amigos y yo, y disfrutaba haciendo nuestras vidas miserables en las cocinas. Mientras nos "supervisaba", generalmente vestía jeans y una camiseta. Esta noche, llevaba un vestido color borgoña, y mi antipatía por ella ardía bajo mi piel mientras observaba lo pulida que se veía.

—Encontramos esto en su poder —anunció el soldado de la patrulla Moonlight, con tono grave mientras entregaba las podadoras y las hierbas que había sacado de mi bolsa.

La expresión de Sam se oscureció como si me hubieran atrapado cometiendo el crimen más atroz. Quería burlarme de él. Seguramente sabían que si quisiera hacer daño, mi loba tenía dientes y garras mucho más peligrosos que una herramienta de jardinería.

—Necesitaba cortar algo de pomenta —comencé.

Los ojos oscuros de Emily brillaron con deleite, y exclamó: —Ella es la ladrona.

—Así que aquí es donde han ido a parar nuestros suministros faltantes —coincidió Sam como si mi destino ya estuviera sellado.

Negué con la cabeza. Solo había robado esta noche. Había cortado una hierba una vez, por desesperación para salvar a mi amiga. En mi interior, mi loba mostró los colmillos, sintiéndose acorralada. Emily había dicho la ladrona, y Sam me acusaba de robar múltiples veces.

Abrí la boca para negar su acusación y aclarar las cosas: —Solo lo tomé... —Pero la ráfaga de aire fresco me interrumpió cuando un hombre entró en la habitación, cortándome de nuevo.

—Kyle —exclamó Sam—. No sabía que estarías presente en el consejo esta noche.

—¿Qué caso estamos presidiendo esta noche? —preguntó Kyle. Había autoridad en su tono, pero debajo yacía una chispa de algo más. Era curiosidad, quizás. Su voz era un retumbar bajo que resonaba por la habitación y parecía alojarse en mi pecho.

Reconocí el nombre del hombre. Kyle era el hijo del Alfa de la Manada Moonlight. Era el futuro heredero.

Genial. Esta noche no para de mejorar.

Nunca había conocido al heredero de los Moonlight antes, pero por lo que sabía, había estado en la universidad durante algunos años. Era un par de años mayor que mis veintidós. Se decía que había terminado sus estudios y regresado a la manada el mes pasado. El otro rumor que circulaba sobre él era que despreciaba a los Blood Moon.

La atmósfera cambió palpablemente mientras Kyle se dirigía a la mesa del consejo. Su presencia era magnética, dominando la sala con una autoridad silenciosa. Llevaba una camisa azul marino, el material tenso sobre sus anchos hombros y pecho. Sus pantalones enfatizaban su figura alta y musculosa. Se movía con facilidad y seguridad, con la confianza de alguien que conocía su fuerza. Irradiaba tanto poder como contención mientras tomaba asiento junto a Emily.

Sam explicó mi "crimen", y noté cómo la expresión de Kyle cambió ligeramente, la cautela velando su rostro. La luz captó los contornos de su mandíbula cincelada. Por un momento, quedé cautivada por el juego de sombras en su rostro.

Entonces, sus ojos se dirigieron a mí. Su mirada verde eléctrica me mantuvo cautiva más que el agarre del soldado. En ese momento, el aire mismo se sentía cargado. Mi respiración se entrecortó en mi garganta mientras sentía la mirada de Kyle, profunda y evaluadora, como si viera hasta mi médula.

La intuición me invadió como la luz de la luna moteando el agua. La diosa luna, Igaluk, se acercó a mí. Sentí su espíritu envolviéndome. El calor irradió a través de mí mientras mi loba se elevaba, atraída hacia este hombre, reconociendo inmediatamente quién era...

Kyle es nuestro compañero destinado.

Capítulo 2

Kyle

Las puertas dobles de la cámara del consejo se alzaban imponentes, y su superficie pulida brillaba bajo las duras luces eléctricas. El aura opresiva de las paredes cubiertas de runas resultaba asfixiante. Era como entrar en una tumba. La ira me erizó la piel, y los pelos de mis brazos se pusieron de punta. Las palabras de mi asistente de hace unos minutos resonaban en mi cabeza, haciendo eco con mis pasos: —La patrulla Luz de Luna ha apresado a una Sangre Lunar.

Me apresuré hacia la sala de reuniones mientras mis pensamientos regresaban al pasado, emergiendo el rostro de mi madre. Hace tres años, mientras estaba en la universidad, había recibido la devastadora noticia de su muerte. Incluso años después, el recuerdo de su muerte avivaba un horno de rabia por la forma en que había fallecido. El Alfa de la Sangre Lunar la había asesinado.

La furia de mi bestia se mezclaba con la mía. Recordaba cuán carente de honor había sido ese bastardo. Mi madre había estado participando en conversaciones de paz cuando el Alfa de la Sangre Lunar le arrebató brutalmente la vida. Apreté la mandíbula, sintiendo lo poco que deseaba tratar con uno de estos monstruos. Me preguntaba qué daño habría estado haciendo la Sangre Lunar en plena noche.

Peroforcé mi ira a calmarse. Como heredero Alfa, era mi deber en ausencia de mi padre asegurar que se hiciera justicia según la diosa lunar. Un vacío me susurró por dentro. Desde la muerte de mi madre, me había resultado difícil creer en la justicia de Igaluk. Sin embargo, las lecciones de mi madre se habían filtrado a través de las páginas de historia humana que había estudiado en la Universidad de Washington. Cambio. Igualdad. Unidad. Sus esperanzas por un futuro mejor resonaban tan claramente en mis oídos ahora como lo habían hecho hace tres años, y estaba determinado a liderar mi manada de una manera que la hubiera enorgullecido.

Empujé las pesadas puertas y entré en la sala del consejo. El aire estéril en su interior sofocaba mis sentidos, y divisé al Anciano Sam sentado detrás de la larga mesa, flanqueado por su hija, Emily.

—Kyle —dijo Sam, con evidente sorpresa—. No sabía que participarías en el consejo esta noche. —El Anciano Sam estaba curtido por la edad y la batalla, pero aún se mantenía sólido y

vigoroso. Asignado para guiarme en los asuntos de la manada desde mi regreso, Sam había sido una presencia constante. Aunque apreciaba su sabiduría, una chispa de irritación me recorrió. No era la clase de heredero Alfa que delegaba sus deberes a otros.

Me acerqué a mi asiento y pregunté: —¿Qué caso presidiremos esta noche?

Sam se inclinó hacia adelante, sus dedos tamborileando rítmicamente contra la madera pulida. — Hemos tenido varios robos de hierbas durante los últimos meses. Y esta noche, la patrulla atrapó a esta Sangre Lunar con pomenta en su poder.

Mi mirada se dirigió rápidamente hacia la mujer en cuestión. No sabía mucho sobre herbalismo, pero podría consultar a nuestra curandera, María, si esta Sangre Lunar no cooperaba.

Uno de los soldados aún sujetaba el brazo de la mujer como si fuera un riesgo de fuga. Mientras mis ojos recorrían su figura, me sorprendió su belleza. Un largo cabello rojo enmarcaba su rostro, cayendo sobre sus hombros como una llama salvaje en la noche. Pero fueron sus impactantes ojos azules los que me cautivaron, profundos y tormentosos, brillando con un espíritu que amenazaba con ahuyentar cada pensamiento coherente de mi mente.

No era solo una ladrona; era una guerrera. Su constitución musculosa y ágil hablaba de fuerza, perfeccionada no solo por el trabajo sino, a juzgar por su postura, también por la lucha. El mono gris que vestía, típico de los trabajadores Sangre Lunar, colgaba holgadamente sobre su figura. Su piel clara, casi luminiscente bajo las luces, solo acentuaba el brillo de su cabello.

La energía se acumuló entre nosotros, hinchándose y creciendo. El consejo zumbaba a nuestro alrededor, convirtiéndose en ruido blanco. Solo importaba la atracción magnética entre yo y esta Sangre Lunar. Mi corazón se disparó, sacudiéndose en mi caja torácica, la verdad surgiendo desde la consciencia de mi lobo: una realización primaria. ¡Nuestra!

Es nuestra pareja destinada.

Mi pecho se sentía como una lata de refresco agitada, peligrosamente cerca de explotar. Meforcé a romper el contacto visual, y la intensidad que me había atravesado se alivió como una válvula liberando presión. En el momento en que desvié la mirada, mi galopante corazón se estabilizó. Me recordé a mí mismo que esta mujer pertenecía a aquellos que detestaba, y mi corazón se endureció ante el pensamiento. ¿Cómo podía siquiera considerar sentirme atraído por ella?

Cuando mi mirada se dirigió al Anciano Sam, su expresión se torció con satisfacción. Un

destello de ansiedad me atravesó. ¿Cuánto tiempo había estado mirando a la Sangre Lunar?

—Está claro que hemos encontrado a quien ha estado robando las hierbas y sin duda vendiendo nuestros recursos fuera de la manada —dijo Sam, con voz uniforme. El triunfo brillaba en sus ojos marrones turbios mientras la miraba.

Para mí, se sentía como si mi mundo se hubiera puesto de cabeza, pero me di cuenta con una oleada de alivio que ni Sam ni Emily habían notado que algo andaba mal. Su atención seguía fija en la Sangre Lunar.

Pero Sam tomó mi silencio como confirmación de que estaba de acuerdo con él. Sacudí la neblina que se había apoderado de mí, confusión mezclada con emoción cruda, y me determiné a cumplir con mi deber: descubrir la verdad sobre su robo.

Pero la mujer se adelantó. —¡No estaba robando para mí! —Su voz resonó, feroz y desafiante, pintando el aire con una tensión que tiraba de mis entrañas.

Su determinación ardía brillantemente a través de la niebla que me había atrapado. Arrancando mi concentración de mis pensamientos acelerados, me atreví a mirarla, con expresión solemne.

—Lo hice para salvar a mi amiga —continuó la Sangre Lunar, su mirada tan seria como la mía. El peso de su declaración pesaba en el aire—. Está gravemente herida. —La ira enrojeció su piel clara, calentando sus mejillas mientras añadía—: A los lobos Sangre Lunar no se les da tratamiento para sus heridas, y nos vemos obligados a recuperarnos por nuestra cuenta, trabajando a través de nuestro dolor. —Su voz tembló.

Fruncí el ceño, dirigiendo mi mirada al Anciano Sam. Este era el tipo de cosa que deseaba conocer mejor. Solo había regresado recientemente a la manada después de terminar mis estudios, pero me resultaba difícil creer que a los Sangre Lunar se les negara tratamiento si estaban gravemente enfermos. La confusión me envolvió. Tal tratamiento era similar a algunas de las peores desigualdades que había aprendido mientras estudiaba historia en la universidad.

La Sangre Lunar continuó: —Pero Mary no está sanando. Su herida está infectada. Esta noche le subió la fiebre.

A pesar de su desafío, la vulnerabilidad en su voz resonó en mí como un doloroso recordatorio de todo lo que había perdido. Mi mirada se detuvo en la tierra de sus manos y el barro y la humedad que manchaban sus rodillas. Imaginar cómo debió haber buscado la hierba en la

oscuridad, todo para ayudar a su amiga, despertó en mí un destello de admiración. Seguí la dirección de su mirada: la hierba que yacía sobre la mesa frente al Anciano Sam. ¿Qué había perdido ella en la guerra entre nuestras manadas?

Aplastando ese pensamiento, me fortifiqué contra el suave tirón de la simpatía. Esta historia probablemente era una estratagema, un esfuerzo calculado para ganar mi buena voluntad. Pero sabía que era algo que podíamos desmentir fácilmente.

Mi asistente, Mark, había estado observando silenciosamente desde el borde de la habitación. Era alto y delgado, con cabello oscuro que le caía justo debajo de la frente, emanando un encanto casual a pesar de la tensión del momento. Sus intensos ojos marrones mantenían una cualidad siempre vigilante. Siempre podía contar con que fuera evaluador y pragmático. Vestido con una camisa negra ajustada y pantalones oscuros, parecía una sombra en la habitación, mezclándose sin esfuerzo mientras mantenía un ojo en cada detalle. Mi padre lo había asignado para asistirme después de que regresé a la manada y ayudarme a navegar las complejidades de los asuntos de la manada que me había perdido mientras estuve fuera.

—Mark —ordené—, ve a los cuarteles de Luna Sangrienta y revisa a la herida de Luna Sangrienta —mi voz era firme pero templada con cautela.

—Es una excusa, Kyle —intervino el Anciano Sam, con la ira tensando sus facciones—. Leah fue atrapada con las manos en la masa esta noche, y ahora está tratando de justificarlo. No te dejes influenciar, muchacho.

Apreté la mandíbula, sintiendo un destello de irritación. No apreciaba su condescendencia. Podría tener el título de Anciano, pero yo era el heredero Alfa. Pude ver que Mark se había quedado inmóvil en el borde de la habitación, su mirada oscura sobre mí, esperando la confirmación de mi orden.

Leah. Me di cuenta de que no había sabido el nombre de la Luna Sangrienta hasta ahora. El sonido resonó en mis pensamientos. Pero incluso mientras su suave sonido me distraía, la observaba. Estaba ahí de pie, impresionante y feroz. Su mentón levantado era desafiante, y esos ojos azul tormentoso eran firmes en su resolución de proteger a su amiga. Si estaba mintiendo, estaba interpretando el papel malditamente bien.

Escuchando mis instintos, repetí mi instrucción, mirando fijamente a Mark —Ve a la cabaña de Leah e informa aquí sobre la condición de su amiga.

—Mary —interrumpió Leah, su mirada oscilando entre Mark y yo, con incredulidad bailando en sus ojos.

En un momento, Mark salió corriendo por la puerta, dejándome luchando con emociones contradictorias. Fuera cual fuera el caso, necesitaba descubrir la verdad por mí mismo. Mientras esperábamos el regreso de mi asistente, un silencio gélido envolvió al Anciano Sam, Emily y a mí, haciendo que me rechinaran los dientes.

Lo rompí con otra orden —Emily, ¿podrías ir a decirle a la Sanadora Maria que me gustaría verla?

Sentí el peso de mis palabras resonando a través de las tensas figuras de Sam y Emily. Pero Emily difícilmente podía rechazar mi orden y pronto salió de la habitación.

Solo tuvimos que esperar cinco minutos para que la sanadora de nuestra manada se uniera a nosotros. La presencia de Maria era como una brisa bienvenida. Siempre había encontrado su aura tranquilizadora. Había sido amiga de mi madre, y cuando sus profundos ojos color avellana se encontraron con los míos, me sentí reconfortado por su presencia. Su cabello estaba recogido en una pulcra trenza. Vestida con pantalones chinos grises y una blusa blanca, se veía tan elegante y ordenada como siempre.

Mientras esperaba el regreso de Mark, le pregunté a la sanadora sobre los usos de la hierba confiscada a Leah.

—Se usa comúnmente para tratar infecciones y reducir la inflamación —respondió Maria con facilidad.

Con los usos de la hierba corroborando la historia de Leah, no me sorprendió cuando Mark regresó unos momentos después, y su amplio rostro estaba serio —Mary, la Luna Sangrienta, está inconsciente y ardiendo en fiebre.

Traté de ignorar el temblor de las manos de Leah, pero una oleada de protección se disparó a través de mí. Solo entonces me di cuenta de que mi mirada parecía tener voluntad propia y había vagado hacia ella.

Me volví hacia nuestra sanadora —Maria, me gustaría que trates a la Luna Sangrienta —ordené—. Y de ahora en adelante, todas las Lunas Sangrientas heridas recibirán tratamiento —me dirigí principalmente a Maria. La curación era su dominio. Sus cejas se alzaron con sorpresa, pero

asintió.

—¡Kyle! —espetó Sam, sus ojos abiertos con incredulidad. El tono afilado de su voz me irritó—. No puedes hablar en serio. No podemos establecer este tipo de precedente.

—No tratar a los enfermos no es una estrategia rentable para mantener una fuerza laboral eficiente —expliqué de manera objetiva, forzando la contención en mi tono. Estaba determinado a probar que esta no era una decisión motivada emocionalmente, sino racional.

—Maria —instruí—, Mark te llevará con la paciente —Sentí la tensión envolviéndonos, espesa y palpable, con cada segundo que pasaba extendiéndose y haciendo que la cámara del consejo se sintiera abarrotada. Cuando la sanadora y mi asistente se fueron, el consejo solo pareció sentirse más abarrotado aunque solo quedábamos nosotros tres Luz de Luna sentados, los dos soldados de patrulla y Leah.

La irritación ardió a través de mí cuando noté que el soldado Luz de Luna todavía tenía su mano alrededor del brazo de Leah. El impulso de gritarle que la soltara me atravesó, pero lo sofoqué.

—Las Lunas Sangrientas pensarán que pueden hacer lo que quieran después de esto —refunfuñó Sam, su frustración irradiando en oleadas.

A mi lado, Emily entrecerró los ojos, asintiendo con la cabeza —Esto no la libera de su mal comportamiento. Leah todavía tiene que responder por el robo —su tono cortó a través de la tensión, y mi corazón latió apresuradamente.

—Tienes razón —Sam estuvo rápidamente de acuerdo, cruzando los brazos sobre su pecho mientras se reclinaba en su silla, entrecerrando los ojos hacia Leah—. El consejo no puede dejar el robo sin castigo. Tenemos que supervisar la justicia de Igaluk.

La ira me invadió mientras estaba sentado allí, sintiéndome dividido entre el pasado y los nuevos sentimientos que burbujan dentro de mí. Las Lunas Sangrientas habían demostrado ser traicioneras. ¿No lo probaba la pérdida vacía que latía a través de mí cuando pensaba en mi madre? Pero Leah había dicho la verdad. Mi lobo se alzó dentro de mí, instándome, en un gruñido primario y crudo: "Protege a Leah".

Tomé una decisión repentina —Yo supervisaré el castigo de Leah. Servirá como mi doncella personal.

El rostro de Sam se sonrojó de indignación mientras se inclinaba hacia adelante, aferrándose a la mesa. —Esto es una locura, Kyle. Ella es una amenaza potencial, ¿y ahora quiere que se quede bajo su techo?

Mi corazón se aceleró mientras forzaba mis palmas sobre la mesa, conteniendo la ira por ver cuestionado nuevamente mi mandato. —Si es una amenaza, es mejor tenerla vigilada, ¿no cree? —respondí, con voz firme pero cargada de tensión creciente.

Antes de que el Anciano Sam o Emily pudieran protestar de nuevo, dirigí mi mirada a los soldados Moonlight. —Escolten a Leah de vuelta a su cabaña. —Permití que mis ojos se encontraran con los de Leah—. Deberá empacar sus pertenencias, y la patrulla la traerá a mi casa en breve. —Me felicité por mis instrucciones claras y concisas.

Sin embargo, podía sentir el calor aumentando dentro de mí bajo la mirada de Leah. Era como si ella estuviera invocando algo elemental desde lo más profundo de mi ser. Sus ojos eran nubes de tormenta, mientras mi sangre era el mar, agitándose y sin desear nada más que elevarse para encontrarse con ella.

Mientras los soldados la escoltaban fuera de la habitación, observé su figura alejándose y sentí que mi resolución se asentaba con más confianza. Este era el curso de acción correcto. Después de todo, aquí había una Blood Moon que me había hecho dudar de que tuviera intenciones malvadas. Lo que le había dicho a Sam no había sido incorrecto. Estaría mejor posicionado para descubrir los planes y designios a largo plazo de Leah si estuviera bajo mi observación.

Pero mientras Leah desaparecía y algo dentro de mí comenzaba a merodear ante su pérdida, me pregunté si era la sospecha o algo más lo que me urgía a acercarla.

—Sí, no quieres exponerla tanto como hacerla tuya —rugió mi lobo.

Apreté la mandíbula, enterrando la absurda burla de mi bestia.

Capítulo 3

Leah

Solo cuando la patrulla Moonlight me trajo de vuelta a mi cabaña, el guardia aflojó su férrea sujeción. Sabía que tendría moretones con la forma de sus dedos, pero considerando lo desesperada que me había sentido cuando me arrastraron al consejo, me consideré afortunada de escapar solo con esa lesión.

—Sea rápida —ordenó el soldado con brusquedad.

No necesité que me lo dijera dos veces; me apresuré a entrar en la destartalada cabaña.

A pesar de haber presenciado a Kyle ordenar el tratamiento para Mary, los latidos de mi corazón retumbaban dentro de mí. Me negaba a creerlo hasta ver semejante milagro con mis propios ojos.

Al cruzar el umbral, mi mirada se fijó en la pulcra figura de la Sanadora Maria bajo la luz parpadeante de la linterna. El aroma a menta que flotaba en el aire me indicó que estaba administrando el mismo remedio que yo había intentado darle a Mary antes. Los movimientos de la sanadora eran elegantes y experimentados, y sus manos estaban firmes mientras trabajaba. La pomenta fresca estaba mezclada con un toque de cítrico. Mi conocimiento herbolario se activó. Reconocí el cítrico como Limonero, conocido por sus propiedades antimicrobianas y usado frecuentemente para fortalecer el sistema inmunológico. El aroma ácido desterraba los olores a sudor y enfermedad.

Solté el aire contenido. Apoyé mi espalda contra la áspera pared, sintiendo como si mis pulmones trabajaran a media capacidad. Mary estaba recibiendo medicina. Parecía una victoria tan trascendental que me permití un momento de quietud.

Pero ese silencio se rompió cuando mis otras dos compañeras de manada, que compartían nuestra cabaña, me vieron. —¡Leah! —gritaron al unísono.

A pesar de todo lo que había sucedido esta noche, las comisuras de mis labios se elevaron cuando tanto Lucy como Phoebe se dirigieron directamente hacia mí.

—Estábamos tan preocupadas —exclamó Phoebe. Sus suaves ojos marrones me examinaron, y

sus rizos castaños caían sobre sus hombros. Lucy me sonrió, casi chillando. Era la más joven de nosotras, solo diecisiete años, la bebé de nuestra cabaña. Su delicado marco y piel de porcelana acentuaban su juventud.

Antes de que pudieran alcanzarme, la Sanadora Maria espetó: —¡Silencio! Estoy intentando trabajar.

Lucy se detuvo como si hubiera chocado contra un muro de ladrillos. Los ojos de Phoebe se ensancharon, y se conformó con darme una palmada en el brazo, el adolorido. Contuve una mueca, pero ella lo notó de todas formas. Su mirada se estrechó mientras me inspeccionaba en busca de otros signos de maltrato.

Mis amigas se retiraron a sus respectivas camas, tomando en serio la reprimenda de la sanadora. Como yo, estaban nerviosas, preocupadas de que si respirábamos demasiado fuerte, la sanadora retiraría sus preciados cuidados.

Mi cama estaba junto a la de Mary. Le eché un vistazo a mi amiga mientras sacaba las pocas pertenencias de debajo de mi cama. Sabía que tanto Phoebe como Lucy tenían su atención en mí, pero caminaba sobre cáscaras de huevo con la sanadora presente. Afortunadamente, mis amigas siguieron mi ejemplo y permanecieron en silencio.

No tenía nada para transportar mis pertenencias, así que usé la sábana de la cama para envolver mi ropa y mis escasas posesiones.

Los pasos de la sanadora sonaron detrás de mí, y mi corazón se aceleró cuando me di cuenta de que se estaba marchando. Solté de golpe: —Sanadora Maria, ¿Mary se pondrá bien?

Se detuvo y se giró para mirarme. Sus ojos color avellana recorrieron el bulto de mis pertenencias en mis brazos. —Solo Igaluk puede saber tales cosas —dijo, y con eso, salió por la puerta.

Su declaración, carente de calidez, me hizo un nudo en la garganta. Entendía que era una Moonlight, y su fría indiferencia se debía al amargo pasado entre nuestras manadas, pero ¿acaso el corazón de una sanadora no debería ser más compasivo? Una punzada de añoranza me atravesó al pensar en mi madre, que había sanado a nuestra manada con tanto amor y cuidado.

Había sido tan apasionada de la herbolaria que había estudiado en la Universidad de la Manada Luna Plateada aquí en el norte de Alaska. Mientras que nuestras tierras eran algunas de las más

sureñas, los Luna Plateada vivían en una región montañosa muy al norte. El frío y la nieve hacían que las condiciones de vida allí fueran de las más duras, pero algunas de las hierbas y minerales más raros solo existían dentro del hielo. Mi madre no disfrutaba nada más que rememorar sus días allí y la flora única de las tierras de los Luna Plateada.

—¿Qué está pasando, Leah? —la voz preocupada de Lucy me trajo de vuelta de mis recuerdos. Sus ojos color avellana estaban muy abiertos de preocupación, y su rostro juvenil estaba pálido.

Sabía que era poco probable que los soldados afuera me concedieran mucho más tiempo. Si supieran lo poco que tenía que empacar, ya me habrían llevado.

—La patrulla me atrapó recolectando la pamenta —expliqué.

—Lo imaginamos —dijo Phoebe seriamente—. Cuando llegó la sanadora, supimos que debías haber sido atrapada. —Había una pregunta en su tono. ¿Por qué mi captura había resultado en que Mary recibiera tratamiento? Después de todo, a los Moonlight no les importábamos un comino.

Excepto a Kyle.

Mi pulso se disparó al pensar en el alto y musculoso cambiaformas: cabello negro azabache enmarcando un rostro que era tanto apuesto como feroz. Pero fue la sensación que experimenté cuando nuestros ojos se encontraron lo que me atravesó. Recordar ese estremecimiento de energía me mareaba. Una pequeña y ridícula parte de mí se preguntaba si había emitido la orden de tratar a los Luna Sangre por lo que sentía por mí.

Aparté ese pensamiento.

En su lugar, me aferré a lo único que había dicho en el consejo que explicaba su decisión.

—El consejo ha decretado que de ahora en adelante, los Luna Sangre recibirán tratamiento cuando estén enfermos. Hablaron sobre cómo era una estrategia más rentable tener una fuerza laboral saludable.

La frente de Phoebe se arrugó. —Aun así suena demasiado iluminado para el Consejo Moonlight.

—Había un nuevo miembro en el consejo —expliqué. Tragué el nudo en mi garganta—. El heredero del Alfa.

El rostro de Phoebe se alargó por la conmoción. —Leah —jadeó, cubriendo su boca con las manos—. ¿Te refieres a Kyle?

Escuchar su nombre pronunciado con tanto temor me hizo dar vueltas la cabeza.

—Pero Kyle odia a los Luna Sangre —dijo Phoebe, mientras la angustia arrugaba su piel olivácea mientras intentaba darle sentido a la situación.

Al igual que yo, habían escuchado los rumores sobre cómo el heredero Alfa nos odiaba. Mi estómago se retorció mientras me preguntaba por qué había ordenado que lo sirviera.

Mi loba se alzó dentro de mí. Porque nos quiere cerca.

La contuve, aplastando tan ridícula interpretación de sus acciones.

—Está supervisando mi castigo por robar —expliqué—. Debo servir como su criada personal.

—Oh, Leah, lo siento —Lucy hizo una mueca.

—Ten cuidado, Leah —advirtió Phoebe—. Tiene más razones para odiarnos que todos estos Moonlights juntos.

Asentí, sabiendo que se refería a la muerte de la madre de Kyle en nuestras tierras durante las negociaciones de paz, el catalizador de la guerra entre nuestras manadas.

Sin embargo, la mirada preocupada de Phoebe se detuvo en mí. —¿Él te hizo eso? —Se quedó mirando mi brazo.

Me di cuenta de que había notado mi estremecimiento cuando tocó el área donde el guardia me había agarrado. Negué con la cabeza. —Uno de los guardias.

Algo profundo dentro de mí se alzó, queriendo defender a Kyle. Quería decir que él no me lastimaría. Pero mis mejillas se sonrojaron mientras ocultaba la verdad a mis amigas; no podía decirles que Kyle era mi pareja destinada.

Después de todo, no entendía por qué había decidido hacerme su criada personal. El recuerdo de su voz en el consejo resonó en mi mente. —Si es una amenaza, es mejor que la mantenga vigilada, ¿no? —Su expresión había sido tensa y seria, y su mirada estaba cargada de desconfianza. Sin embargo, había sentido algo más profundo bajo la superficie: un calor

innegable de atracción que había fluido entre nosotros.

La fuerte atracción que nos unía casi había borrado todo pensamiento de cómo había estado en juicio ante el consejo. Mi garganta se tensó. Había escuchado historias sobre la diosa luna manifestándose en nosotros los cambiaformas cuando encontrábamos a nuestra pareja. Pero nada me había preparado para la abrumadora sensación que me inundaba. ¿Lo que Kyle sintió había sido igual de intenso? La inquietud se revolvió dentro de mí. ¿Cómo sobreviviríamos bajo el mismo techo mientras lidiábamos con estas emociones? Por un momento, dudé si compartir más con mis amigas, pero los guardias irrumpieron. —Se acabó el tiempo.

Logré abrazar a Phoebe y Lucy para despedirme antes de que los guardias consideraran prudente maltratarme de nuevo. Mis amigas prometieron encontrar la manera de enviar noticias sobre el estado de Mary, y luego fui escoltada nuevamente a través de la noche.

Cuando llegué a la casa de Kyle —una pulcra cabaña de concreto de dos pisos—, mi corazón se aceleró con una mezcla de pánico y emoción indeseada. No podía discernir si estaba más preocupada por ver esa expresión tensa en el rostro de Kyle nuevamente o por sentir el fuego ardiendo en sus ojos. Mi pecho se desinfló cuando Mark abrió la puerta principal.

Mark fue serio pero cordial mientras me instruía sobre mis deberes. —Kyle espera que estés levantada a las 6 a.m. todas las mañanas para preparar el desayuno. Tendrás una lista de tareas en el mostrador.

Su tono frío y profesional fue un cambio bienvenido a las órdenes habitualmente ladradas que había recibido de los Moonlights en las cocinas.

Mark me llevó al ático. Me sorprendió la calidez del pequeño dormitorio en el que me dejó. Tenía una cama, una cómoda y un lavabo. Se había ido la choza húmeda y con corrientes de aire a la que estaba acostumbrada. Me dejó para desempacar y descansar lo poco que quedaba de la noche.

Desempaqué mis escasas posesiones: ropa, un libro desgastado y una fotografía deteriorada de mis padres y yo. Fragmentos de una vida que ahora parecía tan distante. Mis dedos rozaron el lomo gastado de mi libro sobre remedios herbales y antigua sabiduría de la manada que mi madre me había transmitido. A pesar de la calidez y limpieza del espacio, me abracé a mí misma, añorando estar de vuelta en nuestra cabaña, cuidando de Mary.

Forzándome a sacar lo mejor de esta nueva situación, desempaqué. Guardé mis jeans, camisas de

lino, camisetas sin mangas, ropa interior y overoles grises. La mayoría de mi ropa personal se había desgastado en los tres años que llevábamos esclavizados. Los Moonlights nos daban nuevos overoles cuando necesitábamos reemplazos. En consecuencia, solo me quedaban un par de camisas de lino y jeans.

Un destello de esperanza se desplegó en mi pecho mientras me desvestía y me deslizaba entre las suaves sábanas de mi nueva cama. Tal vez mañana, una vez que completara todas las tareas que Kyle me asignara, tendría más oportunidad de usar mi propia ropa. Me imaginé acurrucada en la cama, vestida con jeans y una camisa, leyendo como si estuviera de vuelta antes de la guerra, antes de que mis padres se fueran y yo estuviera a salvo.

Quizás las cosas no serían tan malas.

Sin embargo, la mañana trajo mi primer encuentro con Kyle, y cualquier creencia secreta que tuviera de que su compasión hacia nosotros los Blood Moons había sido influenciada por sus sentimientos hacia mí se hizo añicos instantáneamente. Su comportamiento era tan frío como nuestros brutales inviernos de Alaska.

A diferencia de en el consejo, se negó a hacer contacto visual conmigo. Mientras Kyle gruñía sus órdenes en un tono tan áspero como los supervisores Moonlight con los que había trabajado en las cocinas, la esperanza murió en mi pecho.

—Espero mi desayuno servido a las 6:30 en punto —ordenó Kyle—. Almuerzo a las 13:00 y cena a las 19:00. Te asegurarás de que esté en la mesa antes de que yo llegue.

—Entiendo —respondí, luchando contra la dolorosa realización de que no era más que una esclava para él.

Después de ese primer encuentro, Kyle se aseguró de que mis instrucciones me fueran dejadas por escrito o transmitidas indirectamente a través de su asistente. Las interminables tareas consumían mis días, y sin importar cuán duro trabajara, parecía que nada era lo suficientemente bueno. Cada vez que completaba algo, aparecía una lista casi idéntica al día siguiente: limpiar el refrigerador, fregar el horno, cavar el huerto, cortar la leña y mucho más.

Aun así, mi loba anhelaba a Kyle, pareciendo tratar su desprecio como un desafío personal. Cada vez que estaba cerca, el espíritu de mi loba se elevaba instintivamente. Una tarde, mientras bajaba las escaleras con la aspiradora a cuestas, mis caderas se mecían de manera exagerada. Al llegar al final, me quité la camisa quedándome en camiseta sin mangas, colgando la camisa sobre

la barandilla. Parpadeé confundida, dándome cuenta de que ni siquiera tenía calor. El aire, que estaba lleno del primer indicio de otoño, tenía un toque frío. Sentí que mis brazos se erizaban y mis pezones se endurecían a través de la delgada tela de mi camiseta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Kyle había salido de su estudio. Se quedó inmóvil, sus ojos vibrantes fijos en mí, ardiendo con intensidad. Su mandíbula se tensó, y una mezcla de sorpresa y algo peligrosamente cercano al anhelo cruzó por sus facciones antes de que se diera la vuelta, cerrando de golpe la puerta de la oficina.

Mi loba se regodeó como diciendo: —Alguna reacción es mejor que ninguna.

Mala loba. Mala.

Aun así, nada de lo que hacía parecía disuadir a mi loba de alzarse y buscar la conexión que ella sentía que ambas anhelábamos. Una noche, mientras me acercaba para recoger el plato de Kyle, mis pies normalmente firmes tropezaron. Me tambaleé hacia adelante y, justo cuando estaba a punto de caer, Kyle se levantó de un salto, sujetándome: una mano en mi cintura, la otra presionada contra la parte baja de mi espalda. Estaba tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

Con nuestra diferencia de altura, mi línea de visión quedaba al nivel de su pecho. Y no pude evitar notar cómo la tela de su camisa se tensaba sobre su pecho con cada respiración. En ese momento, el tiempo quedó suspendido, el mundo se desvaneció y nuestro entorno se derritió. Estábamos atrapados en un hechizo. Mi corazón latía desbocado, y al levantar la mirada vi mi excitación reflejada en su mirada esmeralda.

Pero entonces, Kyle se apartó de un salto como si yo fuera una planta venenosa y le hubiera picado.

Una mirada gélida cubrió su rostro. —Déjame dejar algo claro: detesto a las Lunas Sangrientas. Nunca podría estar con una. Ni en un millón de años —sus palabras se clavaron en mi corazón como espinas, y sentí que no podía respirar. Cuanto más me miraba, más venenosa se volvía su mirada. Ya no era una simple planta venenosa; para él, bien podría ser cicuta o belladona mortal.

Su voz se volvió baja, espesa de advertencia: —Haga su trabajo a mi satisfacción, o me veré obligado a castigarla severamente.

Salió furioso de la habitación, sus pasos pesados. Mi corazón tropezó consigo mismo. La

vergüenza me invadió mientras me sentía ahogada en esta necesidad desesperada. Cada una de sus palabras había estado bañada en odio, y no debería estar sintiendo esto por alguien que me hablaba así. La náusea se revolvió en la boca de mi estómago.

Me recordé a mí misma que era una esclava, una a quien la diosa de la luna había decidido encadenar a este hombre. La manada de Kyle ya nos había convertido a mi gente y a mí en esclavos. Que Igaluk me entregara a Kyle como pareja destinada se sentía como si me estuvieran esclavizando otra vez. ¿Qué había hecho para que Igaluk me maldijera así?

Mientras la palabra maldición resonaba en mi cabeza, mis pensamientos se desviaron hacia los cuentos que había escuchado de niña. De vez en cuando, los susurros sobre la Manada de la Luna Negra nos llegaban aquí en el sur de Alaska. Se rumoreaba que trabajaban con brujas oscuras. Las tierras de la Luna Negra se extendían más al oeste, consistiendo en pantanos y tierras baldías. Pero mientras reflexionaba sobre mi destino, no podía evitar sentir como si hubiera vagado hacia sus tierras y hubiera atraído el mal de ojo de una bruja oscura.

Después de estos encuentros con Kyle, intenté mantener mi distancia y satisfacer sus exigentes demandas mejorando mi juego en la cocina. Después de todo, había trabajado en las cocinas durante los últimos tres años y sabía cómo preparar un bistec excepcional.

Así que, a pesar de mi creciente hambre, elaboraba cada plato con especial cuidado. No había probado una comida completa en mucho tiempo; incluso cuando mi cuerpo suplicaba por sustento, me lo negaba, convenciéndome de que podría ganarme a Kyle a través de mis habilidades culinarias. Sin embargo, ni siquiera eso logró impresionarlo. Día tras día, sin falta, dejaba una considerable porción de carne sin tocar para que yo la desechara.

Al principio, me preocupaba estar sirviendo demasiado, pero había servido a muchos Luz de Luna masculinos mientras cocinaba en las cocinas, y lo que él comía no era mucho para un cambiante masculino. Seguí culpando a mis habilidades culinarias, que se habían perfeccionado en la esclavitud. Quizás mis habilidades no eran lo suficientemente refinadas para satisfacer su paladar exigente. Pero conforme pasaba el tiempo, una sospecha inquietante floreció en mi pecho. ¿Estaría Kyle, quien me detestaba, quien dijo que nunca podría estar conmigo ni en un millón de años, dejando comida intencionalmente para mí?

Capítulo 4

Kyle

Me encontraba en mi escritorio, rodeado por la tenue luz de mi oficina. El suave zumbido de mi portátil reflejaba mi creciente frustración. Pilas de papeleo descansaban a mi lado: planes de reforma y formas de mejorar los procesos en la manada que esperaba discutir con mi padre cuando regresara. El aire estaba impregnado con el aroma a papel viejo y tinta, los medios preferidos de mi padre. Mi viejo era anticuado. Pero no era mi carga de trabajo la responsable de mi sombrío estado de ánimo.

Incluso entre el repiqueteo de mi teclado, los sutiles sonidos de Leah se filtraban a través de las paredes desde la cocina.

Malditos sean mis sentidos intensificados de cambiante.

El sonido de sus pasos sobre el suelo de madera y el suave roce de su ropa me erizaba la piel, haciéndome consciente de su presencia de una manera enloquecedora, incluso desde otra habitación. Me di cuenta de que se había perdido en su tarea cuando el melodioso tarareo de una canción familiar llegó a mis oídos. Solo tarareaba cuando estaba absorta.

—Hmm, hm m hm, mm nah —tarareaba ella, el estribillo de "Blood Moon Rising" atravesando el silencio. Era una canción folclórica originaria de la Manada Blood Moon. Mi madre solía cantármela cuando era niño. Los recuerdos me golpearon como olas mientras mis dedos tocaban el cordón de cuero alrededor de mi cuello, un recuerdo de mi madre. La piedra rúnica, grabada con el símbolo de nuestra manada —la luna llena enmarcada por dos cuartos crecientes— me recordaba mi deber con la Manada Moonlight y todo lo que habíamos perdido ante Blood Moon.

Busqué mis auriculares, necesitando silenciar el suave tarareo de Leah. Era una distracción constante. Me mordí las mejillas, exhalando pesadamente, el sonido haciendo eco en el espacio confinado. Todavía estaba limpiando en la cocina, pero debería terminar pronto. Con los auriculares conectados al portátil, presioné reproducir, y una melodía de blues llenó mis oídos. El ritmo me envolvió, ahogando momentáneamente la tormenta en mi interior.

Pero entonces, mi estómago rugió, como si no hubiera comido en días. Suspiré, dejando escapar un gemido. Estos días, nunca tenía el lujo de sentirme satisfecho, no desde el primer día que

Leah entró en mi casa.

Desde ese día, mi mente había estado librando una batalla perdida contra mis instintos. Lógicamente, me había dicho que las raciones que recibían los Blood Moons eran suficientes, las mismas que Leah seguía recibiendo aquí en mi casa. Ciertamente no necesitaba mis sobras. Sin embargo, esa lógica se desmoronó la primera vez que me sirvió la cena.

La vista de sus delicadas muñecas asomando bajo su camisa de lino, frágiles y delicadas, envió una oleada de preocupación a través de mi lobo. Después de eso, cada noche, cuando apenas iba por la mitad de mi comida, mi bestia me cerraba las mandíbulas. No importaba si Leah había cocinado chuletas de cerdo con manzana al horno, filete en salsa de vino tinto, o pollo cremoso cocido a fuego lento que prácticamente se derretía en la boca.

Resulta que Leah sabe cocinar muy bien.

Solo pensar en la plétora de platos que había preparado esta semana me hacía agua la boca. Pero, sin falta, mi lobo solo me permitía comer la mitad de estas succulentas comidas. Mi lobo insistía en que guardara la mitad de cada plato para nuestra compañera.

Privado de mi comida completa por mi propio lobo, dejaba la comida para ella. Reflexionaba sobre la ironía de que mi bestia, generalmente tan ávida de saciar su hambre, se estuviera dejando pasar hambre voluntariamente. Me preguntaba cuándo mi lobo me permitiría volver a una dieta más satisfactoria. Sin embargo, cada vez que lo consideraba, me golpeaba una punzada de culpa. No podía evitar notar que cada vez que Leah me traía una comida, no parecía haber mejoría en su delgadez. Sus mejillas eran demasiado angulosas. Me imaginaba cómo un poco de suavidad en su rostro la haría verse aún más hermosa. La vergüenza me invadió ante ese pensamiento, y apreté los dientes.

¿Hermosa?

El pensamiento me hirió más profundo de lo que esperaba, nublando aún más mi estado de ánimo. Enloquecido por estos pensamientos rebeldes, arrojé mis auriculares a un lado, lanzándolos sobre el escritorio. Golpeé el teclado con los dientes apretados, tratando de canalizar esta energía caótica en algo productivo. Mis hombros y espalda se tensaron bajo la presión. Moví los hombros, intentando hacer crujir mi cuello. Había estado frente a la pantalla demasiado tiempo otra vez. Pero estar en mi oficina y perderme en el trabajo era la única forma que había encontrado para lidiar con la presencia de Leah. Cada sonido que hacía era como una nota en una

melodía, la única que quería escuchar últimamente, que resonaba en mis huesos.

Con una última pulsación, terminé de escribir el documento. Un pesado silencio envolvió la casa, ahora dominado por mi respiración.

Entonces, escuché un sonido: el suave clic de la puerta del dormitorio de Leah cerrándose tras ella. El sonido perduró, enviando escalofríos por mi columna. Mi corazón se aceleró, la anticipación atravesando mi pecho. Antes de poder evitarlo, imaginé los siguientes segundos desenvolviéndose, una escena extraída de las retorcidas fantasías que habían estado invadiendo mi mente cada vez más.

Me imaginé subiendo las escaleras, cada paso deliberado impulsándome hacia su puerta. Con un gemido, apoyé la cabeza sobre el escritorio, cerré los ojos y meforcé a tomar respiraciones profundas y purificadoras.

Pero tuvo el efecto contrario al deseado; la fantasía se transformó en algo más vívido. Mi frente apoyada contra su puerta, mi respiración acelerándose con urgencia ante el pensamiento de su proximidad. Mi mente vagó peligrosamente, imaginando su cabello rojo fuego cayendo en suaves ondas por su espalda mientras se desvestía. Su forma delgada pero musculosa se erguía desnuda. La luz plateada de la luna acariciaba sus curvas justo como mis manos deseaban hacerlo. La imagen parecía consumirme, y mi boca se humedeció.

Diosa, ayúdame.

Mi pulso latía con una necesidad salvaje, un ritmo frenético alimentado por la necesidad más primitiva de mi lobo: poseerla.

Mi bestia parecía llamar desde lo más profundo de mí, aullando que ella estaba tan cerca, y que solo tenía que extender la mano para tomarla y reclamarla.

Me incorporé bruscamente, con el pecho agitado y las fosas nasales dilatadas, sintiendo como si mi mente se estuviera desquiciando. Me aferré al escritorio como si fuera un salvavidas, observando cómo mis nudillos se volvían blancos y la tensión amenazaba con agrietar la madera.

Había intentado mantenerme alejado de ella, pero sabía que me había buscado este problema al mantener a Leah cerca. Con cada día que pasaba, temía la peligrosa tentación en la que se estaba convirtiendo. El recuerdo de nuestro breve contacto físico, cuando ella tropezó y cayó en mis brazos, encendía mi sangre. A pesar de sentirme hambriento, sentía que renunciaría a cien

comidas si tan solo pudiera tocarla. Su cautivador comportamiento que bailaba entre la determinación y la vulnerabilidad se sentía como una trampa, atrayéndome más cerca.

Mirando con el ceño fruncido la pantalla del ordenador, me recordé a mí mismo que eso era exactamente lo que ella era. Aquel día en que había "tropezado", por ejemplo, obviamente había sido una actuación. ¿Qué cambiaformas no tenía suficiente equilibrio y gracia como para caminar sin caerse? También recordé cómo un día había bajado las escaleras y se había quitado la camisa como si estuviera en pleno verano. Fingiendo sentir calor cuando su cuerpo claramente mostraba lo contrario. La forma en que los pezones de Leah se habían endurecido bajo su fina camiseta me atormentaba.

No pienses en eso ahora.

Con estos engaños en mente, me recordé que ella estaba intentando meterse bajo mi piel. Todos los Lunas Sangrientas eran engañosos. Aunque su cercanía a mi lobo complicaba sus sentimientos, tenía que descubrir la verdad. Cada acto de valentía y cada destello de diligencia de Leah no era más que una fachada, una actuación para ablandar mi corazón. Debía encontrar sus defectos. Una vez que revelara que Leah era como el resto de la Manada Luna Sangrienta, podría castigarla y expulsarla de mi casa.

Un crujido de las tablas del piso superior rompió el silencio. Mi corazón se desbocó. ¿Estaba Leah despierta otra vez? El inconfundible susurro de pasos resonó por la casa. Alguien caminaba de puntillas por las escaleras. Me aferré a mi escritorio nuevamente, sintiendo el sudor que me picaba en la frente mientras me preocupaba que viniera a verme. Pero sus movimientos parecían demasiado silenciosos, demasiado sigilosos, y la anticipación se arremolinó en mis entrañas.

La sorpresa me recorrió al escuchar la llave girando en la puerta principal. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Estaba Leah escapándose? Cerré mi portátil. Arrastrándome hacia la ventana, me mantuve oculto en las sombras. Al mirar afuera, la vi, aferrando algo contra su pecho, su silueta dibujada contra la luz de la luna.

¿Me está robando algo?

La revelación se abrió paso en mi mente. El fuego me atravesó. Apreté los puños con fuerza mientras una oleada de satisfacción surgía dentro de mí. La diosa de la luna sin duda había escuchado mis oraciones, entregándome esta noche para exponer lo traicionera que era Leah. Había tenido razón en mantener a Leah cerca. Si no lo hubiera hecho, no tendría esta

oportunidad.

La seguí silenciosamente bajo el manto de la oscuridad. Mis pasos eran precisos y medidos. Ella estaba en forma humana, moviéndose ágilmente. Me agachaba y me mantenía en las sombras cada vez que ella se detenía. Su audacia alimentaba las llamas de mi ira. Toda su diligencia y dulzura estaban a punto de ser probadas como una actuación. Apreté la mandíbula, cerrando los puños, todo mi cuerpo como un resorte comprimido listo para saltar.

Leah se desvió de los edificios Luz de Luna, dirigiéndose directamente hacia los cuarteles Luna Sangrienta. Una arboleda se alzaba adelante, una pared viviente que separaba nuestros territorios. Sus ramas retorcidas se extendían, sombreando a Leah y espesando la oscuridad a su alrededor. Reduje la distancia entre nosotros, mis instintos diciéndome que me acercara en caso de que se desviara hacia los árboles. La brisa me trajo su dulce aroma, y agradecí a la diosa estar a favor del viento. Ella no detectaría mi presencia. El aroma de la comida aún se aferraba a su ropa, y mi boca se humedeció de nuevo al percibir el tenue olor a carne y caldo. Pero debajo de eso, era su propio aroma floral el que encendía un fuego en mi sangre. Mi lobo se alzó, la misma energía chispeando a través de mí como cuando cazábamos, pero esta vez con el inconfundible impulso primario de que era a su compañera a quien estaba cazando.

Me esforcé por aplacar la excitación que crecía en mí.

Leah se detuvo al borde del bosque, mirando alrededor. Las sombras parecían aferrarse a ella. Sus miradas vigilantes y su lenguaje corporal tenso indicaban que sentía ojos observándola. Me mantuve atrás hasta que siguió adelante.

¿Qué has tomado de mi casa?

Fuera lo que fuera en lo que Leah estuviera involucrada, necesitaba atraparla en el acto. Mi corazón martilleaba con anticipación.

Mi instinto de cazador se elevó peligrosamente cerca de la superficie. Sentí a mi bestia confundiendo la anticipación que me recorría con la primitiva que lo dominaba: atrapar a Leah y hacerla nuestra.

Su hambre y calor se entrelazaron con mi propio deseo de atraparla. Mi enfoque se agudizó, y acechaba a Leah a través de la noche. Estaba determinado a arrancar la podredumbre Luna Sangrienta esta noche, sin importar el costo.

Capítulo 5

Leah

Me deslicé con cuidado entre las piñas caídas, consciente de cada paso y tratando de evitar crujirlas bajo mis pies. El aroma del cedro amarillo y la cicuta de montaña se mezclaban en el fresco aire nocturno, un recordatorio fragante del otoño que se acercaba.

Detrás de mí, la zona Moonlight, iluminada como un árbol de Navidad, se sentía como un reflector sobre mi espalda. Un escalofrío me recorrió la columna. Me acerqué sigilosamente a los cuarteles de Blood Moon, con el pulso acelerado.

Seguramente mi suerte se está agotando.

El pensamiento me atenazó, pero mi promesa a mi gente me mantuvo en movimiento. Durante dos semanas, me había escabullido cada noche de la casa de Kyle; cada excursión era una pequeña rebelión contra la servidumbre que nos ataba a mí y a mi gente. Con cada paso más cerca del grupo de edificios de madera que era nuestro hogar, mi tensión disminuía, aunque permanecía cautelosa, dolorosamente consciente de la patrulla Moonlight que recorría las tierras. Me movía de un rincón oscuro a otro, minimizando mi exposición al pálido resplandor de las luces.

Nuestras estructuras siempre habían sido construidas de madera por respeto a la tierra y los regalos del bosque. Cada tronco había sido preparado con gratitud, una conexión con Igaluk, quien creíamos que vivía en las paredes de nuestros hogares. Pero ahora, las cabañas estaban deterioradas, el abandono reflejando una comunidad que era el espejo de su cáscara desmoronada. Desde que nos habían esclavizado, la Manada Moonlight nos había relegado a estas estructuras remotas, lo suficientemente cerca para ser vigilados pero lo bastante lejos para no ser una molestia visual. Muchos de estos edificios ni siquiera habían sido diseñados como casas sino como talleres y cobertizos de almacenamiento.

Finalmente, me acerqué a la cabaña que buscaba. Con una mirada por encima del hombro, empujé la puerta desgastada por el clima, con cuidado de no demorarme. El olor a humedad y moho me golpeó primero, un recordatorio indeseado del poco cuidado que recibían estos cuarteles. El espacio reducido contenía cinco camas desvencijadas y colchones endebles, ropa de cama vieja y algunas alfombras raídas, ni de cerca suficiente para disimular que este lugar no era

más que una chabola. Viniendo de la casa limpia y bien mantenida de Kyle, el contraste era impactante.

Sin embargo, cuando la tenue luz del farol reveló los rostros familiares de los abuelos Watson, mi corazón se alegró. Amanda y Tom estaban acurrucados en camas separadas, sus expresiones cansadas hasta que me reconocieron. En las camas opuestas, sus tres nietos dormían.

—Leah, querida —susurró Amanda, sus ojos azules brillando. Tom sonrió suavemente, su voz en un murmullo—. Los despertaré.

Una sonrisa se deslizó por mi rostro, sabiendo que les había llegado la noticia de que vendría. Mi mirada se desvió hacia los niños dormidos, y una punzada aguda de dolor me atravesó. Esta era una familia típica de Blood Moon en estos días: fracturada. La hija y el yerno de Amanda y Tom se habían perdido en la guerra, dejando a la pareja de ancianos a cargo de sus nietos. En este momento, la ausencia de mis padres se sentía como una herida abierta que ni siquiera las más raras hierbas de Silver Moon podrían curar jamás. Pero era este dolor el que me impulsaba a luchar por nuestra gente.

La niña pequeña fue la primera en moverse, frotándose el sueño de los ojos. Tom la advirtió—: Recuerda mantener silencio. Hay alguien aquí con una sorpresa para ti y tus hermanos.

Me apresuré, ansiosa por que los niños se mantuvieran calientes bajo las mantas. En un instante, los tres estaban sentados: dos niños, de nueve y siete años, y la niña pequeña, que tenía cuatro. Sentí una punzada de culpa mientras distribuía las escasas raciones, un puñado de trozos de carne para cada uno.

La niña dio un mordisco—. Sabe a pollo.

El niño más pequeño se rió—. No seas tonta, Mia. Eso no es pollo.

La expresión solemne del niño mayor contrastaba marcadamente con la de sus hermanos. Su rostro, ya delgado y desgastado, reflejaba una seriedad mucho más allá de sus años. Sentí que él estaba demasiado consciente de por qué los adultos no sabíamos si sonreír o estremecernos ante el comentario de la niña. El pollo era la única carne que ella había probado porque los Moonlights solo nos daban los cortes más baratos. Nunca había experimentado la vida de otra manera: solo había conocido la vida de una esclava.

—¿Y acaso un pollo hace oink oink? —bromeó su abuelo, acudiendo al rescate. El rostro

arrugado de Tom parecía cargar el peso de la desesperación mientras sus ojos intentaban transmitir esperanza a los niños.

Los ojos de Mia se iluminaron—. ¿Como los tres cerditos? —se entusiasmó, sus ojos brillando al descubrir algo nuevo.

—Así es, querida. Justo como los tres cerditos —dijo Amanda.

Todos los niños comieron con gusto. El niño más pequeño susurró con la boca llena—. Esto es como un bocadillo de medianoche.

Mi corazón sangraba por todo lo que estos niños se estaban perdiendo. Su comentario despertó una docena de recuerdos de mi propia infancia. Mi mejor amigo, Roman, y yo solíamos disfrutar de un bocadillo de medianoche, y más tarde, cuando crecimos, algunas cervezas. Recordé cómo solíamos robar cecina casera y cervezas del refrigerador de sus padres, un acto que se sentía atrevido ya que el padre de Roman era el Alfa de la Manada Blood Moon.

Otra ola de pérdida me invadió. No había visto a mi mejor amigo en tres años. Roman había tenido suerte, escapando justo antes de que la Manada Blood Moon fuera esclavizada. Él y varios Blood Moons habían escapado después del caos de las negociaciones de paz tras la muerte de la madre de Kyle. Cómo añoraba a mi amigo y las respuestas sobre aquel fatídico día cuando estalló la guerra.

Meforcé a no pensar en cosas que no podía cambiar. En su lugar, me concentré en el deleite de los niños con sus bocadillos, disfrutando del calor y la gratitud que nos conectaba a todos.

Moviéndome de vuelta al lado de la cama de Amanda, bajé la voz—. ¿Cómo está Mary?

—Bien, querida. Tom dice que hoy se desenvolvió bien otra vez en la cocina.

Sus palabras me trajeron alivio. Había escuchado susurros sobre la recuperación de Mary de otros miembros de la manada durante mis visitas nocturnas. Saber que estaba de nuevo en pie me quitó un peso del pecho.

—No sé qué haríamos sin ti y los otros jóvenes —susurró Amanda—. Tu mamá y tu papá estarían tan orgullosos.

Tragué con dificultad, sintiendo un nudo en la garganta. Sin saber cómo responder, le apreté la mano, y sonreímos mientras los dos niños comenzaban a hacer imitaciones del Lobo Feroz

soplando las casas de los cerditos, para deleite de su hermana.

Cuando vivía con mi manada, a menudo daba mis raciones a los necesitados. Desde que llegué a casa de Kyle, y con las cantidades sustanciales que dejaba para mí, me sentía obligada a compartirlas. Mi loba se deleitaba con el comportamiento de Kyle, aullando que lo dejaba para mí. Sin embargo, una parte de mí sabía que comerlo sabría a cenizas en mi lengua cuando había otros con mucha más necesidad.

Tom les recordó a los niños que mantuvieran la voz baja. Luego regresó a su cama, tirando de sus mantas hacia arriba para protegerse del frío. Incluso con mi mono y camisa, el aire frío de la noche me mordisqueaba.

Mi mirada rozó el rostro cansado de Tom. Al observarlo más detenidamente a él y a Amanda, me di cuenta de que se veían más desgastados y frágiles que la última vez que los había visto hace un par de semanas.

—¿Han vuelto a reducir las raciones, verdad?

La expresión de Tom se tensó, pero asintió.

Todas las Lunas de Sangre teníamos que trabajar. Tom trabajaba en las cocinas conmigo mientras Amanda estaba en la lavandería. La comida que nos asignaban los Lunares siempre había sido insuficiente para la cantidad de trabajo que hacíamos a diario, y siempre estaba disminuyendo.

—Por la diosa —maldije, bajando rápidamente la voz cuando los ojos de los niños volaron hacia mí.

Cuando los tres niños volvieron a sus soplidos y resoplidos, dije: —Es el Anciano Sam; lo sé. Está malversando nuestras raciones y vendiendo hierbas para obtener ganancias.

Tom hizo una mueca. —Calla ahora, Leah. No digas esas cosas.

Los ojos de Amanda también mostraban miedo. —Tom tiene razón. Ya sabes lo que les pasó a Ronda y Jake. Por favor, ten cuidado.

Un destello de memoria me golpeó. Ronda, una Luna de Sangre que había trabajado en construcción, y Jake, que había estado en servicio forestal, habían sido encerrados después de que los atraparán "robando". Durante años, había habido rumores en los barrios de esclavos

sobre cómo el Anciano Sam estaba desviando recursos y dinero tribal y luego culpando a las Lunas de Sangre. Sabíamos que Sam estaba a cargo de las finanzas y la distribución de nuestras raciones. Llevábamos tiempo sospechando que malversaba cada vez que recortaban nuestras raciones.

No era yo la primera chiva expiatoria, pero al recordar las acusaciones de Sam contra mí —de tomar hierbas de la enfermería y venderlas— el resentimiento ardió dentro de mí, haciendo difícil prometer que permanecería en silencio.

Pero mi necesidad de encontrar una respuesta adecuada para los Watson se desvaneció cuando la puerta de la cabaña se abrió de golpe. Mi corazón latía con fuerza. Por un horrible momento, pensé que era la patrulla Lunar —o peor, el Anciano Sam. ¿Nos habían escuchado? ¿Me arrastrarían ante Sam? ¿Estaba a punto de desaparecer como Jake y Ronda?

La silueta enmarcada en la puerta era alta y sólida —un destello de cabello negro azabache y la mandíbula afilada me dijeron en un instante que era Kyle. Mi pecho se tensó ante su feroz presencia. El asombro me invadió. ¿Cuánto sabía sobre mis excursiones nocturnas?

Su mirada eléctrica me recorrió, tan penetrante como las luces del complejo Lunar. Me sentí desnuda bajo su escrutinio. Mis instintos se encendieron en respuesta, pero como siempre con él, estaban en conflicto. No sabía si fruncir el ceño o dar un paso hacia él.

Entonces, la vocecita de Mia rompió el silencio. —¿Has traído más cerdo contigo como Leah?

Amanda y Tom se estremecieron. Los dos niños se zambulleron bajo las mantas como si evadieran al Lobo Feroz —que, supongo, era exactamente lo que Kyle era. El aire chisporroteaba de tensión entre nosotros, y no sabía si era mi loba respondiendo a esta acusación o la ira que aún ardía dentro de mí al pensar en las fechorías de Sam, pero mi voz salió desafiante. —No robé nada —afirmé, enfrentando directamente la feroz mirada de Kyle—. Simplemente redistribuí tus sobras. —Cada palabra se sentía pesada mientras la presión aumentaba.

Mi pecho se tensó con incertidumbre mientras el silencio se prolongaba. ¿Mi loba había malinterpretado la protección de Kyle al dejarme comida? Tal vez, después de todo, no había dejado esos bocados deliberadamente sino que había estado descontento con el estándar.

Mientras los segundos pasaban, el silencio rozaba mi piel. La mirada esmeralda de Kyle me atravesaba, calentando mi cuerpo. Me recordó el momento en la Cámara del Consejo cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez. Esta sensación cargada que zumbaba entre

nosotros era la misma. Sin embargo, mientras su mirada me marcaba, estaba segura de que estaba a punto de recibir un castigo mucho peor.

Capítulo 6

Kyle

La furia se arremolinaba dentro de mí mientras miraba fijamente a Leah. Sus brillantes ojos azules habían adquirido ese tono tormentoso que me recordaba a la Cámara del Consejo. Era como si una bomba hubiera detonado dentro de mí mientras lidiaba con la magnitud de lo que ella había hecho. Leah había arriesgado todo al llevar raciones extra a la Manada Luna de Sangre, y la idea de que se pusiera en peligro había enloquecido a mi lobo.

Atravesando mis propias emociones turbulentas, arrastré a Leah a través de la puerta, con mi agarre firme en su muñeca mientras salía a la noche.

—Vámonos —ordené, con urgencia entretejida en mi voz. Una ferocidad me invadió mientras la arrastraba a través de la oscuridad, necesitando alejarla de allí.

Su delicada figura tropezaba intentando mantener el ritmo de mis zancadas decididas, y podía sentir el calor que irradiaba de su piel, salvaje e intoxicante. Pero en medio de mi determinación, de repente me di cuenta de lo brusco que estaba siendo, notando que prácticamente la estaba arrastrando.

—¡Más despacio! —protestó ella, su respiración agitada mezclándose con el aire nocturno. La corriente subyacente de su desafío solo hizo que mi corazón latiera más rápido y mi sangre se calentara.

El crujido de las piñas y las agujas de pino resonaba en la quietud mientras nos alejábamos apresuradamente de los cuarteles de Luna de Sangre. El aroma a tierra húmeda llenaba mis pulmones, fresco y reconfortante. Mientras navegábamos por el camino familiar, reduje mi paso y le permití a Leah un momento de respiro. Su pecho se agitaba mientras luchaba por recuperar el aliento; percibí el sudor que brillaba en su frente y le robé una mirada: mechones de su cabello ardiente se adherían a sus mejillas sonrojadas.

—Solo... recupera el aliento —murmuré bruscamente, mi tono suavizándose involuntariamente. La gélida resolución que había mantenido comenzó a derretirse una fracción ante su vulnerabilidad.

Mientras pasábamos los pinos que separaban los cuarteles de Luna de Sangre y Luz de Luna, reduje aún más nuestros pasos. El manto de estrellas arriba brillaba más claro aquí, sin la contaminación lumínica del complejo Luz de Luna. Aflojé mi agarre en su muñeca, y el viento cambió, trayendo un toque del aroma floral de Leah, una dulce mezcla de flores silvestres que encendió algo primitivo en mí. Era una llama, radiante y peligrosa, iluminando el vacío en mí que no me había dado cuenta que existía.

Los hombros rígidos de Leah se relajaron ligeramente, y continuamos, nuestros pasos cayendo más suavemente. No la miré, pero algo en mí gradualmente se desenroscó mientras saboreaba el contacto de mi mano alrededor de su muñeca mientras la guiaba hacia adelante.

Al acercarnos a mi casa, el contorno familiar de la cabaña de dos pisos se alzaba en la luz de la luna. La vacilación me invadió. ¿Cómo debería manejar esto? Empujé la puerta principal hacia el oscuro vestíbulo, y solo entonces finalmente solté su muñeca. Instintivamente, ella apretó los puños, levantando el mentón desafiante. Ese espíritu ardiente suyo brillaba intensamente.

—¿Qué va a pasar ahora? —exigió, su voz firme a pesar de la vulnerabilidad que persistía bajo su bravuconería, una cualidad que admiraba pero que me sentía obligado a templar.

—Ve a la cama, Leah —logré decir entre dientes, con la garganta apretada por las emociones contradictorias. Me dirigí por el pasillo hacia mi estudio, deseando solo un momento para romper la tensión creciente entre nosotros. El alivio me invadió cuando sus pasos rápidos sonaron en las escaleras y se retiró al ático.

Me desplomé contra la pared fuera de mi estudio, cerrando los ojos y presionando las palmas de mis manos contra ellos. ¿Qué demonios me estaba pasando? Mi corazón latía aceleradamente mientras me forzaba a enfrentar lo que había presenciado esta noche.

Los niños afligidos mordisqueando mis sobras a medio comer y la pareja de ancianos frágiles acurrucados bajo mantas gastadas aparecían en mi mente. Podía ver cómo sus ojos se habían llenado de miedo al verme y cómo los niños se habían escondido bajo sus mantas. Imaginé a mi madre de pie frente a mí, su mirada compasiva penetrando la mía. Ella habría luchado con colmillos y garras para asegurar que cada Luna de Sangre tuviera la dignidad básica y los derechos a la vida que merecían, derechos que cada cambiante merecía.

Una vez creí que todos los Luna de Sangre eran engañosos, permitiendo que mi pasado nublara mi juicio. Sin embargo, presenciar el sufrimiento de los inocentes cambió algo dentro de mí.

Estaban atrapados en una servidumbre que mi manada y mi padre les habían impuesto. Los recuerdos de la muerte violenta de mi madre a manos de la Manada Luna de Sangre me invadieron, amargos y agudos, pero no pudieron silenciar sus palabras: "El cambio comienza con la empatía, hijo mío".

De pie aquí, lidiando con esta verdad, llegué a una realización inquietante: mi odio, la misma ira que había impulsado mi búsqueda de venganza, no le traería paz, ni terminaría el ciclo de sufrimiento. Si permitía que esta injusticia persistiera, no sería mejor que aquellos que la habían silenciado. Mi madre había imaginado un mundo donde Lunas de Sangre y Luz de Luna pudieran prosperar lado a lado, y era hora de honrar esa visión. Sentí la semilla del cambio desenvolviéndose. Con una nueva claridad, entendí que mi madre finalmente podría descansar en paz si pudiera sacar a mi manada de sus formas opresivas y guiarlos hacia una coexistencia armoniosa con los Luna de Sangre.

Otra oleada de verdad me golpeó cuando me di cuenta de que Leah solo llevaba un mono gris y una camisa de lino esta noche. ¿Cuáles eran las probabilidades de que no tuviera nada más abrigado que eso? La chaqueta gruesa y cálida sobre mis hombros se sentía como cadenas.

Ya no puedo quedarme al margen. Necesito actuar.

Sin más vacilación, me dirigí fuera de la casa. Fui directamente a la casa de mi asistente Mark, golpeando la puerta varias veces antes de que una luz parpadeara dentro.

Unos minutos después, Mark asomó la cabeza por la puerta, su expresión somnolienta. —¿Qué pasa? —murmuró, con la voz pesada por el sueño, su cabello castaño despeinado apuntando en todas direcciones.

—Necesito saber cómo funciona nuestra distribución de alimentos y quién supervisa ese proceso —dije.

Después de parpadear para quitarse el aturdimiento, un destello de reconocimiento cruzó el rostro de Mark, frunciendo el ceño. —La mayoría de la gente cuenta ovejas, no hojas de cálculo —bromeó con su habitual tono inexpresivo, pero no podía permitirme reír.

—Hablo en serio, Mark. Hay una enorme injusticia ocurriendo en nuestra manada. Necesito respuestas, ahora mismo. —La gravedad de mis palabras se asentó entre nosotros.

Mark se hizo a un lado. —Supongo que será mejor que pases entonces. —Me hizo un gesto para

que entrara en la pequeña cocina, que se sentía apretada mientras yo caminaba de un lado a otro.

Una vez dentro, no perdí tiempo. —Necesitamos discutir la distribución de alimentos a la Manada Luna de Sangre —dije secamente.

Mark me miró, sus intensos ojos marrones evaluándome durante varios largos momentos. —¿Has visto algo, verdad?

—Estuve allí esta noche —confesé, con la voz apenas por encima de un susurro—. En los cuarteles de Luna Sangrienta. Esta gente está muriendo de hambre, Mark, niños y ancianos. Es inhumano.

—El Anciano Sam es el responsable de sus raciones —la expresión de Mark perdió su cautela.

La ira me atravesó. Pensé en ese anciano presumido. —Se está quedando con una parte, ¿verdad?

Mark asintió con gravedad. —La asignación de alimentos fue establecida por Reginald, pero Sam ha estado disminuyendo gradualmente sus raciones durante los últimos tres años. Las cosas se han desviado hacia el bolsillo de Sam, y todos lo saben.

Asimilé el hecho de que mi padre, Reginald, había establecido la cantidad de raciones que recibía la Manada Luna Sangrienta. Mi padre se había concentrado tanto en perseguir a los rebeldes de Luna Sangrienta para vengar a mi madre que había cedido la administración de la manada a un cambiante inferior.

Recordé lo inflexible que había sido el anciano la noche en que Leah fue atrapada robando la hierba de la ladera. Había afirmado que los suministros habían estado desapareciendo durante meses y que ella era quien los tomaba de la enfermería.

Entrecerré los ojos, sin medir mis palabras. —También está robando las hierbas de la enfermería, ¿cierto?

—Con su estatus como anciano, tiene acceso a todo. Ha estado vendiendo las hierbas de la manada para obtener ganancias durante mucho tiempo.

La rabia me invadió. La imagen perfecta de mi infancia se hizo añicos al darme cuenta de que este anciano había estado aprovechándose de su posición durante años. El mundo que siempre había creído justo se estaba desmoronando rápidamente. Mi cabeza daba vueltas, pensando en cómo, anteriormente esta noche, había estado seguro de que estaba a punto de exponer el mal

profundamente arraigado de la Manada Luna Sangrienta. En cambio, había descubierto la corrupción que se gestaba en el corazón de la Manada Luz de Luna.

Por un momento, deseé que mi padre estuviera de vuelta.

Es mi deber ahora. Las cosas tienen que cambiar.

Sintiendo la misma certeza que me había recorrido cuando supe que necesitaba proteger a Leah, supe que tenía que ayudar a los Luna Sangrienta. Ya no vivirían bajo la opresión que yo había aceptado sin saberlo.

—A partir de mañana, Mark, quiero que estés a cargo de la distribución de las raciones de Luna Sangrienta —me enderecé, mi determinación agudizándose—. Te encargo asegurar que todos los Luna Sangrienta reciban suficiente para comer.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Mark, con una nueva seriedad inundando sus facciones—. A los ancianos no les gustará esto, y ya has provocado descontento con la orden del tratamiento médico.

—Yo me encargaré de los ancianos —le aseguré, haciendo a un lado cualquier duda persistente.

Con la aquiescencia de Mark, salí de la cabaña, con la adrenalina corriendo por mis venas. Sabía que esto no sería fácil, pero el tiempo de hablar había terminado. De vuelta en mi estudio, encontré mi mente zumbando con ideas. Pronto, el tecleo de mi computadora resonó en la quietud de la noche. Cada pulsación estaba impulsada por una sincera necesidad de cambio. Mientras redactaba un plan para tratar con los ancianos, el alivio me invadió. Tal vez este era solo el comienzo de una verdadera reforma. La emoción se agitó dentro de mí, una sensación de encender mi espíritu.

Era un espíritu que vi reflejado en los rostros de la Manada Luna Sangrienta durante los días siguientes. A medida que la semana avanzaba y los Luna Sangrienta comenzaban a recibir su parte correspondiente, se volvió común que me saludaran con sonrisas y gratitud. Una mezcla de incomodidad y culpa se revolvía dentro de mí cada vez que recibía sus agradecimientos. Después de presenciar las condiciones infernales en las que vivían, sabía que lo que estaban recibiendo eran meramente los derechos básicos a los que todo cambiante tenía derecho, derechos que Leah ahora también estaba recibiendo. Mi lobo finalmente se sintió contento mientras me aseguraba desde la distancia que ella comiera sus porciones, alimentándose también.

Pero Mark había tenido razón sobre el descontento de los ancianos de Luz de Luna. Sus rostros descontentos y murmullos me llegaron durante los días siguientes. En pocos días, convoqué una reunión del consejo, sabiendo que tenía que enfrentar su insatisfacción directamente.

Cuando llegó la reunión del consejo, el sol había comenzado su descenso, proyectando un resplandor ámbar a través de las estrechas ventanas de la Cámara del Consejo. Los diez ancianos, una fortaleza imponente de rostros sombríos, ya se habían reunido. La atmósfera era densa, la amargura del pasado arraigada en cada uno de los rostros arrugados y curtidos que me rodeaban.

La mayoría de los ancianos se congregaron alrededor de dos mesas adicionales que habían sido movidas para sentar a todo el consejo. El asiento central en la mesa alta, que llevaba el símbolo de Igaluk, estaba vacío para mí. Sin sorpresa, noté al Anciano Sam sentado a mi derecha. La Sanadora Maria estaba sentada a mi izquierda, aquí tanto en su capacidad de anciana como de sanadora. Le había pedido que respondiera cualquier pregunta que los otros ancianos tuvieran sobre los costos de atención médica. Mi asistente, Mark, también estaba sentado en la mesa alta para tomar las actas. Ya había instalado el proyector.

Tomé mi asiento en la cabecera de la mesa. —Buenas noches, Consejo —comencé, con voz firme mientras nivelaba mi mirada hacia los ancianos—. Los he reunido aquí hoy para discutir el futuro tratamiento de la Manada Luna Sangrienta.

—¿El futuro? —se burló el Anciano Matthew, reclinándose en su silla y cruzando los brazos—. Su 'futuro' es la servidumbre. Estás creando problemas donde no los había.

Reprimí el impulso de arremeter. Respondí con calma: —El trato que han recibido ha sido inhumano. Han sufrido bajo la apariencia de servidumbre durante demasiado tiempo, y es hora de que cambiemos eso.

—No todos los cambiantes merecen respeto, especialmente cuando se vuelven contra los suyos —intervino Sam desde mi derecha, irradiando ira mientras sus manos descansaban sobre la mesa.

Encontré su mirada color tierra. —Todos los cambiantes merecen las necesidades básicas de la vida. Si la historia nos ha enseñado algo, es que es nuestro deber tratar a nuestros hermanos lobos con decencia común.

Los murmullos se extendieron por el consejo, pero continué, decidido a guiarlos a través de la evidencia que había recopilado. —Los datos que he compilado revelan las ventajas económicas

de aumentar las raciones y la atención médica —declaré, mi voz ganando impulso—. Al hacerlo, en última instancia ayudamos a nuestra manada.

Mark activó el proyector, y la primera diapositiva iluminó la sala, proyectando sombras sobre los rostros de los ancianos. Mis cálculos claramente delineados se convirtieron en mi campo de batalla, cimentando mis argumentos de una manera que los emocionalmente cargados no podían. Mostré gráfico tras gráfico, ilustrando las ganancias de productividad correlacionadas con la mejora de las raciones y la atención, y un cambio visible comenzó a ocurrir dentro del consejo.

—Así que, aunque la manada Moonlight gasta más en atención médica y raciones para los Blood Moons, el retorno de la inversión supera con creces los costos. Cada Blood Moon puede requerir recursos adicionales, pero su mejor salud conducirá a una mayor productividad. En esencia, por cada gasto que hacemos, ellos devuelven un mayor beneficio a nuestra manada en conjunto —concluí, finalizando el análisis de costo-beneficio.

Los asentimientos comenzaron a ondear entre los ancianos, claramente procesando las implicaciones ante ellos. La esperanza latía en mi pecho. Pero, sintiendo que la marea se volvía en su contra, la voz venenosa de Sam resonó: —Todo esto es una farsa, una cortina de humo, ¿no es así, Kyle? Te paras aquí, presentándonos cifras, pero la verdad es que ¡has sido seducido por esa chica Blood Moon! —La ira impregnaba cada palabra, elevándose de él como humo.

Una mezcla de incertidumbre e ira me sacudió. Intentaba provocarme, pero lo miré fijamente. Una parte de mí anhelaba atacar y exponerlo aquí por todos sus crímenes, pero primero necesitaba reunir evidencia contra él. No era el momento para tal revelación.

En su lugar, contuve mi ira y anuncié deliberadamente: —Las discusiones en este consejo deberían guiarse por datos y lógica, algo que puedo ver que la mayoría del consejo es capaz de comprender.

—¡Verdaderamente has olvidado la memoria de tu madre, lo que ellos le hicieron, lo que nos debes! —gritó Sam, su voz retumbando por la cámara.

La indignación ardió dentro de mí. —¡Cómo te atreves a acusarme de olvidar! Lo que estoy haciendo es honrar su memoria. La última misión de mi madre fue intentar sanar la brecha entre nuestras manadas —Mi cuerpo vibraba con rabia contenida.

Mientras la furia de Sam se derramaba, reconocí la profundidad de su explotación. Estaba usando la muerte de mi madre como un arma para prevenir estos cambios. Nunca pensé que caería tan

bajo como para invocar su nombre solo para proteger el dinero que había estado desviando de las raciones de la manada Blood Moon.

Tomando un respiro, moderé mi voz y escaneé a los otros ancianos, notando que algunos parecían avergonzados. La anticipación latía en mi pecho. ¿Podría impulsarlos a deshacerse de estas creencias obsoletas apelando a ellos en nombre de mi madre? —No elijamos más el pasado sobre el futuro —les urgí—. Avancemos y construyamos el futuro que su Luna soñó.

El peso de mis palabras se cernía sobre la cámara.

La Sanadora Maria habló: —Tamara habría respaldado estas reformas. Yo también quisiera verlas implementadas.

Ellen, la única otra mujer en el consejo, hizo eco de su sentimiento. —Por Tamara, respaldo estos cambios.

Pero el desdén de Sam persistía en el aire, junto con un par de otros tradicionalistas acérrimos. Me di cuenta de que el camino del verdadero cambio no sería fácil. Había una fisura formada por el dolor y la ira que tenía que cruzar, que todos teníamos que cruzar, pero juré que no me retiraría. La puya de Sam sobre ser seducido por la chica Blood Moon resonaba en mí, enturbiando mis pensamientos. Sin embargo, esto se trataba de todos nosotros protegiendo nuestras tierras compartidas y liberándonos de los ciclos que habían encadenado a nuestra especie durante demasiado tiempo.

Sam, al mencionar la muerte de mi madre, no había ganado más apoyo. En cambio, las dos ancianas, junto con la mayoría de los hombres, habían sido persuadidos por los números y apoyaban mi reforma. Pero, mientras la reunión se disolvía, salí a grandes pasos del salón, listo para convertir mis palabras en acción. Implementaríamos estos cambios necesarios. Un fuego ardía en mi vientre, y juré que lucharía contra este ciclo vicioso de odio que había definido a nuestra especie durante demasiado tiempo. El nombre de mi madre había actuado como un catalizador para mí, y sentí su espíritu ardiendo intensamente dentro de mi pecho. Ella guiaría a nuestra manada hacia un mejor futuro largamente esperado.

El momento del cambio es ahora.

Capítulo 7

Leah

Un calor hormigueante me recorría cada vez que notaba las mejoras que las reformas de Kyle traían a mi gente. No tenía muchos motivos para salir de su casa. Mis días estaban llenos de obligaciones que me mantenían cerca de él. Desde que me había encontrado en la cabaña de los Blood Moon, raramente me asignaba tareas que me llevaran al exterior.

Mi loba gruñó que estaba siendo protector.

Quiere mantenernos cerca.

Recordé cómo me había sujetado la muñeca aquella noche, su agarre inicialmente implacable, arrastrándome hacia adelante con una fuerza que hizo que mi corazón se acelerara. Pero luego se suavizó, su mano firme pero gentil, permitiéndome recuperar el aliento. Bajo el cielo estrellado, con el agarre firme pero tierno de Kyle, algo había cambiado entre nosotros. Ya no me sentía como una prisionera; me sentía guiada y protegida. Una oleada de calor me recorrió al recordarlo, sonrojando mis mejillas a pesar del aire fresco.

Sin embargo, las dudas me asaltaban, y no podía quitarme la sensación de que me mantenía en casa porque confiaba en mí aún menos desde aquella noche.

Fuera cual fuera la razón, "Cavar el huerto" no había aparecido en la lista de tareas en bastante tiempo. Afortunadamente, con el otoño ya bien entrado, las hojas necesitaban ser recogidas y embolsadas. Durante la última semana, había visto a mi manada ocupada con sus tareas en el complejo Moonlight.

Era un alivio para la vista. Cada vez que veía a los niños de Blood Moon corriendo con un salto en su paso o a los adultos ganando peso, con mejor color, la gratitud que crecía dentro de mí era tan vigorizante como el aire limpio de otoño en mis pulmones. El desinterés de Kyle era evidente dondequiera que mirara, y mi corazón se estremecía de emoción mientras crecía la certeza de que él era diferente a otros Moonlights. Era un buen hombre cuyas acciones estaban comenzando a cambiar el destino de mi gente.

La disposición de Kyle para elevarse por encima del peso de su linaje me llenaba de profunda

admiración. Sabía que no era fácil para él; entendía el peso de la tragedia de la muerte prematura de la Luna en territorio Blood Moon y el dolor que conllevaba. Mi padre, el Beta de nuestra manada, había perecido ese día junto a nuestro Alfa, el padre de Roman. Sin embargo, Kyle persistía, trabajando incansablemente para sanar heridas que otros habían considerado demasiado profundas para curar.

Mientras rastrillaba las hojas, saboreaba el refrescante tiempo al aire libre, envuelta en el calor de mi chaqueta forrada de vellón, un recordatorio tangible de la bondad de Kyle. La había dejado sobre mi cama una noche, poco después de aquel paseo de regreso desde los cuarteles Blood Moon.

Me consumía el deseo de aligerar sus cargas. Me entregué a mi trabajo en la casa de Kyle, anhelando mostrar mi apoyo y gratitud por la bondad que tan libremente compartía con mi gente. Cada mañana, horneaba, transformando su cocina en un refugio de calidez y dulzura. Había descubierto que sus bocadillos favoritos eran las nueces pecanas. Así que me dediqué a caramelizarlas con jarabe de arce y crear pasteles daneses con ellas. Su aroma llenaba el aire con perfectos sabores otoñales.

Mientras preparaba sus desayunos, me fui haciendo cada vez más consciente de sus hábitos, particularmente su tendencia a demorarse en el pasillo cuando yo comía mis raciones completas, asegurándose de que estaba comiendo lo suficiente. Me conmovía profundamente.

Sin embargo, se hizo evidente que Kyle se apresuraba con sus propias comidas matutinas, con una energía inquieta que lo impulsaba a comenzar el día con poco más que unos bocados para alimentarse. No, Kyle era un tipo de "tomar y llevar". Comencé a adaptar el desayuno para adaptarme a él, preparando batidos cargados de verduras vibrantes y sabores frescos. Habitualmente devoraba las mezclas verdes —espinaca, manzana y menta se convirtió en su favorita— dejando las mezclas más dulces de bayas. Desde entonces, mantuve sus alacenas abastecidas con verduras de hoja verde. Cada mezcla era una pequeña muestra de mi cuidado.

Sin embargo, mis sentimientos florecieron más allá de la simple admiración. Se había desarrollado un apego innegable hacia este hombre, entrelazándose con el profundo anhelo que pulsaba ferozmente en mi loba. Era como si mi cuerpo cobrara vida en respuesta a su presencia. Era algo que mi cuerpo confirmaba con cambios. El calor irradiaba a través de mí cada vez que estaba cerca. Mis sentidos se agudizaban cada vez que se acercaba.

Incluso una tarea mundana como planchar sus camisas se convertía en una empresa febril. Su

aroma almizclado a pino bajo el suavizante era suficiente para desencadenar fantasías frenéticas en mí. Cada vez que planchaba sus camisas y presionaba sus pantalones, imaginaba mis manos deslizándose sobre estas telas mientras abrazaba su forma sólida y esculpida. Sentía mi corazón acelerarse y un rubor trepar por mis mejillas mientras luchaba con el llamado primordial del vínculo de pareja que vibraba insistentemente a través de mí, desesperado por ser satisfecho.

Una noche, el impulso de romper con nuestra sofocante rutina se volvió abrumador. La cocina estaba impregnada con el fragante aroma de anís, hinojo y kiva, sus aromas mezclándose en el aire como un hechizo. Me sentí atrevida mientras caminaba por el familiar sendero hacia la puerta de su oficina. En lugar de simplemente tocar y dejar su té afuera como había sido nuestra rutina, decidí que esta noche, iba a entrar en su oficina. La emoción corría por mis venas, mi corazón latiendo con cada paso que daba hacia la puerta.

El vapor de la taza de té se elevaba sobre mi rostro, y me sentí como una bruja tratando de ver a través de las brumosas corrientes del tiempo. No una bruja oscura, no —mi madre me había contado una vez sobre un antiguo ritual profético que había presenciado en las tierras de Silver Moon. Había requerido algunas de las hierbas más raras de los glaciares más profundos. Sus palabras de la historia llenaron mis pensamientos: —La bruja estaba oculta tras el vapor de su caldero, sus ojos distantes y sin ver, llenos en cambio de visiones de horizontes lejanos.

De pie ante la puerta de Kyle, con el corazón en la garganta, sentí como si hubiera sido transportada a esos horizontes lejanos y súbitamente traída de vuelta al momento. Deseaba poder conocer el futuro y cómo reaccionaría Kyle. Pero solo era una cambiante. La duda se deslizó como un susurro en las sombras de mi mente.

Te va a ordenar que te vayas.

Aparté ese pensamiento. Anhelaba la oportunidad de estar ante él, cara a cara, y transmitirle cuánto significaban sus acciones para la manada Blood Moon.

Los nervios recorrían mis brazos, provocando que la piel se me erizara bajo la tela de mi camisa de lino. Con determinación, golpeé bruscamente antes de atravesar la puerta.

—Kyle —comencé, con voz firme pero cargada de anticipación—. ¿Puedo hablar contigo un momento? —El cálido resplandor de la lámpara de su escritorio iluminaba sus vibrantes ojos verdes, ahora inundados de una mezcla de curiosidad y tensión.

Por un momento, un destello de duda cruzó su rostro, y temí que me despidiera. Sin embargo,

tras una profunda respiración, dijo: —Claro. Pasa.

De pie en el umbral, observé el acogedor caos de su oficina: los papeles esparcidos sobre el escritorio, el aroma a papel y tinta flotando en la habitación. Agarré la taza de té, repentinamente cohibida, antes de ofrecérsela.

Se levantó y se acercó, aceptándola. Llevándosela a la nariz, preguntó: —¿Qué lleva este?

Noté una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios y me armé de valor. —Anís, hinojo y kiva —dije.

Dio un sorbo. —Mmm, está bueno —sus ojos se iluminaron.

Su satisfacción me reconfortó, y un destello de orgullo floreció en mi pecho. Estaba demasiado complacida de ver su satisfacción y escuchar sus elogios. Me recordé a mí misma que apenas era responsable del efecto. Eran las hierbas de la mezcla. —Es fácil hacer buen té con el tesoro que tienes en tu cocina —solté, recordando el bien surtido armario de provisiones que había encontrado. Muchas de las hierbas y especias provenían de las tierras de Moonlight y Blood Moon, pero bastantes venían de las otras cuatro tierras de las manadas de cambiaformas, algunas vecinas a la nuestra, mientras que otras procedían de mucho más lejos.

Los ojos de Kyle se ensancharon, y observé su nuez de Adán subir y bajar, una expresión indescifrable nublando sus facciones. La ansiedad me invadió, preocupada de haber resaltado inadvertidamente las diferencias entre nuestras manadas. Mi corazón se hundió mientras me mordía el labio, arrepintiéndome de mis palabras impulsivas. —Oh, no quise decir...

—Son heredadas —respondió, con voz áspera y un tono defensivo—. Nunca fui muy aficionado al té. Pero este... me gusta. —Dio otro sorbo, la suavidad regresando a sus ojos mientras se relajaba.

Mientras lo estudiaba, me di cuenta de que las latas meticulosamente etiquetadas con elegante caligrafía cursiva eran diferentes a su letra limpia que escribía mis tareas cada día; me di cuenta de que debían haber pertenecido a su madre.

—Bueno, el hinojo es bueno para el corazón, y la kiva es buena para aliviar el estrés. La kiva solo se encuentra en las tierras de la manada Shadow Moon, así que no te acostumbres demasiado —divagué, medio queriendo decir algo para tranquilizarlo mientras la otra mitad de mí temía haber metido la pata de nuevo.

—¿Dónde aprendiste sobre hierbas? —Me observó atentamente, con una chispa de curiosidad ardiendo en su mirada.

Era mi turno de sentirme insegura sobre el giro que había tomado esta conversación. —De mi madre —dije, con voz temblorosa—. Murió en la guerra. Era la sanadora de nuestra manada. Heredé su posición como herbolaria de la manada.

Sintiéndome vulnerable, deseé poder refugiar mi mirada en la seguridad de una taza de té, pues había un profundo reconocimiento en los ojos de Kyle. Pero mantuve su mirada mientras él escrutaba mi rostro.

—Lo siento mucho, Leah —murmuró, con voz espesa. Sentí su sinceridad, pesada pero íntima.

—Yo también lo siento, Kyle —respondí suavemente, reconociendo el dolor que ambos cargábamos, uno profundamente arraigado que nunca podríamos desarraigar. Era uno que no queríamos, aunque otros insistían en que sería más fácil con el tiempo.

Recordando por qué había venido, dije: —Quería darte las gracias, Kyle. Por todo lo que estás haciendo por la manada Blood Moon. —Mi voz era firme y sincera—. Quiero que sepas que lo aprecio, y estás haciendo una verdadera diferencia.

Parpadeó sorprendido, su voz baja mientras lograba decir: —De nada.

La aspereza de su voz me recordó el tono de mando que había percibido tras nuestro regreso de los cuarteles Blood Moon: "Ve a la cama, Leah". Su poderoso tono permanecía entre nosotros pero se sentía diferente. Estaba matizado por la vulnerabilidad que habíamos compartido.

Atrapada en el embriagador ritmo de nuestro intercambio y envalentonada por mi intuición, que me susurraba que él también luchaba contra su apego hacia mí, me quedé. Una oleada de calor inundó mi centro, encendiendo un anhelo primario que apenas podía contener. Antes de poder detenerme a pensar, acorté la distancia entre nosotros, mis labios encontrando los suyos en un arrebato desesperado.

Mmm, regaliz y especias.

La sensación explotó como fuegos artificiales. Sus labios cálidos se fundieron con los míos, suaves al principio, luego profundizando en un beso ferviente. Apenas registré cuando algo golpeó la alfombra cerca de nosotros; era el té de Kyle, abandonado mientras sus manos

encontraban mi nuca. Enredé mis dedos en la tensa tela de su camisa, una necesidad visceral floreciendo dentro de mí.

Tiró de mi pelo lo suficiente para arrancarme un suave gemido de los labios, e instintivamente le ofrecí mi garganta, rindiéndome al instinto que corría dentro de mí. Un gruñido primario retumbó en su pecho, y en un instante, me levantó sobre su escritorio, papeles cayendo en el caos de nuestra urgente necesidad el uno del otro.

Me quitó la camisa por encima de la cabeza mientras yo levantaba los brazos para ayudarlo, mi corazón acelerado por la anticipación. Sus besos recorrieron mi garganta, demorándose en el escote de mi top.

—Kyle —jadeé, mis sentidos encendiéndose al sentir su cuerpo duro contra mí, cada músculo cincelado con innegable fuerza. Su aroma a pino que me había estado volviendo loca estas últimas semanas me envolvió ahora, y lo inhalé profundamente, sintiendo como si quisiera nadar en él. Mientras se acercaba más, mis muslos separados encontraron su dureza a través de sus vaqueros, y mi sangre pareció hervir de necesidad. Envolví mis piernas alrededor de su cintura, mis caderas moviéndose instintivamente, anhelando esa deliciosa fricción.

Pero justo cuando estaba segura de que este calor que me atravesaba estaba a punto de ser aplacado, una ola de mareo me invadió, arrastrándome bajo su marea. Mis extremidades se volvieron pesadas, la habitación giró salvajemente, y de repente todo sobre Kyle —la forma de su mandíbula esculpida, la intensidad de su mirada verde— se difuminó ante mí.

—Kyle —jadeé, mi voz desvaneciéndose.

Justo antes de que la oscuridad me reclamara, su abrazo me rodeó, su calor engulléndome por completo mientras el mundo se desvanecía en negro.

Capítulo 8

Kyle

Después de que Leah se desmayara, una oleada de claridad atravesó mis sentidos como un rayo. La embriagadora obliteración de nuestra pasión se evaporó, dejando una única realidad: Leah yacía inerte en mis brazos como una muñeca de trapo. El pánico trepó por mi garganta mientras la acunaba, mi mente intentando procesar el torbellino de eventos que se habían descontrolado tan rápidamente.

Nos habíamos besado. El recuerdo estaba grabado a fuego en mi mente. Mis labios estaban magullados, y nuestro calor y anhelo habían sido tan potentes que juraba que mi cuerpo aún vibraba con las réplicas. Hace solo momentos, el mundo se había difuminado en una deliciosa neblina de deseo; ahora, el hielo se filtraba por mis venas mientras el horror de ver a Leah inconsciente me invadía.

—¿Leah? ¿Leah? —Mi voz cortó el inquietante silencio, la urgencia anudando mi estómago. Con el corazón martilleando en mi pecho, presioné mis dedos contra su muñeca, rezando por encontrar un pulso firme. Lo que sentí bajo mis dedos era débil: un pulso vacilante que envió nuevas oleadas de terror sobre mí.

Con reflejos afinados por años de entrenamiento en la manada, me puse en acción, levantando su forma ligera y corriendo hacia la enfermería. Mi corazón latía con fuerza, no por el esfuerzo sino por un miedo helado que me envolvía, apretando más con cada zancada desesperada.

El aire familiar pero viciado de la enfermería me recibió, pero apenas lo registré. Mi mundo se redujo a las respiraciones superficiales de Leah, mi único foco de atención.

La Sanadora Maria estaba allí, y su figura firme y familiar me envió una descarga de alivio. Vestida con pantalones a medida y una blusa floral, irradiaba la misma pulcra eficiencia en la que me había apoyado desde la infancia. Me recordó las muchas veces que había estado presente durante aquellas noches de luna cuando me transformé por primera vez y aprendí a dominar mi lobo.

—¡Maria! —jadeé—. Leah se desmayó. Su pulso está débil.

—Recuéstala aquí en la cama —indicó Maria. Sus ojos avellana estaban afilados con concentración.

Seguí sus instrucciones, colocando suavemente a Leah sobre las sábanas blancas y crujientes. Mi mirada se detuvo en su rostro pálido, sus delicadas facciones ahora desprovistas de color. El pánico me revolvió por dentro. ¿Por qué estaba tan pálida? Mi mente retrocedió a momentos anteriores. Había verificado que hubiera comido antes. Siempre me demoraba en la puerta de mi estudio cuando ella tomaba sus comidas. Sabía que ahora comía sus raciones completas en lugar de regalarlas. Mi corazón se encogió al pensar en su valiente y temerario coraje que la había llevado a regalar tantas de sus raciones.

El terror destrozó mis entrañas. ¿Y si regalar tanto durante tanto tiempo había causado daños permanentes a su cuerpo? Mi estómago se contrajo mientras una docena de escenarios de Leah permaneciendo en esta cama, consumiéndose, me atormentaban. Mis imaginaciones solo se mantenían a raya porque los movimientos metódicos de las manos de la sanadora, diestros y practicados, me decían que Maria pronto tendría las respuestas que necesitaba. Me quedé flotando a un lado de la cama de Leah mientras la Sanadora Maria insertaba una aguja, conectando un goteo intravenoso al brazo de Leah.

Había visto a otros cambiaformas tratados con estos medios, pero ver la aguja inyectada en el brazo de Leah y verla tan quieta y frágil provocó una oleada de protección en mí. —¿Para qué es eso? —exigí, el borde de preocupación filtrándose en mi tono.

—Está deshidratada —respondió Maria, su voz firme mientras se concentraba en su tarea—. Necesito administrarle líquidos para bajar su temperatura.

Asintiendo, traté de suprimir el torbellino de emociones que me desgarraba. La inquietud me obligó a moverme, y comencé a caminar de un lado a otro, el ritmo de mis pasos haciendo eco en la enfermería.

—Kyle, ¿podrías sacar una manta del armario? —preguntó Maria. Su tono era firme, rompiendo el silencio cargado de ansiedad—. Necesitamos mantenerla caliente a pesar de la temperatura alta.

Agradecido por tener algo que hacer, me moví para buscar una manta. Con cuidado, extendí la suave tela sobre la forma inmóvil de Leah, mi garganta apretándose mientras la arropaba. Con cada roce de mis dedos contra su piel, el peso de la protección se asentaba más profundo en mi

pecho.

Pareció una eternidad antes de que Maria terminara de anotar sus notas y volviera su mirada aguda pero cálida hacia mí. Sus ojos avellana estaban claros y tranquilos, pero había algo más en ellos. Mi corazón estaba en mi garganta cuando pregunté: —Por favor, solo dímelo. ¿Qué le pasa?

—Leah ha sufrido de desnutrición durante mucho tiempo, Kyle —dijo Maria, su voz firme.

Mi pulso retumbaba. Esto tenía que ver con cómo nosotros los Moonlights la habíamos privado. ¿Su cuerpo estaba irrevocablemente dañado por nuestra negligencia? La culpa me revolvió por dentro. Una negligencia de la que yo había sido parte.

—¿Entonces es el estrés puesto en su cuerpo por la desnutrición lo que causó que se desmayara? —pregunté.

—No —dijo Maria, frunciendo el ceño—. Su estro es lo que causó que se desmayara. Incluso en mi forma humana, puedo percibir sus altos niveles de estrógeno y progesterona. Cuando se desmayó, estaba en un estado altamente receptivo.

Parpadeé, la realización cayendo sobre mí.

Estro, como en, Leah está en celo.

¿Cómo pude haber sido tan ajeno? Había tenido a Leah bajo mi techo durante un mes. Parte del ciclo mensual de una hembra cambiaformas era que entraba en celo, algo que se habría magnificado por el vínculo de apareamiento que nos conectaba pidiendo ser saciado.

El calor inundó mi rostro. La incomodidad flotaba en el aire entre la sanadora y yo.

—Kyle, si hay algo de lo que quieras hablar conmigo en confidencia, espero que sepas que puedes hacerlo —dijo Maria, su tono habitualmente neutral cambiando a algo más empático.

Por Igaluk, esto es como hablar de sexo con mi madre.

Maria había sido una amiga cercana de mi madre y era una anciana muy respetada de la manada. No solo había estado presente en mis primeras transformaciones, sino que había sido una visitante frecuente en nuestra casa. Ella y mi madre habían sido inseparables y casi nunca estaban separadas. Podía verlas tan vívidamente, sentadas en la vieja mesa de madera de nuestra

cocina, compartiendo teteras y risas. Antes, cuando Leah me sorprendió mencionando el tesoro de té, fue un recuerdo de mi madre riendo con Maria sobre una tetera humeante y tazas lo que me golpeó.

Me sobrepuse a la incomodidad y negué con la cabeza. —No, estoy bien, en serio —me apresuré a asegurarle. Traté de encontrar una manera de justificar la desesperación que sabía había traicionado involuntariamente cuando traje a Leah a la enfermería, pensando lo peor—. Es solo que... quiero asegurarme de que el maltrato que Leah y los demás han recibido no cause daños a largo plazo. Pensé que quizás Leah, con su desnutrición, estaba sufriendo un fallo orgánico o algo así. Me entró pánico.

Maria me observó con seriedad, su penetrante mirada parecía exigir la verdad.

La pregunta que había estado resonando en mi interior desde que puse un pie en la enfermería salió precipitadamente. —¿Se recuperará?

—Sí, estará bien una vez que su cuerpo se rehidrate y descanse —afirmó, una promesa que calmó la creciente oleada de miedo dentro de mí. El gélido agarre del temor aflojó su control, liberando mi corazón de sus garras.

—Sabes, eres tan parecido a Tamara, Kyle —observó Maria, suavizando su voz.

Mi corazón se encogió al escuchar el nombre de mi madre. No estaba acostumbrado a que lo mencionaran estos días.

Maria continuó: —La manera en que te has entregado a estas reformas para los Luna Sangre es inspiradora. Ella estaría tan orgullosa si pudiera ver cuánto cambio has logrado en solo un par de meses desde tu regreso con nosotros.

Un cálido resplandor llenó mi pecho ante sus palabras, pero solo sirvió para recordarme el torbellino emocional que acababa de experimentar. Aparté la mirada de Maria. El nudo que se formaba en mi garganta me indicaba que todo había sido demasiado últimamente.

Diosa, te extraño, mamá.

Sintiendo que tenía mis emociones bajo control nuevamente, dije: —La extraño, Tlaak'w —usando la antigua palabra de la manada para tía. Las palabras antiguas para la familia eran de las pocas que se recordaban en el idioma de la diosa, transmitidas en textos antiguos, los más

antiguos en poder de la Universidad Luna Plateada. Mi madre me había animado a usar ese término de cariño con Maria durante mi crianza.

—Yo también, Irniq. —Mi corazón se encogió. Usó la palabra para hijo, no sobrino, quizás sabiendo cuánto extrañaba que me llamaran así. Por un momento, fue como si estuviéramos de vuelta en el pasado, antes de la guerra, antes de que perdiéramos a mi madre, y Maria perdiera a su mejor amiga.

La voz de Maria se volvió nostálgica. —Tamara realmente era una de las líderes más talentosas, ¿sabes? Una de esas personas extraordinarias que solo aparecen una vez en la vida —dijo, con una sonrisa tirando de sus labios—. Lideraba con un impulso que era más de Alfa que de Luna. Tu padre no tiene ese tipo de iniciativa. Nuestra manada está peor hoy sin ella, tanto en prosperidad como en poder.

Los recuerdos volvieron a mí. Mark me había estado poniendo al día sobre la política de la manada el mes pasado, detallando cómo Maria había sido una ferviente defensora de aumentar la representación femenina en el consejo. De diez ancianos, solo había dos mujeres, incluida ella, en un mundo que se había vuelto cada vez más rígido. Mark me contó que mi padre se había enfrentado con Maria por esto en más de una ocasión durante el último año.

Sus ojos color avellana se centraron en mí con determinación. —Las reformas que ya has iniciado en la Manada Luna Sangre, esas son solo el comienzo. Creo que puedes ser un líder tan grande como tu madre, Kyle, y elevar nuestra manada a la verdadera grandeza.

El asombro me invadió. Que la Anciana Maria, mi fuerte y determinada figura materna, dijera que veía un reflejo de mi madre en mí envió una oleada de emoción por mis venas. Había estado anhelando estar a la altura del legado de mi madre durante tanto tiempo. Recibir este elogio llenó algo del vacío que había sentido desde que mi madre falleció.

—Pero Kyle —continuó, su expresión volviéndose más seria—, no quiero que olvides que la Manada Luna Sangre se llevó la vida de Tamara. No quiero verte atando tu futuro con uno de ellos. —El peso de su advertencia llenó el espacio entre nosotros, pesado e inevitable. La mirada conocedora que lanzó sobre la frágil forma de Leah me hizo agudamente consciente de la corriente submarina de mis emociones conflictivas.

La vergüenza me invadió. Lo último que quería era confirmar mis crecientes sentimientos por una Luna Sangre, una contradicción directa de todo lo que me habían enseñado. Admitir tal

verdad se sentía como destrozar la memoria de mi madre. También sabía que los ancianos desaprobaban mis intentos de cambiar la tradición. ¿Cuánto más vehementemente se opondrían si se enteraran de que estaba involucrado con un miembro de la Manada Luna Sangre? ¿Y qué hay de Leah? Si nuestra conexión se revelaba, ¿cuánto odio se dirigiría hacia ella desde mi manada? Mientras miraba a mi Tlaak'w, me negué a admitir tal cosa.

—Absolutamente no —juré vehementemente, mi voz sonando áspera en mis propios oídos—. Te prometo que cuando Leah despierte, la enviaré de vuelta a sus deberes originales. Ya no la necesito. No es una amenaza. No necesito vigilarla, y su presencia es más un estorbo que una ayuda. —Tragué con dificultad, reprimiendo la traición de mi lobo, que aullaba en protesta, furioso y desafiante contra las palabras que salían de mi boca.

El peso de mis propias mentiras presionaba pesadamente sobre mi pecho, sofocante y opresivo. Podía sentir la aguda mirada de Maria desafiando la autenticidad de mis palabras.

—Me alegra oír eso, Kyle —dijo simplemente, pero su tono solo profundizó el vacío que se formaba en mi estómago.

Pero había traído a Leah a mi casa porque era mi deber asegurar que la justicia de la diosa luna fuera servida por los miembros del consejo. Las circunstancias del robo de Leah habían sido sospechosas. La había mantenido cerca en caso de que representara una amenaza para mi manada. Traté de ignorar el rumor en el fondo de mi mente que me decía que Leah nunca había sido realmente una amenaza, y siempre lo había sabido.

—Entonces, creo que puedes irte, Kyle. Te avisaré cuando sea dada de alta para que pueda recoger sus pertenencias de tu casa —dijo Maria, sonando como su habitual ser brusco.

Asentí, forzando un aire de indiferencia que se sentía dolorosamente vacío. —Por supuesto. No me afecta en absoluto. —Sin embargo, mi corazón sabía la verdad, latiendo erráticamente con cada pulso de anhelo. Forcé a mis pies a moverse, dejando a Leah bajo el cuidado de Maria.

Ya no era mi responsabilidad, me dije a mí mismo. Nunca debió serlo. Pero mi lobo sabía que estaba mintiendo. Leah era más que una responsabilidad. Era todo lo que me habían moldeado para despreciar y todo lo que me encontraba desesperadamente queriendo abrazar.

Capítulo 9

Leah

Yacía en la cama de la enfermería, fingiendo dormir mientras mi corazón se apretaba dolorosamente en mi pecho, escuchando los pasos de Kyle que se desvanecían en la distancia. Había escuchado todo lo que dijo.

Todo.

Sus palabras me quemaban como brasas ardientes en el pecho. Cada sílaba me consumía más. —Ya no la necesito.

Acabábamos de compartir un momento apasionado, pero él había negado sentir algo por mí. La devastación me atravesó. Mi loba gritó, anhelando aullar de dolor, correr hacia la noche hasta que el agotamiento silenciara su dolor. En cambio, permanecí atrapada en esta cama, atormentada y vacía por las palabras de Kyle: —Ya no la necesito.

Había dicho que me enviaría lejos una vez que me dieran el alta de la enfermería. Imaginé que volvería a las cocinas. Me vi regresando a mis tareas, fregando ollas y sartenes sucias, con los olores a grasa y comida quemada adheridos a las paredes. Sin embargo, la idea del trabajo pesado no oscurecía mi estado de ánimo, era la posibilidad de no volver a mirar los vibrantes ojos verdes de Kyle.

¿Lo volvería a ver? Los terrenos de la manada eran lo suficientemente grandes como para que en el mes desde que había regresado de la universidad, nuestros caminos no se hubieran cruzado hasta la noche en que me arrastraron a la cámara del consejo. ¿Sería otro mes o más? El pensamiento me agobiaba, haciendo difícil respirar.

—Así que has estado escuchando a escondidas, ¿verdad? —La voz de la Sanadora María cortó el silencio.

El temblor en mi respiración o mi corazón latiendo locamente debió haberme delatado ante la sanadora. Ahogué un gemido mientras abría los ojos. Los sentía pesados, mi cabeza nebulosa. Sin embargo, al enfocar, encontré a la Sanadora María sobre mí.

Un destello de desafío surgió en mi interior. Ella había estado hablando de mí. Después de todo, mi bienestar también era asunto mío. —Sí, escuché —respondí, mi voz más cortante de lo que pretendía—. Parece que no soy tu persona favorita.

Las cejas de María se fruncieron. Su cansancio era evidente en lugar de enojo. —Tú y Kyle son de manadas enemigas. Él es el heredero Alfa de los Moonlight. Ustedes dos nunca podrán estar juntos, Leah. Mi consejo es una bondad a largo plazo.

Una sonrisa oscura curvó las comisuras de mi boca. —¿Bondad? Sí, porque ustedes los Moonlight son realmente conocidos por eso, ¿no?

La actitud de María cambió mientras me observaba atentamente, sus ojos color avellana más suaves ahora, como si buscara comprensión. —La misión de Kyle es ardua. Sin importar lo que sientas, involucrarte con él solo obstaculizará su carrera e ideales.

Por un momento fugaz, me ahagué en el recuerdo de estar enredada con Kyle. Sus fuertes brazos me habían levantado sin esfuerzo, recostándome en su escritorio, donde sus manos, labios y lengua habían recorrido mi cuerpo con un fuego que había igualado el mío. Anhelaba su abrazo ahora, sentir esa abrumadora sensación de intimidad envolviéndome.

Pero las palabras de María persistían como un regusto amargo. Y no había terminado. —Debes ver que con los agravios entre nuestras manadas, involucrarse el uno con el otro solo te pondrá en peligro a ti y a los Blood Moon.

Mi garganta se tensó, y la verdad de su advertencia me desgarró. El espíritu desafiante de mi loba susurró que arriesgaríamos todo por estar con nuestro compañero. María tenía un vínculo con Kyle; él la había llamado Tlaak'w, Tía. Habían usado el antiguo lenguaje de la diosa luna. Y ella incluso lo había llamado Irniq, hijo. Anhelaba conocer su historia, entender esa cercanía. En un mundo más amable, imaginé la voz profunda de Kyle llamándome Ilak, compañera. Pero en este mundo, con todas sus complejidades, ¿no tenía razón María? Tal esperanza era una tontería.

—Algunos de los Moonlight, especialmente los tradicionalistas en el consejo, creen que las reformas de Kyle hacia tu manada son solo el resultado de tu influencia —continuó María, sus ojos sinceros y suplicantes.

La confusión y la ira me atravesaron. —Kyle es un buen hombre que cree en las reformas que está implementando —defendí, mi voz haciéndose más fuerte ahora.

—Lo sé, Leah —respondió ella, su tono más suave de nuevo—. Pero debes ver que sus reformas serán fácilmente descartadas, incluso destruidas, si se llega a saber que estuvo involucrado con una Blood Moon.

Apreté los dientes, la inquietud recorriendo mi cuerpo. El pulso de la ira surgió, desesperado por una salida, sin embargo, la advertencia de María sobre las repercusiones para mi gente me sujetó con fuerza. Mantuve mi boca cerrada, la verdad de sus palabras aplacando mi impulso de discutir.

Por un momento, el silencio nos envolvió, el aire denso con emociones. Observé mientras María se movía por la enfermería, realizando sus tareas rutinarias antes de regresar a mi lado, esta vez trayendo consejos médicos en lugar de consejos sobre relaciones. —Tu estro, Leah, necesita ser controlado. Te estoy recetando tres cápsulas diarias —sostuvo un pequeño frasco, su voz firme—. Es vital que no olvides tomarlas si no quieres ser dominada por los impulsos de tu loba. Puedo darte un suministro para un mes, que es la dosis más alta que el consejo actualmente me permite recetar a los Blood Moon. Te programaré una cita en un mes para que vuelvas a reabastecerte. Necesitarás tomar esta dosis alta para suprimir los síntomas en este primer ciclo de celo, luego trabajaremos en reducir la dosis para el próximo mes —hizo una pausa y luego añadió—. Esto te ayudará a manejar los síntomas de tu estro y evitará que alguien descubra tu relación con Kyle.

Mi corazón golpeó contra mis costillas. Recordé las palabras anteriores de María a Kyle sobre el alto nivel de hormonas que corrían por mis venas, señales de mi disposición para aparearme. La realidad se hundió en que María entendía que Kyle y yo éramos compañeros destinados. Con esta medicina, ella pretendía preservar nuestro secreto por el bien de nuestras manadas.

Aunque su consejo me atravesaba, sentí algo más amable bajo su exterior severo. La resignación se asentó mientras aceptaba silenciosamente su buena voluntad.

Mientras me recuperaba durante los siguientes días, la medicina lentamente disminuyó los efectos de mi estro, y la aceptación me invadió. Podría soportar esto. El conocimiento de que las píldoras me ayudarían a manejar mis síntomas me trajo consuelo, incluso cuando el pensamiento de no estar cerca de Kyle dejaba un dolor en mi corazón. Quizás esta separación me daría la claridad que necesitaba. Sin su presencia intoxicante cerca, podría volverme fuerte de nuevo.

Al poco tiempo, María me consideró lo suficientemente recuperada para irme. Me informó que mis pertenencias ya habían sido recogidas de la casa de Kyle y devueltas a mi cabaña en el

territorio de la Luna Sangrienta.

Abrir la puerta de mi cabaña se sintió como atravesar el tiempo, una eternidad y un instante fugaz desde la última vez que había estado allí. El espacio familiar y desgastado me recibió, impregnado de recuerdos como un día soleado. Y no fue la única bienvenida.

—¡Oh, diosa mía! —chilló Lucy, rodeándome casi inmediatamente con sus delgados brazos cuando entré.

Phoebe bajó su flauta de madera, iluminándosele también el rostro.

Pero se me hizo un nudo en la garganta cuando vi a Mary. Estaba sentada con las piernas cruzadas en su cama, radiante de salud, vistiendo su querido suéter de "Los Minerales son Mágicos", un vestigio de tiempos más felices antes de la guerra. Mary era experta en metalurgia y le encantaba hacer joyas con minerales y metales únicos recolectados de nuestras tierras y las tierras circundantes de la manada. Las tierras de la Manada Ala Nocturna eran su lugar favorito para conseguir sus materiales. Allí se encontraban algunos de los minerales más raros, aunque no había podido dedicarse a su oficio desde que comenzó la guerra.

Mary estaba a medio trenzar su cabello dorado, y la trenza se le escapó de los dedos. —¡Leah! —exclamó, con la voz llena de alegre incredulidad.

En un instante, crucé la habitación para darle un fuerte abrazo. Las lágrimas brillaban en nuestros ojos mientras respirábamos la familiaridad de la otra.

—Te ves muy bien —murmuré, soltándola lentamente.

—Todo gracias a ti —dijo, con el rostro cálido de gratitud—. Si no hubieras... —comenzó.

—Estás a salvo y bien. Eso es todo lo que importa —interrumpí, sin querer pensar en lo que podría haber pasado o en cómo Kyle había sido quien ayudó a salvarla. Si no hubiera sido por su orden de que las Lunas Sangrientas recibieran tratamiento médico, Mary probablemente no estaría aquí.

Sin embargo, la sombra debió notarse en mi rostro porque preguntó: —¿Qué pasa, Leah?

Negué con la cabeza, lo último que quería era hablar sobre lo que había pasado el último mes entre Kyle y yo. Además, las serias palabras de María sobre mantener en secreto mi relación estaban presentes en mis pensamientos. Así que, en su lugar, expliqué: —Tuve que ir a la

enfermería por complicaciones debido a la desnutrición.

—Ese imbécil —exclamó Phoebe.

Observé su expresión indignada. —¿Qué quieres decir?

—Ese heredero Alfa, mientras reforma las porciones para el resto de nosotros, te ha estado matando de hambre —dijo Phoebe.

Negué vehementemente con la cabeza. El suave recuerdo de Kyle demorándose en la puerta de su estudio, verificando discretamente que yo tomara mis comidas completas, volvió a mí. — Fueron complicaciones por desnutrición a largo plazo —expliqué—. Como ustedes, he estado comiendo bien. La Sanadora María me ha dado vitaminas extra para tomar todos los días, así que mientras recuerde tomarlas, estaré bien.

—¿Te quedas entonces? —intervino Lucy, su emoción contagiosa mientras se balanceaba sobre las puntas de los pies.

Asentí, mi sonrisa regresando mientras ella reía encantada. —¡Vamos a hacer una fiesta! Nos trenzaremos el pelo unas a otras. Era una tradición de la infancia. Desde pequeñas, las hembras cambiaformas desarrollamos el ritual de acicalarnos mutuamente que se transferiría a nuestras formas de lobo cuando nos acicalábamos también.

—Y Leah, nos vas a contar todo lo que ha pasado el último mes —añadió Lucy, sus ojos brillando de curiosidad.

La ansiedad revoloteó en mi pecho. Quería retrasar esta inevitable discusión, sabiendo que requeriría tejer una red de medias verdades y omisiones. —Eso suena increíble. Pero primero, voy a desempacar y cambiarme. He estado acostada con la misma ropa los últimos días.

Comencé a vaciar mis pertenencias de la sábana envuelta sobre mi cama. Una vez que había movido mi ropa al suelo debajo de la cama y la había vuelto a hacer, me quité el chaleco, y algo cayó sobre la cama. Un brillo familiar llamó mi atención. Un colgante de marca rúnica de bronce con un cordón negro largo yacía sobre la cubierta. La luna llena enmarcada por dos lunas crecientes era el símbolo de la Manada Luz de Luna. La incredulidad me invadió antes de que el calor me inundara las mejillas. Debía ser de Kyle y se había deslizado en mi chaleco cuando...

Destellos de nuestros cuerpos entrelazados volvieron a mí: sus fuertes manos tirando de mi

cabello, sus labios en mi cuello, sus manos amasando mis pechos. Luché por controlar mi respiración mientras agarraba el collar, metiéndolo en el bolsillo de mis vaqueros, desesperada por bloquear los recuerdos que amenazaban.

El resto de la tarde transcurrió tranquilamente mientras me acomodaba de nuevo en la comodidad de la charla, el canto y el toque cariñoso de mis amigas. Mary me trenzó el pelo, y yo hice lo mismo con el suyo. Sus dedos en mi cuero cabelludo y los míos pasando por su cabello en los movimientos familiares me calmaron y me dieron una sensación de parentesco que tanto había extrañado.

Los días se convirtieron una vez más en una mezcla de trabajo en las cocinas y preciosos momentos pasados conectando con mis amigas. La radiante salud de Mary servía como un recordatorio constante de lo mejoradas que estaban las cosas para nosotras. Continuaba dándome satisfacción ver al Anciano Tom y al resto de los miembros de mi manada volviéndose más fuertes y capaces.

Tomaba mi medicina diariamente, controlando efectivamente mis síntomas de estro. Se sentía casi como si mi tiempo con Kyle hubiera sido algo de la vida de otra persona. El dolor en mi corazón se sentía apagado mientras me concentraba en el presente y todo lo que ofrecía.

Sin embargo, un mes después, la decisión me llegó con repentina resolución. Necesitaba devolverle el collar a Kyle. Ahora estaba en control, libre de los impulsos incontrolables que habían dictado mis pensamientos. Tenía la cita programada con la Sanadora María, que me llevaría a la enfermería, solo un par de edificios desde la casa de Kyle. Mientras que trabajar en las cocinas en las afueras del área de Luz de Luna, el único lugar al que había ido las últimas semanas, no me había dado ninguna oportunidad de ver a Kyle y devolverle el collar. Había estado en lo correcto en mi suposición de que no lo vería. Ahora no teníamos ninguna razón para que nuestros caminos se cruzaran. Con eso en mente, decidí matar dos pájaros de un tiro, y mientras iba a mi cita para ver a la Sanadora María, visitaría a Kyle y le devolvería su collar.

Tomaba mi medicina a tiempo, controlando efectivamente también mis síntomas de estro. Era casi como si el tiempo que había pasado con Kyle nunca hubiera sucedido. Con mis síntomas de estro siendo suprimidos, me sentía mucho más en control de mí misma y mi cuerpo.

Mientras me acercaba a la enfermería, una sensación de angustia me oprimió el estómago. Un letrero pegado en la puerta decía: —Lo siento, emergencia, ausente por tres días.

El pánico me invadió. Debí haber olvidado mi receta para la medicación del estro. La opresión en mi pecho se intensificó al darme cuenta de que no recibiría mi prescripción por otros tres días. María solo había podido proporcionarme medicación para un mes porque era el máximo que el consejo permitía para los pacientes de Luna Sangrienta. Me había tomado las últimas tres cápsulas esta mañana.

A partir de mañana, estaría susceptible a los síntomas del estro y los instintos de mi loba volverían a emerger. Pero aún necesitaba devolver el collar. La medicación que había tomado hoy todavía me protegía de que los síntomas se manifestaran ahora.

La determinación corría por mis venas. Mi corazón retumbaba mientras me esforzaba por llegar a la casa de Kyle, con el camino serpenteando ante mí. Mientras caminaba hacia su puerta, los recuerdos me invadieron: su presencia a mi lado y la seguridad de su agarre alrededor de mi muñeca cuando habíamos regresado juntos de los cuarteles de Luna Sangrienta. Pero aparté esos pensamientos, aferrándome en cambio a las duras palabras que había pronunciado: —Ya no la necesito—. Yo tampoco lo necesitaría a él, no una vez que hubiera devuelto el último recuerdo que tenía de él.

Dudé al llegar a la puerta principal, considerando tocar, pero las advertencias de María resonaban en mi mente: —Evita que alguien descubra tu relación con Kyle—. Era peligroso permanecer aquí afuera demasiado tiempo. Así que, en lugar de eso, empujé la puerta suavemente, deslizándome en el silencioso pasillo. Todo estaba tranquilo, pero sabía que lo encontraría en su estudio, sumergido en el trabajo como siempre. Esta era mi oportunidad, una última ocasión para devolver el collar y recuperar mi independencia de una vez por todas.

Capítulo 10

Kyle

Las sombras se extendían por las paredes de mi estudio mientras la luz del atardecer se desvanecía. Esta era la hora en que Leah solía traerme una taza de té. Incluso después de un mes sin ella, aún me encontraba esperando a medias escuchar su suave golpe en la puerta.

Desde que Leah se fue, la casa se sentía incómodamente vacía. Para ahogar su ausencia, me perdí en el trabajo. Racionalmente, me aseguraba a mí mismo que no era diferente sin ella aquí. Después de todo, había pasado la mayor parte del tiempo cuando Leah estaba aquí solo en esta habitación haciendo exactamente lo que estaba haciendo ahora: absorto en reformas y escribiendo página tras página de notas para presentar a mi padre.

Pero era diferente. Su ausencia retumbaba en el silencio. La falta de sus pasos ligeros y sus suaves respiraciones me perseguía a todas horas. Con mis sentidos de cambiante, había podido sintonizarme con su frecuencia como si sintonizara una estación de radio. Y me encontraba inconscientemente intentando alcanzarla, incluso ahora, tratando de escucharla.

Y su tarareo mientras limpiaba.

Diosa, cómo extraño eso.

¿Cuántas veces me había encontrado tarareando inconscientemente el estribillo de "Luna de Sangre Naciente"? Algo tiraba de mi corazón mientras me preguntaba si su madre se la había cantado como lo había hecho la mía. Mi pecho dolía al recordar el temblor en la voz de Leah cuando me había contado que su madre había fallecido, perdida en la guerra entre nuestras manadas, al igual que mi madre.

Mis dedos se desviaron a mi cuello, donde normalmente descansaba mi collar. Lo había perdido, y una ola de amargura me invadió. Parecía que últimamente estaba perdiendo todo lo que me era precioso. El recuerdo de mi madre fue un golpe duro. Había buscado por todas partes en mi oficina y alrededor de la casa, recorriendo mis pasos, pero no se encontraba por ningún lado.

Pero, en medio de la pérdida, descubrí algo más. La noche que Leah y yo nos besamos, le había quitado la camisa. Se había caído detrás de mi escritorio. Mientras buscaba mi collar, me topé

con la tela olvidada detrás del escritorio. Todavía llevaba su aroma a flores silvestres. La había guardado, un sucio secretito enterrado en mi escritorio.

Mientras el silencio de la casa amenazaba con aplastarme, la alcancé, permitiéndome el consuelo en que se había convertido. La suave tela se desgastaba más cada vez que la apretaba contra mí. El aroma estaba ahí, pero era una dulzura que se desvanecía. Apreté la mandíbula, buscando desesperadamente rastros de su perfume. Me recordaba a flores silvestres a finales de verano, demasiado cerca de la descomposición. El aroma de mi propia piel en la tela lo había sofocado. Mi aroma era como la primera helada fuerte del otoño, matando las últimas flores del verano.

Dejando escapar un profundo suspiro, coloqué la camisa de nuevo sobre la pila de papeles junto a mí, sintiéndome vacío como la habitación misma, una extensión de colores apagados tragados por la noche que se acercaba. La tenue lámpara del escritorio temblaba en las paredes. Era claramente hora de intentar encontrar algo más que me distrajera. Inspirado por la fe que María tenía en mí, había comenzado a planear nuestras reformas de la manada. La hostilidad de la última reunión del consejo acechaba como una sombra, un recordatorio de la enorme resistencia que enfrentaría, alimentándome para seguir refinando mis ideas y asegurarme de recolectar los datos que me ayudarían a ganar al consejo.

Después de finalizar las últimas notas, presioné imprimir con una sensación de logro. La impresora cobró vida, sonando demasiado fuerte en el silencio. Reuní los documentos, su peso un ancla reconfortante. Algo que me decía que estaba haciendo algo. Estaba aquí, poniendo el trabajo duro para hacer una diferencia en mi manada. Recogí los documentos del escritorio, valiosos papeles con evidencia de los desfalcos de Sam. Los guardé en mi caja fuerte, preguntándome cuánto tiempo pasaría antes de que tuviera la oportunidad de presentárselos a mi padre. Acababa de llegar un informe de él y los Lunas Claras de que se estaban acercando a los Lunas de Sangre rebeldes. Si tenían éxito, supuse que podrían ser solo días antes de que pudiera presentarle mis hallazgos.

Mientras cerraba la caja fuerte, un golpe resonó en la puerta de mi oficina. Debía ser Mark. Normalmente, golpeaba en la puerta principal, pero últimamente había sido aún más como mi sombra. Claramente, se estaba poniendo cómodo y entrando por su cuenta estos días. Me había estado ayudando a redactar las propuestas y planes de reforma. También habíamos estado entrenando mucho juntos. Intercambiar algunos golpes con él era la mejor salida que había encontrado para combatir mis pensamientos sobre Leah.

Con suerte, estaría dispuesto a una sesión nocturna ahora. —Adelante —llamé, pensando en lo

terapéutico que sería ir a entrenar un poco en el ring. El aire fresco de la noche calmaría mis frustraciones contenidas, y el movimiento desterraría los dolores que venían de pasar demasiado tiempo en este escritorio.

La puerta se abrió, revelando a Leah enmarcada en el umbral. Mi respiración se detuvo mientras sus mechones color brasa caían sobre sus hombros, un contraste vívido con su familiar camisa blanca y sus desgastados vaqueros. Se veía seria, canalizando la misma energía que tenía la última vez que había golpeado la puerta de mi estudio. Una sensación de déjà vu me recorrió como si hubiera sido transportado de vuelta a ese momento del pasado. Pero, esta vez, no había té en su mano.

Me quedé mirando, cautivado, mi corazón acelerándose al verla.

¿Estoy soñando?

Había soñado con ella muchas veces desde su partida.

En ese momento, sacó algo de su bolsillo, y mi corazón dio un vuelco cuando reconocí el colgante de bronce marcado con runas colgando del cordón negro. Mi collar. El que creía perdido.

Al igual que Leah.

—Vine a devolver esto —dijo, con voz cautelosa—. Se deslizó dentro de mi blusa cuando... — Se detuvo, sacudiéndose la incomodidad y acercándose más—. En fin, solo lo dejaré aquí. — Extendió la mano para dejarlo en mi escritorio. Su mano se congeló en el aire.

Vi en qué se habían posado sus ojos: su camisa blanca, arrugada encima de mis papeles y cubierta con mi aroma. Se sentía como una acusación condenatoria de todo lo que había tratado de reprimir. Mi corazón latía en mi pecho como si hubiera sido expuesto y exhibido ante ella.

Sus mejillas se sonrojaron, y vi que comprendió exactamente lo que había estado haciendo con ella. Pero la vergüenza de Leah rápidamente se transformó en desafío. Incluyó la cabeza, entrecerrando los ojos. —Realmente parece que ya no me necesitas, Kyle —me lanzó, la crudeza de sus palabras convirtiendo mi sangre en hielo.

Volví mentalmente a la enfermería y a las palabras que le había lanzado a María: —Ya no la necesito. Su presencia es más un estorbo que una ayuda. El eco frío de mi voz me atormentaba

mientras mi lobo gruñía en protesta, exigiendo mostrarle la verdad detrás de mi negación. Después de todo, ¿no la había extrañado cada momento de vigilia desde que se fue? Y, claramente, mientras mis sueños se desbordaban con pensamientos sobre ella, incluso mi subconsciente la había echado de menos.

Pero la advertencia de María persistía en mi mente, reforzando mi determinación incluso en medio del caos que sentía. No podía dejar que se quedara. Necesitaba que se fuera, que escapara antes de que mi lobo ganara la batalla.

—Ya no te necesito —escupí con voz inflexible—. Fue un momento de locura. Nada más, Leah. No me importas.

Algo cruzó por su rostro, un destello fugaz de dolor rápidamente eclipsado por el desafío. —¿Entonces traerme bajo tu techo en primer lugar no tuvo nada que ver con nuestro vínculo de pareja?

Tragué con dificultad, mi corazón latiendo en un ritmo caótico mientras ella lo nombraba: "vínculo de pareja". Pareja. Mi lobo se agitó con una profunda y voraz apreciación por el término.

Me negué a dejar que me provocara. —Te traje bajo mi techo a pesar de eso —insistí, mis palabras sabían amargas, manchadas por las sombras que enterraban la verdad dentro de mí—. Solo necesitaba probar que no eras una amenaza, eso es todo.

Ella sacudió la cabeza, sus ondas sedosas moviéndose y haciéndome desear extender la mano para acariciarlas. —No me soltaste en el camino de regreso desde los cuarteles de Luna Sangrienta. Me arrastraste de vuelta aquí, negándote a soltarme hasta que estuve dentro —su expresión dura se quebró por un momento, transformándose en algo tierno.

La intensidad de su mirada agrietó la coraza de mis emociones estrictamente controladas. Sentí que la tensión en mi cuerpo vacilaba, una chispa encendiendo lo que había intentado enterrar. —Solo te sujeté porque me desobedeciste —protesté, pero mi tono áspero había perdido su filo. Mis palabras sonaban mecánicas, sin convicción detrás de ellas.

Ella levantó aún más su barbilla hacia mí. Esa chispa de desafío que había intentado templar seguía ardiendo tan brillante como siempre. Su voz era más suave pero aún inquisitiva cuando dijo: —No me asignaste tareas fuera de la casa durante una semana cuando regresamos de los cuarteles de Luna Sangrienta —presionó, su voz suave pero inflexible, sin dejar espacio para

escapar.

Sentí que la presa se rompía. El deseo largamente reprimido surgió incontrolablemente, abriéndose paso a través de las grietas de mi resolución. —¿Qué quieres que te diga, Leah? —gruñí con voz ronca, la crudeza desgarrándome—. ¿Que no puedo soportar la idea de que estés en peligro? ¿Que destruiría a cualquiera que te lastimara? ¿Que cuando te desmayaste, el terror de perderte fue el mayor miedo que he sentido jamás? —Mi respiración salía en jadeos entrecortados, el peso de mi confesión flotando entre nosotros como un tercer ser, absorbiendo todo el aire de la habitación y sofocándonos a ambos.

La boca de Leah se abrió, visiblemente atónita.

Por fin he dejado sin palabras hasta a la ingeniosa boca de Leah.

Cuando cometí el error de pensar en su boca, mi mirada se desvió hacia ella. Recordé lo succulenta y suave que había sido. Entonces, al igual que cuando los huesos de mi cuerpo se rompían con la transformación, la necesidad de mi lobo por todo lo relacionado con Leah se quebró. Mi boca se estrelló contra la suya, capturando la esencia de flores silvestres que me había perseguido. Mis labios devoraron los suyos, diciéndole que esta vez no habría manera de detenerse. Era mía.

Capítulo 11

Leah

En el momento en que los labios de Kyle rozaron los míos, una oleada de calor se encendió en mi interior, sobrepasando toda restricción. El celo cuidadosamente controlado que mi medicación había suprimido surgió con vida, un salvaje latido que corría por mis venas, crudo y exigente. Era como si cada terminación nerviosa se hubiera despertado de repente, electrificada por el calor de su aliento y su aroma a pino. Mis dedos acariciaron el borde afilado de su mandíbula cincelada, trazando la sombra de su barba incipiente.

Mis manos subieron hasta su cabello corto. Un sonido bajo y primitivo retumbó desde su garganta cuando mis dedos rozaron su cuero cabelludo, resonando profundamente dentro de mí y haciendo que mis dedos se curvaran.

No quería separarme para respirar. Me invadía la ansiedad de que cuando lo hiciera, él se alejaría. Pero... aire. Jadeando, mis ojos encontraron los suyos —aquellos hipnotizantes pozos verde esmeralda— y ardían con exigencia. El fuego en su mirada hablaba por sí solo, destellando con un reclamo primitivo que su voz ronca confirmó cuando susurró: —Eres mía.

En la tenue luz de la lámpara de la oficina, las paredes bailaban con sombras, proyectando un brillo íntimo sobre el rostro apuesto de Kyle. Un delicioso desafío danzaba en su expresión, retándome a desafiarlo, pero después de su confesión de que lo más asustado que había estado fue cuando pensó que no despertaría, mi espíritu rebelde se había derretido. Quería entregarme a él por completo. Mis labios ardían con el recuerdo de lo que era rendirse al fuego de su mirada. Quería que ardiéramos juntos.

El deseo me invadió al sentir que toda su contención se había desmoronado. Frente a mí estaba mi compañero, actualmente más lobo que hombre, y maldita sea, eso era sexy. Su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas, cada exhalación urgente y cruda. La tensión en sus anchos hombros y pecho reflejaba la mía. Era como si nuestros lobos se estuvieran mirando fijamente, esperando ver quién sería el primero en atacar.

Más calor me envolvió, inundando cada centímetro de mi ser. El dolor en mi centro se intensificó, un dulce y persistente latido que se elevaba como vapor emanando del bosque. Mi piel vibraba con la necesidad de ser tocada por él, y una humedad cálida se acumuló entre mis

muslos.

Las pupilas de Kyle se dilataron, nebulosas y llenas de lujuria. Él se movió primero. Su boca devoró la mía nuevamente —feroz y posesiva— cada beso marcándome como suya. Cada empuje de su lengua contra la mía enviaba escalofríos a través de mi cuerpo, cada nervio encendido con anticipación. Trazó la curva de mi cuello, provocando y lamiendo hasta que se me escapó un suave gemido. Mi confianza en él se abrió, y arqueé mi cuello, un reflejo de cómo él había desnudado su corazón con su confesión.

Con una destreza que me emocionó y sobresaltó a la vez, me quitó las capas de ropa que nos separaban —mi camisa, chaleco y sostén— exponiendo mi piel al aire fresco, un fuerte contraste con el calor ardiente entre nosotros.

Pensé en cómo había atesorado mi camisa durante el último mes, sacándola para mantener mi aroma cerca de él, y mi afecto por él creció. Me emocioné al darme cuenta de que esto finalmente estaba sucediendo. Mi corazón latía con fuerza mientras su mirada ferviente recorría mis pechos, bajando por mi caja torácica hasta mi vientre plano.

Sus fosas nasales se dilataron mientras su mirada devoradora parecía decir que quería más. Una sonrisa se dibujó en mis labios, un sentimiento de liberación corriendo por mis venas, mientras lo retaba a venir y tomar lo que quería. Mientras él se deleitaba con la vista de mí, mi corazón retumbaba en mi caja torácica, latiendo en anticipación de lo que vendría.

El deseo vibraba a través de mí. Yo también quería deleitarme con la vista de su cuerpo desnudo. Mis dedos encontraron hábilmente el borde de su camisa, ansiosos por sentir el calor de su piel contra la mía. Mientras lo liberaba de su camisa, me maravillé con sus músculos esculpidos, los contornos definidos de cada pectoral y las líneas duras de sus abdominales, todos un testimonio del guerrero que era. Presioné mis labios contra su pecho, saboreando el calor salado de su piel. Un gemido retumbó desde la garganta de Kyle, vibrando a través de mí mientras mi boca lamía y besaba hambrientamente más de él. Una oleada de delirio me atravesó mientras mis manos recorrían ávidamente su pecho y hombros, sabiendo que nunca tendría suficiente de él. Mis manos ansiaban descubrir más de él.

Pero nuevamente, Kyle dominó el momento, quitándome los vaqueros y luego las bragas con un movimiento rápido. Me retorcí para quitarme los calcetines y zapatos hasta que el aire fresco besó mi piel recién desnuda. De repente, estaba desnuda, cada centímetro de mí expuesta a su mirada. La intensa mirada de hambre que brilló en su rostro me debilitó las rodillas, la emoción y

la inquietud revoloteando en mi vientre.

Me tomó en sus brazos y me llevó hasta su escritorio cubierto de papeles y notas. Recordando cómo me había desmayado aquí la última vez, la inquietud me invadió. ¿Nos sería arrebatada nuevamente la satisfacción que habíamos estado persiguiendo? Pero cuando mis ojos encontraron los de Kyle, supe que estábamos a punto de recibir la satisfacción que habíamos anhelado durante meses.

Su boca encontró mis pechos, provocando y succionando mis pezones. Mi espalda se arqueó involuntariamente ante la promesa de éxtasis, el calor vibrando a través de mi cuerpo mientras me derretía bajo su toque. En un instante, Kyle encontró el punto dulce entre mis piernas y empujó un dedo dentro, con una lentitud deliberada en su toque. Mi respiración se entrecortó, y el único sonido del que parecía capaz era un gemido embriagador mientras el placer recorría mi cuerpo. Sus ojos recorrieron mi rostro, observando intensamente, y jadeé de nuevo cuando introdujo un segundo dedo, abriéndome y empujándome más cerca del límite.

Con lo mucho que había estado esperándolo y la forma en que mi cuerpo estaba tan tenso, lo sentí —la familiar ola lista para romper sobre mí. Mi cuerpo respondió instintivamente, girando hacia su clímax. —¡Kyle! —grité, el nombre saliendo de mis labios como una invocación desesperada.

El sonido de una cremallera resonó en la tenue luz, arrastrándome de vuelta del precipicio por el que había caído. Mientras se quitaba los vaqueros, mis ojos entrecerrados recorrieron todo el cuerpo bronceado de Kyle —su impresionante pecho, la pronunciada curva de sus caderas y el grosor innegable de su miembro. Por un momento, la inquietud me invadió. Siendo mi primera vez, una parte de mí se preguntaba si el impresionante grosor de Kyle sería demasiado. Pero la vista también me provocó un escalofrío, y abrí más las piernas, exigiendo silenciosamente tenerlo todo.

Cuando entró en mí, el gemido de satisfacción que retumbó desde su garganta casi fue suficiente para hacerme llegar al clímax nuevamente. Su miembro era como nada que hubiera conocido antes —una deliciosa expansión que casi me abrumaba. Hubo una punzada de dolor, pero este placer bendito lo borró. Pronto, grité de nuevo, sintiéndome exquisitamente llena mientras se hundía más profundo, la conmoción de sensaciones envolviéndome por un momento. Con dedos expertos, Kyle acarició lentamente mi clítoris en círculos, trayendo más y más sensaciones a mi cuerpo. Cada oleada de calor y placer amenazaba con deshacerme.

Cuando Kyle comenzó a moverse, se estableció un ritmo entre nosotros, y el resto del mundo se desvaneció. Con cada embestida, la intensidad de su deseo se fundía con el mío, y sentí que viajábamos juntos hacia el clímax. Pensé en todas las veces que nos habíamos visto arrastrados por esa corriente magnética, y supe que esto siempre había sido inevitable. Este tira y afloja entre nosotros siempre estuvo destinado a saciarse de esta manera. Y entonces, con un gruñido animal, encontró su liberación dentro de mí. Mis paredes internas lo apretaron mientras un último orgasmo me atravesaba, fundiéndonos de nuevo.

El tiempo se ralentizó mientras bajaba de las alturas, saboreando la íntima sensación del cuerpo relajado y satisfecho de Kyle presionado contra el mío. Su piel besada por el sudor se adhería a mí, y su aroma, una mezcla de pino cálido y almizcle de deseo, me envolvía.

Pero entonces, sentí que su cuerpo se tensaba. Cuando se apartó, la dulce euforia se desvaneció mientras el shock invadía sus facciones.

La cruda claridad regresó cuando salió de mí. Me miró, con confusión entretejida en su mirada. —Leah, yo... no pretendía que esto sucediera.

Las palabras me golpearon como hielo. —¿Qué quieres decir con que no pretendías que esto sucediera? —Tragué el nudo en mi garganta, mientras la rebeldía me cubría como una armadura—. ¿Y todas las cosas que dijiste?

—Fue el calor del momento —dijo Kyle, su tono una incómoda mezcla de arrepentimiento y determinación—. Fue tu celo, nublando el juicio de ambos —argumentó, la frialdad de sus palabras golpeando profundo y recordándome las advertencias de la Sanadora Maria.

Pero no iba a permitirle esconderse detrás de mi celo como única razón de lo sucedido.

—He estado tomando medicación para suprimir el celo —argumenté, levantándome apresuradamente del escritorio y alcanzando mi ropa descartada—. Esto no sucedió solo por el celo. Sucedió por lo que somos el uno para el otro.

La maldita contención que creí que se había hecho añicos cuando finalmente confesó sus sentimientos fortificó su rostro nuevamente. Se puso la ropa interior y metió apresuradamente las piernas en sus vaqueros.

—Bueno, ciertamente se sintió como los síntomas del celo —argumentó—, como aquellos que nos atraparon antes. —Apretó la mandíbula—. Tal vez olvidaste tomar la medicación.

—¿Qué? No —negué vehementemente con la cabeza, pero mi estómago se hundió. Me quedé inmóvil por un momento mientras me abrochaba el sujetador.

No habría venido aquí si no hubiera estado protegida de los síntomas del celo. El objetivo de visitar a Kyle esta noche había sido demostrar que tenía el control y que había recuperado el control de mi vida. Pero entonces, si había tomado mi medicación hoy, ¿por qué había perdido el control tan rápido? La duda se había arraigado en mí. ¿Y si había olvidado tomar mis pastillas?

Pero el tono acusatorio de Kyle, como si todo fuera mi culpa después de la intimidad que acabábamos de compartir, hizo que no compartiera mis dudas. Con la ropa interior puesta, me puse la camiseta y los vaqueros, mi piel hormigueando de rabia por la frialdad glacial con la que me trataba, como si lo hubiera engañado de alguna manera.

Con mi furia ardiendo en mis venas, la expresé: —Sí, lo olvidé, por supuesto que fui yo. La Luna de Sangre te engañó. De otro modo, ¿por qué un noble Moonlight como tú diría lo que dijo a una simple esclava como yo?

Kyle me fulminó con la mirada mientras se ponía la camisa, aparentemente demasiado furioso para decir algo.

Me concentré en ponerme los calcetines y meterlos en mis zapatos mientras mi corazón martilleaba contra mi pecho.

Cuando me puse de pie, la expresión de Kyle se había convertido en una fortaleza. La suavidad que habíamos compartido momentos antes parecía una ilusión. —Bien, ahora te digo sin que el celo afecte mi juicio, mantente alejada de mí.

Mi corazón sangró ante la mirada de frialdad que invadía su rostro. ¿Cómo podía ser este el mismo hombre que me había mirado con tanto deseo minutos antes?

—Hecho —dije, corriendo hacia la puerta, mis pies resonando por el pasillo como si no pudiera alejarme lo suficientemente rápido. Mi corazón golpeaba mi pecho, mi loba aullando mientras ambas nos dábamos cuenta de que esta vez, el daño que Kyle nos había causado era profundo y devastador.

Capítulo 12

Kyle

Inhalé una gran bocanada de aire de Alaska. Con el sol asomándose entre las nubes dispersas, Mark y yo habíamos ocupado el círculo de entrenamiento fuera de la Cámara del Consejo hoy. El suelo estaba compactado, pulido por incontables pies y patas a lo largo de los años, como las cicatrices que cruzan a un guerrero experimentado. Postes de madera marcaban el perímetro, grabados con runas: inscripciones de fuerza, valentía y velocidad, llamados silenciosos pidiendo las bendiciones de la diosa luna.

Mark estaba frente a mí, su cabello oscuro brillando como caoba pulida bajo el sol. Gotas de sudor corrían por su frente, reluciendo contra su piel bronceada. Bajó su postura, los músculos tensos bajo su equipo de entrenamiento. —¿Estás listo para otra ronda? —gritó, con un desafío bailando en sus ojos alertas.

—Adelante —respondí, sintiendo la adrenalina corriendo por mis venas. La tela de mi camiseta se pegaba incómodamente a mi piel, empapada de sudor, pero no estaba listo para detenerme. El círculo se había convertido en mi santuario, y el único lugar donde podía perderme.

Un pequeño grupo de miembros de la Manada Moonlight se reunió al borde del círculo, sus murmullos desvaneciéndose mientras me concentraba.

Mark se lanzó primero, sus movimientos de pies un borrón mientras se acercaba a mí. Ajusté mi postura, plantándome contra la avalancha de su energía. Su puño voló hacia mi cara. Me agaché, sintiendo la ráfaga de aire mientras su puño rozaba mi mejilla.

Con una sonrisa feroz, contraataqué con un rápido uppercut dirigido a su torso. Un satisfactorio 'golpe' reverberó en mis nudillos al conectar, provocándole un gruñido que lo hizo tambalearse hacia atrás.

—¡Buen golpe! —reconoció Mark, su respiración entrecortada mientras me rodeaba, observándome.

A pesar del estallido de triunfo, la culpa me carcomía por dentro, haciéndose más pesada con cada latido. Cada palpitación traía recuerdos del hermoso cuerpo de Leah tendido ante mí. Mi

mente daba vueltas. Nunca había experimentado tal éxtasis, y parecía haberse entretejido en mi propio ser. Los recuerdos de la piel sudorosa de Leah y el sabor de su dulzura surgían vívidamente, robándome la concentración.

Mark conectó un golpe en mi costado, y gruñí, el dolor ardiendo a través de mí. Giré alejándome, respirando en bocanadas constantes mientras me cuadraba frente a él. Avanzó de nuevo, lanzando un jab hacia mi cara. Lancé mi antebrazo hacia afuera, desviando su golpe y sintiendo el ardor de su piel rozando la mía, un recordatorio de que estaba vivo, incluso mientras los recuerdos de Leah amenazaban con ahogarme.

Abrí la distancia entre nosotros con pasos medidos antes de acercarme, canalizando la adrenalina que corría por mis venas. Salté hacia él con un puñetazo dirigido a su mandíbula.

Sus reflejos eran sólidos: se apartó justo a tiempo. Me agaché para evadir otro golpe, luego contraataqué con una patada lateral rápida que lo tomó desprevenido, el impacto sacudiendo mi pierna y haciéndole retroceder un paso.

La multitud estalló en un coro de vítores, pero el vacío dentro de mí no podía llenarse con sus elogios. Y, en el fondo, sabía que no importaba cuántos golpes acertara, nada llenaría este abismo, uno que solo crecía desde aquella imprudente noche con Leah.

Mis músculos se tensaban, anhelando arder en el ritmo de la pelea porque era lo único que había encontrado que amortiguaba esta culpa que amenazaba con devorarme vivo.

Frunciendo el ceño, intenté sofocar el tortuoso recuerdo. De nuevo, mientras Mark y yo chocábamos, lanzando una ráfaga de puñetazos, no eran los puños de mi asistente los que causaban el dolor en mi pecho sino el recuerdo de la voz resentida de Leah: —La Luna de Sangre te engañó. Si no, ¿por qué más un noble Moonlight como tú diría lo que dijiste a una simple esclava como yo?

Cada golpe era una liberación, una manifestación de las frustraciones que había embotellado y que me sofocaban porque esto era todo lo que tenía. La verdad devastadora era que no podíamos estar juntos. Manadas enemigas. Nada podía cambiar eso.

Con la niebla amenazando con descender, apreté los dientes, lanzándome contra Mark, convirtiendo mi desesperación en poder mientras me lanzaba contra él. Se agachó de nuevo, y aproveché el momento, pivotando sobre mi talón para ejecutar un golpe giratorio de revés.

¡Zas! Mi golpe conectó con su mandíbula, y se tambaleó, cayendo en la tierra.

La pequeña multitud estalló en un coro de aplausos.

Extendí una mano para ayudarlo a levantarse, y él la tomó, sacudiendo su cabeza. —Incluso cuando estás distraído, das un gancho derecho terrible —dijo, sonriendo y estirando su mandíbula.

«Distraído». La palabra resonó dentro de mí. Sentía como si me estuviera devorando vivo, como si mi lobo hubiera decidido consumirme desde adentro. No me sorprendería. Había estado malhumorado y furioso desde que lo arruiné con Leah. Habíamos encontrado a nuestra pareja, y luego lo habíamos destrozado todo. No le había contado a Mark sobre Leah, por supuesto. No le había contado a nadie. Nadie podía saberlo. Ese era el punto.

—Distraído —le lancé una sonrisa—. Lo que te ayude a dormir por la noche.

Él rio, sacudiendo la cabeza y exhalando grandes bocanadas de aire.

Me dije a mí mismo que esto era todo lo que necesitaba. Más de esto, y estaría bien. Dejé que mi corazón acelerado, mi piel empapada de sudor y las grandes bocanadas de aire purificador que compartía con mi asistente fueran suficientes.

Pero justo cuando comenzaba a sentir que el ritmo de mi corazón se asentaba, una cacofonía de voces atravesó mi aparente calma duramente ganada. La multitud estaba creciendo a nuestro alrededor. Esta era una multitud mucho más grande de la que atraía una sesión de entrenamiento. Mark y yo generalmente teníamos algunos espectadores, pero los miembros de la Manada Moonlight estaban emergiendo de las puertas de sus casas y edificios de trabajo.

Mi mirada se dirigió hacia la línea de árboles, fijándose en lobos grises: Moonlights. Todos los Moonlights tenían pelaje gris, mientras que los Blood Moons tenían pelaje rojo. Mi corazón latió con anticipación mientras distinguía al más grande. Su pelaje brillaba como acero pulido bajo el sol. Cada ondulación de músculo bajo su pelaje exigía atención mientras guiaba a los lobos Moonlight que regresaban detrás de él: mi padre.

Él y otros seis lobos se dirigieron a la Cámara del Consejo. Una multitud de Moonlights había rodeado el círculo de entrenamiento, atraídos por su Alfa. En un momento, la bestia de mi padre había sido reemplazada por su forma humana.

Reginald era casi tan alto como yo, apenas por debajo de mi metro noventa. Comandaba respeto con su altura y porte ancho. A los cincuenta años, su cuerpo todavía estaba tonificado y delgado, y las muchas cicatrices ganadas en batalla brillaban en su piel con orgullo. Parecía en todo un guerrero de los antiguos mitos y leyendas, creado por la misma diosa luna.

—Quiero informes de todos los miembros del Consejo —su voz no estaba alzada, pero la serena fuerza en ella y sus movimientos deliberados exigían un respeto que resonó entre la multitud como un tambor—. Todos los miembros del consejo deben reunirse en la cámara en diez minutos para presentarme sus informes individuales.

Todo el consejo, eso me incluía a mí y a los diez miembros ancianos. Compartí un momento de entendimiento con Mark, nuestras miradas serias encontrándose. La tensión entre nosotros se intensificó. Para esto habíamos pasado incontables días y noches sin dormir redactando documentos y esta era la razón por la que habíamos investigado cada migaja de evidencia sobre la malversación de Sam. Por fin iba a compartir todo con mi padre, la verdad que había descubierto.

Mi pulso se aceleró con anticipación. Le presentaría la información después de dar mi informe inicial. Solo tenía diez minutos, después de todo. La tensión se asentó en mis hombros mientras salía del círculo de entrenamiento. Tenía justo el tiempo suficiente para lavarme la cara y beber algo de agua. Al acercarme a la Cámara del Consejo, supe que estaba entrando al verdadero campo de batalla.

Los ancianos se agrupaban en el corredor, cada uno formando su propio grupo. Susurros fragmentados y murmullos interrumpían las pesadas expectativas.

Me sentía acalorado y desaliñado en mi ropa de entrenamiento, pero no había tiempo para cambiarme. Mi padre no era un hombre al que le gustara que lo hicieran esperar. Además, tenía cosas importantes que discutir. Estaba determinado a presentarle mis reformas antes de que cualquiera de los tradicionalistas estirados pudiera quejarse de ellas. Mi corazón retumbaba mientras pensaba en el otro asunto que tenía que discutir: los crímenes del Anciano Sam.

Como era de esperar, siendo el heredero Alfa, fui llamado primero a la sala del consejo. Reginald estaba sentado en el centro de la Mesa Alta. Se había puesto una de las túnicas marcadas con runas, con las marcas doradas decorando los puños y el cuello, y unos pantalones de vestir con zapatos elegantes. Su Beta, Charlie, estaba sentado a su lado, vestido de manera similar.

Me paré frente a ellos en la Mesa Alta. No había ningún asiento dispuesto para mí, lo que hacía que esto se sintiera más intimidante de lo que pensaba.

Los ojos azul glacial de mi padre me estudiaron. Su cabello negro corto era como el mío pero salpicado de gris.

—Kyle —me saludó—. ¿Cómo te va con Mark? ¿Ya estás al día con todo?

Me desconcertó su tono casual. Hablaba como si hubiera regresado ayer, cuando en realidad llevaba dos meses aquí. La urgencia por mostrarle mi comprensión de los asuntos de la manada creció dentro de mí.

—Mark ha sido excelente poniéndome al día —dije, forzando firmeza en mi voz—. Después de las primeras semanas, ya estaba al tanto de los procesos de la manada. Desde entonces, he realizado mis propias investigaciones sobre asuntos de la manada y he descubierto algunas inconsistencias incómodas.

Sus ojos me escrutaron. —¿Ah, sí?

—Ha llegado a mi atención que el Anciano Sam ha estado reduciendo las raciones de la Manada Luna de Sangre y embolsándose el déficit de los fondos del consejo. También ha estado vendiendo hierbas de la enfermería para obtener ganancias. —La seriedad de lo que estaba acusando a Sam llenó la cámara del consejo, y me apresuré a decir—: Tengo evidencia documentada de su malversación. Cifras que prueban lo que ha estado haciendo.

Mi padre frunció el ceño y juntó las manos sobre la mesa. —Estoy al tanto de estos procedimientos, Kyle. De hecho, yo le instruí a Sam que hiciera estas cosas.

Mi respiración se entrecortó, sintiéndome mucho más sin aliento que por cualquiera de los golpes que Mark había logrado asestar en el círculo de entrenamiento. Parpadeé sorprendido. Había pensado que la malversación de Sam sacudiría los cimientos de la jerarquía. Los diez ancianos del consejo eran una parte esencial del funcionamiento exitoso de nuestra manada. La confianza de la manada era su fundamento, y yo había estado preparado para tratar de mantener las cosas en silencio, para hacer control de daños para que este crimen no hiciera que nuestra manada se derrumbara. Pero para lo que no estaba preparado era para que esto fuera historia antigua. O, más bien, que no fuera noticia en absoluto.

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué ordenaría algo así? —exigí saber.

Una sombra cayó sobre el rostro de mi padre, y sentí que no estaba acostumbrado a que le hablaran así. Después de un momento, dijo deliberadamente: —He estado canalizando esos fondos para cazar a los Luna de Sangre que escaparon.

Sus palabras parecieron golpearme en el pecho, y sentí como si me hubieran derribado. Se me escapó el aliento. A pesar de estar quieto, el desconcierto hacía que mi cabeza diera vueltas. Los fondos que Sam había estado malversando en realidad se estaban usando para cazar a los Luna de Sangre fugitivos.

Una comprensión fría y cruel se hundió en mí. Había pensado que mi padre estaba siendo engañado por uno de sus ancianos mientras había estado ausente de la manada. Pero él estaba bien informado sobre sus asuntos, a diferencia de mí. Los celos me atravesaron. Había confiado más en Sam que en mí, más que en su propio hijo. Un vacío me golpeó mientras mi garganta se apretaba.

Había estado ausente durante años, en gran parte desconectado de los asuntos de la manada, y ahora entendía que él había buscado ayuda en otra parte. La culpa clavó sus garras en mí, y la ira y la vergüenza luchaban por espacio dentro de mí.

La mirada estoica de mi padre me atravesó, y lo vi tomar el control. —Kyle, vamos a aclarar esto. Quiero que tú y Sam estén en buenos términos. Llamaré a Sam ahora para que podamos resolver esto entre ustedes.

Con sus palabras, me preparé mientras Sam, de cabello plateado e impecablemente vestido, se unía a nosotros. Llevaba un aire de confianza reflejado en su rostro curtido. Se veía tranquilo, un hombre diferente al que había enfrentado cuando las emociones lo habían impulsado durante nuestra última reunión del consejo.

Mientras estaba allí, nuestros roles parecían invertidos. Yo estaba sudoroso y sucio del entrenamiento e inseguro con dudas y mi orgullo herido.

Como era de esperar, Sam procedió a informar sobre mis esfuerzos para mejorar las condiciones de los Luna de Sangre. —El cambio más grande, Alfa, desde su última visita es sin duda las modificaciones de Kyle a las raciones de la manada Luna de Sangre y la implementación de atención médica para ellos. Ha asignado gastos significativos para su bienestar.

La expresión de mi padre se oscureció. Las líneas en su rostro se volvieron más pronunciadas. —Kyle, pensé que había dejado claro que debías ser guiado por Sam en mi ausencia. Ahora regreso

para encontrar que estás dando clemencia al mismo enemigo que estoy gastando mi energía y tiempo cazando.

—Mis reformas fueron motivadas por el costo, padre —justifiqué—. Tengo todos los datos que muestran que dar a los Luna de Sangre raciones adecuadas y atención médica es mejor para nuestro balance final a largo plazo. Esa fue mi razón para implementar estas mejoras.

La expresión de mi padre perdió su dureza mientras aceptaba reluctantly mi razonamiento. Sin embargo, su tensión persistía en sus hombros rígidos. —Dejemos algo claro. El sistema de esclavitud no será abolido —afirmó con voz cortante—. Los Blood Moons deben expiar sus pecados —su penetrante mirada destelló con sed de venganza. Era la sed que me había impulsado hacia la reforma. Mientras miraba a mi padre, me pregunté si finalmente se liberaría de esto cuando encontrara a los Blood Moons fugitivos. La decepción me invadió al pensar en todas las reformas que había estado preparando para presentarle. Sabía cuánto las habría deseado mi madre. Sin embargo, todos sus deseos habían sido distorsionados por la venganza de mi padre.

—Lo cual nos lleva a nuestro siguiente asunto —dijo Reginald—. Mientras cazábamos, una vez más, los Blood Moons iban un paso por delante de nosotros. Era como si hubieran sido informados de nuestros movimientos con anticipación.

Mi corazón martilleaba en mi pecho. —¿Cree que hay un espía? —pregunté, comprendiendo.

Charlie, el Beta de mi padre, asintió. —Es lo único que tiene sentido. Estuvimos así —explicó, levantando el pulgar y el índice—, hace un par de días de atraparlos, y luego desaparecieron. Alguien les avisó de dónde estaríamos. No hay otra explicación.

Sabía exactamente lo que Sam iba a decir antes de que las palabras salieran de su boca. —Esa Blood Moon, Leah, ha estado usando sus encantos con el joven Kyle, lo que seguramente le daría acceso a información vital. Estuvo viviendo bajo su techo durante bastante tiempo hace un mes.

Me retorcí bajo la mirada de mi padre. No podía saber lo que había pasado entre Leah y yo. Si estar frente a la Sanadora Maria me había hecho sentir avergonzado de mis sentimientos por Leah, la idea de que mi padre se enterara me hacía sentir como si tuviera un peso de plomo en el estómago y me hubieran arrojado al océano. Moriría si alguna vez lo descubría.

—¿Leah? —preguntó mi padre—. ¿La hija del antiguo Beta de los Blood Moon?

Por segunda vez hoy en esta cámara, sentí mi ignorancia. Leah nunca había mencionado que su padre había sido el Beta de los Blood Moon.

—La misma —afirmó Sam.

—¿Y no era ella la que estaba comprometida con el heredero del Alfa de los Blood Moon? —preguntó Charlie.

Sam asintió, y la mirada de mi padre se perdió mientras consideraba esta información. Mientras tanto, mi pulso se disparó con estas nuevas noticias que tiraban de mis entrañas en todas direcciones como si me estuvieran destripando. ¿Leah había estado comprometida con el heredero fugitivo del Alfa de los Blood Moon? ¿Seguía comprometida? ¿Todavía sentía algo por él? Incluso mientras mi tonto corazón decidía enfocarse en lo equivocado, mi mente comenzó a seguir el camino que mi padre y los otros miembros de mi manada estaban trazando. Con sus conexiones con la jerarquía de la manada Blood Moon, Leah era una sospechosa principal de ser espía. Pero la certeza latía dentro de mí. Leah no haría eso. Leah era una Blood Moon, pero sabía en lo profundo de mi corazón que ella no era la informante entre nosotros.

—Jamás le daría información importante sobre nuestra manada a una Blood Moon —comencé, defendiéndome.

Mi padre me interrumpió: —¿Pero podría haber otras formas en que esta Blood Moon obtuviera información crítica... documentos de la manada?

Negué con la cabeza, aunque mi mente destelló con el recuerdo de Leah y yo entrelazados sobre papeles, dos veces ya, planteando una pregunta que apenas podía soportar considerar.

—Siempre mantengo la información sensible bajo llave en mi caja fuerte —repliqué, resistiendo contra la marea de dudas que amenazaba con invadirme.

—¿Y puedes mirarme directamente a los ojos —me desafió mi padre—, y decirme que esta Blood Moon nunca ha estado en tu oficina?

Pensamientos incendiarios estallaron en mi mente; la frustración bullía. Mi mandíbula se tensó, luchando contra la rabia cegadora. Pero no podía mentirle a él, mi padre y Alfa.

—No, no puedo —dije, la capitulación sabía amarga mientras forzaba las palabras.

Una mezcla de culpa y rabia se retorció en mis entrañas mientras mi padre se reclinaba,

dirigiendo su mirada a Sam. —Me gustaría que fueras con Kyle a su oficina y buscaras cualquier señal de manipulación en la caja fuerte.

Mi mundo se inclinó sobre su eje mientras Sam me seguía hacia mi oficina, su presencia amenazante. Lo dirigí hacia la caja fuerte donde guardaba los documentos de la manada, mi corazón latiendo con incertidumbre.

En el momento en que llegamos, un pavor nauseabundo se apoderó de mí. Los documentos dentro habían sido movidos.

El desorden no era como lo había dejado.

Y Leah había sido la última persona en visitar mi oficina conmigo hace un par de noches. Las palabras de Charlie me perseguían. "Alguien les avisó de dónde estaríamos. No hay otra explicación".

Mientras recordaba nuestras interacciones, la duda invadió mi mente, espesa como la niebla. ¿Me había engañado Leah? El calor había parecido tan similar a los síntomas del celo que anteriormente me habían hecho perder el sentido la primera vez que la besé. Pero ella había insistido en que había tomado su medicación. ¿Pero realmente podía confiar en algo de lo que había dicho?

Recordé que ella había llegado justo cuando yo cerraba la puerta de la caja fuerte. Su golpe había sonado justo cuando la dejé caer cerrada, pero ¿y si no la había cerrado con llave? ¿Y si ella había estado de pie fuera de la puerta, escuchando mis movimientos y me había distraído? Recordé que se había ido inmediatamente después de nuestro encuentro, pero yo había subido a ducharme después. ¿Y si ella se había escabullido de vuelta para robar documentos de la manada? ¿Y si todo entre nosotros había sido una mentira?

El pensamiento me atravesó, y por primera vez, me preocupé de no poder confiar en mi propio corazón.

Capítulo 13

Leah

La luz del día se filtraba por las sucias ventanas de la cabaña, iluminando los muebles disparejos. Yacía en mi cama, con el corazón pesado a pesar del inesperado regalo de una tarde libre.

—Me pregunto si el equipo de limpieza también terminará temprano —reflexionó Mary desde su posición, sentada con las piernas cruzadas en su propia cama junto a mí. Sus dedos tejían hábilmente su cabello dorado en una trenza que parecía oro hilado.

Nos habían enviado temprano a casa desde las cocinas por orden abrupta de los supervisores de Moonlight, que habían cerrado al recibir la noticia del regreso del Alfa de Moonlight.

—Tal vez —respondí, la palabra saliendo de mí con letargo. Incluso hablar parecía demasiado esfuerzo. En secreto estaba insatisfecha con el tiempo libre. Trabajar en las cocinas mantenía mi mente ocupada y ofrecía un respiro de los pensamientos incesantes que giraban en bucle, disonantes como un disco rayado.

Atrapada pensando en Kyle.

Las secuelas de nuestra noche juntos pesaban enormemente en mi pecho. No podía quitarme el sabor a traición, bordeado de vergüenza y frustración. ¿Cómo podía acostarse conmigo y luego volverse frío, culpando todo lo que había sucedido entre nosotros a mi celo? El disgusto se revolvía dentro de mí.

Pero la verdad arañaba mi conciencia. Su acusación no era del todo injusta. En mi estado confuso al prepararme para verlo esa noche, había olvidado tomar mis píldoras. Después de regresar de lo de Kyle, tres solitarias píldoras se habían burlado de mí desde el frasco.

Unos pasos interrumpieron mis pensamientos. Phoebe y Lucy irrumpieron en la cabaña, derramando risas sobre el umbral. —¡Qué bien! —chilló Lucy—. Esperábamos que también les hubieran dado la tarde libre.

Phoebe cerró la puerta y se dirigió a la cama, con emoción brillando en sus ojos. —¿Quién sabe qué tan relajados se pondrán los Moonlight si están celebrando el regreso de su Alfa? —Sus rizos

castaños rebotaban a su alrededor mientras planeaba, y poco después, añadió—: Tal vez podamos escabullirnos al bosque más tarde.

Lucy sonrió, su piel de porcelana brillando bajo el sol desde donde bailaba junto a la puerta, claramente demasiado excitada para quedarse quieta. Mi corazón dolía. Deseaba poder ser tan despreocupada. Cómo anhelaba volver a antes, a antes de que este peso se alojara en mi pecho, arrastrándome hacia abajo. Ni siquiera el brillo saludable que nuestras raciones extra nos habían dado a todas podía levantar mi amargo estado de ánimo.

Por un momento, la propuesta de Phoebe se hundió en mí. Tal vez tenía razón. Tal vez la tierra bajo mis patas aliviaría algo de esta tensión. A veces, las cuatro nos transformábamos en nuestras formas de lobo. Pero estar tumbadas en nuestra cabaña y acicalarnos mutuamente no era exactamente lo mismo que ser libres para correr por los senderos del bosque o escalar las laderas de las colinas.

Pero entonces recordé que con la forma en que mis instintos estaban descontrolados —ráfagas de calor arremolinándose a través de mí— mi loba probablemente correría directamente a la casa de Kyle si tuviera la oportunidad. Apreté los puños ante el pensamiento. —Estoy cansada —dije, forzando las palabras—. Creo que me quedaré aquí a leer.

Alcancé mi frasco de píldoras, tomando la penúltima. La última era para mañana. Las había racionado durante los últimos dos días.

Mary me observó con preocupación. —¿Cuándo regresa la Sanadora Maria para darte un reabastecimiento de vitaminas?

—Mañana, espero —si la nota en la puerta de la enfermería era de fiar. Esa escasa esperanza era todo lo que tenía para aferrarme: la perspectiva de alivio de los síntomas de mi ciclo de calor y las tumultuosas necesidades de mi loba.

—En serio, ¿qué te pasa, Leah? —La mirada marrón de Phoebe se fijó en mí, penetrante e inquisitiva—. No has sido tú misma estos últimos días. No nos estás contando todo.

Esta era la enésima vez que mis amigas me preguntaban qué me estaba consumiendo. Sentía sus ojos sobre mí. Pero hasta ahora, no había podido abrirme. Ya fuera la noticia del regreso del padre de Kyle o la disminución de la medicación, no podía identificar la fuente de mi angustia. Pero estaba amplificadas, tanto que las lágrimas picaban mis ojos ante las palabras de Phoebe.

Mary estuvo a mi lado en un instante, poniendo su mano sobre la mía. —Oye, oye... Sabes que puedes contarnos cualquier cosa, Leah. Vamos, Nuka.

Usó la palabra de la diosa lunar para hermana, y mi pecho se llenó de calidez. Era cierto. Compartir este pequeño espacio y todo nuestro tiempo juntas nos había transformado en hermanas. Sabía que las mujeres a mi alrededor eran mi familia y me apoyaban. Finalmente, me sentí lista para desahogarme.

—No se los dije antes. No quería preocuparlas, pero Kyle y yo somos compañeros destinados —confesé.

Phoebe entrecerró los ojos, entrando en modo sobreprotector. La expresión gentil de Mary me animó a continuar, y Lucy, por una vez, ni siquiera chilló.

Las palabras brotaron de mí, cada sílaba liberando el peso que había estado cargando. —Pensé que él era diferente —expliqué, con la humillación hormigueando sobre mi piel—. Pero después de que dormimos juntos, me dijo que me mantuviera alejada, culpando nuestro encuentro a mis síntomas de celo.

La rabia se arremolinaba dentro de mí, encendida por un destello de memoria: la luz en la apasionada mirada de Kyle enfriándose hasta el desdén.

—¡Qué idiota! —soltó Phoebe.

—Lo que pasa es —murmuré—, que tenía razón. Olvidé tomar mi medicación ese día. Cuando fui a verlo para devolverle su collar, pensé que tenía el control. Pero no era así. —Luché contra la emoción revuelta que giraba a través de mí. Más que nada, estaba desesperada por autonomía y por fuerza sobre los impulsos primales que mi celo traía—. ¡Necesito encontrar una manera de tomar control de mi cuerpo, de los impulsos de mi loba, no puedo seguir así!

Mary rompió el silencio cargado. —Cuando visité la Manada Nightwing por suministros, conocí a una bruja que dijo que estaba dentro de sus poderes romper el vínculo de pareja entre dos lobos.

Una emoción de anticipación chispeó a través de mí. —¿Así que es posible? —Mi corazón golpeaba contra mi pecho, acelerándose con la posibilidad.

Los relatos de Mary sobre distantes montañas imponentes y valles profundos en el lejano noreste

de Alaska bailaron en mi mente.

—Pero ni siquiera podemos salir a correr en el bosque —me quejé—. ¿Cómo propones que llegue allí?

—No, tontita —dijo Mary entre risas—. Ahí es solo donde conocí a una bruja que me habló del ritual. Cualquier bruja debería poder realizarlo si realmente quieres romper el vínculo.

La esperanza se encendió dentro de mí, aunque vaciló ligeramente cuando mi loba gruñó en protesta, ansiosa por proteger el vínculo de pareja como siempre.

—Quiero romperlo —afirmé ferozmente, encontrando la mirada firme de Mary—. Es ese vínculo el que me arrastra hacia Kyle más allá de la razón. Me niego a estar a merced de las necesidades primarias de mi loba; quiero volver a ser yo misma, fuerte e independiente. Solo quiero ser yo —terminé, con voz firme y sincera.

—¿Qué tal Naomi? —sugirió Phoebe, con los ojos brillando ante la idea.

—¿Nay? —repitió Lucy, sentándose en su cama—. Diosa, ella estaba presente cuando me transformé por primera vez. Nos bendijo a todas aquella noche cuando nos transformamos bajo la luna llena. Sería perfecta.

Naomi era una conocida bruja local que había honrado las ceremonias de nuestra manada antes de la guerra. Recordé los susurros sobre ella durante aquellas noches iluminadas por la luna, cómo la magia resplandecía a su paso. —¿No vivía a unos cuantos valles de distancia?

—Exactamente. Podríamos escaparnos todas esta tarde —dijo Phoebe, con optimismo en su voz.

—¡Por supuesto! —intervino Mary—. No está lejos, solo a unos kilómetros hasta su valle. Si los Moonlights están distraídos con el regreso del Alfa, deberíamos poder ir y volver antes de que alguien note nuestra ausencia.

—Viaje de chicas —dijo Lucy alegremente.

Les sonreí a todas, sintiendo calidez en mi pecho. Ni siquiera cuestionaban si vendrían conmigo o no. Por primera vez en mucho tiempo, la esperanza ardía con intensidad. Quizás después de todo había una manera de cortar este vínculo con Kyle.

Pero en ese momento, unas pesadas botas retumbaron afuera, la puerta se abrió de golpe y dos

soldados Moonlight entraron marchando.

—Leah, estás bajo arresto —ladró uno de ellos, su voz quebrando la camaradería que había llenado la habitación momentos antes.

Mi corazón se aceleró. Me levanté instintivamente de mi cama, con los instintos protectores activándose para proteger a mis amigas, cuyos rostros ahora mostraban conmoción e indignación.

—No tienes que... —comenzó Phoebe.

—Sí tengo que hacerlo —solté mientras los soldados se acercaban a mí.

Pero Phoebe se abalanzó hacia mí.

Mary rápidamente bloqueó su camino, deteniéndola. Lucy ayudó a pesar de su expresión llorosa, haciendo lo posible por asistir.

Apreté la mandíbula, negándome a mostrar debilidad, cada músculo de mi cuerpo tenso de ira silenciosa. Avancé junto a los soldados, mis extremidades temblando por el shock. El agarre brutal de los soldados en mis brazos era extrañamente estabilizador, anclándome al momento mientras la duda arañaba mis entrañas. Con cada paso a través del complejo, podía sentir mi corazón latiendo salvajemente. ¿Era miedo o adrenalina?

Mientras me llevaban a través del complejo, la duda desgarraba mi interior. ¿Habría descubierto Reginald que me había acostado con Kyle? Helados tentáculos de temor recorrieron mi columna. ¿El Alfa pensaba hacer un ejemplo conmigo? Los temores de ser azotada en el círculo de entrenamiento de los Moonlight inundaron mis pensamientos.

Pero pasamos el círculo de combate, entrando en la Cámara del Consejo. Reginald, el Alfa Moonlight —el padre de Kyle— estaba sentado en el centro de la Mesa Alta. Vestía una túnica marcada con runas.

Mi corazón se aceleró mientras una sensación de hundimiento me envolvía. No había señal de Kyle. No sabía si sentirme aliviada o ansiosa por su ausencia. ¿Y si Reginald le había hecho algo cuando descubrió nuestra intimidad?

Cuando los soldados soltaron su agarre, obligándome a estar de pie ante Reginald, la incomodidad me recorrió. Los soldados salieron, y las puertas dobles se cerraron con un golpe

sordo, el sonido resonando a través de la elevada cámara. Estar a solas con el Alfa se sentía mucho más peligroso que estar con los guardias flanqueándome.

La voz de Reginald cortó el silencio, fría y cargada de autoridad. —Leah, se te acusa de seducir a mi hijo y robar documentos importantes, los cuales transmitiste a tus camaradas fugitivos de Luna de Sangre.

La única palabra que resonó fue seducir, aunque menospreciaba lo que había ocurrido entre Kyle y yo. Acostarme con mi pareja destinada difícilmente había sido un plan para meterme en la cama de Kyle.

La mirada helada de Reginald me escrutaba, la desconfianza irradiando de cada uno de sus rasgos. Su parecido con Kyle era innegable. Compartían el mismo cabello negro azabache y rasgos delgados y angulosos. Pero el cabello de Reginald estaba salpicado de gris. Sin embargo, la diferencia más sorprendente era que donde los ojos esmeralda de Kyle ardían con pasión y fuerza, los azules pálidos de Reginald brillaban con fría malicia.

—No he robado nada —afirmé. Sospechaba que la naturaleza de la acusación —seducir a su hijo— era la razón por la que había enviado a los soldados fuera. La inquietud me recorrió. ¿Era esa también la razón por la que no había otros miembros del consejo presentes? ¿Quería mantener esto en secreto de los otros Moonlights? La ausencia de cualquier miembro del consejo flotaba ominosamente en el aire. Esto no era un juicio; después de todo, no había nadie que supervisara que las cosas se llevaran a cabo justamente.

—¿Cuáles eran tus órdenes —continuó el Alfa como si yo no hubiera hablado—, acercarte a mi hijo para filtrar información a tu prometido?

¿Prometido?

La confusión me atravesó. Mi mejor amigo Roman y yo habíamos estado comprometidos una vez cuando éramos adolescentes. Pero lo habíamos roto hace años. Desde hace tiempo teníamos más bien una relación de hermanos.

—¿Roman? —jadeé, momentáneamente aturdida—. No he visto ni oído de ninguno de los Luna de Sangre fugados en tres años —respondí honestamente.

En ese momento, Kyle entró en la Cámara del Consejo. Su presencia instantáneamente me robó el aire de los pulmones. Mi corazón se retorció al ver su rostro, frío e inflexible. Cualquier

calidez que había creído que compartíamos se había esfumado. ¿Había estado observando toda esta confrontación? Las líneas graníticas de su expresión se sentían como una hoja retorciéndose en mis entrañas.

La furia se encendió en mis venas mientras lidiaba con esta amarga realidad. Me había atrevido a creer que nuestro vínculo era más fuerte que la sombría división entre nuestras manadas. Sin embargo, aquí estábamos, con muros invisibles alzándose entre nosotros en un instante.

—Esta acusación es absurda —espeté, mi voz cortando la densa tensión—. Puedo asegurarle, Reginald, que ningún documento se deslizó en mi ropa interior la última vez que Kyle y yo nos enredamos en su escritorio.

El color inundó las mejillas de Kyle, y casi podía sentir el calor de la vergüenza que irradiaba. El rostro de Reginald también se moteó de ira. Supuse que no había sabido con certeza cuán íntimos habíamos sido Kyle y yo. Una sensación de reivindicación me invadió. Estaba más que feliz de decir la verdad.

Una oleada de desafío surgió dentro de mí, mi corazón latiendo a un ritmo furioso. Con una mirada feroz, volví mi atención a Reginald. —Se sienta ahí lanzando sus acusaciones cuando no es más que un hipócrita. Su crueldad hacia aquellos bajo su cuidado es mucho peor que cualquier cosa que afirme que he hecho. ¿Qué hay de hacer que los miembros de su manada rindan cuentas por su crueldad? Supongo que el trato inhumano que han enfrentado las Lunas de Sangre no es una prioridad para alguien tan inmoral como usted.

El Alfa hervía de rabia, pero yo estaba lejos de terminar, y continué.

—¿O qué tal si expone la corrupción en su consejo, donde los ancianos malversan fondos? ¿O desafía la discriminación de género que sufren sus hembras? —Recordé los rumores sobre la madre de Kyle, la Luna que era más Alfa que este cruel macho frente a mí. Ella y las otras hembras de Moonlight habían tenido que luchar para estar representadas en el consejo. La Sanadora Maria había aludido a su lucha con Kyle mientras yo estaba en la enfermería.

—¡¿Cómo te atreves a acusar a tu Alfa de crímenes?! —rugió Reginald. La fuerza de su furia era como un vendaval violento. Se levantó de un salto, derribando su silla con un fuerte estruendo que hizo que mi corazón se disparara.

Cada una de sus palabras me golpeó, afilada y mordiente, como el aguijón de un látigo. Canalicé todo mi resentimiento persistente de mi esclavitud en mi tono. —Usted nunca será mi Alfa, y

nunca me someteré al gobierno de esta manada —rugí, con los puños apretados a mis costados.

La furia de Reginald comenzó a desvanecerse, reemplazada por una mirada depredadora mientras merodeaba alrededor de la mesa. —Crees que eres fuerte, pero hay formas de hacerte confesar tus crímenes.

Mi corazón rebotó en mi pecho, las náuseas surgiendo dentro de mí. Su mirada me recorrió como si contemplara qué hueso rompería primero. Imaginé cómo me dismantlaría por información que no tenía.

De repente, Kyle se interpuso entre nosotros, su ancha espalda formando una barrera imponente contra su padre. Mi respiración se detuvo, una mezcla de alivio e incredulidad. —¡Basta! —bramó Kyle.

Mi corazón se aceleró de nuevo, y sentí como si estuviera a punto de explotar en mi pecho. Kyle había intervenido.

El aire se espesó a nuestro alrededor, cargado de tensión mientras padre e hijo se enfrentaban. Apenas podía creer lo que estaba presenciando. El terror me atravesaba mientras me preguntaba cómo terminaría esto. ¿Kyle me acababa de salvar de la tortura, o Reginald rechazaría la petición de su hijo?

El Alfa habló. —Serás encerrada hasta que reveles la ubicación de las Lunas de Sangre. —Las palabras de Reginald sonaban amortiguadas en mis oídos mientras el retumbar del pulso de mi corazón casi ahogaba todo.

Pero logré captar el decreto del Alfa a través del caos. La rabia grabada en sus rasgos fue la última visión que tuve antes de que los guardias se acercaran con manos firmes para sacarme de la cámara.

Capítulo 14

Leah

El hedor a piedra húmeda y putrefacción se aferraba al aire como una espesa niebla, asfixiándome mientras yacía acurrucada en la esquina de mi inmunda celda. La cama no era más que una tabla astillada y dura, mientras que un tosco agujero servía de letrina, acompañado de un lavabo sucio y manchado.

Los días se fundían unos con otros. Cada uno estaba marcado solo por breves momentos cuando una Luz Lunar entregaba una comida escasa, que siempre era apenas suficiente para mantenerme viva pero nunca bastante para acallar el hambre voraz que me desgarraba por dentro. La amargura se enquistaba, y reflexionaba sobre cómo me habría ido si no me hubiera acostumbrado a cantidades más sustanciales. Pero después de semanas sobreviviendo con las sobras que traían las Luces Lunares, solo las reservas de peso y fuerza que había acumulado durante los últimos meses me mantenían con vida.

Cada comida, típicamente entregada por Emily, venía acompañada de burlas. —Ahí está una buena Luna Sangrienta en su jaula donde pertenece —canturreaba, con una sonrisa maliciosa estirándose sobre sus rasgos afilados—. Buena perrita, te comiste toda tu cena —se burlaba mientras se llevaba mis platos vacíos, su risa haciendo eco en las frías paredes de piedra.

Estas celdas, anidadas cerca de la Cámara del Consejo, estaban enterradas tan profundamente en la tierra que todo sonido quedaba ahogado. Mis sentidos se sentían embotados y, con el entorno inmutable, parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Las semanas se habían difuminado, el resentimiento creciendo dentro de mí como una maraña de maleza. No podía evitar pensar que una vez creí que Kyle había reformado las raciones de la Manada Luna Sangrienta por compasión. Ahora, lo absurdo de esa creencia me hacía reír. ¿Dónde estaba él?

Recordaba cómo había intercedido entre su padre y yo en la Cámara del Consejo. Mi piel se erizaba al pensar en la mirada cortante de Reginald y cómo había insinuado que estaba dispuesto a torturarme para obtener la verdad. Anhelaba creer que quedaba algún sentimiento fuerte en Kyle hacia mí que lo había hecho detener a Reginald. Pero con la continua ausencia de Kyle, parecía claro que todo lo que había pasado entre nosotros significaba poco para él.

A medida que me debilitaba, el pensamiento de lo equivocada que había estado sobre él dolía

más que mi hambre despiadada. Cada vez más, las náuseas sacudían mi cuerpo y la bilis cubría mi garganta. Me preocupaba, ¿estas condiciones sórdidas me habían enfermado?

Después de la tercera mañana consecutiva vaciando mi estómago, esa preocupación se fusionó en una fría claridad, cayendo sobre mí como una avalancha. No había tenido mi período en más de un mes y medio. Siempre había sido regular, incluso cuando estaba malnutrida y sobrecargada de trabajo.

Estoy embarazada.

Mi loba se alzó profundamente dentro de mí, su instinto entrelazándose con el mío.

Lo estamos.

La comprensión naciente hormigueaba sobre mi piel húmeda, aterradora y emocionante a la vez. Temblando, maldije la falta de comida y la niebla mental que me había llevado tanto tiempo darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Estaba embarazada del hijo de Kyle. La confusión se arremolinaba en mí mientras mi loba se regocijaba con el pensamiento de que llevábamos al hijo de nuestro compañero. Pero, rechinando los dientes, me juré que este era mi hijo. No de Kyle.

Mío.

Me di cuenta de que tampoco había sufrido ninguno de mis síntomas habituales de celo estas últimas semanas, ni siquiera al pensar en Kyle. Era algo de lo que supuse que mi embarazo era responsable. Con el conocimiento de mi hijo creciendo en mi vientre, algo comenzó a cambiar dentro de mí. Me sentía un poco menos sola. Esta pequeña vida dentro de mí era como una semilla enterrada en la tierra oscura, desafiando el frío del invierno, confiada en que llegaría la primavera. Su luz me hacía compañía en el hedor y la suciedad. Su presencia era como un hechizo que disminuía la oscuridad y las penurias. Su bienestar se convirtió en mi preocupación más urgente.

Sin embargo, junto con la revelación, vino un temor insidioso. ¿Qué pasaría si mis captores descubrían mi condición? Vivía en vilo, temiendo que un cambio en mi olor pudiera traicionar mi secreto. Cada vez que Emily me visitaba, me mordía el interior de la mejilla, conteniendo el desprecio mientras me pinchaba con insultos. Necesitaba que permaneciera ignorante. Su sonrisa burlona y confiada de que estaba desgastando mi espíritu se convirtió en mi única defensa, y la única oportunidad que tenía para protegerme a mí misma y a mi bebé.

La manada tenía una regla estricta contra el apareamiento entre Lunas Sangrientas y Luces Lunares. Cualquier niño nacido con la sangre mezclada de un lobo rojo y un lobo gris era apartado y... tratado. Era una ocurrencia rara, generalmente resultante de un soldado Luz Lunar aprovechándose de una hembra Luna Sangrienta. Pero había sucedido. Beth, una de las miembros de nuestra manada, se había quedado embarazada de un soldado Luz Lunar hace un par de años. Sus gritos desgarradores cuando le arrebataron a su bebé me atormentaban ahora.

Envolví protectoramente mis brazos alrededor de mi vientre, tratando de proteger a mi hijo de tales amenazas. La impotencia se arremolinaba en mí mientras me angustiaba pensando en cómo podría protegerlo cuando ni siquiera podía resguardarme a mí misma del cautiverio.

No podemos quedarnos aquí.

El pensamiento me atravesó. Quedarme con mi manada era un peligro tanto para mí como para mi hijo mientras estuviéramos oprimidos por la Manada Luz Lunar. Necesitaba escapar. Pero ¿cómo? La desesperación me desgarraba. Encerrada, era solo cuestión de tiempo antes de que mis opresores descubrieran mi secreto. El pensamiento de la mirada gélida de Reginald sopesando el destino de mi hijo por nacer alimentaba mis pesadillas.

La mayoría de las noches, me despertaba en la oscuridad, con las manos fuertemente apretadas alrededor de mi vientre, habiendo escapado de sueños donde el Alfa Luz Lunar me arrebatara a mi bebé. Mi corazón se aceleraba, atormentada por visiones de mi hijo abandonado en el bosque, con los llantos ahogados por el frío, rodeado de nieve, mientras las ramas lo agarraban como los dedos retorcidos de brujas oscuras. Las frías y vacías piedras de mi celda resonaban con los gritos imaginados de mi futuro hijo, suplicándome que actuara.

Pero finalmente, un rayo de esperanza atravesó la oscuridad. Mientras mordía el pan seco de mi escaso almuerzo, algo me pinchó los dedos. Mi corazón latía salvajemente. Alguien había hecho un corte en el pan y había escondido un trozo de papel dentro. Con manos temblorosas, saqué el pequeño cilindro. Mi pulso se aceleró al reconocer la puntiaguda caligrafía de Phoebe.

—Leah, necesitas salir. El Alfa no te va a dejar ir, y no vamos a permitir que te consumas en una celda. Hay una llave en tu plato. Úsala esta noche y escapa de ahí. Con amor, todos tus Anuki y Nukai.

Mis hermanos y hermanas. Mi corazón se elevó de amor por toda mi manada. La nostalgia me invadió. Estaban tan cerca pero tan fuera de mi alcance que parecía como si cientos de

kilómetros nos separaran.

La llave.

Palpé en la sopa salada, la anticipación se enrollaba apretadamente en mi pecho. Mis dedos rozaron el metal frío. Mi cuerpo vibró con el conocimiento de que la libertad podría estar más cerca de lo que me había atrevido a creer. La adrenalina inundó mis venas mientras mis dedos se cerraban alrededor del metal.

Sacudí el líquido del objeto, revelando una pequeña llave expertamente elaborada. Reconocí el trabajo de Mary, sus habilidades como metalúrgica perfeccionadas en las tierras de los Nightwing. Miré el diminuto ojo de la cerradura de mi celda, abrumada por el pensamiento de cómo la había fabricado, cómo alguien había conseguido las medidas de la cerradura, escrito la nota y la había deslizado en mi comida. Mi familia había cumplido conmigo.

Con nosotros.

Escondí la preciosa llave contra mi piel, enterrándola en mi sujetador para mantenerla segura. La determinación surgió a través de mi sangre. El resto de mi día se arrastró, pero luché contra la inquietud que se retorció dentro de mí, forzándome a tumbarme en la dura superficie de mi cama. Si mi escape tenía éxito esta noche, podrían pasar días antes de que pudiera descansar de nuevo.

Después de que la luz de la luna se llevara mis platos de la cena esa noche, me desvestí hasta quedar en ropa interior, frotando mi piel en la sucia palangana. Recé para que el agua fría se llevara los rastros de mi olor, dándome una oportunidad de eludir la patrulla esta noche.

Finalmente, cuando el pesado telón de la noche cayó, extraje la llave de su escondite y me acerqué a la puerta. La llave se sentía tan ligera para algo tan importante. Con la respiración superficial, la deslicé en la cerradura. El clic resonó ominosamente en el silencio, enviando miedo a través de mí, amenazando con congelarme en el lugar.

Mientras la puerta chirriaba al abrirse, me asomé a la oscuridad del corredor. ¿Podría ser real este momento? Subí de puntillas las escaleras, presionándome contra la pared, con las palmas temblando contra la piedra mientras mi pulso se aceleraba, un coro urgiéndome a moverme y deslizarme en la noche.

Cada paso susurraba contra la piedra fría, y meforcé por captar cualquier sonido adelante. En lo alto de las escaleras, me acerqué a la puerta exterior, rezando para que no estuviera cerrada. Se

abrió, y di un paso hacia la noche.

Estaba en la parte trasera del edificio, junto al Salón del Consejo. La iluminación era más tenue aquí, y recordaba el área lo suficientemente bien de mi tiempo viviendo en casa de Kyle, que estaba solo a unos edificios de distancia. El pensamiento de tenerlo cerca me anudó el estómago y me apretó más los pulmones.

Pero alejé el temor.

Un paso a la vez, Leah. Puedes hacer esto.

Con pasos tentativos, me arrastré por el patio, manteniéndome en las sombras y conteniendo la respiración. Me deslicé a lo largo de la pared, manteniéndome cerca del suelo. Esta noche, el aire estaba quieto y sofocante, y esperaba que mi anterior limpieza enmascarara mi olor de los guardias que patrullaban. Me permití respirar, esforzándome por calmar el ritmo errático de mi corazón.

Corriendo hacia el siguiente edificio, me detuve, buscando señales de movimiento. Un escalofrío recorrió mi piel, y entonces me congelé. Pasos resonaban en la distancia.

El terror explotó a través de mí. La frágil ventana de mi escape amenazaba con hacerse añicos. Una ola de pánico surgió, sofocándome.

—¡Hey! —Una voz baja y autoritaria cortó la quietud de la noche—. Ustedes dos, acaban de ver una Luna de Sangre cerca de las cocinas. Vayan a investigar.

Mi corazón se aceleró mientras procesaba las palabras del hombre; los guardias habían sido ordenados al otro extremo del complejo, lejos de mí.

Reconocí la voz del hombre, la familiaridad me invadió. Sin embargo, desde mi oscuro punto de ventaja, no podía verlo. Envuelta en la oscuridad, permanecí inmóvil, escuchando mientras la directiva del hombre alejaba a los guardias. Su presencia se desvaneció, dejando el camino adelante despejado. Una oleada de alivio corrió por mis venas, y sentí al hombre alejándose del área también. Agradecí silenciosamente a la diosa de la luna por este golpe de suerte. El instinto me tiraba, susurrando que este era el espía dentro de la manada. El shock y la gratitud se entrelazaron en una mezcla embriagadora. Contra todo pronóstico, mi escape se estaba convirtiendo en realidad gracias a este aliado que cuidaba mi espalda.

Con un profundo respiro y con piernas cansadas pero firmes, aproveché el momento. Deslizándome a lo largo de la pared, crucé hacia la siguiente estructura, la anticipación golpeando a través de mí como un tambor. Me moví sigilosamente al siguiente edificio, luego al siguiente, deslizándome por el complejo como una ladrona en la noche.

La determinación se apoderó de mi rostro.

Esta noche, Igaluk, por favor permite que mi hijo y yo robemos nuestra libertad.

Capítulo 15

Kyle

Caminaba de un lado a otro en la sala de la casa de mi infancia. Era tarde, pero había pasado por la casa de mi padre. Estaba justo al lado de la Cámara del Consejo y ofrecía una vista sin obstáculos de la entrada al bloque de celdas. Mi padre aún no había salido de la Cámara del Consejo, pero no podía arriesgarme a permanecer allí por más tiempo. Me había regañado la noche anterior cuando me quedé hasta tarde. Pero era la única manera de mantener un ojo sobre sus movimientos.

Cada una de mis pisadas resonaba en la espaciosa habitación, las tablas de madera y las paredes encaladas más austeras de lo que recordaba. Había notado que mi padre había reemplazado los sofás de ante por unos elegantes de cuero. Ahora me daba cuenta de que la suave alfombra verde y naranja que solía estar en el centro de la habitación había desaparecido, un toque hogareño que supuse había sido elección de mi madre. No había puesto un pie en la sala desde su velorio hacía tres años.

Apreté los puños y luego los aflojé, tratando de liberar la tensión que me recorría. Me había vuelto cada vez más consciente de la probabilidad de que solo fuera cuestión de tiempo antes de que la paciencia de mi padre se agotara e iría por Leah. Me las había arreglado para disuadirlo de torturarla para averiguar el paradero de los Lunas de Sangre rebeldes, pero sentía que su misericordia se estaba desgastando. Lo primero que mi padre había decretado después de que Leah fuera llevada a la celda fue que me prohibía ir allí.

El recuerdo de su voz, como el retumbar distante de un trueno, me estremeció. —No vas a ir a ver a esa seductora. ¿Me he explicado con claridad? —En ese momento, había estado tan agradecido de haber detenido a mi padre de lastimar a Leah, como lo había visto en el brillo de sus ojos, en el tono peligroso de su voz y en la postura amenazante de su cuerpo, que tenía la intención de hacerlo. Hubiera accedido a cualquier cosa en ese momento.

Pero semanas después, con solo Mark para obtener información sobre Leah, me estaba desmoronando. Mi asistente había informado que Leah no había dicho nada sobre los Lunas de Sangre fugados a pesar de la falta de comida y el confinamiento que había soportado durante semanas.

Mi corazón se encogía al pensar en ella en las celdas. Mi lobo quería ir a verla. Algunas noches, me despertaba empapado en sudor frío por pesadillas donde las ramas cargadas de nieve me arañaban, con un grito devastador resonando en mis oídos. Las primeras veces que tuve el sueño, estaba tan convencido de que era una premonición de daño a Leah, que había insistido a Mark que la revisara. Pero cada vez, regresaba con la seguridad de que ella estaba bien. Había llegado a la conclusión de que las pesadillas eran parte de la agonía de mi lobo con su pareja encerrada y sin poder protegerla.

Por supuesto, no era solo mi lobo el que sufría por el encarcelamiento de Leah. La sensación de traición que sentía después de descubrir los papeles alterados en la caja fuerte y la probabilidad de que ella fuera la espía entre nosotros me retorció las entrañas. ¿No había sabido que era engañosa cuando la vi por primera vez? Pero su trato tierno hacia su manada y los destellos de vulnerabilidad que me había mostrado habían atravesado las murallas que había construido.

Cada vez más, mis pensamientos volvían a los momentos que habíamos pasado juntos. Veía su determinación cuando me desafiaba sobre mis sentimientos, forzando esa confesión atormentada de mí, y la manera en que su boca se había quedado abierta de asombro. Todas sus reacciones habían parecido tan genuinas. La forma en que se había derretido en mi abrazo aquella noche se había sentido real.

Que se sienta atraída por ti no significa que no sea engañosa.

Atormentado por estos pensamientos incesantes, solté un suspiro. Era otra razón por la que había venido a la casa de mi padre: buscar consuelo porque aquí estaba rodeado de recuerdos de mi madre. Deambulé por los estantes, examinando viejos recuerdos: la cerámica de mi madre, cuencos y tazas que había hecho, junto con mis propios intentos infantiles en el oficio.

Finalmente, bajé un álbum familiar del estante. Motas de polvo bailaban en la suave luz de la lámpara. No había mirado fotos de ella en años. Había dolido demasiado después de su pérdida. A juzgar por el grueso polvo en estos, mi padre era igual. Miré fijamente una foto de ella y María riendo juntas en el jardín. Una punzada de soledad me atravesó mientras cerraba el álbum, preparándome para devolverlo. Pero algo llamó mi atención en el hueco detrás de la pila.

Fruncí el ceño, sacando un cuaderno. Se abrió cerca del final, donde había un marcador entre sus páginas. Un leve aroma a jazmín, el perfume de mi madre, emanaba de las páginas.

Cerré los ojos, el aroma floral envolviéndome como si ella estuviera aquí. Al abrir los ojos, bebí

la elegante caligrafía de mi madre sobre las páginas. Era el viejo diario de mi madre. Una parte de mí experimentó una oleada de culpa mientras comenzaba a leer sus palabras. Sin embargo, mientras leía, era casi como si su tono reflexivo llenara el aire, y no podía dejar de leer.

—El desprecio de Reginald hacia nuestros vecinos me ha dejado helada. Sigo diciéndole que vivir en armonía con los Lunas de Sangre traerá sus propias recompensas: comercio, experiencia, aliados, pero temo que su codicia por su territorio es demasiado profunda.

Mi corazón latió con fuerza ante esta revelación. Agarré mi collar como si estuviera sosteniendo la mano de mi madre. El frío colgante, firme bajo mi piel, me decía que siguiera leyendo.

Solo había una entrada más después de la que ya había leído al otro lado del marcador.

—Es como temía. Reginald tomará su territorio por la fuerza. Necesito confiar en mis propias decisiones. Soy la Luna de nuestra manada, y debo creer que actuar a sus espaldas por el bien de nuestra gente, por el bien de ambas manadas, valdrá la pena. Tengo que creer que la paz y la alianza que negociaré valdrán la ruptura que vendrá entre nosotros como marido y mujer.

El silencio pesaba a mi alrededor, pareciendo sofocar la casa. Siempre había creído que mi padre apoyaba a mi madre en las conversaciones de paz. Eso es lo que me había dicho después de la muerte de mamá, cuando tenía veintiún años. De repente estaba de vuelta en mi habitación de la universidad, sentado en mi cama, y presionando mi móvil contra mi oreja mientras mi mundo se desmoronaba, mi padre dándome la noticia de su muerte.

Hojeé las entradas anteriores de su diario, la mayoría llenas de preocupaciones sobre la codicia y las ambiciones de mi padre hacia los Lunas de Sangre. Frunciendo el ceño, supe que necesitaba buscar más información.

El propósito me invadió. Necesitaba respuestas sobre lo que había sucedido. Miré afuera y vi que las luces de la Cámara del Consejo se apagaban. Mi pecho vibró con urgencia; mi padre finalmente estaba saliendo de la Cámara del Consejo. Apagué las luces de la sala para ocultar mi presencia, esforzándome por ver si mi padre se dirigiría hacia el bloque de celdas.

Cuando lo vi moviéndose en esta dirección, me escondí en el armario debajo de las escaleras.

Volvería en unos minutos. Podría esperar toda la noche si fuera necesario para registrar su oficina en busca de cualquier otra cosa que pudiera arrojar luz sobre los acontecimientos relacionados con la muerte de mi madre.

Pero cuando mi padre entró, no venía solo.

—Necesitas mantener a Kyle con una correa más corta. Le has dado demasiada libertad. Se le están metiendo ideas en la cabeza —dijo Sam, su voz destilando desdén.

Me sacudió la sorpresa al escuchar a Sam hablando de mí. Contuve la respiración.

—He sido demasiado indulgente con él —gruñó mi padre, con frustración en su tono mezclada con algo más cortante—. A veces, me recuerda demasiado a Tamara —el crujido del cuero me indicó que él o Sam se había sentado en el sofá.

La mención del nombre de mi madre me puso la piel de gallina. Su tono carecía de cualquier suavidad, solo frialdad y rabia.

El tintineo del cristal y el chapoteo del líquido llegaron a mis oídos, y me imaginé a Sam sirviéndose del mejor bourbon de mi padre. El anciano tenía gusto por las cosas finas.

—Hmm —meditó Sam—. Estoy inclinado a estar de acuerdo contigo. Cuanto más abraza estas reformas, más cerca está de seguir su camino. Dejar que desarrolle estas ideas podría llevar a tu manada de vuelta a donde estaba con Tamara, con su autoridad eclipsando la tuya.

Una oleada de comprensión me golpeó. Mi madre había eclipsado a mi padre en la manada. La manada había estado dispuesta a seguir sus ideales, y Reginald no podía soportar perder el control ante ella. Mi corazón latía con fuerza, sacudido por la nauseabunda sospecha de hasta dónde había estado dispuesto a llegar para proteger su poder.

Un brusco asentimiento vino de mi padre. —Pensé que ir a la universidad sería beneficioso, para alejarlo de su influencia, ¿sabes? Pero a veces, temo que tiene demasiado de ella en su sangre —el resentimiento hervía en cada una de sus palabras, y luché por contener mi ira.

Apreté los puños. Soñar con esas reformas era cuando me sentía más vivo porque, no solo estaba mejorando la vida de otros, sino que me sentía más cerca de mi madre. Apenas respiraba mientras sabía lo vital que era mantenerme callado ahora.

—No respeta las tradiciones de la manada —añadió Sam, su tono lleno de desprecio.

—Quizás al ver cómo esta Luna de Sangre lo ha engañado, tendrá más respeto por la tradición y menos blandura hacia aquellos que hemos conquistado —dijo Reginald, su voz llena de arrogancia.

El disgusto me invadió ante su insensibilidad: "aquellos que hemos conquistado". El diario de mi madre giraba en mi mente, sus reflexiones dolorosamente claras sobre la insaciable codicia de mi padre por el territorio de la Luna de Sangre.

—Sigo pensando en aquel día, Sam —continuó Reginald, su voz bajando a un murmullo solemne—. Cuando la Luna Negra que soborné la eliminó con éxito. Luego, todo lo que tuve que hacer fue eliminar al Alfa y al Beta. Si tan solo Roman no hubiera escapado, este asunto no seguiría pendiendo sobre nosotros.

"La eliminó con éxito". La bilis me subió a la garganta. Una Luna Negra. La Manada Luna Negra era una manada notoria que prosperaba saqueando las tierras de otras manadas, obteniendo sus recursos de las incursiones. Había sobornado a una Luna Negra para matar a mi madre. Luego, había ido a matar a los líderes de la Manada Luna de Sangre, culpándolos del asesinato de mi madre para justificar la declaración de guerra y esclavizarlos.

El aire en el armario se sentía sofocante. Pero meforcé a permanecer en silencio, la pura magnitud de sus palabras me tragaba. Mi padre lo había dicho como si no fuera nada. "La eliminó". El peso de esta revelación me dejó temblando de rabia.

Mi corazón se aceleró, la comprensión se asentó en mis huesos mientras reconocía hasta dónde había llegado la ambición de mi padre y lo que había estado dispuesto a hacer para apoderarse de las tierras de la Luna de Sangre. Reginald había eliminado al Alfa de la Luna de Sangre, junto con el Beta de la Manada Luna de Sangre, el padre de Leah. Otra punzada de dolor me atravesó al darme cuenta de que ella y su gente habían sido agraviados por mí y toda la Manada Luz de Luna.

—Con algo de suave persuasión, nos dirá el paradero de Roman —la voz de Sam llegó a mi oído, y me di cuenta de que habían vuelto a hablar de Leah—. Mañana, la haremos hablar. Entonces dejaremos el pasado donde pertenece.

La ira y el odio me atravesaron, y me costó todo mi autocontrol contener mi temperamento y permanecer oculto en las sombras del armario. Pensé en cómo había creído tontamente que mi padre había estado motivado en su persecución de los Luna de Sangre fugitivos por su necesidad de vengar la muerte de mi madre.

Pero la determinación de mi padre de cazar a los Luna de Sangre rebeldes provenía de su necesidad de silenciar a cualquiera que pudiera revelar su crimen a sangre fría. Roman, el hijo

del Alfa Luna de Sangre, había escapado y sabía que Reginald había incriminado a los Luna de Sangre por el asesinato de nuestra Luna.

La rabia hervía dentro de mí, urgiéndome a salir de mi escondite y confrontarlos. Pero ahora no era el momento para la imprudencia. Me faltaba el poder necesario para enfrentar a mi padre directamente. Mi primera prioridad tenía que ser proteger a Leah de estos monstruos. Planeaban torturarla mañana. Pero estaba determinado a que ella estuviera lejos para entonces.

Afortunadamente, Sam pronto se fue, y escuché los pasos de mi padre subiendo las escaleras. Me deslicé fuera del armario, cada paso calculado mientras salía de la casa. Luego, me apresuré tan sigilosamente como pude hacia el bloque de celdas. No permitiría que lastimaran a Leah. Si fuera necesario, me enfrentaría a mi padre por cualquier medio necesario.

Mientras bajaba sigilosamente las frías y húmedas escaleras, al llegar al final, fue como si me hubieran quitado el aliento. Adelante, la puerta de la celda estaba entreabierta, y la celda estaba vacía. Mi corazón se me subió a la garganta, y el miedo me atravesó. ¿Sam se la había llevado? Pero tanto él como mi padre habían acordado que interrogarían a Leah mañana.

Entré en el bloque de celdas, la realización me invadió: ya había escapado.

Mi pecho se sentía demasiado lleno, una docena de emociones arremolinándose a través de mí como una tormenta de nieve. Los recuerdos de su calidez y el confort de su presencia se retorcían dentro de mí, tirando de los restos del vínculo que habíamos compartido, un vínculo de pareja enturbiado por mi prejuicio pero real, sin embargo.

El odio que había albergado estaba tan desesperadamente fuera de lugar. Casi podía oír su voz desafiándome: —La Luna de Sangre te engañó. Si no, ¿por qué más un noble

Luz de Luna como tú le diría lo que dijiste a una humilde esclava como yo?

Me había urgido a confrontar mi prejuicio, pero había permitido que los sesgos de mi padre envenenaran mi mente y nublaran mi juicio.

Mirando alrededor, con la tenue luz que se filtraba por la ventana enrejada, todo lo que Leah había soportado me abrumó. Había fracasado en protegerla de la misma tiranía que tanto despreciaba. El peso de esa revelación se asentó sobre mis hombros. Sin embargo, la admiración surgió dentro de mí. Contra todo pronóstico, ella había logrado escapar de su esclavitud. Estaba libre de la opresión de mi padre, y esperaba que se alejara mucho, muy lejos de aquí, sin

importar el costo, incluso si eso significaba perderla para siempre.

Capítulo 16

Leah

Era día de entrega en el pequeño pueblo del valle de Matsuna, y la emoción vibraba en el aire mientras desempacaba los suministros de hierbas traídos por la flota familiar de aviones. Los productos frescos de la ciudad eran un placer poco común en este refugio remoto, enclavado entre escarpados lagos congelados y tundras, a trescientos kilómetros del centro urbano más cercano. Dependíamos de estos aviones una vez al mes, su llegada era un salvavidas hacia la civilización.

Una suave nana flotaba por la acogedora cocina. Sonreí mientras observaba a Lyvia meciendo a mi hija Lina en sus brazos. "La Luna de Sangre Ascendente" era la favorita de Lina, y mi corazón se enterneció al verla quedarse dormida.

—Duerme ahora, mi amor, las estrellas brillan,

Susurran sueños de nuestra manada esta noche.

En el corazón del bosque, donde lo salvaje habita,

Encontrarás la fuerza para llamarlo hogar.

La melodía quedó suspendida en el aire, un hechizo de calidez que iluminaba nuestro improvisado santuario. Después de escapar de la Manada Moonlight, había buscado refugio con Naomi, la bruja que vivía a unos valles de distancia. En mi desesperación por romper el vínculo de pareja con Kyle, había acudido a ella en busca de ayuda, pero me aconsejó que alguien con más experiencia sería mejor para realizar un ritual tan complejo. Así fue como Lyvia entró en mi vida, una joven bruja rebosante de espíritu vibrante que se había identificado con mi difícil situación. Pero cuando descubrió que estaba embarazada, me advirtió que el ritual pondría en riesgo a mi bebé.

De repente, el sonido familiar de cajas siendo descargadas resonó desde el nivel subterráneo de nuestra casa, sacándome de mis pensamientos. Fruncí el ceño. Lina acababa de dormirse para su siesta. Debería haberme quedado arriba, pero la atracción del día de entrega siempre era difícil de resistir. Cada caja contenía promesas de confort y sustento, un respiro del aislamiento que a

menudo sentíamos.

Nuestra casa —una maravilla de seis pisos— estaba tallada en la roca del acantilado. Construida con madera flotante, hueso de ballena y madera de construcción, cada viga estaba impregnada de historias de aquellos que habían encontrado refugio entre sus paredes. Lyvia a menudo hablaba de su legado, de cómo había servido a muchos a lo largo de los siglos. Aunque era una mujer joven, decía que las paredes la habían llamado con su magia —los materiales impregnados de encantamientos que fortalecían los que ella misma había colocado para mantenernos a salvo del peligro.

—¡Oh! —exclamé mientras miraba la caja que acababa de abrir, mi corazón golpeando contra mis costillas.

Lyvia dejó a Lina suavemente en su cuna —un pequeño y acogedor capullo rodeado de coloridas mantas tejidas—. —¿Qué es? —preguntó, sus ojos ámbar brillando mientras se acercaba.

—Lamnas —dije sin aliento. Mi estómago dio un vuelco, mitad emoción y mitad ansiedad—. ¿Es todo lo que necesitamos?

Lyvia se echó su brillante cortina de largo cabello negro sobre el hombro, el sol que entraba por la gran ventana de la cocina iluminando su piel dorada. La luz del otoño se magnificaba al rebotar en el lago congelado del exterior, moteando nuestra cocina e iluminando la belleza de nuestra pequeña burbuja de seguridad.

—Sí, eso es todo —dijo Lyvia—. Lamnas, el pan, es el símbolo del sustento que existe entre dos parejas. Tiene que estar fresco. Así que es mejor que lo usemos inmediatamente. Podría prepararlo todo esta tarde. Hacerlo esta noche, si quieres.

Mi estómago se contrajo. Un nudo de ansiedad también se apretó en mi pecho. La perspectiva de realizar el ritual de separación, el diseñado para cortar el vínculo de pareja con Kyle, se cernía grande en mi mente. Habían pasado tres meses desde el nacimiento de Lina, pero había estado débil después de que ella naciera, demasiado débil para someterse al ritual. Las semanas de cautiverio al principio de mi embarazo, seguidas del frenético mes de huida, habían afectado mi salud.

En ese momento, un hombre alto y de hombros anchos se agachó para atravesar el marco bajo de la puerta de la cocina. —Este es el último de los suministros de hierbas —anunció Roman, colocando otra caja sobre la mesa. Su sola presencia irradiaba calidez como la estufa ardiendo

detrás de mí.

Una vez, Roman y yo habíamos estado prometidos, pero nuestra relación se había transformado en la de hermanos cuando éramos adolescentes. Reunirme con él había sido una de las mayores alegrías de mi vida, junto con dar la bienvenida a mi hija al mundo. Roman había sido mi ancla, su apoyo constante un salvavidas mientras navegaba por la maternidad. Había sostenido mi mano durante el parto, y esa conexión había profundizado nuestra relación en algo más profundo.

A su lado de nuevo, junto con una docena de nuestros Anuki y Nukai de la Luna de Sangre que habían escapado con él, vivíamos en libertad. Era una libertad cuidadosamente preservada por los encantamientos de Lyvia que nos protegían de las miradas indiscretas de humanos curiosos, Reginald y los Moonlights. Fue Lyvia quien nos había reunido. Ella siempre había sabido su paradero, habiendo ayudado a los Luna de Sangre a eludir a Reginald y la traición que rodeaba a la Manada Moonlight.

—Gracias —dije, poniendo mis manos sobre la mesa junto a la caja que Roman acababa de dejar. Crucé miradas con él, fortaleciéndome para compartir las noticias—. Lyvia va a realizar el ritual esta noche, Roman. Es hora.

—Nuka, ¿estás segura? —La voz de Roman estaba impregnada de preocupación. La inquietud grabada en su hermoso rostro reflejaba la complejidad de nuestra historia compartida. Entendía por qué podría cuestionar mi preparación. Esta era una empresa seria, una que podría tener un costo significativo en mi cuerpo y mente, ambos habían sufrido durante el último año.

—Anuk, estoy lista. Quiero esto —dije, mi voz firme, con determinación corriendo por mis venas—. No puedo tener ese vínculo todavía existiendo cuando nos enfrentemos a ellos.

Los ojos azul celeste de Roman me sostuvieron la mirada. —Conoces tu corazón, Leah. Solo no dejes que el miedo te empuje a esto.

La gratitud me invadió mientras miraba a mi familia. Roman me había contado sobre la traición que rodeaba a la familia de Kyle y cómo el padre de Kyle había incriminado a los lobos de Luna Sangrienta como los agresores. En realidad, un lobo de Luna Negra había matado a la Luna de Luz Lunar, y Roman sabía que Reginald había organizado el asesinato para tener motivos para declarar la guerra contra nuestra manada. Reginald había matado al Alfa de Luna Sangrienta y a su Beta, mi padre, para eliminar a quienes conocían la verdad. El eco de esa pérdida me perseguía. Era un recordatorio constante de nuestra lucha. Gracias a la diosa luna, Roman había

logrado escapar.

En ese momento, Lina comenzó a llorar. —Yo me encargo —dijo Lyvia, dirigiéndose rápidamente hacia Lina. La bruja había sido enviada por la diosa, lo juraba. No solo me había reunido con mi manada, sino que se había convertido en parte de nuestra familia aquí. La había nombrado madrina de Lina y me sentía agradecida cada día por el vínculo que compartíamos.

Lyvia tomó a Lina en brazos, su voz tranquilizadora traía consigo la calma de los bosques antiguos.

—En la sombra de los árboles ancestrales,

Donde la luz de luna teje su suave brisa,

Cierra tus ojos cansados, pequeña mía,

La noche te guardará hasta el nacer del día.

Mi corazón se hinchó y dolió a la vez. —Quiero que crezca allí, Roman —susurré, pensando en los árboles ancestrales y los ríos caudalosos en la canción de nuestra manada, las melodías que llenaban nuestros espíritus, la que Lina ya amaba tanto porque algo profundo dentro de ella respondía a ella.

—Pero nos lo arrebataron, el lugar que nos ha moldeado durante generaciones. No puedo permitir que este vínculo con Kyle interfiera con la lucha de nuestra manada por recuperar nuestro hogar. Necesito hacer esto. Sin importar el costo.

Roman me rodeó con su brazo, atrayéndome a su lado, una promesa silenciosa de que enfrentaríamos esta tormenta juntos. Observamos mientras Lina volvía a dormirse. —Ese lugar la moldeará, Nuka. Y nosotros también envejeceremos allí, te lo prometo.

A lo largo de los años, Roman y los otros fugitivos de Luna Sangrienta habían estado reuniendo fuerzas silenciosamente, planeando reclamar su territorio y vengarse de Reginald. La esperanza me invadió ante la idea de regresar a nuestras tierras legítimas. Imaginé a Lina persiguiendo mariposas entre las flores silvestres y cómo le enseñaría los nombres de las hierbas, tal como mi madre me había enseñado. Me la imaginé alegre mientras se transformaba, corriendo por los bosques, coronando las colinas que una vez conocimos como lobos jóvenes.

El resto del día transcurrió en un torbellino de actividad. Desempacamos suministros, y los

aromas terrosos de las hierbas secas llenaron la habitación mientras me unía a Lyvia para moler varias raíces en un mortero, preparando pastas y tinturas para el ritual.

Por la tarde, Lyvia insistió en que descansara mientras ella hacía los preparativos finales. La dejé hirviendo hierbas en agua caliente, los ramilletes liberando espirales fragantes de vapor que serpenteaban por la cocina. Se me erizó la piel mientras acunaba a Lina dormida en mis brazos, imaginando el vapor y los aromas como un preludio de la magia que desataríamos esta noche, estas cintas etéreas deshilachando los lazos que me unían a Kyle.

Cuando la luz del atardecer se derramaba por las ventanas, proyectando largas sombras a través de mi dormitorio en el cuarto piso, coloqué a Lina en su cuna antes de acostarme a dormir la siesta. Desorientada, me desperté con un llanto agudo y persistente que destrozaba la tranquilidad.

El agudo llanto de Lina atravesando mi sueño me hizo saltar de la cama. Pensé que tenía hambre y la acuné contra mí, pero se negó a alimentarse. Su pequeño rostro se arrugó y su ceño se frunció con evidente malestar. Mi respiración se entrecortó cuando toqué su piel. Estaba ardiendo, su piel húmeda y febril.

—No, no, mi amor —murmuré, con el pánico arañándome la garganta, mi corazón latiendo ferozmente. Me apresuré a cruzar la habitación, la urgencia inundando el aire como una tormenta. Tenía que llevarla con Lyvia.

De repente, se quedó flácida, su pequeño cuerpo volviéndose más pesado en mis brazos. Mi corazón se hundió mientras el miedo se espiralizaba en las profundidades de mi ser.

—¡Lina! —chillé, un sonido desesperado y crudo raspando mi garganta. Me puse en movimiento, corriendo por el pasillo, aferrándola contra mí.

—¡Lyvia! —grité, mi voz haciendo eco mientras bajaba las escaleras corriendo, el mundo convirtiéndose en un torbellino frenético. La piedra fría y las vigas de las paredes pasaban junto a mí mientras la adrenalina pulsaba con cada pisada. Mi corazón parecía implosionar cuando irrumpí en la cocina.

La expresión de Lyvia se agudizó instantáneamente con preocupación.

—¡Lina se desmayó! ¡Está ardiendo! —grité, el pánico sofocándome.

La bruja estuvo a mi lado en un instante, sus movimientos fluidos y decisivos. Tomó a Lina de mis brazos temblorosos, sus manos firmes mientras comenzaba a evaluar la condición de mi hija. Podía ver el miedo parpadeando detrás de la compostura de Lyvia, la urgencia palpable en sus respiraciones aceleradas.

Eficientemente, reunió el agua fragante, aromas destilados que simbolizarían las esencias más y de Kyle para el ritual. Bañó la frente, las muñecas y el cuello de Lina. El aire a nuestro alrededor se llenó con el dulce aroma de flores silvestres y pino. Casi inmediatamente, Lina dejó escapar un suave suspiro, su respiración haciéndose más profunda.

Mi corazón, que había estado acelerado, comenzó a calmarse mientras me sincronizaba con los latidos más estables de mi hija.

—Es causado por el desequilibrio de su linaje —murmuró Lyvia, su voz tensa mientras continuaba examinando la piel febril de Lina—. Con tu sangre y la de Kyle combinadas, está creando disonancia. Se ha exacerbado por la ausencia de Kyle.

Sus palabras me golpearon, dejándome sin aire. —¿Qué quieres decir? —repliqué—. ¿Cómo puedes reprocharme haberla alejado de Kyle? —La angustia se retorció dentro de mí, una mezcla de desafío y desesperación.

La mirada de Lyvia se suavizó mientras sostenía la mía. —No te estoy reprochando —dijo suavemente, su tono tranquilizador pero firme—. Pero necesitamos actuar rápidamente. Lina va a sufrir más que solo fiebre. He oído de esto sucediendo cuando dos lobos de diferentes manadas tienen descendencia. En el lenguaje de la diosa luna, se llama Amaruq Kuk.

Mi corazón se desbocó: "lobos en guerra".

—He oído hablar de niños que sufren terribles pesadillas, y en los peores casos, de la muerte de su lobo interior, dejando al niño incapaz de transformarse jamás —continuó Lyvia.

Sentí como si el suelo se desmoronara bajo mis pies. La posibilidad de que mi hija perdiera su lobo me arrastraba hacia abajo como si estuviera cayendo en las profundidades. Hoy temprano, me había imaginado a ella corriendo por las mismas tierras que mi manada y yo habíamos recorrido durante generaciones, y ahora, además de perder esas tierras, podría perder su lobo. Era una crueldad que no podía contemplar infligirle.

—Leah —añadió Lyvia, con voz temblorosa—. Debí haberte advertido sobre esto.

Negué con la cabeza, con el dolor retorciendo mi expresión. —¿Sabías que esto podía pasar?

—Sí —admitió, bajando la mirada al suelo antes de encontrarse con la mía de nuevo—. Pero esperaba... esperaba que no sucediera. Pensé que Lina podría tener suerte. Los síntomas no se habían manifestado. Usualmente, los niños muestran señales inmediatamente después del nacimiento. No quería agobiarte con una amenaza que parecía mínima.

—¿Agobiarme? —repetí, alzando la voz—. Deberías habérmelo dicho.

—Lo sé —dijo ella, con la voz tensa de arrepentimiento.

La desesperación me invadió, el peso de nuestra realidad asentándose en mi pecho. —¿Y ahora? —pregunté, con la voz apenas un susurro—. ¿Qué hacemos ahora?

La expresión de Lyvia se volvió resuelta. —Debemos luchar contra esto. Tenemos que actuar rápidamente para restaurar el equilibrio.

—¿Cómo? —exigí, con la voz temblorosa.

—No puedes romper el vínculo de pareja con Kyle —dijo Lyvia, con voz tranquila pero firme—, y necesitamos que venga aquí para ayudar a tratar su enfermedad.

El pronóstico cayó como un martillazo. Mi pareja, precisamente de quien había intentado escapar, era ahora clave para la supervivencia de mi hija.

—¿Lina lo necesita? —Mi voz se quebró, una mezcla de incredulidad y dolor resonando a través de mí. Quería gritar, arremeter contra el universo por esta retorcida ironía. Había luchado con todo lo que tenía para liberarme de ese hombre. Pero no importaba cuánto luchara, no importaba cuánto lo intentara, todo parecía arrastrarme de vuelta a él. Con los pulmones ardiendo, era como si estuviera de nuevo en aquella sofocante celda en las profundidades del complejo Moonlight. Intenté recordarme que estaba a salvo aquí con Lyvia, Roman y mis otros compañeros de manada, rodeada por un santuario que había atesorado durante casi un año, donde las paredes vibraban con hechizos de protección. Sin embargo, mientras el peso del peligro presionaba sobre la helada Lina, este santuario se sentía vacío.

Mientras las paredes se cerraban a mi alrededor, me enfrenté a la brutal verdad; tenía que tender un puente sobre el abismo que me separaba de Kyle y convocar al mismo hombre que me había causado tanto dolor.

—Kyle debe venir —afirmé, las palabras pesadas de resignación mientras digería esta nueva realidad, con la amargura revolviendo mi estómago.

—Sí, porque Lina es parte de ambos. Los necesita a los dos para curarse —confirmó Lyvia, con tono resuelto.

La ira surgió en mí ante el pronunciamiento de mi amiga. El recuerdo de darme cuenta de que estaba embarazada de Lina regresó: el miedo sofocante de estar aprisionada por Reginald, sabiendo que a Kyle ni siquiera le había importado lo suficiente como para venir a verme. Me juré nuevamente que aunque Lina necesitara a Kyle para su curación, él nunca sería su padre. Ella era mía, y solo mía. Una vez que se recuperara de esta enfermedad, juré que me liberaría de la despótica atadura que me encadenaba a él.

Capítulo 17

Kyle

Desde la desaparición de Leah hace un año, dediqué cada fibra de mi ser a convertirme en todo lo que mi padre no era. Cada mañana, me levantaba con la luz y me dirigía al círculo de entrenamiento. El resplandor dorado se sentía sagrado mientras canalizaba mi frustración entrenando con Mark. Con cada golpe, invocaba a la diosa luna por fortaleza. Las vibraciones de mi impacto resonaban en mis huesos mientras buscaba su guía en las pausas entre puñetazos. Rogaba por la sabiduría para saber cuándo contenerme y cuándo desatar mi furia. Con su bendición, la guerra que libraba dentro de mi manada contra el reinado de mi padre podría tener éxito.

Mark era mi aliado inquebrantable en este esfuerzo. Cuando no estábamos en el círculo, pasábamos horas incansablemente desenredando la maraña de los retorcidos planes de mi padre, acumulando evidencia documentada para mostrar sus crímenes. Mientras tanto, cada vez que me presentaba ante el consejo, vestía la confianza como una segunda piel, dirigiendo lógica fría y argumentos meticulosamente refinados para impulsar reformas que elevarían tanto a los Lunas de Sangre como a la Manada Luz de Luna.

Mis datos y cifras se habían convertido en mi armadura, pruebas brillantes fortificadas contra la ponzoña de la tradición. Lentamente, como el deshielo del invierno, observé cómo cambiaba la perspectiva de los ancianos. Ya no me percibían como el heredero Alfa ingenuo y fuera de contacto. Comencé a emerger como el líder sensato cuyas acciones surgían de la razón y el trabajo duro. Algunos incluso susurraban que era más estable que mi padre. Reginald, con toda su arrogancia y arrebatos, estaba perdiendo favor, su temperamento ardiendo con cada informe evasivo sobre los Lunas de Sangre fugitivos. Sin embargo, bajo la superficie, era agudamente consciente de que mi apoyo, aunque creciente, era tan frágil como el hielo bajo el sol del deshielo.

Con mi influencia ganando terreno en el consejo, impulsé mejoras significativas para los Lunas de Sangre. Sus viviendas fueron revolucionadas con electricidad y calefacción; duchas calientes y saneamiento adecuado reemplazaron la miseria del bloque de duchas. Pero sabía que tener el apoyo de un puñado de Luz de Luna de confianza y los oprimidos Lunas de Sangre no era suficiente para asegurar mi posición.

Forjé una alianza secreta con la vecina Manada Luna Sombra, liderada por Alexis, su feroz Alfa que compartía mi desdén por el trato que mi padre daba a los Lunas de Sangre. Su desprecio se endureció cuando compartí la verdad sobre la traición de mi padre.

Las tierras de Luna Sombra eran vastas, con bosques extensos, sumergiéndose en profundos valles, luego ascendiendo hacia acantilados imponentes. Alexis y yo, nuestros alientos mezclándose en el aire frío del atardecer temprano, nos reuníamos semanalmente entre estos árboles antiguos, erguidos como centinelas. El Alfa de Luna Sombra tenía sus exploradores más confiables, que se fundían con las sombras, expertos en rastreo y sigilo, peinando las tierras en busca de cualquier rastro de Leah y los Lunas de Sangre fugitivos. Pero cada actualización inevitablemente traía las mismas noticias desalentadoras: no había señal de ellos.

Intentaba suprimir el desánimo que carcomía mi corazón, pero cada fracaso en encontrar a Leah dolía como un viento invernal implacable. Para combatirlo, me sumergí en efectuar más cambios dentro de mi comunidad. Con el apoyo inquebrantable de voces como la Sanadora Maria, redefinimos el papel de las lobas dentro de nuestra manada. En nuestra última reunión, se habían reunido, exponiendo sus quejas y reclamos sobre ser excluidas del entrenamiento de combate. La decisión del consejo de otorgarles acceso al combate cuerpo a cuerpo se sintió como una victoria duramente ganada. Era solo una capa removida de siglos de tradición injusta.

Era para tal reunión que nos reunimos en la Cámara del Consejo. La atmósfera vibraba con urgencia mientras organizábamos las tres mesas para acomodar a los diez miembros del consejo. Me senté a la derecha de mi padre, pero incluso en medio de la anticipación crepitante, sentí la mayoría de los ojos de los ancianos sobre mí. Muchos más estaban interesados en lo que yo traería a esta reunión que en mi padre. El aire se sentía eléctrico, a punto de estallar mientras nos preparábamos para discutir los derechos que otorgarían a las hembras acceso equitativo a la caza, un asunto para el que creía que Maria y yo habíamos asegurado un sólido respaldo.

Justo cuando inhalé, preparándome para hablar, la voz de mi padre cortó el aire. —Antes de comenzar hoy, tengo un asunto urgente que no puede esperar —entonó—. Creo que el consejo estaría de acuerdo en que mi hijo no es solo un guerrero sino un estratega habilidoso.

Un coro de afirmaciones ondularon por la sala, sin embargo, un escalofrío inquietante me recorrió la columna. Su cumplido se sentía pesado con intención oculta, como un lobo disfrazado de oveja. El pozo de temor se profundizó en mi estómago mientras los pelos de mis brazos se erizaban. ¿Había captado el aroma de nuestros planes? ¿Alguno de los documentos de Mark y míos había caído en las manos equivocadas? Quizás me habían visto con los Luna Sombra. Mi

corazón retumbaba, haciendo eco como un tambor de guerra dentro de la pulida cámara. Mis palmas se humedecieron sobre la superficie lisa de la mesa bajo el emblema de Igaluk brillando en la luz del sol otoñal que se filtraba por las altas ventanas.

—Es por eso —continuó Reginald, una sonrisa depredadora curvando sus labios—, que he decidido enviar a Kyle a rastrear a los Lunas de Sangre fugitivos. ¿No es mejor usar nuestro mejor recurso para traer ante la justicia a aquellos que han eludido a nuestra manada durante tanto tiempo?

Mi corazón se aceleró, cada latido una advertencia atronadora. Esto no era una asignación. Era su estratagema para forzarme al exilio, un intento de socavar mis esfuerzos. Mi influencia con el consejo había aumentado demasiado, y ahora él arrebataría el control de mis manos. Esto no era solo una distracción. Era una maniobra para sabotear el progreso que había logrado hacia la justicia para los Lunas de Sangre y los derechos de nuestras guerreras.

Los rostros de Maria y Ellen palidecieron, sus expresiones reflejando mi consternación. Ellas también vieron la orden de mi padre por lo que era. También entendían lo que estaba en juego. La tensión palpable que ondulaba entre los ancianos confirmaba que reconocían que esto era un juego de poder.

Armándome de valor, fijé mi mirada en la de mi padre, encontrando su mirada helada con resolución inquebrantable. —Con gusto iré a cazarlos —respondí, con determinación surgiendo por mis venas como acero fundido.

No le daría la satisfacción de ver que me había perturbado. Usaría la máscara del hijo obediente, aguardando mi momento hasta poder golpear contra su gobierno opresivo. Mi mano aún no estaba lista para ser revelada. Me faltaban los aliados que necesitaba, pero me adaptaría.

Y así comenzó mi búsqueda, una cacería no planeada de los guerreros Luna de Sangre perdidos. Mi padre me ordenó buscarlos, pero subestimó mi determinación. Juré que no solo los encontraría, sino que los convencería de unirse a mí contra el mismo régimen que los había expulsado de sus tierras.

Mientras me preparaba para partir, Mark presionó un mapa arrugado en mis manos, cada mancha de tinta indicando donde se rumoreaba que los guerreros Luna de Sangre se reunían. Estudié el mapa intensamente, memorizando cada línea. Las provisiones eran innecesarias. Mi forma de lobo era mucho más apta para atravesar el accidentado paisaje de Alaska que mi forma humana.

Con el corazón latiendo de anticipación y ansiedad, me transformé en lobo. Mi espeso pelaje gris se convirtió en un cálido capullo contra el mordiente frío ártico. Los días se fundieron con las noches mientras atravesaba la vasta extensión salvaje, mis sentidos agudizados, cada crujido de hojas y murmullo de arroyos era una oda a la diosa luna. Cazaba cuando el hambre me atormentaba, los instintos de supervivencia me impulsaban a atrapar liebres, ardillas y martas. Por la noche, me acurrucaba en madrigueras vacías, pegándome contra el fresco interior de la tierra para protegerme del frío.

Al llegar al primer valle dibujado en el mapa de Mark, sentí un pulso eléctrico reverberar por el aire, el aura de magia envolviéndome y atrayéndome. Con cada paso, podía sentir los antiguos encantamientos grabando una barrera protectora sobre el área. Pero mientras me adentraba más profundo, el aire vibraba con una intensidad que forzó a mi forma de lobo a retroceder, tomándome por sorpresa. Demasiado tarde, me di cuenta de que los hechizos repelían la magia de mi bestia, y quedé vulnerable en mi forma humana. Los acantilados rocosos se alzaban a mi derecha mientras el viento me cortaba como si intentara mordirme hasta los huesos.

El suelo congelado se sentía amargo bajo mis pies descalzos, anclando mis pensamientos mientras el lago centelleante a mi izquierda parecía mucho más intimidante ahora que con mis ojos de lobo. Una niebla espesa me rodeaba, nublando la claridad y avivando mis dudas. ¿Debería dar la vuelta? ¿Pero y si estos eran encantamientos protectores colocados por las Lunas de Sangre? ¿Y si estaban cerca?

Acorralado, mi lobo aullaba bajo mi piel, mordiendo mis talones y urgiéndome a seguir adelante. Rocé con las yemas de mis dedos las piedras desgastadas del acantilado, sintiendo un pulso eléctrico vibrando bajo ellas, una conexión con algo antiguo y poderoso.

Entonces, unas manos frías me agarraron por detrás. La oscuridad inundó mis sentidos, el pánico me invadió cuando una venda cubrió mis ojos. El miedo surgió por mis venas como si hubiera caído en las profundidades heladas del lago a mi lado. Sin embargo, luché contra el instinto de resistirme. Esto era para lo que había venido: encontrar a las Lunas de Sangre. Tenía que confiar en que eran ellos quienes me guiaban ahora, así que permanecí en silencio, permitiéndoles guiarme.

Sentí un cambio de dirección, moviéndome hacia la derecha como si me estuvieran arrastrando hacia el mismo acantilado. El suelo bajo mis pies se volvió irregular, tropezando algunas veces mientras los que me sujetaban me mantenían erguido y avanzando. El aire se espesó con humo, la oscuridad se cerró más, pero el frío gradualmente se disipó. Momentos después, me arrancaron

la venda, y me encontré con la feroz luz de un fuego rugiente que brillaba intensamente en un espacio cavernoso, enorme y elevado. Sin ropa, mi cuerpo desnudo agradeció el calor que irradiaban las antorchas alrededor de la caverna.

En el centro de esta inquietante asamblea había un hombre alto, de pecho ancho, con cabello castaño oscuro enmarcando facciones rudas y ojos azules penetrantes que se clavaron en los míos con una ferocidad que hizo latir mi corazón. Se me cortó la respiración. ¿Era este Roman, el Alfa de las Lunas de Sangre? Sentí el peso de su presencia, los ecos de dolor y pérdida brillando en su expresión. Este era un hombre moldeado por el sufrimiento, un recordatorio crudo de lo que mi manada le había hecho a él y a su gente.

Pero incluso en la tensión que flotaba en el aire, fue la mujer de pie junto al hombre quien captó mi atención. Me robó el aliento y envió mi corazón a un ritmo tumultuoso.

Leah.

Su cabello ardiente caía alrededor de su rostro en cascadas salvajes, tan luminoso como las llamas parpadeantes que danzaban por la caverna. La tensión y las dificultades habían afilado sus rasgos, pero seguía siendo tan hermosa como siempre. Mi corazón se aceleró aún más cuando vi al bebé acunado en sus brazos.

En un instante, mi propósito cambió. Había venido buscando un ejército reunido para reclamar lo que le había sido robado a las Lunas de Sangre para enfrentar a mi padre y su régimen opresivo. Pero ahora, mientras estaba de pie ante mi compañera, un nuevo anhelo se encendió dentro de mí, mezclando esperanza y determinación. Quizás el destino me había traído aquí por una razón mucho más grande de lo que había anticipado: reparar el vínculo roto entre nosotros. Mi corazón se me subió a la garganta mientras mi mirada se detenía en Leah y el bulto en sus brazos. ¿Podría este niño ser... mío?

Capítulo 18

Leah

Desde que mi hija enfermó, mis nervios habían estado al límite, oscilando entre la desesperación y la esperanza. Los Lunas Sangrientas nos ocultábamos de Kyle y su manada, sabiendo que él era el único que podía curar la condición de Lobos en Guerra de Lina. Mi corazón se retorció bajo el peso de esa contradicción.

Después de que Lyvia hubiera acomodado a Lina lo mejor posible, regresé a nuestra habitación en el cuarto piso. Mi mirada se perdió en el extenso valle congelado muy abajo y en los pinos escarchados bajo el viento cortante, un reflejo del frío terror y el tumulto dentro de mí.

Roman entró en mi habitación, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. La preocupación irradiaba de él mientras se acercaba. Sin decir palabra, se sentó a mi lado y observó conmigo el inquieto sueño de Lina.

Ya había escuchado de Lyvia lo que Lina necesitaba y prometió: —Encontraremos la manera de traer a Kyle aquí para curarla, lo juro.

La desesperación se retorció en mi estómago. —¿Cómo, Roman? No hagas promesas que no puedas cumplir.

Un pensamiento oscuro se deslizó por mi mente. Quizás Igaluk me estaba castigando por mi debilidad al estar con Kyle. Tal vez la diosa de la luna solo me había marcado para él, no como un destino vinculante, sino como una prueba, un desafío destinado a provocar mi desafío. ¿No se suponía que debía romper este vínculo con quien había oprimido a los míos? Mientras me hundía en el pasado, el resentimiento hacia Kyle se aferraba a mí.

Los brillantes ojos azules de Roman se apartaron de Lina y se posaron en mí. —Deja de castigarte, Leah. Hiciste lo que tenías que hacer al irte. Si Reginald hubiera descubierto tu embarazo, Lina podría no haber sobrevivido.

Aunque sabía que Roman tenía razón, era difícil perdonarme por causar el dolor que Lina estaba sufriendo ahora. Cada ceño fruncido o llanto que venía de ella se sentía como si yo lo hubiera puesto allí. El miedo se enroscaba firmemente en mi pecho como una serpiente constriñendo mi

corazón. Mi mirada parecía encadenada a ella como si solo manteniéndome lo suficientemente vigilante, pudiera de alguna manera arreglar esto.

—Además, Mark nos traerá a Kyle, te lo prometo —me aseguró Roman.

Mi piel se erizó de anticipación. Mark, quien había ayudado a alejar a la patrulla Moonlight la noche que escapé, era de hecho el aliado que había sospechado. Había visto a Kyle lavarse las manos de mí, lo que me llevó a concluir que Mark, su asistente, era el espía dentro de la Manada Moonlight. Roman lo había confirmado cuando llegué aquí. Pero había mucho más en el vínculo de Mark con nuestra manada de lo que había imaginado.

Roman y yo siempre habíamos sido amigos cercanos, mejores amigos, lo cual supongo fue donde nuestros padres obtuvieron la idea de comprometernos. A nuestros padres les había encantado la idea de que nuestras familias se unieran. Yo era joven y asumí que mis sentimientos cambiarían al crecer. Pero Roman lo había cancelado cuando le dijo a todos que se había enamorado de alguien más.

En ese momento, no había explicado de quién se trataba. Cuando llegué aquí hace un año, me había quedado atónita al saber que había sido Mark de quien se había enamorado. En ese entonces, esperaban que con nuestras manadas formando una alianza, pronto podrían ser abiertos sobre su relación.

Era otra pieza de nuestro pasado compartido que había reforjado la relación entre Roman y yo. Mi corazón dolía por mi amigo, quien había perdido a su padre, su tierra natal y el amor de su vida el día que huyó de Reginald y la Manada Moonlight.

—Encontraremos una manera, lo prometo —dijo Roman nuevamente, su voz baja con emoción. Podía sentir su confianza inquebrantable en Mark a pesar de sus cuatro largos años separados.

La expresión nublada que tan a menudo se asentaba en su rostro lo cubrió, y quise abrazarlo, sabiendo que extrañaba a Mark. Pero sostenía a Lina, así que apoyé mi cabeza en su hombro: —Gracias, Anuk, y agradece a Mark de nuestra parte.

El mentón de Roman se posó sobre mi cabeza mientras me respiraba, bebiendo mi cercanía.

—El mensaje más reciente de Mark decía que Kyle ha estado causando olas con reformas para las lobas en la Manada Moonlight. Piensa que Reginald está deseando encontrar una razón para enviarlo lejos. Si Mark siembra la semilla en la mente de Reginald de usar a Kyle para cazar a

los Lunas Sangrientas fugitivos, podríamos traerlo aquí pronto. Reginald tiene todo tipo de rumores sobre dónde estamos, ninguno de los cuales es preciso gracias a los encantamientos de Lyvia, pero Mark podría darle nuestra ubicación real.

La anticipación latió a través de mí, junto con un destello de esperanza. Mi corazón dolía por lo que mi amigo se había visto obligado a renunciar. Imaginé todos los mensajes además de los de propósito que habían sido lo único que Roman y Mark podían intercambiar entre sí. Roman pasaba mucho tiempo en línea, y la mayoría de sus comunicaciones con Mark eran por correo electrónico.

Los mensajes de Mark habían sido invaluable para ayudar a Roman y a la manada a evadir a Reginald estos últimos años. Con su posición como asistente de Kyle y, antes de eso, como tesorero del Consejo, siempre había tenido acceso a las idas y venidas de todo.

Había leído secretamente las cartas entre el padre de Kyle y los ancianos y había recopilado información sobre cuándo y dónde Reginald tomaría acción. Así era como Roman y los Lunas Sangrientas libres habían evadido a la Manada Moonlight estos cuatro años. Reginald lo había hecho más fácil al preferir las cartas a la comunicación digital o las llamadas telefónicas.

Mis pensamientos volvieron a Kyle. Roman y yo realmente no habíamos hablado mucho de Kyle en los últimos meses. No quería pensar en lo que había sucedido entre nosotros. Pero ahora, con la información que Roman había mencionado sobre sus reformas para las lobas en su manada, no podía evitar sentir curiosidad.

Sin querer admitirlo, sin embargo, lo cubrí con amargura. —Supongo que Kyle ha retirado sus reformas para los Lunas Sangrientas ahora —pensé en cómo no había puesto ninguna resistencia contra las órdenes de su padre de matarme de hambre en la celda. Había sido demasiado fácilmente atrapado por las maquinaciones de su padre. No suponía que sus reformas resistirían mucho contra Reginald.

—En realidad, los mensajes de Mark dicen que Kyle ha logrado dar más ayuda a los Lunas Sangrientas. Sus cuarteles han sido renovados con electricidad y calefacción, y el saneamiento ha mejorado.

Mi corazón se aceleró mientras un fugaz resplandor de sorpresa y cautela me recorría. Pero Kyle siempre había sido un enigma, capaz de benevolencia y profunda crueldad. Un escalofrío me recorrió al pensar en el hombre que me había causado tanto daño. No quería verlo de nuevo, y

sin embargo, por Lina, tenía que hacerlo.

Roman me rodeó con su brazo, atrayéndonos a Lina y a mí hacia él. —A pesar de lo que dice Mark, no confío en Kyle, y sea como sea que lo traigamos aquí, me aseguraré de que no pueda traicionarnos, Nuka. Y te protegeré del vínculo que no quieres de cualquier manera que pueda.

Con esta seguridad, Roman comenzó a poner las cosas en marcha. Los días se convirtieron en noches inquietas, en las que tanto Lina como yo encontramos poco descanso. Cuando las sombras de la noche besaban los bordes de nuestro hogar una tarde, Lyvia asomó la cabeza por la puerta de mi habitación. Por un momento, supuse que había venido a administrar una dosis de su magia calmante, que había aliviado algunos de los sueños febriles de Lina.

Pero la bruja dijo: —Roman lo tiene.

El impacto de sus palabras fue como un puñetazo en el estómago. La adrenalina corrió por mis venas y mi corazón golpeó contra mis costillas. Me puse de pie, moviendo a Lina en mis brazos, pero ni siquiera ese movimiento logró despertarla. La preocupación me carcomía mientras añoraba los días en que se despertaba al más mínimo ruido o movimiento.

—¿Dónde está? —pregunté con voz tensa.

—La manada se está reuniendo en la caverna de abajo —dijo Lyvia.

Con el corazón golpeando contra mi pecho como un ariete, bajamos corriendo las numerosas escaleras de nuestra casa hasta la caverna subterránea. La atmósfera vibraba de energía, y los Lunas de Sangre intercambiaban miradas de intriga. Roman se erguía alto y con el pecho ancho en el corazón de la cámara iluminada por el fuego, haciéndome señas con una intensidad que aceleró mi corazón.

Al acercarme, encontré lo que todos los otros Lunas de Sangre estaban mirando: Kyle. Estaba de pie, con los ojos vendados, las manos atadas detrás y completamente desnudo. Pero lejos de parecer vulnerable, cada uno de sus músculos estaba tenso de fuerza y poder. El calor inundó mis mejillas, y un suspiro se atascó en mi garganta antes de que pudiera organizar mis pensamientos arremolinados.

La agitación se arremolinaba dentro de mí. A pesar de querer romper nuestro vínculo de pareja, mi loba todavía lo anhelaba. Sentí su entusiasmo al primer vistazo de Kyle. La sangre rugió en mis oídos tan pronto como sus ojos verdes fueron revelados. Su visión se ajustó a la luz, y su

mirada se posó en Roman. Entonces, todo mi cuerpo pareció encenderse, hormigueando de consciencia cuando su mirada me encontró.

La sorpresa y la emoción brillaron en su mirada. —¿Leah? —Su voz era espesa, como la de un hombre que hubiera encontrado un oasis después de días en el desierto. Pero entonces, la tensión revoloteó sobre su rostro mientras abría la boca para decir algo, luego la cerró, apretando la mandíbula.

¿Qué estaría pensando?

¿Tendría remordimientos sobre nosotros, sobre cómo me había tratado? La dolorosa esperanza chocaba con los amargos recuerdos de los últimos momentos que habíamos pasado juntos en la Cámara del Consejo Lunar.

—Te he estado buscando desde que te fuiste —continuó Kyle, su voz baja y seria, cada palabra como una pesada piedra lanzada a través del silencio que enviaba ondas por mi cuerpo—. La noche que te fuiste, descubrí la verdad sobre nuestras manadas. Sé que mi padre es responsable del asesinato de mi madre y de las muertes de ambos padres de ustedes. —Su mirada se movió entre Roman y yo, la seriedad asentándose sobre sus rasgos cincelados—. Sé que todos ustedes, los Lunas de Sangre —declaró, notando los murmullos que recorrían nuestra reunión—, son inocentes.

—Quiero aliarme con ustedes —continuó Kyle, con urgencia en su voz—, para que podamos acabar con la tiranía de mi padre y devolver sus tierras a su manada.

Tragué con dificultad, mi corazón latiendo con emociones mezcladas. Esto era lo que Mark le había asegurado a Roman. Kyle buscaba recuperar su honor y ayudarnos. Sin embargo, mientras lo estudiaba, los recuerdos de nuestro enredo se alzaban imponentes, y la facilidad con la que me había hecho a un lado avivaba mi duda.

—¿Jurarás lealtad a nosotros en sangre? —el desafío de Roman cortó la tensión, la desconfianza cubriendo su voz.

Para mi asombro, Kyle asintió sin dudarlo, un fuego encendiéndose en sus ojos. Un juramento de sangre no era algo que se tomara a la ligera. Traicionarlo invitaba al castigo de la diosa luna y traía el desprecio y el exilio de la manada. Solo lo había visto una vez en una ceremonia de matrimonio para sellar los votos de amor de dos cambiaformas.

Lyvia dio un paso adelante, el zumbido de la antigua magia irradiando de ella mientras desataba las manos de Kyle.

Él ofreció su mano a la bruja. Ella hizo un corte ceremonial y preciso en su palma, y brillantes gotas carmesí se formaron a lo largo de su palma. Luego, se volvió hacia Roman, tomando otra daga ceremonial y cortando su palma.

La voz melodiosa de la bruja resonó dentro de la caverna, envolviéndonos. —¿Juras tú, Kyle, tu lealtad a la Manada Luna de Sangre?

—Lo juro —declaró Kyle mientras agarraba la palma de Roman y la estrechaba. El aire vibró con el pacto sagrado que formó la fusión de su sangre.

Los temblores rebotaron a través del suelo bajo nuestros pies, respondiendo al juramento de sangre mientras goteaba de sus manos unidas, atando a Kyle a su juramento.

Una mezcla turbulenta de esperanza y temor me atravesó.

Roman rompió el pesado silencio después del juramento: —Te permitimos venir aquí por nuestra propia razón, Kyle. Sé que conoces a mi esposa, Leah.

En el momento en que esas palabras salieron de los labios de Roman, sentí que el aire crepitaba con tensión. La mirada de Kyle se dirigió hacia mí, su mirada esmeralda traicionando sorpresa y dolor. Luego, su expresión se endureció, enfatizando los rasgos cincelados que una vez habían encendido tanto calidez como resentimiento dentro de mí.

Mi corazón latía con fuerza mientras lo observaba asimilar ese hecho. Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo, un destello de remordimiento ensombreciendo sus rasgos. Tal vez estaba lidiando con las consecuencias de sus decisiones pasadas y la forma en que me había tratado. —Yo... —comenzó Kyle, su voz espesándose. Luego, simplemente dijo—: Sí, conozco a Leah.

La mirada de Roman permaneció firme en Kyle, enfocada y feroz. —Pero es nuestra hija quien sufre de una extraña enfermedad por la que te hemos traído aquí.

El impacto de esas palabras pareció resonar en Kyle incluso más que las últimas de Roman. Sus hombros se tensaron, la mandíbula apretándose mientras procesaba que no solo estaba casada, sino que tenía una hija con otro hombre: nuestra hija. Las palabras de Roman resonaron en mis

oídos, y estaba casi segura por la forma en que Kyle se tensó que una onda de choque similar estaba rebotando a través de él.

El peso de la expresión de Kyle cambió, transformándose de sorpresa a solemnidad. Su mirada fue hacia la niña en mis brazos, sus ojos ardiendo con la intensidad que recordaba tan bien.

—Lina necesita la esencia de uno de la manada que nos ha robado nuestras tierras —continuó Roman—. Lyvia previó que es tu presencia y esencia lo que necesitamos. —Su mirada viajó hacia la bruja que aún estaba de pie cerca de Kyle—. Es la ausencia de las tierras de nuestra manada lo que está robando la fuerza del lobo de nuestra hija.

—Si hay algo que tengo que pueda ayudar, es suyo —juró Kyle, con la mirada fija en mí.

Mi corazón golpeaba contra mi pecho con cada una de las palabras de Roman mientras ocultaba cuidadosamente la verdad. Sabía que mi amigo encontraría la manera de protegerme de Kyle. Por eso había afirmado que yo era su esposa y Lina, su hija. Pero Roman también había camuflado hábilmente nuestra necesidad de Kyle para tratar a Lina.

—El juramento de sangre que hiciste asegura tu lugar aquí. Te quedarás y curarás a Lina —declaró Roman, su voz firme e inquebrantable—. A través de esto, podrás expiar tus errores pasados. Pero si deseas argumentar por nuestra ayuda, primero debes probar que eres un lobo digno de ser ayudado. ¿Me enfrentarás para probar tu fuerza? —desafió.

Mi respiración se entrecortó mientras asimilaba la realidad de sus palabras. Como Alfa, Roman necesitaba afirmar su dominio sobre un recién llegado. Una pelea entre lobos era el protocolo estándar en nuestras manadas. Pero bajo esa necesidad yacía una motivación más personal. Roman estaba impulsado por sus feroces instintos protectores y estaba decidido a darle una lección a Kyle por el dolor que me había causado.

En un instante, Lyvia había eliminado las protecciones que impedían que los forasteros se transformaran, y el impresionante lobo gris de Kyle se alzó ante nosotros. El lobo rojo de Roman, igualmente grande, pronto brilló bajo la luz de las antorchas.

Si Kyle quería obtener la ayuda de nuestra manada, tenía que demostrar ser digno en una pelea contra nuestro Alfa. Mientras miraba a mi mejor amigo y líder de la Manada Luna de Sangre, su pelaje rojo brillaba como una hoguera en la oscuridad, cada músculo tenso y preparado.

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras la anticipación me recorría. Los Luna de Sangre,

Lyvia y yo nos retiramos del centro de la caverna, congregándonos junto a la escalera de piedra para observar desde una distancia segura. Los espectadores a mi alrededor contenían la respiración.

Roman merodeó hacia adelante, su enorme lobo rojo proyectando una larga sombra. Podía ver el destello de determinación en su feroz mirada azul. Estaba completamente preparado para defender lo que era suyo. El poderoso lobo gris de Kyle también se mantenía erguido y feroz, con el pelaje ondulando como plata líquida, reflejando la determinación en sus ojos esmeralda. La energía cruda entre ellos chisporroteaba, una fuerza palpable que resonaba en las paredes de piedra.

Con un gruñido bajo, Roman atacó primero, su velocidad era un borrón mientras apuntaba a conectar con el flanco de Kyle. Kyle saltó, sus músculos de lobo enrollándose y liberándose como un resorte. Se retorció alrededor de Roman, un movimiento calculado que mostraba su inteligencia.

Mi loba se agitaba inquieta dentro de mí, observando, esperando, dividida entre sentirse traicionada y anhelar a este hombre, este lobo, que podría salvar a mi hija.

Las dos feroces bestias se rodearon mutuamente, cada una evaluando a la otra. El pelaje rojo de Roman brilló con más intensidad mientras arremetía de nuevo, esta vez apuntando al cuello de Kyle. Kyle anticipó el movimiento, zigzagueando hacia atrás justo a tiempo, usando el terreno rocoso de la caverna a su favor.

Kyle se acercó al costado de Roman, haciendo que el lobo rojo girara, con los colmillos brillantes chasqueando a centímetros del hocico de Kyle. El sonido envió un temblor de miedo a través de mí. La multitud también jadeó, la tensión en la cámara era sofocante. ¿Y si Kyle fallaba? ¿Y si resultaba herido y no podía salvar a mi hija?

Entonces, Kyle se lanzó hacia adelante, arrojándose contra Roman con un rugido primario que resonó contra las paredes de la caverna. Colisionaron -pelaje y carne, poder y propósito- dos Alfas de manadas antiguas compitiendo por el dominio. El marco ligeramente más grande de Roman amenazaba con abrumar a Kyle, pero Kyle respondió con determinación pura, sus músculos tensándose mientras luchaba con el lobo rojo.

Apretando los dientes, me aferré al pequeño bulto de Lina, desesperada por transmitirle fuerza a Kyle. Podía sentir la conexión en mi pecho, mi loba arañando las cadenas de amargura que la

suprimían. No era solo que quisiera que ganara; en el fondo, mi loba dolía con una feroz protección hacia él. El instinto surgió dentro de mí, no simplemente para salvar a Lina sino para proteger a nuestro compañero destinado del daño, para asegurar que saliera ileso. El peso de ese deseo palpitaba a través de mí, intensificándose con cada latido mientras luchaba por mantener nuestro vínculo fuerte contra el peligro inminente. En ese instante, algo cambió. Kyle, impacientándose, ejecutó un rápido giro bajo el poderoso cuerpo de Roman, los músculos ondulando mientras saltaba con una agilidad que nunca había presenciado.

Con un impulso de momento, Kyle desató un poderoso golpe en el vientre de Roman, una apuesta desesperada que aterrizó perfectamente. Roman dejó escapar un gruñido bajo, la sorpresa brillando en sus ojos azules. El tiempo se ralentizó. Roman arremetió contra el flanco de Kyle. Polvo y piedras estallaron a su alrededor, dispersándose en el aire como paja en el viento.

Jadeando pesadamente, sus ojos se encontraron, ambos lobos parecían sentir el peso de lo que estaba en juego. Kyle luchaba por la redención, y Roman protegía lo que era suyo. En un instante que detuvo el corazón, se lanzaron hacia adelante en un choque final y explosivo. Las mandíbulas chasquearon y las garras rasgaron mientras giraban y se retorcían. Con un último estallido de esfuerzo, Kyle se lanzó hacia adelante, con la cabeza baja, atravesando las defensas de Roman justo cuando el lobo rojo comenzaba a recuperar su agarre. Fue una mordida rápida y decisiva en el hombro de Roman, un movimiento poderoso que afirmaba el dominio, pero fue dado como una demostración de fuerza y confianza. La profunda mordida de Kyle en la carne del lobo rojo declaraba que su fuerza valía la pena para aliarse con nuestra manada y era lo suficientemente fuerte para salvar a mi hija.

Roman se detuvo, el poderoso peso de su marco ajustándose, el brillo de la sorpresa reflejado en las profundidades de sus ojos azules. Una comprensión tácita pasó entre los dos lobos. Mientras el polvo se asentaba, tanto Kyle como Roman mantuvieron su posición, jadeando. Mi corazón se disparó ante la vista. Con un gruñido final que resonó con dolor y orgullo, Roman retrocedió con la cabeza inclinada en reconocimiento a la fuerza de Kyle.

La tensión en mi pecho se aflojó, inundándome el alivio. El lobo gris de Kyle se mantuvo erguido, la determinación brillando en sus ojos mientras encontraba mi mirada, una promesa silenciosa de dar todo lo que pudiera por mi hija.

Transformándose en su forma humana, Roman dijo: —Bienvenido, Kyle, a la Manada Luna de Sangre.

La figura musculosa y humana de Kyle volvió a llenar el centro de la cámara también.

Con mi corazón tronando, el alivio me invadió. Lina recibiría la ayuda que necesitaba. Y mi mejor amigo había hecho exactamente lo que había prometido, protegiéndome del vínculo con Kyle que me negaba a reconocer.

Capítulo 19

Kyle

La pequeña habitación era un marcado contraste con la sala cavernosa donde habían tenido lugar el juramento de sangre y la lucha. Tenía un encanto rústico, sin embargo. Sus paredes rocosas y techo de vigas abiertas zumbaban con encantamientos protectores. En una esquina había una modesta chimenea, sus piedras frías.

Al menos había una chimenea y carbón, me recordé a mí mismo. Mis pensamientos viajaron a los Lunas de Sangre en nuestras tierras de manada, y esperaba que las mejoras duramente conseguidas que había logrado para ellos, como la calefacción, no hubieran sido ya derrocadas por mi padre.

Coloqué la ropa que Roman me había dado, un pantalón caqui simple y una camisa sencilla y gastada, sobre la estrecha cama. Estaba hecha con mantas tejidas a mano, ofreciendo poca protección contra la noche de Alaska. Me puse la ropa. La tela se sentía extraña contra mi piel, un recordatorio de que era un visitante en este lugar. Una vez más, pensé en los Lunas de Sangre en nuestras tierras, en aquellos horribles monos grises que vestían. ¿No era esto una pequeña muestra de lo que ellos habían experimentado?

Mientras terminaba de vestirme, el arrepentimiento me atormentaba. Entonces, un suave golpe interrumpió mis pensamientos, y una oleada de adrenalina recorrió mis venas. Conocía ese sonido en lo más profundo de mis huesos. Era el golpe de Leah. La anticipación pulsaba en mis oídos mientras me apresuraba hacia la puerta. Mi corazón latía con la promesa de finalmente tener la oportunidad de hablar con Leah. Era un momento que había anhelado y temido desde que ella había escapado.

Pero, cuando abrí la puerta, el aliento en mis pulmones se detuvo. Mi corazón se estremeció de confusión y aprensión al verla.

—Leah, pasa —dije, con voz baja. Estaba dividido entre querer su perdón y un abrumador deseo de simplemente contemplarla. El jersey de lana que llevaba era de un azul pastel, complementando las profundidades tormentosas de sus ojos.

Sin embargo, en el momento en que cruzó el umbral, la cabaña pareció aún más fría. Los ojos de

Leah estaban gélidos de cautela, ocultando la vulnerabilidad que una vez había bailado libremente en ellos.

Noté cómo cambiaba su peso, acunando a su bebé cerca como si protegiera a la niña, o a sí misma, de mí. Mi corazón se hundió ante su cautela. Cada tensa respiración que dejaba escapar era un recordatorio de los errores irrevocables que había cometido.

—Gracias por aceptar esto —dijo—. Lyvia vendrá en un momento. —Su voz era cuidadosamente neutral, como si no pudiera confiar en mostrar emoción. Había imaginado este momento de finalmente reunirme con Leah mil veces. Pero ahora, bajo el peso de su dolor, la fantasía se desmoronaba.

—Por supuesto —comencé, tragando con dificultad. Que me agradeciera se sentía mal en tantos niveles. Haría cualquier cosa para intentar compensar la forma en que la había tratado en el pasado. Además, el sufrimiento de su hija por esta enfermedad era causado por mí y mi manada. Éramos responsables de robar las tierras de la Manada Luna de Sangre y la fuerza del lobo de Lina. Pero no sabía cómo expresar todo eso, así que dije—: Quiero ayudar en todo lo que pueda. Sé que no compensaré todo lo que pasó en el pasado, pero si puedo ayudarte a ti y a tu familia de alguna manera, lo haré.

La pequeña niña en sus brazos se movió ligeramente como si sintiera la tensión que flotaba entre nosotros. O, quizás, simplemente respondía a la tensión de su madre. Mientras se movía en los brazos de Leah, su frágil rostro quedó a la vista, y una avalancha de emociones surgió dentro de mí: desesperación, culpa y... afecto. Sabía que esta era la hija de la mujer que amaba y otro hombre, pero eso no podía eclipsar mi deseo de ayudarlas a ella y a su madre.

La niña era tanto un milagro por derecho propio como un recordatorio de la vida de Leah sin mí. La bebé era un testimonio del vínculo y la familia potencial que podría haber tenido con Leah si no hubiera cometido tantos errores.

Un golpe sonó en la puerta, y fui hacia ella, sintiéndolo como un salvavidas en medio de los sentimientos caóticos que amenazaban con ahogarme.

Lyvia, la bruja, estaba de pie fuera de mi puerta. Su largo y brillante cabello resplandecía bajo la luz de la lámpara como el cielo nocturno, enmarcando su vibrante piel dorada. El vestido de terciopelo verde oscuro abrazaba su figura, otorgándole un aura de elegancia y misticismo.

—Kyle —me saludó—. Me alegro tanto de que te hayan traído aquí para ayudar a Lina.

—Yo también —dije, mi tono bajo con emoción contenida. Lo decía de todo corazón. Mantuve la puerta abierta, dejando que la bruja entrara en la habitación antes de cerrarla.

La mirada ámbar de Lyvia fue de mí a Leah. —¿Estás lista? —La franqueza en su tono me dijo que eran cercanas. Mi corazón se retorció, instintivamente celoso de cualquiera que tuviera el lujo de conocer a Leah.

—Estoy lista —dijo ella, con esa misma terrible neutralidad impregnando sus palabras. Sentí nuevamente cómo se negaba a mostrar cualquier emoción cerca de mí. Cada palabra se sentía como una barrera, empujándome hacia atrás, lejos de ella, donde pertenecía. Mi estómago se tensó. Había traicionado a ella y al vínculo que debería haber nutrido.

Lyvia asintió. —Voy a guiarlos a ambos a través del proceso de dar su fuerza a la niña. Leah, si te sientas en la cama. —La voz de la bruja alivió parte de la tensión en el aire, limpiándolo como humo de salvia.

Esperó a que Leah se sentara en el borde de la cama. La mirada de Leah no se apartó de su hija, y mi corazón se encogió por lo mucho que debía estar sufriendo al ver esta enfermedad afectarla.

—Ahora, Kyle —me dirigió Lyvia—. Si te arrodillas junto a ellas, me gustaría que coloques suavemente tu mano en el rostro de Lina.

Mientras me arrodillaba junto a Leah, mis dedos temblorosos rozaron la suave curva de la mejilla de la bebé. Aunque anhelaba ver la mirada de Leah, solo podía concentrarme en la niña, que parecía llamarme. La piel pálida, ensombrecida por la enfermedad pero aún radiante, transformó mi tristeza en una ferviente necesidad de ayudar.

La bruja sacó un paño y dos viales. Cuando destapó el primero, el aroma a agujas de pino flotó en el aire. Mojó la frente de Lina con el agua. Luego, destapó el siguiente, y fue como si un prado de flores silvestres hubiera brotado. Instantáneamente, pensé en el aroma de Leah, del cual ya era consciente. Apreté la mandíbula, tratando de luchar contra la tentación de mirar a Leah.

Por suerte, la voz de Lyvia sonó firme. —Llama a tu bestia, Kyle. Invoca su poder y fuerza, y dirígelos hacia Lina —. Había terminado de aplicar aquella agua fragante en la frente de la bebé.

—Quiero que tú hagas lo mismo, Leah —continuó la bruja.

Lyvia comenzó a entonar su conjuro en la lengua de la diosa lunar: —Amaraq Tuk. Igaluk,

Maguruk. Auk Agaktuk. Anuyaut Aliuktuk. Tumaksrugaa.

Las palabras de la diosa sonaban guturales y cortantes, como los gruñidos y rugidos primales de nuestras bestias.

Cerré los ojos, buscando el pozo de energía de mi lobo mientras acariciaba la mejilla de Lina con reverencia. Con cada respiración, me sumergí en el momento e invoqué la fuerza dentro de mí, nutriéndola con propósito. Entonces, percibí una pureza que tiraba de mi bestia interior. Me extendí hacia ella, sintiendo una conexión etérea.

La energía fluyó de mí, envolviendo a Lina como una suave manta, cálida pero poderosa. Podía sentir el delicado pulso de su vida, electrizante mientras nuestras esencias comenzaban a fusionarse, uniéndose en algo más grande que nosotros mismos. Sentí el derrame de mi espíritu en ella, formándose un vínculo mientras vertía todo lo que tenía en la frágil niña.

—Amaraq Tuk. Igaluk, Maguruk. Auk Agaktuk. Anuyaut Aliuktuk. Tumaksrugaa —. El cántico rítmico de Lyvia fluía y refluía como el romper de las olas en la orilla hasta que se desvaneció. Con cada respiración, podía sentir el débil espíritu de la niña envolviéndose alrededor del mío. Su lobo estaba despertando en respuesta a la infusión de mi energía.

Al abrir los ojos, observé conteniendo la respiración cómo el color teñía las mejillas de Lina. Podía ver la fuerza que le había otorgado. La magia corría por su interior. Casi dejé escapar un suspiro de alivio cuando la brillante luz de la esperanza bailó en ella. La visión envió una ola de afecto a través de mí, una extraña conexión que me unía a ella. Mientras me invadía un anhelo por sostenerla, me di cuenta de que debía ser la infusión de espíritu que le había dado lo que me hacía sentir así.

Me conformé con absorber su bienestar. El contraste con su débil estado de momentos antes me mantenía asombrado, amplificando la alegría del momento. Leah instintivamente acercó a su hija hacia ella, obligándome a retirar mi mano de la mejilla de Lina. Observé cómo los hombros de Leah se relajaban mientras contemplaba la curación de Lina. La tensión entre nosotros se suavizó ligeramente.

La conexión que recorría mis venas persistió mientras miraba a Leah acunando a su hija. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no buscar estar más cerca de ambas. El impulso de atraerlas hacia mí en este momento se sentía tan abrumador que me encontré poniéndome de pie en su lugar.

—Este fue un gran comienzo —dijo Lyvia, con una firmeza y calma completamente opuestas a la turbulenta necesidad que corría por mi interior.

Mi pecho dolía mientras observaba a Leah sosteniendo a su hija más cerca, deleitándose también con los cambios que veía.

—Se necesitarán muchos más tratamientos —continuó la bruja—, y necesitaremos tu cooperación, Kyle.

—Mientras la niña se recupere, haré lo que sea necesario —le aseguré a la bruja, aunque mis ojos se dirigieron hacia Leah. Su mirada permanecía firmemente en su hija. Aunque a juzgar por sus hombros tensos, mis palabras la habían afectado, solo que no de la manera que yo deseaba.

En ese momento, sonó un golpe en la puerta. Apretando los puños para contrarrestar el nudo en mi garganta, rápidamente fui a abrir.

El marco alto y ancho de Roman llenó la entrada. El rostro del Alfa de la Luna Sangrienta estaba serio mientras preguntaba ansiosamente: —¿Funcionó?

Una fea oleada de celos me atravesó, y mi lobo surgió, deseando pelear con este hombre por segunda vez esta noche. Mis sentimientos por Leah y esta extraña conexión con Lina desde que la infundí con el espíritu de mi lobo habían convertido mis emociones en un torbellino.

—Sí —dije bruscamente—. Pasa —logré decir, manteniendo la puerta abierta para Roman.

El Alfa se agachó junto a Leah y Lina, su expresión sombría repentinamente iluminada con calidez al ver las mejillas sonrosadas de su hija.

El dolor me atravesó al reconocer que la bebé en los brazos de Leah pertenecía a Roman, no a mí. Verlos así —los tres— tan perfectamente posicionados como una unidad familiar me deshizo de una manera que no había experimentado hasta ahora.

Mi lobo, quizás porque había sido llamado a la superficie tan recientemente para la infusión, ahora merodeaba justo debajo de mi piel, gruñendo y rugiendo. Quería afirmar su dominio, reclamar a su compañera. Sentía su abrumador rugido ahora. Necesité cada onza de fuerza de voluntad para permanecer en mi puesto junto a la puerta. Apreté mis palmas en puños detrás de mi espalda, tensándolas y liberándolas para tratar de aliviar la tensión que me atravesaba. Juré, sin embargo, que no le causaría más dolor a Leah.

Finalmente, Leah y su familia y la bruja pasaron por la puerta. Cerré la puerta con un clic. El silencio me envolvió. La habitación se sentía vacía mientras la ausencia de Leah y su hija arañaba mis entrañas. El eco de su presencia, la suave fragancia de lana, flores silvestres y talco de bebé, parecía grabarse en mi corazón. Inhalé profundamente, tratando de recapturar la esperanza que nuestra victoria sobre la enfermedad había conjurado. Pero, al igual que ellas, se había ido, reemplazada por la cruda verdad de que Leah ahora pertenecía a Roman.

Capítulo 20

Leah

Durante los primeros días, los Lunas de Sangre se movían con cautela alrededor de Kyle, sus ojos alternando entre él y sus tareas diarias, la desconfianza como una niebla por toda la casa. A pesar de la sospecha persistente, cada vez que veía a Kyle, sus ojos esmeralda brillaban con determinación, y siempre parecía inmerso en proyectos transformando nuestros espacios comunes.

Una semana después de su llegada, me asomé desde el invernadero, donde el aire estaba impregnado con el dulce aroma de tierra húmeda y hierbas florecientes. Observé a Kyle trabajar bajo el pálido sol matutino, sus manos montando hábilmente un sistema de recolección de agua de lluvia justo fuera de la ventana. Los tanques metálicos brillaban, cada remache que ajustaba era una promesa de agua potable más limpia y segura. El sonido de las herramientas puntuaba su conversación con Todd, uno de los Lunas de Sangre, flotando en el aire inmóvil.

—Los filtros UV purificarán el agua —explicó Kyle, su voz rica en entusiasmo.

Su pasión por aprender, perfeccionada durante años de estudios universitarios, se revelaba en su ansiedad por implementar cambios dondequiera que fuera. Cada mejora que presentaba convertía las miradas tentativas en asentimientos reflexivos, y sabía que se estaba ganando la confianza de mi comunidad poco a poco. Otro Luna de Sangre, Kade, salió del invernadero, uniéndose a Kyle y Todd afuera.

—¿Vendrás a las cavernas esta noche, Kyle? —preguntó Kade.

Kade era uno de nuestros mejores guerreros. A juzgar por los susurros sobre el lugar, no era el único cautivado por la habilidad de Kyle en el ring. Había oído que Kyle frecuentaba nuestro ring de entrenamiento con el mismo entusiasmo para compartir sus habilidades que tenía para mejorar la infraestructura de nuestra manada. Nuestra manada usaba la caverna subterránea bajo la casa para entrenar.

—Por supuesto —respondió Kyle, la facilidad con la que charlaba con mis compañeros de manada haciendo que frunciera el ceño con frustración.

Pensé en cómo Kyle frecuentemente venía a los tratamientos que hacíamos diariamente para la curación de Lina, con su piel sonrojada y su aroma almizclado por el ejercicio. Claramente, estaba pasando mucho tiempo entrenando con los guerreros de la manada si estaba ejercitándose durante el día y en la noche.

Mientras estaba entre los tallos ondulantes del jardín, mi piel se erizó, no por la brisa que entraba por la ventana sino por la forma en que la presencia de Kyle estaba cambiando la dinámica de nuestra manada. Estaba sembrando mejoras en el suelo de nuestras vidas, nutriendo cambios que hacían que mi corazón diera volteretas. Pero había hecho lo mismo en las tierras de nuestra manada. Sin embargo, cuando realmente lo necesité, había estado ausente. El pensamiento dolía como una vieja herida de batalla, una que nunca sanaría por completo. La irritación me invadió. En solo una semana, parecía que yo era la única dentro de mi manada que no estaba dispuesta a dejarse encantar por el carisma natural de Kyle.

En ese momento, el calor de Roman me envolvió. Sus manos descansaron en mi cintura, anclándome mientras se inclinaba, enterrando su cabeza en la curva de mi cuello. —¿Cómo estás, amor? —preguntó.

Una risita se me escapó mientras me retorció alejándome de su caricia, queriendo soltar un grito, aunque en su lugarforcé una risa juguetona. —Mejor ahora —respondí, girándome para plantar un casto beso en sus labios.

Nos aferrábamos a estos pequeños momentos como armadura, una forma de reafirmar nuestro vínculo cada vez que veíamos a Kyle cerca. Pero sentía la tensión creciendo bajo la expresión de Roman. De hecho, Roman parecía más dolido que complacido, y rápidamente lo llevé hacia las bandejas de lechuga. —Mira cuánto han crecido —me entusiasmé, como si quisiera que admirara mi trabajo en lugar de necesitar alejarlo de la ventana por la que probablemente Kyle estaba mirando.

Se había vuelto evidente que Roman era un terrible actor. La chispa traviesa en sus ojos a menudo se desvanecía cuando necesitábamos solidificar nuestra fachada. Justo la otra noche durante la cena, cuando la mesa estaba llena con todos, incluyendo a Kyle, casi me llama Nuka. Había enmascarado su error con un violento ataque de tos. Desde entonces, habíamos dejado de lado nuestros apodos de hermano y hermana, conformándonos con llamarnos amor.

Roman apretó mi mano mientras lo guiaba por el invernadero, donde brotes fragantes y resistentes plantas de chile prosperaban hasta bien entrado el otoño, gracias a los encantamientos

de calor de Lyvia. La luz del sol bailaba sobre los raros minerales esparcidos por todo el lugar, cada cristal brillando con su propio resplandor único. Entre estos tesoros estaban las piedras tiritich de las tierras de la Luna Plateada, sus patrones como escamas brillando con un fuego interior que irradiaba calor como una estufa de leña cuando se combinaban con el encantamiento correcto. También había preciosos minerales de las tierras de la Manada Ala Nocturna, como los depósitos de sikin, rocas plateadas que brillaban como luces de hadas en la noche, emitiendo un suave resplandor que nutría las plantas durante las horas más frías.

Mi espalda estaba hacia la puerta del invernadero, pero supe que Kyle había entrado tan pronto como la mano de Roman se tensó sobre la mía. Roman frecuentemente desafiaba a Kyle, haciendo alarde de nuestra cercanía, impulsado por un instinto protector tan profundo como el que cualquier hermano mayor siente hacia su hermana. Desde que había llegado a nuestro santuario hace un año, atormentada por lo que había sufrido en la Manada Luz de Luna y por Kyle, él había adoptado una nueva fiereza para protegerme de más dolor.

—Se ve genial aquí —dijo Kyle mientras él y los dos Lunas de Sangre entraban desde el jardín. La admiración en su voz provocó que una oleada de confusión me invadiera. Frunciendo el ceño, solté la mano de Roman y volví a mi tarea de regar las plantas.

—El nuevo sistema de agua de lluvia realmente ayudará a que todo tu trabajo duro aquí brille —continuó Kyle, obviamente tratando de atraerme a la conversación.

—Sabes, no se trata solo de sistemas, ¿verdad? —dijo Roman, su voz hirviendo de intensidad—. Estas plantas están floreciendo porque han recibido tiempo y amor.

Mi corazón martilleaba en mi pecho como si estuviera corriendo, no simplemente jardinando.

—Solo intento ayudar —dijo Kyle—. La eficiencia le dará más tiempo a todos.

Tenía razón. Nuestro grupo tardaba bastante tiempo en recolectar agua del río, y depender de filtros y pastillas de cloro estaba lejos de ser un sistema infalible. Cuando llegamos por primera vez al valle, Lyvia tenía mucho salum, una potente hierba purificadora que usábamos para limpiar el agua, librándonos de la tediosa tarea de hervirla para que fuera segura para beber. Desafortunadamente, el salum solo se podía encontrar en las tierras de Luna Sombria, y con suministros que llegaban al pueblo del valle solo una vez al mes, hacía tiempo que habíamos agotado nuestras reservas. Así que, cuando podíamos, también intentábamos usar soluciones humanas comunes.

—Recuerda que mantuvimos este lugar unido antes de que llegaras —replicó Roman—. No es tu reino para reformar —sus palabras espesaron el aire a nuestro alrededor.

Podía sentir cada sílaba ondulando entre nosotros con inquietud. Sabía sin mirar que la mandíbula cincelada de Kyle estaba tensa en respuesta al aguijón de las palabras de Roman. Luego, sus pasos resonaron mientras se alejaba. Me perdí en el aroma de las hierbas, la tierra y el agua dulce, pero no pude evitar sentirme secretamente complacida de que Roman no hubiera sucumbido a impresionarse por las habilidades de lucha de Kyle como todos los otros guerreros de mi manada. Al menos con Roman, sabía que tenía a alguien de mi lado.

Más tarde esa noche, Roman vino a mi habitación, arrojándose sobre mi cama. Bien acostumbrado a estar cerca de Lina, gimió en voz baja y se quejó: —No puedo soportar mucho más.

Lina dormía profundamente en su moisés, y yo estaba en mi escritorio junto a la ventana. Había bocetos dispersos de hierbas y flores allí, un pasatiempo para el que no había tenido mucho tiempo últimamente. Pero con los tratamientos de Lina yendo bien esta última semana y su fuerza mejorando, había disfrutado de algunas horas dibujando bajo la luz del atardecer esta noche.

Con paso ligero, me acerqué a sentarme en la manta tejida a mano de tonos terrosos junto a Roman. —¿Qué pasa? —pregunté, con preocupación colándose en mi voz.

Roman se echó hacia atrás, sentándose contra el cabecero de la cama. Sus hombros estaban tensos, y podía ver la tensión en su mandíbula.

—Kyle —gruñó, pasándose una mano por su cabello castaño ondulado con frustración—. Me la devolvió por ese comentario sobre que esto no era su reino.

—¿Te venció en la pelea? —pregunté, frunciendo el ceño.

Los rumores sobre las peleas de Kyle y Roman en el ring durante los últimos días también habían llegado a mis oídos. Sabía que estos desafíos, al igual que Roman alardeando de nuestra cercanía, eran su forma de afirmar su dominio como Alfa y una manera de mantener esta farsa de que él y yo estábamos juntos. Pero Roman no era mal perdedor. Si Kyle lo hubiera vencido en el ring, no podía imaginarlo tan afectado como parecía ahora.

—No —gruñó—. Al igual que la primera noche, siempre estamos muy igualados. Esta noche fue

lo mismo.

Fruncí el ceño, esperando escuchar qué le molestaba.

—No es la lucha. Es lo que viene después —dijo Roman.

Fruncí el ceño. —¿Después?

Para mi sorpresa, las mejillas de Roman se sonrojaron. —Son los baños —masculló.

Con la falta de agua corriente en la casa, todos usábamos los baños comunales naturales de roca que se alimentaban del agua del río. Lyvia había encantado las piscinas de roca para que se calentaran usando las piedras tiritich cuando las necesitábamos. Después del ring, los combatientes generalmente iban allí a bañarse.

Me imaginé a Kyle como había estado la primera noche, de pie, todo músculo ondulante y piel bronceada y esbelta. Mi pulso se aceleró.

—Bueno, al menos no soy el único que se acalora por él —sonrió Roman con suficiencia, sus sentidos de cambiaformas obviamente captando los latidos acelerados de mi corazón.

—Roman —le di un puñetazo en el brazo, mis mejillas ardiendo. Luego, bajé la voz, ansiosa por no despertar a Lina.

—Esta noche —continuó—, no dejaba de invadir mi espacio personal en la piscina. Luego, cambiarse después fue aún peor —se quejó Roman.

—Oh —murmuré, con la boca seca mientras podía imaginar demasiado claramente cómo podría verse eso.

—Necesito té. ¿Te gustaría té? —susurré, sintiendo de repente la necesidad de manzanilla para calmar mi corazón acelerado.

Roman gruñó, lo que tomé como un sí. Mantenía un termo aquí arriba para no tener que bajar los cuatro pisos hasta la cocina, lo cual era especialmente útil si quería una taza por la noche mientras amamantaba a Lina.

Regresé con dos tazas humeantes de manzanilla, respirando su aroma calmante.

—Honestamente, está en todas partes donde miro —se lamentó Roman, con molestia entrelazando sus palabras—. Y hablando de distracciones. Su paquete es enor...

—¡Roman! —exclamé, una risa escapándose incluso mientras trataba de sofocar la avalancha de sentimientos encontrados. Estaba tratando de no pensar en todas las habilidades de Kyle o en lo espectaculares que eran sus dedos ágiles o su boca, o...

Aplasté el pensamiento de nuestra noche juntos, sabiendo que eso desataría una marea de deseo indomable.

—Mira —insistió Roman, su expresión sincera—. No es que no pueda apreciar al hombre. De hecho, ese es el problema. Aprecio demasiado todos sus atributos. Y dado que hace una eternidad que alguien no intenta meterse bajo mi piel como él lo está haciendo, me está dando muchos sentimientos encontrados.

Mierda.

Como hombre que se sentía atraído por los hombres, era natural que el comportamiento de Kyle fuera difícil de soportar para Roman. Si Kyle andaba desnudo, haciendo que su misión fuera lavarse y cambiarse lo más cerca posible de Roman y mostrar su físico, todo en un intento por afirmar su dominio, no era sorprendente que mi amigo estuviera cerca de perder la calma.

—Solo espero que Mark no se entere —dijo Roman. Mientras hablaba de Mark, una expresión suave apareció en su rostro—. Odiaría que se pusiera celoso.

La expresión de Roman era tierna y nostálgica mientras lo mencionaba, y me di cuenta de que realmente no estaba preocupado por molestar a Mark con rumores sobre la forma en que Kyle actuaba a su alrededor. Se quejaba porque era una manera de hablar sobre Mark. Algo que mi amigo no había podido hacer mucho en los últimos años.

—Mark nunca podría dudar de tu amor, Roman. Ustedes dos son sólidos como una roca —dije. Mi corazón se encogió al pensar en lo difícil que debe haber sido para ambos estar separados estos cuatro largos años, con nada más que su comunicación en línea para alimentarlos—. Y un día pronto, todos van a celebrar a ustedes dos, su amor y lo especial que es.

Sonrió suavemente mientras bebía su té, sus ojos azules brillando con una luz esperanzadora. — Gracias, amor.

Mi estómago se tensó. Incluso en esta habitación, habíamos cambiado a llamarnos amor, y solté un suspiro de frustración por lo mucho que Kyle estaba invadiendo nuestras vidas. Me pasé una mano por el pelo, odiando en qué lío se había convertido todo esto. Engañar a Kyle era una medida necesaria, pero nunca anticipé que se volvería tan complicado. También extrañaba la cercanía normal entre Roman y yo.

—¿Por qué está haciendo esto? —pregunté desanimada.

—El amor nos hace hacer locuras a todos —respondió Roman.

Se me hizo un nudo en la garganta. Al principio, creía que Kyle no me amaba. Después de todo, ¿cómo podría, con la forma en que me había abandonado en la celda del complejo Moonlight? Me había convencido de que verme con otro hombre haría que Kyle se rindiera. Sin embargo, Roman tenía razón. Mi estómago dio un vuelco. Sus acciones indicaban que aún me amaba.

Bebí mi té, preguntándome qué debía hacer al respecto. Sin duda, yo también tenía sentimientos persistentes por él. Pensé en cómo cada vez que se inclinaba cerca de mí para tocar a Lina durante los tratamientos, su aroma, su calor, su atractivo me abrumaban, haciéndome sentir demasiado. Pero no podía perdonar a Kyle por sus acciones pasadas.

No puedo.

Roman interrumpió mis pensamientos, y fue como si expresara lo que yo sentía. —No puedo mantener esta farsa por mucho más tiempo —me advirtió—. Además, con más tiempo en la piscina desnudos y cambiándonos, definitivamente se va a descubrir nuestro estatus de pareja feliz.

Resoplé, disfrutando de la risa que también brotó de Roman.

Pero cuando exhaló un suspiro, volvió a ponerse serio. —Necesitas decirle que me deje en paz.

Sentí que el aire entre nosotros cambiaba. La petición de Roman quedó flotando pesadamente en el aire. Su frustración luchaba con la ternura sin reservas en su mirada, y supe que esto no era justo para él. Nuestro santuario de repente se sentía demasiado pequeño y asfixiante. Con Kyle aquí, solo en esta habitación podíamos ser nosotros mismos el uno con el otro.

La idea de enfrentarme a Kyle, de reconocer la animosidad que sentía hacia Roman, significaba exhumar el pasado, nuestro pasado. Una nueva ola de ansiedad atravesó mi pecho.

Bajé la mirada, mis dedos trazando el borde de mi taza de té, deseando que el tumulto dentro de mí se calmara.

Pero en el fondo, sabía que era el momento. —Lo haré —declaré, con voz firme aunque teñida de aprensión. Era más que una promesa a Roman; era un compromiso conmigo misma, un paso crucial hacia la recuperación de la vida que tanto me había costado reconstruir tras la partida de Kyle.

Mi corazón latía con fuerza mientras la determinación fluía por mi cuerpo. Le dejaría claro a Kyle que lo nuestro había terminado y que los vestigios de nuestro pasado no tenían lugar en mi futuro. Era hora de establecer los límites que había dudado en trazar y de proteger mi corazón. No le permitiría reabrir las heridas que apenas comenzaban a sanar. Este era mi momento de recuperar no solo mi relación con Roman sino conmigo misma.

Capítulo 21

Kyle

No podía soportar la intimidad entre Leah y Roman. Mi estómago se contraía cada vez que los veía juntos. Mientras caminaba por el pasillo de la casa segura, imágenes vívidas de ellos invadían mi mente, reproduciendo sin cesar la escena del invernadero del día anterior: las grandes manos musculosas de Roman agarrando su cintura, Leah inclinando la cabeza hacia atrás, besándolo. El hermoso rubor que se extendía por sus mejillas me atravesó el corazón mucho más profundamente que su contacto. Me hacía hervir la sangre de furia y me paralizaba con una mezcla asfixiante de envidia y desesperación. Ella respondía a él. Se sentía atraída por el Alfa de Luna Sangrienta. El pensamiento vibraba dentro de mí, retorciéndose y quemando hasta que apenas podía respirar.

Mis pasos se volvieron más pesados mientras giraba hacia el pasillo de la cocina. La entrada familiar a la caverna subterránea donde entrenaban los Luna Sangrienta, el único lugar que me ofrecía un respiro dentro de estas paredes. Por Igaluk, necesitaba ese ring hoy. Necesitaba la descarga de adrenalina que venía con la pelea, el único bálsamo contra esta agonía en mi pecho.

Al doblar la esquina, la mujer que ocupaba mis pensamientos estaba allí, esperando fuera de la cocina. Llevaba el pelo recogido en un moño despeinado y vestía el suéter azul pastel y los vaqueros que le había visto usar regularmente.

Shona, otra cambiante, pasó junto a nosotros, saludándonos casualmente: —Hola, Leah. Hola, Kyle.

Mi corazón saltó con una alegría absurda al escuchar nuestros nombres entrelazados.

Sin embargo, la expresión de Leah estaba tan tensa como siempre que estaba cerca de mí. — Kyle, necesito hablar contigo.

El temor me atravesó ante el repentino pensamiento de que algo pudiera estar mal. —¿Está bien Lina? —solté. ¿Por qué otra razón Leah me buscaría cuando apenas podía soportar verme?

—Lina está bien —respondió Leah, sus ojos de repente cálidos y abiertos. Su expresión hizo que mi corazón se elevara. Pero miró hacia el corredor, donde Kade se acercaba.

—¿Podemos hablar en la cocina? —preguntó.

Asentí, siguiéndola a la cocina. El aire estaba impregnado con el aroma de hierbas secas colgando de las vigas: hinojo, romero y kiva. Mis pensamientos volvieron a cuando estaba en mi oficina con Leah, el aroma picante de la kiva evocando el recuerdo de ella llevando una taza humeante de té. Recordé cómo los nombres de las hierbas habían fluido rápidamente de su lengua, su conocimiento herbal tan hábil como las artes mágicas de Lyvia.

Diosa, cómo deseaba eso de nuevo. Anhelaba desenredar el tiempo, reescribir lo que había sido, y estar con Leah en el calor de ese momento compartido, lado a lado en el resplandor de la posibilidad. Pensé en cómo había visto la kiva creciendo en las tierras de Luna Sombra mientras había ido a reunirme con Alexis. Quería contarle a Leah sobre lo picante que era su aroma en la exuberante naturaleza. Añoraba la intimidad casual del pasado que había dado por sentado, que ahora haría cualquier cosa por restaurar.

La voz de Leah cortó mis reflexiones. —Necesitas dejar de desafiar a Roman.

Fingí inocencia. —No sé a qué te refieres. —Pero era muy consciente de que, como Alfa de Luna Sangrienta, el lobo de Roman lo estaba forzando a desafiarme a diestra y siniestra. Como recién llegado a la manada, ese instinto habría sido fuerte. Pero con Leah y yo siendo compañeros destinados, la necesidad de ponerme en mi lugar debía ser abrumadora.

—Ya basta, Kyle —dijo ella, la ira inundando sus facciones—. Roman es un buen hombre y un buen líder. No necesita esta provocación continua que estás haciendo.

Mis fosas nasales se dilataron, molesto porque el Alfa de Luna Sangrienta hubiera conseguido que Leah peleara sus batallas. —Si no puede soportar pelear conmigo, no necesita aceptar mis desafíos —me quejé.

—Kyle, ya basta —dijo ella, sus ojos tormentosos encontrándose con los míos.

Al menos me está mirando.

El aire se cargó de calor mientras manteníamos la mirada del otro. ¿Cómo había olvidado lo tormentosos que podían ser sus ojos? Mi corazón latía en respuesta mientras me sentía como un hombre en el mar, hipnotizado por el poder de la tormenta que se aproximaba. El desafío brillaba en su mirada, y la tensión entre nosotros se intensificó, trayendo consigo una mezcla embriagadora de anhelo y frustración. Las chispas que antes siempre habían tenido un efecto

inflamatorio en mi deseo apenas contenido ahora amenazaban con incinerarme.

Diosa, cómo te deseo.

—Roman es mi pareja y el padre de Lina. Lo he elegido a él —dijo Leah.

Sus palabras golpearon con la fuerza de una avalancha. La tensión se apoderó de mi estómago mientras mi cabeza daba vueltas. Apreté la mandíbula mientras las sensaciones del pasado giraban en mi mente: el calor de sus labios y el aroma embriagador de su piel. Mi corazón se encogió al darme cuenta de que Leah no había dicho que amara a Roman. No podía soportar la idea de que se enamorara de otro.

Pero no tengo derecho a querer nada de ella.

Aunque Leah y yo éramos compañeros destinados, ella no quería aceptarme, y un oscuro recordatorio arañaba mi conciencia: yo era quien había destruido su confianza.

—Entiendo, Leah —dije, a pesar de sentir como si me estuviera condenando a un destino peor que la muerte—. Prometo que dejaré en paz a Roman. —Estaba prometiendo dejar de intentar ganar su atención. Estaba prometiendo dejar de luchar por ella.

Ella exhaló un suspiro de alivio, una suavidad que solo profundizó el dolor dentro de mí. Mi lobo aulló ante la perspectiva de no poder ni siquiera luchar para ganar a nuestra compañera.

Pero tal vez esta era la forma de Igaluk de encontrar justicia por la manera en que había luchado contra mis sentimientos por Leah cuando tuve una oportunidad con ella. Había suprimido mis sentimientos por ella entonces cuando debería haberlos abrazado y haberla reclamado. Ahora, cuando quería reclamarla más que nada, era mi deber suprimir esos sentimientos nuevamente.

Desde entonces, los momentos más felices de mi día giraban en torno a ayudar a Lina. Era el único momento en que podía estar cerca de Leah. Si tenía suerte, nuestros dedos se tocarían mientras infundíamos nuestros espíritus de lobo en la niña. El roce casual de mi brazo o pierna contra Leah mientras me arrodillaba junto a ella y Lina hacía que mi corazón se acelerara y parecía ser por lo que respiraba. Atesoraba el tiempo pasado con Leah. Cualquier migaja que pudiera conseguir, la aprovechaba.

La bruja nos había instruido en el proceso de infusión tantas veces que Leah y yo generalmente hacíamos las infusiones por nuestra cuenta, aunque ocasionalmente ella venía a tejer sus

encantamientos en nuestro trabajo. La mayoría de las veces, Leah usaba las aguas fragantes de pino y flores silvestres para bañar la frente de Lina antes de que convocáramos la fuerza de nuestros lobos, extrayéndola e infundiéndola en ella.

Un día, mientras me acercaba a la puerta de la habitación de Leah para nuestro tratamiento programado, ella respondió, luciendo más cansada de lo habitual.

—¿Está todo bien? —pregunté, el temor apretando mi pecho ante la idea de que la condición de Lina estuviera empeorando.

—Sí, bien. Solo fue una noche sin dormir. Lina estuvo despierta mucho tiempo, alimentándose. Su apetito está aumentando, lo cual Lyvia dice que es una buena señal —respondió Leah, abriendo la puerta para dejarme entrar. Su alegría era un bálsamo para mi preocupación. A pesar de las ojeras de cansancio, resplandecía con la satisfacción de la maternidad. Sentí una calidez en el pecho al saber que de alguna manera era responsable de aliviar sus problemas y ayudar en la recuperación de su hija.

La observé, notando que su cabello estaba despeinado como si recién se hubiera levantado de la cama. Llevaba una bata de algodón con estampados de ramitas de lavanda. Tenía las piernas descubiertas. Tragué el nudo en mi garganta, mirando alrededor de la acogedora habitación.

Su calidez me envolvía: paredes amarillo pálido combinadas con mantas terrosas arrugadas. El cabecero de la cama estaba intrincadamente tallado con un lobo aullando contra una luna llena: el símbolo de la Manada Luna de Sangre. Un escritorio lleno de papeles despertó mi curiosidad, y me moría por saber qué había escrito Leah allí. Había plantas sobre la cómoda, con la luz del sol acariciando sus hojas. Aunque había visitado varias veces para el tratamiento de Lina, esta era la primera vez que me sentía cómodo. Tal vez era el cansancio de Leah o el hecho de que había dejado de provocar a Roman. Desde nuestra conversación, había tenido cuidado de evitar el ring cuando Roman estaba entrenando.

—Necesito té —dijo Leah, dirigiéndose a un termo sobre el escritorio—. ¿Quieres un poco? No tengo leche —añadió.

Era algo tan pequeño, pero su ofrecimiento me conmovió. Se sentía como una rama de olivo. Quizás realmente estábamos avanzando.

—Claro —respondí con la voz entrecortada—. Gracias.

Desvié la mirada, tratando de no pensar en el hecho de que la taza que me entregó era de Roman. Me acerqué a la ventana, mirando el valle congelado, un paisaje que lentamente se había vuelto familiar después de mis dos semanas aquí.

En ese momento, un suave suspiro escapó del moisés en el asiento de la ventana. Una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras me acercaba a la bebé dormida. Conforme avanzaban nuestros tratamientos, mi afecto por Lina solo se había profundizado.

—¿Por fin le estás dando un descanso a tu mamá? —murmuré a la niña dormida, con la voz llena de cariño. Siempre estaba dormida cuando yo estaba cerca. No había visto a la pequeña despierta, pero esperaba hacerlo pronto. Las noticias de sus alimentaciones nocturnas eran alentadoras.

Leah se paró a mi lado. Su mirada se fijó en Lina con una profundidad de amor que me llenó el pecho hasta desbordar. Bebí el té negro para distraerme de la tentación de contemplar su impresionante belleza.

—¿Te importaría bañarle la frente? —preguntó, apartándose el cabello despeinado—. Solo voy a cepillarme los dientes y ponerme algo de ropa antes de empezar.

La simplicidad de la petición me llegó al corazón, pero simplemente asentí, tratando de ignorar el sonido de Leah retirándose al baño privado. La casa vieja solo tenía agua corriente en la planta baja. Pero el agua filtrada del río se subía diariamente a las palanganas para el aseo. Las palabras de Roman sobre que los sistemas no arreglaban todo cruzaron por mi mente, pero realmente esperaba que el sistema de agua de lluvia ayudara a hacer la vida un poco más fácil para Leah y el resto de los Luna de Sangre aquí. Con las increíbles piedras tiritich de Lyvia, el agua también podía calentarse rápidamente. Así que, al menos Leah no se bañaba con agua fría.

Con el estómago revoloteando, me propuse dejar de pensar en Leah vistiéndose en la habitación contigua y concentrarme en lo que me había pedido hacer. Humedecí el paño con el agua aromática, aplicándolo suavemente en la frente de Lina. Conteniendo la respiración, temía despertarla, pero siguió durmiendo pacíficamente. Con cada suave caricia en su piel, sentía mi pecho llenarse de algo monumental. Esto —Lina y Leah— era lo que anhelaba. Pero las palabras de Roman del otro día volvieron a entrometerse, "Este no es tu reino", y luché por mantenerme centrado en medio de este doloroso anhelo.

Cuando Leah regresó, su cabello caía en ondas sedosas sobre sus hombros. Vestida con jeans y

un suéter color crema que abrazaba sus curvas, lucía naturalmente hermosa. Noté que sus calcetines estaban decorados con pequeñas calabazas naranjas, lo que me hizo sonreír. De repente, volvió un recuerdo de Leah horneando pasteles daneses en mi cocina, llenándola con los reconfortantes aromas de nueces pecana y maple mientras el frío otoñal se instalaba, evocando un vistazo del hogar que una vez tuve la oportunidad de tener.

Reprimí el pensamiento, luchando contra la nostalgia y mis arrepentimientos. Cerrando los ojos, combatí las emociones que burbujan dentro de mí mientras me concentraba en invocar la fuerza de mi lobo. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de sumergirme en esa energía, sentí algo inesperado: una suave piel agarrando mi dedo.

Sorprendido, abrí los ojos para ver la diminuta mano de Lina firmemente envuelta alrededor de mi meñique, su otra mano agarrando la de su madre. La calidez se derramó por mi pecho, una oleada de dulzura que casi me hizo caer de rodillas. Mi corazón se sentía como si estuviera expandiéndose, demasiado grande para mi pecho mientras me maravillaba ante la simple belleza frente a mí: mis dos mayores tesoros. El tiempo mismo parecía fragmentado, como si me concediera un vistazo de la vida que estaba destinado a tener. Un profundo deseo susurró en mi mente: ¿podría Lina ser mía?

Capítulo 22

Leah

Cuando los pequeños dedos de Lina se aferraron a los míos y a los de Kyle, una atracción magnética me recorrió, una cruda consciencia de su profunda necesidad de consuelo. Mi pulso se aceleró, revelando la verdad que había enterrado. La luz de la mañana se filtraba por la ventana, bañando la habitación con un resplandor dorado, iluminando las vigas de madera adornadas con conchas, plumas y flores secas: cada una un talismán protector para mantener a mi hija y a mí a salvo.

Ahora, envuelta en el calor de nuestra familia, el poder de Kyle se sentía abrumadoramente protector. El alcance de Lina era una súplica por ello. El momento presionaba contra mi pecho. Mi loba merodeaba bajo mi piel, inquieta y gritando por cercanía mientras el calor de Kyle encendía mis sentidos.

El poder de mi loba palpitaba por mis venas, energía salvaje lista para envolver a Lina. El aire chisporroteaba con electricidad, señalando que nos adentrábamos en territorio inexplorado. La intuición me decía que Lina anhelaba la fuerza combinada de sus padres. Era tan esencial como la leche que le daba. Kyle también lo sentía.

Sus ojos se cerraron, la tensión nos envolvía como el crepúsculo. Cada fibra de su ser vibraba en sincronía, convocando la fuerza de su bestia para nuestra hija. Lo seguí, dejando que mi loba surgiera para crear una conexión etérea. Comenzamos a canalizar nuestras energías hacia Lina, tejiéndolas juntas en una armonía inquebrantable. Esta infusión se sentía diferente, eléctrica. La intensidad del espíritu lobo fluyendo entre nosotros era diferente a todo lo que habíamos sentido antes. Encendió un calor y una conexión que despertó a nuestros lobos, arrastrándonos a un ritmo primario. Cada latido acelerado resonaba en mi pecho, obligándome a reconocer las emociones que me inundaban. Mi loba no solo estaba protegiendo a Lina; un calor innegable florecía por la presencia de Kyle a mi lado. Mientras nuestros espíritus se mezclaban dentro de nuestra hija, sentí mi resiliencia entrelazada con la feroz intensidad de Kyle, transformándose en algo extraordinario dentro de su pequeña forma.

El calor de nuestra infusión ardía, encendiendo a mi loba y enviando una ola de anhelo por mis venas. Mis párpados se abrieron, instintivamente atraídos a trazar los ángulos fuertes de la

mandíbula de Kyle y los planos esbeltos y cincelados de su rostro. La luz del sol se deslizó sobre su cara, y sentí como si hubiera vagado hacia un hermoso bosque soleado, su aroma a pino envolviéndome como árboles majestuosos. Como si sintiera mi mirada, sus propios ojos se abrieron, revelando una profundidad de consciencia que chocó con la mía. Sus pupilas estaban dilatadas, vivas con una mezcla de confusión y deseo que me hizo girar la cabeza. Su respiración se volvió superficial, un eco parpadeante de mi propio anhelo imprudente.

Antes de que pudiera contemplar las consecuencias, me encontré inclinándome más cerca, magnéticamente atraída hacia él por una necesidad que surgía a través de mi cuerpo como un incendio corriendo por hierba seca. Nuestros labios se encontraron suavemente, el toque delicado, como si temiera romper la frágil magia de este momento. El beso era una mezcla de asombro y falta de aliento, como pétalos frescos abriéndose para saludar el tierno calor del sol. Mis labios buscaron los suyos, y con cada suave roce, la tensión y el anhelo de palabras no dichas se derritieron como el rocío de la mañana. Esto era todo lo que importaba. Mis labios anhelaban los suyos más de lo que jamás habían anhelado a alguien o algo antes.

El calor de nuestro beso creció, nuestras lenguas enredándose como si fuéramos dos arroyos fusionándose en uno. Podía ver el aura de Kyle bailar con la mía en mi mente: su verde vibrante haciendo eco de la intensidad de su mirada esmeralda, intrincadamente tejido en el tono cerúleo de la mía. Mi mano libre encontró su camino en el cabello corto de Kyle, los dedos rozando su cuero cabelludo, provocando un gemido de él que vibró a través de mí, urgiéndome a besarlo más profundamente, a acercarlo más.

En medio de nuestra comunión, las pequeñas manos de Lina permanecían suavemente aferradas a nuestros dedos, un recordatorio del vínculo inocente que estábamos nutriendo. La forma en que nos conectábamos debió sentirse primaria para ella. Todo lo que sabía era que nos quería a ambos cerca, el calor envolviendo su pequeño espíritu. Era casi como si pudiera sentir su felicidad floreciendo a través de nuestro amor, y en ese momento, ella era indudablemente parte de nosotros, unidos en este espacio sagrado.

Sentí la alegría de mi hija irradiando a través de este momento compartido, y el tono verde y azul dentro de mis pensamientos creció en un caleidoscopio de color. El paisaje onírico de Lina se derramó por mis pensamientos, pintando una imagen dichosa de los tres juntos en un mundo cálido y resplandeciente, libre de miedo y preocupación. Las imágenes parpadeaban como viejas películas en mi mente: visiones de nuestra familia unida, riendo, despreocupada y completa. El calor nos envolvía, envolviendo nuestra propia esencia dentro de una burbuja de protección y amor. Y dentro de este sueño, la hermosa melodía de la canción folclórica de la Luna de Sangre

se entretejía en el aire, envolviéndonos con una familiar sensación de confort:

Los ríos cantan con secretos antiguos,

De historias de valor, de corazones atrevidos.

Reposa tu cabeza en la tierra cálida,

En mi abrazo, encontrarás tu forma.

Cada nota se entretejía a través de nuestra conexión, la tierra moldeando a nuestros lobos mientras nos besábamos. Con cada caricia de nuestros labios, el calor de nuestro abrazo nutría el espíritu de Lina, fomentando la loba emergente dentro de ella. La dicha que compartíamos era embriagadora, el aroma a pino de Kyle haciéndome sentir como si me hubiera perdido en ese poderoso bosque, del cual nunca quería salir. Quería vivir dentro de este espacio para siempre, hundirme más y más profundo.

La mano de Kyle acarició mi nuca, arrancándome un gemido mientras devoraba mi boca.

Pero entonces, dentro de la dicha, una ansiedad corrosiva se deslizó, enrollándose como humo alrededor de nosotros. El calor comenzó a retorcerse, los colores vibrantes de nuestro momento compartido atenuándose en tonos apagados. Mi aura azul pulsaba con miedo, que se filtraba en la armonía a nuestro alrededor. Era un intruso inoportuno amenazando con hacer añicos el frágil vínculo entre todos nosotros. La realidad se desplomó sobre mí, cada golpe resonando dolorosamente en mi pecho.

¿Qué estoy haciendo?

Esta intimidad desbordante entre los tres era demasiado peligrosa para mantenerla.

Esto es un error.

En el paisaje onírico, los ojos de Lina brillaban con una frágil esperanza mientras nos miraba, sin embargo, podía sentir el peso del riesgo que estaba tomando consumiéndome. Si Kyle supiera la verdad sobre quién era ella para él, podríamos perder la independencia por la que tanto había luchado para nosotras.

La hermosa y reconfortante armonía de la canción de la Luna de Sangre aún vibraba a través del sueño de Lina,

Calla ahora, mi amor, las estrellas brillan,

Susurran sueños de nuestra manada esta noche.

En el corazón del bosque, donde vagan las criaturas salvajes,

Encontrarás la fuerza para llamarlo hogar.

A pesar de mi instinto de nutrirla con nuestro vínculo familiar, el miedo pulsaba en cada rincón de mi corazón, y me aparté de Kyle, rompiendo la conexión.

—Lo siento —solté de golpe, las palabras apenas escapando de mis labios—. No puedo.

Al romper nuestro vínculo, el sueño se disipó, y el calor que me había llenado fue reemplazado por un vacío helado. El dolor atravesó mi pecho, y sentí la ausencia de los labios de Kyle como si hubiera perdido una parte de mí misma, la parte que me hacía completa.

La expresión de Kyle cambió de felicidad a confusión y dolor. Pero entonces, sacudió la cabeza, una seriedad grabándose en sus facciones. —Leah —dijo Kyle, su tono impregnado de preocupación—. Espera. Necesitamos hablar sobre lo que acaba de pasar. —Su voz, ahora teñida de urgencia, atravesó mi niebla de miedo.

Meforcé a alejarlo, mi corazón acelerándose con un impulso primario de proteger a Lina. Necesitaba distancia. Necesitaba algo, cualquier cosa que no fuera este calor embriagador que aún persistía en mí.

Agarré a Lina de la cuna, sosteniéndola como si fuera un salvavidas. Era muy consciente de las consecuencias que seguirían si Kyle descubría la verdad. Necesitaba alejarme de él. Decidí ir a la habitación de Lyvia. Estaba justo al final del pasillo, y de repente, sentí como si fuera el único lugar seguro que me quedaba.

Pero antes de que pudiera escapar, sentí un suave tirón en mi corazón, una súplica suave que atravesó el velo de confusión. La pequeña mano de Lina se disparó, alcanzando lo que sentía que se escapaba, alcanzando la conexión que acababa de romper. Sus delicados dedos se envolvieron alrededor de la mano de Kyle, apretando instintivamente, y me quedé paralizada, con la respiración atrapada en la garganta.

El horror se mezcló con asombro mientras observaba el anhelo de Lina por mantener a su padre cerca.

¿Cómo está pasando esto?

Mis instintos protectores rugieron dentro de mí, luchando contra el deseo inocente de mi hija de forjar un vínculo natural con su padre. Me esforcé por suprimir el tumulto que surgía en mi corazón. Me sentí tensándome. La defensividad vibraba a través de mí como si fuera un ciervo atrapado en la tundra desolada y abierta. Cada respiración que tomaba se volvía más superficial. Cada latido de mi corazón me decía que todos los amuletos colgantes y la magia protectora que decoraban nuestra pequeña habitación estaban a punto de ser arrasados.

Los ojos de Lina se abrieron, brillando con una claridad que desmentía su tierna edad. El entendimiento emanaba de ella, y un vínculo instintivo pulsando entre los tres me dejó atrapada en una lucha emocional.

La expresión de Kyle era rígida, una mezcla de confusión y asombro jugando en sus hermosos rasgos. —Lina —susurró, cautivado por nuestra hija. Su voz apenas era más que un suspiro.

La tensión en el aire crepitaba, una electricidad palpable como si el espíritu de nuestros lobos estuviera desgarrando la tela de la habitación. La mirada amplia y expectante de Lina era inquebrantable, fija en Kyle, su inocencia un marcado contraste con el tumulto que rugía dentro de mí. Un escalofrío recorrió mi columna, helándome hasta los huesos mientras la dura realidad se cristalizaba: ya no podía esconderme. La verdad que había luchado tan desesperadamente por ocultar se cernía como una sombra, lista para sofocar el frágil futuro que había construido tan meticulosamente.

Capítulo 23

Kyle

Lina agarró mi mano con sus diminutos dedos, y una onda de reconocimiento me estremeció. Una conexión profunda y misteriosa nos unía, un hilo tejido en lo más profundo de mi ser, uno que había danzado junto a ella en el paisaje onírico que habíamos compartido durante la infusión de nuestros espíritus lobunos.

Mientras la estudiaba detenidamente, mi corazón se encogió al darme cuenta de que su parecido con Leah era sorprendente. Los grandes ojos azules de Lina eran idénticos a los de su madre. Excepto en el sueño, nunca había mirado sus ojos. Lo máximo que Lina se había movido durante sus tratamientos era para agitarse o dejar escapar un grito angustiado en medio de sueños febriles.

Pero ahora, sus grandes ojos azules me absorbían, reflejando mi propia mirada inquisitiva. Tracé la línea de su pequeña nariz. Allí encontré la ligera curva, el ángulo, algo que antes no había notado y que se parecía levemente a la mía. Ávidamente recorrí su rostro, rozando su alta frente y la delicada forma de su barbilla. Mechones oscuros de cabello que se asomaban por su manta llamaron mi atención por primera vez, tan diferentes del rojo ardiente de Leah o del castaño oscuro de Roman. Era como si la noche la hubiera envuelto, negro azabache, igual que el mío.

El reconocimiento surgió en mí, un despertar. Lina se parecía mucho a mí. Esta revelación se mezcló con el cálido residuo de la conexión que habíamos forjado en el paisaje onírico de Lina. El instinto rugió dentro de mí; el suave toque de los diminutos dedos de Lina se hundió en mi palma, su agarre era la esencia misma de lo precioso. Una esperanza asombrosa me golpeó: ¿Era Lina verdaderamente mi hija? ¿Era ella mía y de Leah?

En ese momento, la puerta se abrió. Por un instante, pensé que era Lyvia viniendo a añadir su encantamiento a nuestro tratamiento. Pero la interrupción fue aún menos bienvenida. Roman entró a zancadas, ajeno a la atmósfera cargada, rodeando con su brazo a Leah y a Lina.

—Ata está aquí —la voz del Alfa era suave, casual y carente de cualquier reverencia por la palabra de la diosa, Ataata-padre. Papá está aquí.

Con esa simple frase, destrozó el frágil momento. La ira surgió dentro de mí; mis instintos

gritaban por proteger a mi hija. Me había tambaleado al borde de la iluminación, y Roman amenazaba con empujarme de vuelta al abismo, usurpando mi legítimo lugar. Después de la conversación con Leah el otro día, podría haberlo permitido, pero ahora, después de la infusión y el beso que habíamos compartido, no podía dejar que sucediera.

Los movimientos de Roman interrumpieron la delicada conexión que acababa de forjar con Lina; su agarre se deslizó de mi mano y, de repente, el hechizo se rompió. El deseo de enfrentar la audacia de Roman surgió dentro de mí.

Pero mientras una tormenta de emociones rugía en mi corazón, redirigí mi atención hacia Leah. Estaba a punto de escabullirse, y me posicioné en su línea de escape. —Leah, ¿Lina es mía? —la pregunta brotó, desesperada y cruda.

La confusión brilló en su rostro antes de que la enmascarara con una determinación defensiva, apretando a Lina protectoramente contra su pecho. —No, Kyle. Sabes que es mía y de Roman —afirmó.

El dolor me inundó. ¿Cómo podía decir eso, especialmente después de la visión que habíamos compartido? Nos habíamos sentado juntos en las orillas del río en las tierras de la Manada Luna de Sangre. Me recliné sobre mis manos, absorbiendo la serena belleza del momento. Leah se veía radiante, su cabello rojo ardiente captando la luz del sol y cayendo en cascada sobre su piel clara. Extendí la mano, suavemente colocando un mechón de cabello detrás de su oreja, mi corazón hinchándose mientras ella me sonreía. Acurrucada en sus brazos estaba la pequeña Lina, envuelta cómodamente en una manta. No pude contener mi sonrisa al encontrarme con la brillante mirada azul de la bebé, tan parecida a la de Leah.

Hice caras tontas que hicieron que Lina estallara en suaves risitas. Su risa envió una ola de alegría sobre mí, y sentí la oleada de orgullo hinchándose en mi pecho. Luego, envolví a mis chicas en un abrazo, la risa brotando de ambas.

—Mis hermosas niñas —murmuré, acercándolas más, nuestra alegría resonando en el aire, mezclándose con los suaves murmullos del río a nuestro lado.

Esta era mi familia, mi corazón, y aquí, en este momento perfecto, había encontrado la felicidad. Había presenciado algo trascendente, algo que insinuaba la verdad de nuestro vínculo, solidificando nuestra conexión de maneras que nunca olvidaría.

Roman reflejó la afirmación de Leah, trayéndome de vuelta bruscamente al presente y añadiendo

un peso indeseado a sus palabras. —Kyle, ya hemos pasado por esto —la convicción en su tono se sentía como si me estuviera aplastando en el ring. Sin embargo, él no había estado presente hace un momento; no había presenciado lo que nosotros sí.

De repente, los gritos de Lina perforaron el aire, sus pequeños puños agitándose y alcanzándome. Mi corazón se apretó dolorosamente mientras sus llantos me desgarraban, llamando a esa parte primitiva de mí que ahora la conocía.

—Sé que estás mintiendo —mi gruñido fue dirigido a Roman, la urgencia en mi voz haciendo eco del tumulto dentro de mí.

La expresión inquebrantable de Roman vaciló momentáneamente, el cansancio deslizándose en su mirada azur. —No puedo fingir más —finalmente admitió. Miró a Leah, su voz suavizándose —. No puedo soportar ser un padre falso por más tiempo.

Con esas palabras, el aire cambió. Se alejó de nosotros, posicionándose cerca de la puerta. —Creo que necesitan tener una charla a solas. Estaré en el pasillo, Leah —con una última mirada de advertencia dirigida a mí, se marchó.

En ausencia de Roman, la atmósfera se aligeró mínimamente, aunque Lina continuaba llorando. Mis instintos tomaron el control, y mi mano se disparó, desesperada por calmarla y restaurar el vínculo que apenas habíamos comenzado a formar.

Pero Leah retrocedió, su cuerpo tensándose como si la hubieran golpeado. Mi estómago se revolvió de decepción. Apretó a Lina más cerca, sus suaves susurros mezclándose con la tensión en el aire. Anhelaba cerrar la distancia, convertirme en el padre que sentía que era en lo más profundo de mis huesos. Pero tenía que respetar el deseo de espacio de Leah.

La paciencia luchaba contra mi creciente frustración. Elegí sentarme en el escritorio de Leah, buscando honrar sus límites personales mientras el caos se arremolinaba dentro de mí. La forma en que se había estremecido antes me aturdió, una reacción visceral que me apretó la garganta. La confusión me agarró; ¿cómo podía pasar de besarme, de compartir una conexión tan intensa a estremecerse?

Observé cómo mecía a Lina en sus brazos, añorando el momento en que nuestras manos y auras se habían entrelazado. Me preguntaba por qué luchaba tan ferozmente contra los instintos de su loba. Pero me di cuenta de que ahora no era el momento para discutir sobre nuestro beso o esa atracción primitiva. En este momento, necesitaba la respuesta a la pregunta más importante: la

verdad sobre la paternidad de Lina. Mi estómago dio un vuelco al recordar las palabras anteriores de Roman: —No puedo seguir siendo un padre falso—. Había admitido que su papel era una máscara, y en el fondo, yo sabía que la verdad resonaba en mi corazón. Solo necesitaba la confirmación de Leah.

Finalmente, Lina comenzó a calmarse, su pequeña forma sucumbiendo al sueño. Con evidente relucencia, Leah la colocó de nuevo en el moisés. Mientras observaba, recordé la postura protectora de Leah la primera noche que llegué, cuando estaba en mi habitación, abrazando a Lina como si las protegiera a ambas de mí.

El brillo determinado en los ojos de Leah reapareció; las murallas alrededor de su corazón parecían tan formidables como siempre. —Lina lo es todo para mí. No dejaré que me la quites.

Mi corazón se estremeció. ¿Qué clase de monstruo creía que era? —Jamás le quitaría un hijo a su madre —me defendí, con angustia en la voz.

Sin embargo, ella contraatacó, su tono brutal: —Por supuesto que no lo harás. Lucharé por ella con cada aliento y cada hueso de mi cuerpo. Tu único deber como padre es ayudar a curarla.

Aunque sus palabras estaban bordeadas de hielo, encendieron un calor dentro de mí.

Soy el padre de Lina.

Lo sentí en mi interior. La felicidad me recorrió mientras saboreaba escucharlo de los labios de Leah.

—Mi corazón se elevó cuando la vi en el sueño —dije, con la voz cargada de emoción al recordar la maravillosa magia que se había desarrollado en esta misma habitación. Las paredes, el tranquilo amarillo pálido, las mantas terrosas de la cama y las que envolvían a Lina, y los papeles esparcidos sobre el escritorio, llenos de los artísticos bocetos de flores y hierbas de Leah, todos estaban imbuidos de una tierna magia que anhelaba explorar.

Pero la expresión de Leah se endureció, y se negó a reconocer cualquier suavidad. —Aparte de los tratamientos de Lina, no quiero que te involucres en nada más. ¿Me he explicado con claridad? —La finalidad de esa declaración abrió una fisura en mi corazón. ¿Cómo podía separarme de mi hija?

Una súbita revelación me golpeó. Leah y Roman habían logrado manipularme para tratar a Lina.

Habían afirmado que necesitaban la esencia de quien les había robado sus tierras. Sin embargo, la verdad me golpeó: estaba aquí porque era el padre de Lina. Solo mi esencia podía curarla.

La rabia ardió dentro de mí. Si no hubiera sido por la enfermedad de Lina, tal vez nunca hubiera sabido de su existencia. Tragué con dificultad, luchando por contener mi ira. Una parte de mí anhelaba plantar mis pies y negarme a moverme.

Pero Leah se movió hacia la puerta, evitando mi mirada mientras la abría, sus acciones despidiéndome de su vida.

Así que vuelve a no mirarme.

Salí furioso, pasando junto a Roman en el pasillo, una figura imponente, esperando también a que me fuera. Sus palabras anteriores resonaron en mi mente: —Ata está aquí—. La frase me rozó la piel. Dolía saber que este hombre podría convertirse en el "padre" de Lina mientras yo era forzado a permanecer fuera.

La furia se reavivó. Necesité cada onza de voluntad para alejarme de él, sabiendo que estaba en peligro de hacer algo que podría fracturar la paz de esta manada en la que tan recientemente había sido invitado.

Con un respiro agitado, llegué a mi habitación. Mi corazón latía acelerado, y mis pensamientos colisionaban.

Lina es mía. Soy padre.

Casi tan pronto como entré, un diluvio de recuerdos que había encerrado se liberó. Recordé el hermoso cuerpo desnudo de Leah contra el mío y la intimidad que habíamos compartido en esos momentos. El calor de nuestra unión se había sentido divino, pero después, yo había sido quien lo deshonró. —No quise que esto pasara. Fue tu celo. Aléjate de mí—. Las palabras que le había lanzado después de hacer el amor me atormentaban, trayendo nuevas olas de vergüenza sobre mí.

Había sido yo quien había dudado injustamente de ella entonces, convirtiéndola en una enemiga en mi mente. Recordé la frialdad que había mostrado el día que la había sospechado y cómo la había abandonado cuando más me necesitaba. Me había quedado simplemente observando cuando mi padre la interrogó, permitiendo que la encarcelaran.

El remordimiento amargo arañaba mis entrañas. Le había fallado durante sus momentos más

vulnerables cuando necesitaba mi protección y amor. La cruda realidad se hundió. Me había alejado de mi propia pareja y mi hijo por nacer cuando más me necesitaban.

Con repentina claridad, volvió el recuerdo de las pesadillas que había sufrido durante el cautiverio de Leah. Había soñado con árboles cubiertos de nieve a través de los cuales un grito devastador había resonado. Me di cuenta ahora de que había estado viendo las pesadillas de mi pareja. Por la conexión con Leah y Lina durante estas infusiones de espíritu, mi conexión profunda me decía que había vislumbrado sus miedos en ese entonces. Debió haber temido que una vez que mi padre y los Moonlight descubrieran su embarazo, le quitarían a su bebé y lo abandonarían.

En medio de la tristeza, la admiración por la resiliencia de Leah surgió en mí. Su valentía y espíritu indomable al soportar el cautiverio era inspirador. Apenas podía comprender la fuerza que debe haber necesitado para escapar y proteger a nuestra hija del alcance de mi padre. No podía culparla por cómo estaba reaccionando ahora. El pasado estaba plagado de mis fracasos, y solo podía tratar de remediarlo mostrando cuán equivocado había estado.

Pero incluso en medio de estas sombrías reflexiones, una chispa de esperanza se encendió. Me negué a renunciar a recuperar a Leah. A pesar de que Roman estaba en el panorama, ese beso reciente permanecía en mis labios, recordándome que Leah aún sentía algo por mí. Podía sentir esa maravillosa luz de posibilidad extendiéndose ante nosotros. Tenía una oportunidad.

Determinado, me dediqué a aprender todo lo que pudiera sobre el cuidado de Lina. Busqué a Lyvia, la bruja, para absorber cualquier conocimiento que estuviera dispuesta a compartir. Cada vez que acunaba a Lina mientras Leah dormía, observaba cuidadosamente, estudiando la forma en que acunaba a la bebé en sus brazos y las suaves canciones que cantaba que arrullaban a Lina hasta dormirla. Nunca sobrepasé la directiva de Leah sobre no involucrarme, recordándome que tenía que respetar los límites que había establecido. Pero estaba determinado a tomar notas.

El calor de la cocina comunal, rebosante de vida y risas, resonaba con el parloteo de las mujeres que preparaban las comidas, sus manos moviéndose con gracia entre montones de hierbas y verduras cortadas, transformando ingredientes simples en consuelo y sustento. Con cada momento sencillo que transcurría, la esperanza comenzaba a llenarme como el aroma del guiso que flotaba en el aire. Pronto empecé a ayudar a las mujeres durante mis visitas diarias a la cocina, aprendiendo a crear platos que esperaba algún día poder preparar para mi hija. En poco tiempo, manejaba más las espátulas que mis garras, pasando más tiempo en la cocina que en las cavernas.

Sin embargo, bajo la bulliciosa superficie de la cocina, la tensión seguía creciendo en mi interior. Cada día me sentía como si estuviera al filo de un cuchillo, preocupado de que fuera el día en que Lina se curara y Leah me expulsara de sus vidas para siempre.

Capítulo 24

Leah

Al principio, resentí la presencia de Kyle con cada fibra de mi ser gritando que me alejara del hombre que una vez había destrozado mi corazón. Sin embargo, bajo esas cicatrices profundas, me encontré aclimatándome a su compañía. Después de algunas semanas de su presencia, me admití a mí misma que Kyle se había convertido en un bálsamo para mis preocupaciones sobre la salud de Lina.

Me preocupaba que más infusiones de nuestros espíritus lobunos reavivaran la abrumadora atracción entre Kyle y yo. Sin embargo, Lyvia nos aseguró que si gastábamos algo de nuestra energía primaria transformándonos, no debería suceder de nuevo. Con ese fin, y para ayudar a nutrir al lobo interior de Lina, nos aconsejó que la cuidáramos en nuestra forma de lobo.

En un torbellino de movimiento, nos transformamos en nuestras formas lobunas, nuestro pelaje brillando bajo la luz dorada del sol que se filtraba por la ventana. La pequeña boca de Lina se abrió maravillada cuando nos acomodamos frente a ella, enormes en comparación con su figura de muñeca. Su mirada soñadora se fijó en nosotros. Se sentía surreal transformarnos junto a Kyle, la energía primaria de nuestros lobos expresando lo que las palabras nunca podrían capturar. Mi corazón se aceleró al ver cómo gruñía protectoramente sobre Lina, su forma exudando una fuerza feroz y protectora que me hizo hinchar de orgullo.

Con cada día que pasaba, mientras invitábamos el aroma del bosque y la luz de la luna a nuestro espacio, Lina se sintonizaba más con su lobo. Esa mirada sabia, más allá de su edad, se grababa en su rostro con más frecuencia. También estaba ganando fuerza. Donde antes dormía la mayor parte del tiempo, demasiado débil incluso para levantarse, ahora despertaba regularmente, llena de curiosidad por el mundo que la rodeaba, tanto sus ojos como sus dedos ansiosos por explorar su espacio y a quienes la rodeaban.

A medida que Lina se fortalecía, su personalidad comenzó a florecer. Ya no era solo una bebé frágil. Era un pequeño espíritu inquisitivo, llenando mi habitación con arrullos curiosos y risas. Pronto decidimos enseñarle más sobre su herencia lobuna mediante peleas de juego.

En nuestras formas de lobo, y con un gruñido bajo y juguetón, Kyle se abalanzó sobre mí, sus patas golpeando el suelo mientras fingía un ataque. Respondí de la misma manera, rodando sobre

mi espalda y ofreciendo mi vientre, invitándolo a saltar. El sonido de nuestros gruñidos juguetones rebotaba en las paredes mientras continuábamos con nuestro juego, cada gruñido impregnado de afecto.

Los ojos de Lina se agrandaron, reflejando la emoción que bailaba entre nosotros. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara a imitar nuestras payasadas, sus deditos regordetes curvándose en pequeños puños. Con la nariz arrugada y expresión determinada, intentó dejar salir un "gruñido", un sonido más parecido a un chillido.

En respuesta, Kyle se acercó, tocándola suavemente con su enorme hocico como diciendo: — ¡Vamos, pequeña guerrera!— Ese suave estímulo pareció encender algo en ella. Lina dejó salir un adorable gruñido, un agudo —¡gawr!—

Con cada gruñido y rugido juguetón nuestro, la confianza de Lina se elevaba. Arrugaba su cara, imitando la ferocidad de nuestros gruñidos, sus pequeños brazos agitándose mientras nos miraba con determinación. No pude evitar sentir que la alegría crecía dentro de mí. Nuestra hija estaba aprendiendo, absorbiendo nuestro juego y convirtiéndolo en su expresión única: la magia de una cachorra encontrando su lugar.

Cada día, la habitación se llenaba con las risas y gruñidos de Lina, y sabía que estas interacciones peludas le estaban enseñando que la fuerza no solo viene de la lucha sino también del calor de la familia y el amor.

Kyle también se esforzó por aprender el arte del acicalamiento de las hembras de la manada. Algo que realizaba tanto en forma humana como en forma de lobo para nuestra pequeña familia. Era hipnotizante verlo peinar delicadamente el fino cabello negro de Lina con dedos gentiles. Su cabello, oscuro como la noche, excepto por un mechón rojo que corría por el centro de un lado, era una mezcla del linaje de la Luna y la Luna de Sangre. Lyvia había explicado que cuando Lina fuera lo suficientemente mayor para transformarse, el pelaje de su loba llevaría este mechón rojo en su capa gris. Los movimientos de Kyle eran tiernos pero intencionales. Tenía tanto cuidado, con el ceño fruncido en concentración, tratando de asegurarse de que Lina se sintiera cuidada de una manera simple pero íntima.

Animada por el consejo de Lyvia de que era importante aprovechar la fuerza de nuestro vínculo familiar, le permití cepillar y trenzar mi cabello también. Compartimos una mirada suave mientras los diminutos dedos de Lina se entrelazaban en mi cabello como si tratara de trenzarlo como Kyle. Esta intimidad me recordó el contentamiento que solía sentir cuando Mary o mi

madre me trenzaban el cabello. Había algo profundo y reconfortante en la acción. La manera en que nuestras sonrisas y nuestra risa compartida nos envolvían me dejaba sin aliento.

En forma de lobo, imitábamos nuestro acicalamiento. Con nuestras bocas y dientes, Kyle y yo le enseñamos a Lina técnicas en forma de cambiaformas. Me encontré presionada contra Kyle más a menudo de lo que pretendía, el calor irradiando entre nosotros mientras atesoraba los momentos en que tanto Kyle como mi loba vigilaban a Lina, nuestra presencia envolviéndola en calidez y seguridad. Se sentía como si hubiéramos entrado en el paisaje onírico de Lina, nuestra realidad mezclándose con la vibrante imaginación que había compartido con nosotros.

Para ser parte de las actividades de acicalamiento, las pequeñas manos de Lina tiraban y jalaban los pelajes de ambos, nuestros gemidos enseñándole a ser más gentil hasta que aprendió a acariciarnos suavemente. Cuanto más habitaba este espacio con los tres, mayor se volvía mi anhelo, un profundo deseo que había olvidado que existía.

El plan que había ideado, romper el vínculo que compartíamos, parecía cada vez más imposible. Había construido esas defensas para proteger tanto mi corazón como a mi hija de posibles heridas, pero ahora luchaba con una demanda inesperada dentro de mí. ¿Era débil desear a Kyle, quererlo cerca por razones más allá del bienestar de Lina?

En un crepúsculo particular, mientras volvíamos a transformarnos después de nuestra guardia compartida del sueño de Lina, sentí la atracción gravitacional hacia Kyle. Especialmente cuando mis ojos captaron la vista de su espalda delgada y musculosa, su cintura estrecha y su trasero firme. Siempre el caballero, se dio la vuelta mientras yo recogía mi ropa. Me retiré al baño para cambiarme.

Pero pensar en su presencia en la habitación de atrás me sonrojó las mejillas, una oleada de calor que hizo que mi corazón se acelerara. Coloqué mi ropa en el borde de la bañera, luchando contra el anhelo que me desgarraba. No me molesté en encender la luz ni en cerrar la puerta completamente, dejando que el tenue resplandor vespertino se filtrara por la rendija, acompañado por el suave destello del cristal sikin junto al lavabo.

Mientras soltaba mi cabello de la trenza que Kyle había tejido apenas unas horas antes, aún podía sentir el fantasma de sus hábiles manos impartiendo ese toque íntimo. Mirándome al espejo, mi corazón revoloteó. —¿Y si lo intentáramos de nuevo? —Mi voz tembló mientras susurraba el pensamiento en voz alta, llena de la emoción de la excitación reprimida. Mis pálidas mejillas se sonrojaron ahora con el calor de la esperanza.

Mientras estaba allí de pie, imaginé que en lugar de vestirme, volvía desnuda junto a Kyle. Imaginé la intensidad que ondularía a través de sus poderosos músculos mientras me acercaba y cómo sus ojos adoptarían esa mirada embriagadora.

Escalofríos recorrieron mi columna. Recordé la última vez que nos abrazamos, nuestras bocas colisionando en una ola de hambre que hizo desvanecer el mundo a nuestro alrededor. Pero el recuerdo de su expresión fría y distante después de hacer el amor, después de concebir a Lina, me golpeó, apagando las llamas. —Aléjate de mí —había gruñido. El recuerdo solidificó la tentación que nublaba mi juicio. Como la hierba purificadora salum, mis pensamientos se volvieron más claros.

Me vestí con determinación, recordándome que estos pensamientos confusos estaban en gran parte afectados por los cambios en mi cuerpo. El ciclo de calor aún ardía alrededor de Kyle. Algo de lo que, después de que Lina fuera sanada, finalmente me liberaría cuando rompiera nuestro vínculo de pareja.

Regresé a la sala de estar, asomándome para asegurarme de que Kyle estuviera presentable. Las sombras bailaban por la habitación, mezclándose con la luz casi completamente desvanecida. Las noches se acortaban más rápido mientras el invierno se aproximaba velozmente.

Lina dormía plácidamente en su moisés sobre mi cama mientras Kyle estaba sentado en el asiento de la ventana, su perfil recortado contra la luz natural que se derramaba hacia dentro. La iluminación no era artificial. No teníamos electricidad para desperdiciar en exteriores, ni era el brillo resplandeciente de los cristales sikin. Fuera de la ventana, la Aurora Boreal ondulaba a través del cielo en impresionantes verdes y azules, iluminando las colinas nevadas más allá con una belleza etérea.

Un suspiro tembloroso se me escapó mientras mi corazón se aceleraba. Éramos afortunados aquí en Alaska de ver la Aurora desde el otoño hasta la primavera. Pensé en todas las veces que Roman y yo habíamos contemplado las deslumbrantes luces, pero nunca se habían sentido tan mágicas como ahora mientras imaginaba verlas junto a Kyle. La naturaleza definitivamente parecía estar conspirando contra mí. Mientras la magia se tejía a través del cielo, me recordó a la luz esmeralda y cerúlea de las auras mía y de Kyle en el paisaje onírico de Lina. La Aurora se parecía mucho a nuestras esencias jugando en la noche. El ángulo de la mandíbula cincelada de Kyle, la línea de su nariz recta y su frente alta formaban una silueta cautivadora, atrayéndome con un tirón irresistible.

Ya nos había servido tazas de té. Habíamos hecho costumbre tomar una taza por la noche después de que Lina se quedara dormida. A veces se despertaba, y era útil tener a Kyle a mi lado, guiándola de vuelta a un sueño confortable. Le había mostrado mi caja de té, cuidadosamente etiquetada y llena de flores y hierbas sueltas, compartiendo cómo me gustaba mezclar tres sabores.

Mientras los aromas se mezclaban en el aire, me pregunté si la concentración que había mostrado hacia Lina y hacia mí como familia se extendería también hacia mí. ¿Habría seguido mi regla de mezclar tres sabores? Kiva—ese picante recuerdo hizo que mi corazón revoloteara, recordando la humeante taza de kiva, hinojo y anís que le había llevado una vez. Pero otros aromas se unían al kiva—romero y verbena. Calmaban mis pensamientos turbulentos como aguas bajo una tormenta que se retira.

—¿Has visto alguna vez kiva creciendo en estado salvaje? —La voz baja de Kyle rompió mi ensueño, casi un susurro. Estaba bien ejercitado en mantener su volumen bajo por Lina.

Negué con la cabeza. La voz de Kyle me provocó escalofríos en los brazos, y después de tomar la taza de té de mi escritorio, me senté allí en lugar de unirme a él en el asiento de la ventana.

—Lo he visto en las tierras de Alexis. Su picante llena el aire como chile o jengibre —dijo.

Alexis era el Alfa de la Luna Sombra. Kyle le había contado a Roman y a mí cómo se había aliado con él. El poderoso líder de la tierra que limitaba con la Manada Luz de Luna y nuestras tierras de la Luna de Sangre había prometido su apoyo en la lucha contra Reginald.

—He oído que las Lunas Sombra veneran a la diosa luna por su secretismo —susurré—. Les gusta cosechar sus hierbas bajo la luna nueva—la oscuridad de la luna les da potencia para crear hechizos de ocultamiento. Lyvia usó hierbas de sus tierras en los encantamientos aquí cuando llegamos por primera vez.

Kyle asintió. —El secreto y el sigilo son algunos de sus atributos más preciados. Sus tierras también reflejan esto—valles ocultos y acantilados imponentes. Son muy parecidos a este valle.

Había aprendido de los guerreros de mi manada que frecuentaban la caverna a menudo, que Kyle decía que muchos de sus movimientos los había aprendido de Alexis y su gente. Probablemente era cierto, pero también sabía que estaba siendo humilde. Kyle siempre había sido un guerrero dedicado. Incluso cuando lo vi por primera vez, hace más de un año, eso había sido evidente.

—Estuvo aún más vivaz hoy, creo —dijo Kyle, el cariño en su voz encendiendo peligrosas brasas de que algo más que la crianza compartida era posible.

—Como puede atestiguar tu pelaje —Una sonrisa se dibujó en mi rostro.

Más de una vez durante el día, ella había agarrado mechones del pelaje de Kyle.

—Totalmente vale la pena —Se rió. La risa baja y gutural envió mi estómago girando con mil mariposas. En ella, sentí el eco de la posibilidad. Era como si mis recuerdos más alegres se hubieran destilado en ese sonido: sostener a Lina en mis brazos por primera vez, reunirme con Roman, y la plenitud que había sentido hoy mientras las manos de Kyle y Lina se entrelazaban en mi cabello.

Mi pecho se hinchó con una sensación de pertenencia. ¿Juntos, podríamos construir algo nuevo y completo?

—Kyle, yo... —pero las palabras se enredaron en mi garganta. La esperanza se mezcló con el miedo. Mi latido resonaba en mis oídos como un redoble de tambor, ahogando mi voz antes de que pudiera alzar el vuelo.

Kyle se inclinó hacia adelante como si quisiera estar más cerca. Pero se detuvo, manteniéndose donde estaba. Pensé en las muchas veces que se había presionado contra mí en su forma de lobo hoy, pero eso había sido por Lina. Se requería toda la fuerza de nuestra familia para sanarla. Y eso estaba bien. Pero no sería necesario para siempre.

La mirada de Kyle sostuvo la mía, llena de una luz interrogante.

—No quiero complicar las cosas —admití, la vulnerabilidad de mi voz tornándola ronca—. Ambos necesitamos concentrarnos en Lina, en protegerla.

—Pero también quiero estar ahí para ti —dijo Kyle fervientemente. Toda la cercanía que deseaba pareció canalizarse en su mirada, haciendo que sus ojos ardieran con intensidad. Detrás de él, la luz hipnótica de la aurora que bailaba en el cielo parecía un reflejo del aura de Kyle, con la misma vibración—. Quiero que sepas que eres tan importante para mí como lo es Lina —afirmó.

Su sinceridad me conmovió, y la honestidad en sus ojos tocó las fibras de mi corazón. Mi plan inicial de distanciarme pareció arremolinarse en la incertidumbre. ¿Estaba lista para separarme de la única persona que podía entender la profundidad de mi amor por Lina?

Mientras compartíamos ese momento silencioso y cargado mirándonos el uno al otro, inhalé profundamente, permitiendo que el aroma del kiva, romero y verbena entrara en mis pulmones.

Una corriente se desplazó y nos envolvió, un magnetismo innegable que encendió el aire entre nosotros. Busqué algo que me sacara de la potente corriente de magia que era el atractivo de mi compañero destinado.

—¿Por qué la vida tiene que ser tan difícil? —me encontré murmurando.

Por un momento, no dijo nada, y me preocupé de que fuera a enturbiar los sentimientos turbulentos intentando acercarse para consolarme. ¿Iba a afirmar que no tenía que ser difícil? Cuando me atreví a levantar la mirada de mi taza, una expresión pensativa descansaba en su rostro—. Mi madre solía decir que Igaluk no nos da ningún desafío que no podamos superar.

Por un momento, me pregunté si eso era cierto. La diosa de la luna me había presentado a Kyle como mi compañero destinado. Durante mis momentos más oscuros, como cuando Lina se había enfermado, me había preguntado si Igaluk me había dado a Kyle como compañero destinado para desafiarme a romper el vínculo de alguien que me había oprimido a mí y a mi gente. Estaba segura de que Kyle no estaba sugiriendo que nuestro vínculo no era más que un desafío a superar. Pero ¿y si lo era?

Ese sentido racional, como salum, me llenó. Si Igaluk me había dado este desafío, Kyle tenía razón. Podía superarlo. El pensamiento era justo lo que necesitaba para superar esta sensación de desmoronarme.

Asentí, estabilizándome con ese pensamiento y tomando un gran sorbo de té. Con cada pensamiento sobre cómo esto era solo un desafío que estaba en proceso de superar, mi deseo se alivió.

—Es una buena mezcla —dije, bebiendo la primera taza de té que Kyle había preparado para mí.

—Gracias, tuve una buena maestra —dijo. Una vez más, el destello de afecto que se coló en su tono me hizo anhelar más. ¿Cómo sería dejar que estos muros alrededor de mi corazón se derrumbaran y permitir que el consuelo y el sustento que Kyle estaba ofreciendo entraran en mi vida?

La desorientación estalló dentro de mí, advirtiéndome contra tales pensamientos tentadores. ¿Qué pasaría si llegaba a depender de algo, solo para que me lo arrebataran de nuevo? No, me

prometí. No me acostumbraría a esto. Esto era solo una taza de té.

La agitación dentro de mí se calmó hasta convertirse en un anhelo más suave. Cuando le di las buenas noches a Kyle, logré resistir el impulso de acercarme y cerré la puerta detrás de él sin ningún contacto innecesario.

Noté que la caja de té en mi escritorio estaba baja de romero. Saqué una bolsa de muselina con hierbas. El romero se estaba poniendo viejo, perdiendo su vivacidad. Me hice una nota mental para usarlo en los próximos días. Mis labios se crisparon al pensar en el significado de la hierba: memoria.

Mientras ordenaba, la tensión se apoderó de mi garganta. El aroma picante del kiva se usaba a menudo para simbolizar la pasión. Entonces, mi corazón martilló contra mi caja torácica. El significado de la verbena era amor. Mirando las fragantes hojas de té en las dos tazas sobre el escritorio, sentí como si estuviera contemplando una carta de amor: memoria, pasión y amor. Pero Kyle no sabía nada sobre los significados de las hierbas. Esto era meramente una coincidencia, nada más.

Tiré las hojas de té usadas en el cubo, decidida a honrar mi deber como madre de Lina primero. Pero una vez que hubiera cumplido con eso, me concentraría en mi promesa a mí misma, cortar el vínculo de pareja con Kyle y reclamaría mi futuro. Me liberaría de los recuerdos del pasado, que, como el romero, estaban rancios. Era hora de un nuevo comienzo y de permitir que la posibilidad y el nuevo crecimiento entraran en mi vida. Era hora de seguir adelante.

Capítulo 25

Leah

El grito penetrante de Lina rebotó en mi sueño y me desperté de golpe. La habitación estaba sumida en sombras, el manto de la noche aún espeso afuera. Un rayo de luz lunar se colaba entre las pesadas cortinas color tierra. Bostecé, estirándome mientras iba hacia mi hija.

—Hola, pequeñita —arrullé, levantándola y regresando rápidamente al nido de mis mantas. En estos días, Lina olía a pino y flores silvestres por las aguas fragantes que simbolizaban las esencias mías y de Kyle que tan frecuentemente bañaban su piel. Me saqué el pecho de la blusa, esperando que tomara mi pezón, pero Lina no dejaba de llorar. Revisé si necesitaba un cambio, pero el Uruk, el forro de musgo de su pañal, estaba seco.

Lo intenté de nuevo, pero claramente no tenía hambre y sus gritos se intensificaron. El viento aullaba furiosamente afuera, con copos de nieve danzando frenéticamente contra la ventana. Me pregunté si su violencia podría ser la causa de su angustia.

—Está bien, cariño —le aseguré—. Aaka está aquí —Usé la palabra abreviada de la diosa para madre. En este momento, el peso del amor de mi Aakaga se sentía intenso. La fiereza se apoderó de mi corazón mientras quería saber qué la había alterado. No había sufrido ninguna de las pesadillas febriles que inicialmente la habían atormentado por su condición de Lobos en Guerra durante semanas. Desde que Kyle y yo habíamos comenzado a protegerla en nuestra forma de lobo, junto con la infusión de espíritu que le dábamos diariamente, sus síntomas habían prácticamente desaparecido.

Pero fruncí el ceño cuando puse el dorso de mi mano en su frente. Estaba caliente.

Comencé su nana, esperando que la melodía familiar la calmara. Mientras la preocupación pulsaba a través de mí, canté para alejar la oleada de pánico que probablemente surgía más del pasado que del presente.

Afuera, la tormenta chillaba y mi ansiedad se intensificó. Encendí la lámpara de la mesita de noche, esperando que el resplandor ahuyentara la sombra de inquietud que crecía en mi mente. Pero las paredes amarillo pálido parecían deslavadas, casi enfermizas. Me levanté mientras mecía a Lina en mis brazos, tratando de encontrar el consuelo que la nana usualmente evocaba.

El escalofrío de la ansiedad se arrastraba más profundo, penetrando mis huesos. Caminé con ella hasta mi escritorio, mirando los tesoros que había traído la entrega de ayer. Meforcé a sonreír. Allí estaba el kulvich, con sus flores en forma de lágrima tan delicadas, y los palliks. Los brotes algodonosos eran perfectos para forrar almohadas y estaban destinados a traer buenos sueños. Decidí poner algunos en la cuna de Lina más tarde hoy. Probablemente había tenido una pesadilla, eso era todo. Kyle había logrado conseguir estas hierbas poco comunes de Luna Sombra enviadas desde Alexis.

Los gritos de Lina se volvieron más penetrantes y la abracé con más fuerza. Su llanto me apretó el corazón, despertando el temor de los primeros días de su enfermedad cuando ardía de fiebre y pesadillas.

Mi mirada se dirigió de nuevo a las hierbas mientras intentaba calmar la creciente oleada de pánico. Las había dispuesto anoche, esperando poder hacer algunos bocetos más tarde hoy.

Lo haré.

Estaba ansiosa por leer sobre las propiedades del kulvich, ya que nunca lo había visto antes.

Los gritos de Lina parecían tan frenéticos como los vientos rugiendo a través del valle congelado afuera, y me costó todo seguir cantando y meciéndola.

Mi voz flaqueó. Cada grito de Lina hacía eco a la tormenta exterior, y mientras la apretaba más contra mí, una avalancha de emociones me atravesó, amenazando con consumirme por completo. Pero entonces, los gritos de Lina se detuvieron, su cuerpo se quedó inerte en mis brazos, y el peor momento de mi vida se repitió otra vez.

En un instante, corría por el pasillo. Irrumpí en la habitación de la bruja. —¡Lyvia! ¡Lyvia!

Sus ojos ámbar se abrieron de golpe, brillando como piedras sikin en la oscuridad.

—¡Lina está inconsciente otra vez! —grité.

Las manos de Lyvia tomaron a Lina, recostándola en la cama. Sus manos se movieron sobre su forma postrada, sus palabras un murmullo bajo mientras investigaba.

Incluso mientras se concentraba, Lyvia ordenó: —Ve por Kyle, ahora.

Por supuesto. Kyle.

Giré sobre mis talones, corriendo escaleras abajo. Cada pisada en la madera crujiente hacía eco a mi ansiedad, enrollando la tensión más fuerte alrededor de mi corazón.

¿Por qué está Kyle en el primer piso?

Debería haber estado en una habitación junto a Lina y a mí. El pavor me sacudió, las náuseas me invadieron mientras contemplaba lo que nuestra hija podría perder si no llegábamos a tiempo para ayudarla.

Me lancé a su habitación. —¡Kyle! ¡Kyle! —Me arrojé sobre su cama.

Los ojos de Kyle se abrieron lentamente, con confusión y sueño pesado en su voz. —¿Leah?

—Rápido, es Lina —exigí, levantándolo.

En un momento, él me seguía, siguiendo mis pasos apresurados mientras subíamos corriendo los cuatro pisos. Cuando ambos irrumpimos en la habitación de Lyvia, mi corazón galopaba de terror.

¿Y si...?

Roman se cernía al pie de la cama de Lyvia, con preocupación grabada en sus rasgos. Su habitación estaba en el tercer piso, pero debí haberlo despertado con mis pasos apresurados. Ahora oía otros crujidos de pisos y voces apagadas por toda la casa. Pero solo tenía ojos para Lina.

—¿Lyvia? ¿Qué está pasando? —supliqué.

El encantamiento de Lyvia, usualmente una adición bienvenida, ahora raspaba el aire un poco demasiado agudamente mientras sus manos tejían sobre el aire alrededor de Lina.

—Amaraq Tuk. Igaluk, Maguruk. Auk Agaktuk. Anuyaut Aliuktuk. Tumaksrugaa.

Me dije a mí misma que era la oscuridad y el viento atronador merodeando alrededor de la casa lo que hacía que su tono pareciera urgente y agudo. Pero el pavor tenía sus garras firmemente a través de mí, y mientras mi amiga no respondía sino que continuaba con sus cánticos, comencé a temblar.

Los fuertes brazos de Roman me rodearon y me atrajo hacia su costado. Me aferré a él,

sintiéndome como si fuera a ser arrastrada.

El cántico de la bruja resonó sobre la forma inconsciente de Lina una y otra vez.

Entonces, de repente, la respiración de Lina se profundizó. Las lágrimas picaron mis ojos mientras sentía su respiración estabilizándose justo como la última vez con los cuidadosos cuidados de Lyvia.

—La disonancia en su sangre ha alcanzado su punto máximo otra vez —dijo Lyvia.

—Pero nuestras infusiones... —dije.

—Y nuestros lobos protegiéndola... —soltó Kyle también.

—La han ayudado —dijo la bruja—, pero la disonancia está ardiendo de nuevo. El espíritu de un lado de ella está amenazando con sofocar al otro —La piel dorada de Lyvia era como luz solar en medio del pesado velo de la noche.

—Oh diosa, por favor no le robes su lobo —pronuncié, con lágrimas ardiendo en mis ojos—. ¡Haré lo que sea!

Los ojos ágiles de Lyvia parecían brillar mientras se enfocaba en mí y luego dirigía su mirada a Kyle. —Hay algo... un ritual que puedo intentar. Nunca lo he realizado, pero conozco la teoría. Requerirá la fuerza combinada de ambos, Leah y Kyle. Puedo sondear las profundidades de sus lobos y tomar tanto como pueda, amplificándolo con las palabras divinas de Igaluk.

—Pero no puedo pretender que esto no les dolerá, tanto en sus cuerpos como en sus mentes. Esto es tomar más de lo que jamás debería tomarse de sus lobos. El dolor, tanto físico como mental, podría ser insoportable —advirtió Lyvia.

Mi cuerpo vibraba con determinación. —Hazlo —pronuncié sin dudar.

Kyle confirmó. —Sí, hazlo.

Su voz feroz hizo que mis ojos se dirigieran a él por primera vez. Su mirada esmeralda también rozó la mía con intensidad. Me di cuenta de que solo llevaba unos bóxers. Mientras nos sosteníamos la mirada, sentí el peso de todo lo que habíamos soportado, y por primera vez, se sintió como una promesa, una promesa de que podríamos superar este desafío también.

—Asegura la seguridad de Lina por encima de todo —le insistí a la bruja.

—Lina necesita la energía psíquica de sus padres —continuó Lyvia, con voz autoritaria—. Roman, tendrás que esperar afuera.

Sabía por la preocupación que bordeaba sus serios rasgos que él quería quedarse conmigo y con Lina, y que si pensara que lo escucharía, me habría urgido a ser cautelosa. Pero él sabía mejor que nadie que cuando se trataba de mi instinto protector como madre, no había nada que no haría. Lo que fuera necesario, lo haría por mi hija.

Cuando Roman salió, sentí que el silencio se asentaba a mi alrededor, una calma en medio del miedo. La magia de mi loba se agitó bajo mi piel, lista y esperando. Ella también estaba dispuesta a darlo todo por nuestra pequeña loba.

Los cristales de sikin plateados comenzaron a brillar por toda la habitación mientras Lyvia enviaba su magia hacia ellos. La habitación estaba bañada también por la luz de la luna. Lyvia añadió otros cristales en un círculo alrededor de donde Kyle y yo estábamos parados al pie de la cama, mientras ella mantenía a Lina en la cama junto a ella.

Al comenzar la ceremonia, encendió un manojo de salvia, limpiando la habitación de energía estancada. Una vez más, mientras esperaba, me encontré con la mirada verde de Kyle. —Ella estará bien, Leah —me aseguró, su mirada sosteniéndome firmemente.

Asentí, la determinación ardiendo a través de mí mientras me sentía más fuerte bajo la intensidad de su mirada, como si me estuviera regalando parte de su fuerza.

Como de costumbre, Lyvia nos indicó a Kyle y a mí que invocáramos los espíritus de nuestros lobos.

Nuestras auras esmeralda y cerúlea, que se habían vuelto como memoria muscular, pronto se entrelazaron a través de nuestras mentes, respondiendo inmediatamente y envolviéndose en la forma de Lina.

La invocación de Lyvia se volvió aún más aguda mientras comenzaba a cantar,

—Amaraq Tuk. Igaluk, Maguruk. Auk Agaktuk. Anuyaut Aliuktuk. Tumaksrugaa. Talim Auk Taktak.

Mis brazos se erizaron con una sensación extraña, como si me estuvieran pinchando con espigas

y ortigas. Apreté los puños, dándome cuenta de que el ritual estaba haciendo efecto y que la advertencia de Lyvia sobre el dolor físico y mental claramente no había sido en vano.

La sensación punzante comenzó a lo largo de mi rostro. Jadeé, apretando la mandíbula mientras se desgarraba y se erizaba a lo largo de mi cuerpo, inundándolo con un calor y dolor incómodos. A mi lado, sentí que Kyle respondía de manera similar. Cuando mis párpados se abrieron por un momento, noté que su ceño estaba aún más fruncido que antes, y sus puños estaban apretados como los míos. Aunque su mirada seguía fija en Lina sin vacilar.

Entonces llegó la sensación de perforación, como espinas arremolinándose por mis venas, y grité de dolor. Mis rodillas cedieron mientras el dolor atravesaba mi cuerpo. La suave alfombra de piel de oveja en el suelo fue bienvenida bajo mis rodillas, pero no hizo nada para aliviar la sensación que se adentraba en mí como si colmillos y garras estuvieran desgarrando mis extremidades.

Pero entonces, tan repentinamente como había llegado el dolor, desapareció. Me destensé desde donde me había acurrucado en la alfombra. Una hermosa luz esmeralda jugaba a mi alrededor. Por un momento, mientras abría los ojos parpadeando, pensé que la luz brillante de la Aurora Boreal se derramaba por la ventana. Pero la noche seguía siendo plateada solo por la luz de la luna y las estrellas.

Me sorprendió ver los puños apretados y los antebrazos de Kyle tensándose contra el dolor que yo había estado sufriendo un momento antes.

En medio de la luz verde esmeralda del aura de Kyle estaba el aroma a pino. Mi mirada se dirigió a Lina, acurrucada en el centro de la cama de Lyvia, mientras la bruja continuaba cantando. Sobre Lina, también, la misma luz brillaba como esmeraldas en la noche. Una dulce oleada de calidez me recorrió al darme cuenta de que Kyle nos estaba protegiendo a Lina y a mí de cualquier dolor.

Mi boca se abrió mientras observaba el sudor que se formaba en la frente de Kyle. Había tomado todo el dolor que yo había estado soportando, además del suyo propio. Kyle cayó de rodillas en la alfombra junto a mí, y mis brazos se dispararon, agarrando su antebrazo y apretándolo en un acto de solidaridad ahora que me había protegido del dolor.

Mi loba mordisqueó y aulló bajo mi piel, herida por el dolor en el rostro de nuestra pareja y conmovida por la forma en que nos había protegido. Pasé mis manos por sus brazos desnudos y hombros, deseando poder ayudar mientras la agonía en el rostro de Kyle se grababa en profundos

surcos.

Cuando dejó escapar un profundo grito de dolor y cayó al suelo, mi corazón se desbocó de shock y empatía. Pasé mis manos por su corto cabello negro y bajé por su cuello y espalda, anhelando que estuviera bien. Su mandíbula esculpida estaba apretada como si pudiera romperse. Las venas se marcaban en su cuello como si estuvieran en peligro de romperse.

Cuando pensé que gritaría por la agonía grabada en el rostro de Kyle, el dolor que ensombrecía sus rasgos finalmente se desvaneció. Su cuerpo se desinfló, hundiéndose en la alfombra.

—¿Kyle, Kyle? —llamé, mi corazón latiendo frenéticamente mientras rogaba silenciosamente a Igaluk que estuviera bien.

—¿Están bien? —preguntó Kyle, su voz distante.

Están.

Mi corazón se estremeció al darme cuenta de que también preguntaba por mí.

Un suspiro de alivio se me escapó. Estaba bien y hablando.

—Las dos están bien, Kyle —le aseguró Lyvia, inclinándose repentinamente hacia nosotros con Lina envuelta en sus brazos.

—Mejor que bien. Lina está curada —dijo, sonriendo brillantemente.

Una vez más, Lyvia parecía el sol mientras me entregaba a mi hija, el pequeño rostro de Lina, tranquilo y sereno en un sueño pacífico.

Bajo la luz de la luna y con el aroma a pino emanando de la piel sudorosa de Kyle, todo parecía estar bien en el mundo. Mientras el tono esmeralda del aura de Kyle se desvanecía, y la mía también alcanzaba a nuestra hija, sentí calidez y calma emanar de ella, el suave tarareo de su canción favorita flotando desde ella.

—El ritmo de la naturaleza arrullará tu alma,

En el abrazo de la noche, estarás completa.

El verso final parecía tener un tono de profecía, y la abracé fuertemente contra mí. Lina estaba

curada.

—Ya no necesitará más transferencias de energía —continuó Lyvia.

Kyle yacía boca arriba, su pecho relajándose lentamente mientras su respiración y latidos comenzaban a estabilizarse. No abrió los ojos, y mi corazón se encogió mientras miraba preocupada a Lyvia.

La mano de la bruja pasó sobre la frente de Kyle, y sus párpados temblaron pero no se abrieron, como si no tuviera la fuerza. —Tú también estarás bien, Kyle. Solo gastaste una cantidad impresionante de energía. Probablemente dormirás durante días.

Una oleada de gratitud me invadió, y solté el aire que no me había dado cuenta que estaba conteniendo. El hecho de que Kyle hubiera cargado con todo mi dolor sobre sus hombros me pesaba.

—¿Qué tal si lo ponemos en mi cama para que pueda dormir? —me preguntó Lyvia.

Asentí. —Le pediré a Roman que lo ayude.

En un momento, Roman había ayudado a Kyle a levantarse y acostarse. Y mientras Kyle caía en un sueño agotado, e incluso mientras yo me demoraba, permitiendo que Lina durmiera junto a Kyle mientras él caía en un sueño tranquilo, sentí que me iba desprendiendo del vínculo que habíamos forjado durante el último mes.

Lyvia tenía razón sobre el descanso que Kyle necesitaba. Pasaron otros cinco días antes de que volviera a estar en pie. Lo había visitado con Lina durante su convalecencia para que pudiera verla y disfrutar de su plena salud. Pero comencé a distanciarme ahora que estaba mejor. En su lugar, le pedí a Lyvia que llevara a Lina a pasar tiempo con su padre, alejándome intencionadamente de Kyle.

Sabía que poner distancia entre nosotros y dejar de pasar tiempo juntos era la única manera en que podría ser lo suficientemente fuerte para hacer lo que debía y cortar el vínculo de pareja. Siempre apreciaría lo que Kyle había hecho por Lina en el ritual, pero eso no cambiaba las cosas. Nuestro vínculo de pareja seguía siendo un desafío y algo que necesitaba superar y finalmente dejar en el pasado donde pertenecía. Sin embargo, los primeros días fueron más difíciles de lo que esperaba. No fue hasta que me vi forzada a estar sin él que me di cuenta de lo acostumbrada que me había vuelto a estar rodeada del aroma a pino de Kyle y el toque íntimo de sus manos

cálidas mientras trenzaba mi cabello o su lobo presionado contra el mío.

Una noche, después de haber logrado que Lina se durmiera, me acomodé para ponerme al día con el sueño. Era temprano, pero tenía la sensación de que ella se despertaría varias veces durante la noche, así que probablemente era mejor dormir un poco. Pero pareció como si apenas hubiera cerrado los ojos cuando la sensación de los labios de Kyle sobre los míos y su almizclado aroma a pino me envolvieron. La sensación de sus manos acariciando mis pechos y recorriendo mi cuerpo me hizo estremecer.

Entonces, me desperté sobresaltada, con el calor invadiendo mi piel. Me di cuenta de que había estado soñando con él. Otra vez. Este profundo deseo en mi alma estaba conjurando todo tipo de fantasías.

—Palliks —murmuré. Los brotes algodonosos se habían secado, y aunque había planeado llenar la cuna de Lina con ellos, pensé que mi necesidad, en este momento, parecía mayor que la de mi hija.

Pero ese no había sido exactamente un mal sueño, ¿verdad?

Ignorando mi propia reflexión enloquecedora, fui a mi escritorio a buscar los brotes, regresando a mi almohada para rellenarla.

—Oye, pensé que te encontraría aquí —dijo Roman mientras entraba a mi habitación.

—Bueno, es mi habitación —refunfuñé.

—Alguien necesita su sueño de belleza.

—Lo estoy intentando. Lina estuvo despierta mucho anoche —me quejé, centrándome en eso en lugar de compartir la verdadera razón por la que no había logrado ponerme al día con el sueño.

—Oh, pensé que podrías estar evitando el invernadero y la cocina otra vez porque estabas evitando a cierta persona —dijo Roman.

—No es evitar —me quejé—. Es restablecer límites saludables.

—¿Quieres un té? —preguntó Roman mientras se acercaba al termo en mi escritorio.

Vale, claramente no voy a dormir más.

Roman tenía esa mirada reflexiva en su rostro. Sabía que tenía algo en mente. —Claro.

Mientras nos acomodábamos en el asiento de la ventana con una humeante taza de té de vainilla, hibisco y sigla en mano, sentí el confort de algo de mi rutina habitual volviendo a mi vida. Antes de que Kyle llegara aquí y volviera a entrar en mi vida, Roman, Lyvia y el resto de la manada habían sido los únicos amigos y apoyo que había necesitado. Mi vida y la de Lina se habían sentido tranquilas y seguras. Con más momentos como este, podría encontrar la misma paz que tenía antes.

Pero la voz de Roman perturbó la apariencia de tranquilidad casi inmediatamente. —Nuka, necesito asegurarme de que estás cien por ciento segura de tu decisión de cortar tu vínculo con Kyle.

Me sobresalté, y la defensiva me hizo recurrir al humor. —Déjame adivinar, ¿Kyle te ha impresionado como a todos los otros guerreros en el ring con sus movimientos de Luna Sombra?

Roman soltó una risa. —Más bien con su claro sentido de amor y protección hacia ti y Lina. El dolor de ese ritual podría haberlo dañado a él y a su lobo para siempre, pero lo hizo sin dudarlo.

El recuerdo de la forma en que Kyle había actuado desinteresadamente durante el ritual me atravesó: su rostro tenso de agonía mientras asumía todo el dolor que reverberaba a través de mi cuerpo, el sudor bañando su rostro, sus puños apretados mientras lo soportaba todo por Lina y por mí.

El desafío ardió dentro de mí. —¿Así que se supone que debo correr a sus brazos ahora por la imprudencia que asumí?

La mirada azul de Roman me observó con discernimiento. —No, por supuesto que no. Pero deberías ser honesta contigo misma, Leah. Si existe alguna posibilidad de que sientas una fuerza de amor similar por Kyle, entonces deberías considerar si cortar tal vínculo es la decisión correcta.

Roman suspiró. —Solo digo esto porque odiaría verte sufrir algo como el tipo de dolor que yo he sufrido. Estar separado de tu pareja cuando hay amor es un tipo particular de tortura. No quisiera que sufieras ese dolor. Si existe aunque sea una posibilidad de que haya amor entre ustedes, quiero que pienses si cortar tu vínculo es la decisión correcta. ¿Tal vez podrías darles a Kyle y a ti misma otra oportunidad?

Fruncí el ceño, mi corazón martilleando ante la idea, mitad temerosa de siquiera contemplarlo, la otra mitad ya emocionándose mientras mi sueño de antes se reproducía en mi mente.

Pero antes de que pudiera responderle a Roman, sonó un golpe en mi puerta. —Aparentemente, es la noche de visitar a Leah —refunfuñé mientras iba hacia la puerta.

Capítulo 26

Kyle

El dolor por la distancia de Leah me carcomía como un hambre creciente. Cada día que pasaba al margen de su mundo se sentía más pesado que el anterior. Lo único que me mantenía en pie era la desesperada esperanza de que me buscaría cuando estuviera lista. Me sentía como un hombre que había vivido bajo el sol y ahora se retiraba a un mundo de sombras.

Los pocos vistazos que lograba tener de ella me mostraban cuánto dedicaba su corazón a cuidar de Lina, su feroz determinación vibrante y magnética. Todos estaban felices de ver a Lina fuera de su habitación y de vuelta con la manada. Pero era el rostro alegre de Leah lo que atraía a todos tanto como la floreciente salud de la pequeña Lina. Sin embargo, incluso el tiempo que Leah pasaba con la manada disminuyó cuando mi salud fue lo suficientemente fuerte como para salir de la cama. Donde solía pasar tiempo en la cocina y el invernadero, cada vez más se encerraba en su habitación, claramente decidida a alejarse de mí.

Se volvió dolorosamente obvio que ya no necesitaba mi protección, algo que me dejó desolado. Después del ritual, me di cuenta de que Leah se estaba distanciando de nuevo cuando comenzó a enviar a Lyvia con Lina para pasar tiempo conmigo en lugar de traerla ella misma. Que no hubiera cortado completamente el contacto entre Lina y yo hacía que mi corazón se hinchara de gratitud. Pero cuánto extrañaba su presencia y compañía. Durante estas últimas semanas especiales, había descubierto lo mentalmente fuerte que era Leah y me di cuenta de que no necesitaba mi protección. En cambio, yo la necesitaba a ella y a nuestra hija.

Sabía que no tenía nada que reprocharle a Leah. En el pasado, mi cuidado y amor por ella la habían puesto repetidamente en peligro. La forma en que la había mantenido cerca de mí debido a la necesidad de mi lobo de protegerla, solo para rechazarla cuando nos besamos por primera vez me atormentaba. Luego, la manera en que había perdido el control sobre el vínculo de pareja que había estado suprimiendo, dormí con ella, solo para rechazarla de nuevo, me daba náuseas. No merecía su perdón, y sin embargo, anhelaba demostrar que la protegería, honraría y amaría si tan solo me diera otra oportunidad.

Pero intenté respetar su necesidad de distancia y tiempo. Había dejado claro que no me quería invadiendo su espacio personal, incluso cuando todavía pasábamos tanto tiempo y energía

sanando juntos a Lina. Mi corazón se retorció al pensar en cómo Roman había sido el primero en llegar cuando la condición de Lina había empeorado. El recuerdo de él sosteniendo a Leah en sus brazos esa noche me había parecido un dolor más profundo que el que había causado el ritual. Esa firmeza con la que la sostenía, la manera en que su mirada se había fijado en Lina con casi tanta preocupación como Leah y yo teníamos, me hizo dudar si tenía alguna oportunidad. Pero tenía que mantener la esperanza. Tal vez con más tiempo y siendo respetuoso, vendría a mí cuando estuviera lista.

Extrañándolas a ella y a Lina, no dormía mucho. Después de una semana de dar vueltas sin dormir bien, decidí buscar a Lyvia. Necesitaba desesperadamente una poción para dormir. Recientemente había pedido un montón de palliks a la Manada Luna Sombra, que acababan de llegar en la última entrega. Sin embargo, se lo había regalado todo a Leah y ahora me arrepentía de no haber guardado nada para mí para ayudar a dormir. Aun así, me recordé que Leah dijo que la hierba traía buenos sueños, y dado cómo me sentía, probablemente terminaría soñando con ella de todos modos.

Encontré mi camino hasta el cuarto piso, haciendo todo lo posible por no dejar que mis ojos se deslizaran por el pasillo hacia la puerta de Leah. Cuando golpeé suavemente la puerta de Lyvia, la bruja pronto la abrió.

—Hola, Kyle —me saludó, sus elegantes cejas negras juntándose mientras me observaba—. ¿Está todo bien?

—Sí, bien, gracias —dije, luego expliqué rápidamente—. Esperaba que tuvieras algo para ayudarme a dormir. No siento que haya dormido bien desde el agotamiento después del ritual.

El rostro de Lyvia se suavizó con simpatía. —Claro, pasa. Tengo algo que debería funcionar. Tengo piedras tuttaa por algún lado. Ajá —dijo la bruja, sacando algunos cristales amarillos de una caja—. Están hechizados con encantamientos para dormir y deberían ayudarte a descansar.

Me apoyé junto a la puerta. Estar aquí, donde se había realizado el ritual, me recordaba cuánto extrañaba a Leah. El dolor y el placer parecían extrañamente entrelazados mientras recordaba el dolor excruciante que atormentaba mi cuerpo, encendiéndome como si una llama atravesara cada músculo, tendón y hueso, penetrando hasta mi médula. Pero todo estaba bien mientras supiera que Leah estaba protegida de ese dolor. Mi aura los había envuelto a ella y a Lina, y podría soportar cualquier cosa mientras ambas estuvieran bien.

—¿Kyle? —la voz de Lyvia me sacó de mis pensamientos. Parpadeé, dándome cuenta de que estaba parada justo frente a mí, sosteniendo una pequeña colección de piedras amarillas—. Lo siento, Lyvia —dije, sacudiéndome la distracción.

Ella frunció el ceño, la preocupación jugando en su rostro. —¿Has hablado con Leah últimamente?

Solté un suspiro. —Ella no quiere verme. Estoy tratando de darle espacio —dije.

Su ceño se profundizó. —No quiero ir a espaldas de Leah. Su amistad significa el mundo para mí, y me preocupo profundamente por Lina —explicó, su voz impregnada de sinceridad.

Asentí, entendiendo su lealtad. El vínculo entre Lyvia y Leah había sido evidente desde que llegué, cimentado por todo el cuidado y la magia que había vertido en el tratamiento de Lina. Pero fruncí el ceño, preguntándome por qué mencionaría su relación. La tensión se enroscó en mis entrañas mientras esperaba que continuara.

—Durante el ritual —continuó—, vi cuánto te preocupas por Lina y Leah. La forma en que usaste tu aura para protegerlas a ambas del dolor de ese proceso. Fue poderoso. Sé que amas a Leah, Kyle. Pero no creo que sea espacio lo que necesitas darle. Es honestidad.

—No he sido deshonesto con ella —protesté, un destello de actitud defensiva colándose en mi voz—. Le he dicho cuánto quiero estar con ella. Además, ¿no acabas de decir que mis acciones en el ritual mostraron cuánto la amo?

—Para mí fue claro —respondió, suavizando su voz—. Pero... —Dudó, tomando un respiro que pesaba con preocupación no expresada—. Está planeando romper vuestro vínculo de pareja. Ha estado considerando el ritual desde que escapó de tu manada. Con su salud afectada por el encarcelamiento, el embarazo y luego la enfermedad de Lina, hasta ahora no ha podido hacerlo. Si hay algo que no le hayas dicho, te insto a que lo hagas pronto... antes de que sea demasiado tarde.

Un agarre como un tornillo se apretó alrededor de mi corazón. Mis pulmones se sentían como si les hubieran vertido concreto. Mi pulso se disparó. Mi lobo gruñó y arañó mis entrañas en protesta.

No. No.

Todas las emociones reprimidas que había enterrado durante las últimas semanas surgieron a la superficie como una marea. Esta revelación de Lyvia me golpeó con fuerza. Leah planeaba romper nuestro vínculo. Pero aún no había desaparecido. No era demasiado tarde.

Abrí bruscamente la puerta de Lyvia, con los pensamientos de descanso completamente destrozados. Mis ojos recorrieron el pasillo, posándose en la puerta de Leah. Mis pasos se aceleraron, decididos y firmes, impulsados por la urgencia. De pie frente a su habitación compartida con Lina, mi pecho se sentía demasiado lleno, una mezcla de anhelo y temor agitándose en mi interior. Habían pasado dos días desde la última vez que vi a Leah. Sabía que no estaba preparado para ver a mi pareja. Pero ningún tiempo sería suficiente. Golpeé suavemente su puerta.

Los ojos azul tormentoso de Leah se llenaron de sorpresa cuando abrió la puerta, pero su rostro pronto se volvió cauteloso. Sentí la gravedad del momento oprimir mi pecho. Había tanto sin decir entre nosotros. Pero hoy no se trataba de derribar las defensas de Leah. Se trataba de dismantelar las mías. En ese momento, cada muro tras el que me había escondido —mi justicia hacia Igaluk, mi deber con mi manada, mi papel como liberador de la Manada Luna de Sangre— se desvaneció. Solo quedaba yo.

—Leah —suspiré, el temblor en mi voz traicionando la urgencia que me consumía por completo—. Necesito hablar contigo sobre nosotros.

Las palabras brotaron de mis labios, crudas y resonando con intensidad mientras hablaba desde mi corazón.

El asombro pintó su rostro, pero sus ojos se llenaron de tristeza, tirando de las comisuras de sus labios. —Kyle...

—Por favor, déjame terminar —la interrumpí, con una súplica en mi tono—. Leah, te amo. Eres fuerte, inteligente y resiliente, y sé que no me necesitas. Has luchado contra tanto, y te admiro por eso. Pero te necesito, a ti y a Lina. Si romper nuestro vínculo es lo que verdaderamente deseas, entonces deberías hacerlo. Por encima de todo, tu felicidad es mi mayor preocupación. Pero si existe aunque sea una posibilidad de que puedas intentar perdonarme por cómo te he lastimado en el pasado, puedo mostrarte cuán comprometido estoy a ser la pareja que mereces.

Sus ojos sostuvieron los míos, brillando mientras el entendimiento destellaba en sus profundidades. Por un momento, el silencio nos envolvió. Parecía como si el mundo contuviera

la respiración mientras me preparaba para un veredicto que podría arrojarme a una perpetua sombra.

Entonces, como la luz del sol atravesando las nubes, los labios de Leah se curvaron en una sonrisa tentativa. —Tal vez haya una posibilidad.

Aturdido, solo pude mirarla, la incredulidad consumiéndome.

—Puedes pasar —susurró, su sonrisa suavizándose más mientras abría más la puerta—. Pero sé silencioso; Lina está durmiendo.

Mi corazón retumbaba mientras me dejaba entrar en el espacio que había creado, un santuario forjado a través de la resiliencia y el amor tanto por su hija como por ella misma. Mientras la observaba, mi mirada se detuvo en la bata que cubría su forma, los delicados brotes de lavanda contrastando llamativamente con sus mechones rojizos, y una vez más, su belleza sin esfuerzo me deslumbró.

Pero entonces, me quedé paralizado, sorprendido al encontrar a Roman sentado casualmente en el asiento de la ventana. La realidad de lo que acababa de declararle a su esposa me golpeó, y tragué con dificultad contra el nudo en mi garganta.

Pero sin importar el desafío, esas palabras mágicas que Leah acababa de pronunciar resonaban en mis oídos nuevamente: "Tal vez haya una posibilidad". Al diablo las complicaciones con Roman. Estaba dispuesto a luchar por esta segunda oportunidad. Si Leah le daría una oportunidad a nuestro vínculo, no me rendiría. No tenía que ser ahora. Podría ser lunas o años desde ahora, pero estaba aquí para ello.

La sorpresa reverberó a través de mí cuando Roman simplemente se puso de pie, sus brillantes ojos enfocados únicamente en Leah como si yo no importara. —Supongo que me haré escaso —dijo, en tono casual, mientras salía de la habitación.

Mi expresión desconcertada debió ser clara porque los labios de Leah se curvaron en una suave sonrisa. Tomó mi mano, guiándome hacia el acogedor asiento de la ventana, donde nos sentamos juntos.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté, todavía aturdido—. Pensé que Roman al menos me golpearía, si no me hacía pedazos por decirle a su esposa que la amaba.

Leah soltó una risita, un sonido suave y melodioso que hizo revolotear mi corazón. —Umm, Roman y yo estando juntos es una información bastante desactualizada.

Mi corazón se aceleró con asombro y esperanza. —¿Qué quieres decir?

—Nos comprometimos cuando éramos adolescentes, cuando yo tenía quince años —explicó Leah, su tono adoptando una nota más seria—. Pero Roman lo canceló en ese entonces cuando se enamoró de alguien más. Desde entonces, hemos sido hermanos en espíritu, algo que ha hecho que las últimas semanas sean una verdadera tensión para mi anuk.

Cuando Leah llamó hermano al Alfa de la Luna de Sangre, la calidez floreció en mi pecho. Su mirada azul ahora nadaba con una adorable apertura. —Desde que regresé, Roman ha sido súper protector conmigo. Pensó que la mejor manera de protegerme de un vínculo de pareja que no quería era fingir ser mi pareja.

La comprensión se asentó sobre mí, cada pieza del pasado encajando en su lugar. Miré hacia abajo a sus dedos entrelazados con los míos, maravillándome ante la vista y la sensación de su mano entrelazada con la mía, maravillándome ante la calidez y suavidad de su toque. Pero junto con el alivio, un profundo sentimiento de vergüenza se acumuló dentro de mí. —Lo siento tanto que hayas sentido que necesitabas protección de nuestro vínculo. Si lo hubiera nutrido apropiadamente, entonces no habrías tenido que involucrar a tu familia para protegerte. Pero me alegro tanto de que hayas tenido a Roman. Te mereces amor incondicional. Si me lo permites, prometo amarte, apoyarte y estar aquí para ti, siempre, Ilak.

Mi mirada era reverente mientras hacía mi juramento. La palabra de la diosa para pareja sabía dulce en mis labios.

Los ojos de Leah se llenaron de lágrimas, y las sequé tiernamente, mi corazón apretándose mientras ella permitía que su vulnerabilidad surgiera nuevamente. No había llorado durante los tratamientos de Lina. Siempre era tan fuerte, tan resiliente. Sin embargo, ahora me estaba otorgando otro regalo —su confianza— un tesoro invaluable que no merecía pero que juré que pasaría el resto de mi vida ganándome.

Abrumado por la emoción, se sentía como un río que había roto sus orillas, mis palabras brotando mientras quería contarle todo. —Quiero pasar todo el día escuchando sobre las hierbas que amas; quiero bañarme en tus sonrisas y risas como si fueran el sol; quiero tejer más momentos perfectos juntos, tal como los hemos tenido en esta habitación, construyendo un

futuro para ti, para mí y para Lina.

La profundidad del amor en sus ojos era la cosa más hermosa del mundo. Soltó mi mano, acunando suavemente mi rostro y acercándose hasta que nuestras bocas se encontraron. Sus labios me besaron tan tiernamente como lo habían hecho aquí semanas atrás. Pero este beso no estaba impulsado por la necesidad primaria de nuestros lobos, ni estaba mezclado con la necesidad de nuestra hija. Esta era la pura y dulce añoranza de dos parejas reconectándose.

Inhalé su embriagador aroma a flores silvestres, sintiendo a mi lobo agitarse bajo mi piel, urgiéndome a acercarla más, a perderme en ella. Pero me contuve, necesitando demostrarle que podía darle la ternura que merecía. Deseaba devorar su boca, y mis manos querían recorrer sus curvas, pero meforcé a ir despacio, saboreando cada dulce roce de sus labios contra los míos.

Cuando nos separamos para respirar, su voz, nublada por el deseo, exigió en un susurro seductor: —Bésame más fuerte, Kyle. Con gusto lo hice, succionando su lengua mientras nuestros besos se volvían más ardientes. Ella mordisqueó mi labio y pronto nos estábamos devorando el uno al otro como si nunca fuera suficiente. Mientras gemía en mi boca, una de mis manos se deslizó por sus sedosos cabellos, y junto con la pasión, surgió la ternura.

—Me encanta trenzar tu cabello —susurré contra la columna de su cuello, trazando besos mientras entrelazaba mis dedos en su pelo. Sin poder resistirme, tiré suavemente de sus sedosos mechones, mi lobo interior deseando tener su hermoso cuello expuesto. Ese destello de piel descubierta era una señal de confianza que excitaba a mi bestia.

Leah se movió y de repente me montó a horcajadas, su bata abriéndose ligeramente para revelar la perfecta curva de sus senos, la suave tela apenas ocultando sus pezones que se asomaban a través de la delgada camiseta interior.

—Hazme el amor, Ilak —murmuró, sus ojos entrecerrados nublados de puro deseo—. En silencio —me recordó, sus ojos dirigiéndose hacia Lina, que dormía en la cuna junto a la cama.

Mi mirada se deleitó con su cuerpo, una combinación de reverencia y hambre. Me permití un momento, dejando que mis manos recorrieran sus piernas desnudas, y luego desaté el cinturón de su cintura, disfrutando cómo la bata se deslizaba a su alrededor. Con un movimiento rápido, le quité la camiseta, acariciando uno de sus hermosos senos, sintiendo la familiar suavidad bajo mis dedos. Estaban un poco más llenos también, un testimonio de su maternidad.

Leah se mecía adelante y atrás sobre mí, encontrando fricción contra mi dureza a través de mis

vaqueros, y fue todo lo que pude hacer para no tomarla allí mismo. En un instante, la levanté en mis brazos, sus piernas envolviéndose alrededor de mi cintura mientras su calidez me envolvía.

Con ternura, la llevé a la cama, recostándola. Mi mirada recorrió su cuerpo perfecto, hipnotizado una vez más de que fuera mía. Besé el interior de sus piernas, amando los pequeños gemidos y jadeos que me regalaba. Provoqué la parte trasera de sus rodillas, acariciando y lamiendo su piel sensible. —Kyle, por favor —gimió, su tono ronco enviando un escalofrío por mi columna, encendiendo esa necesidad primaria dentro de mí de tomar más.

Mis dedos rozaron su muslo, y gemí al sentir el borde de encaje de su ropa interior. —¿Puedo tocarte, Ilak? —pregunté, mi voz sincera y baja de anhelo.

Su respuesta vino cuando guió mi mano bajo el borde de su ropa interior, y gemí profundamente con satisfacción mientras deslizaba mis dedos a través de su humedad, enterrando dos dígitos en su interior. La sensación de su humedad y calor envió una descarga de deseo directamente a mi miembro. Pulsaba con urgencia contra mis vaqueros.

Dejándola marcar el ritmo, la observé mientras cabalgaba mis dedos, sintiendo cada delicioso temblor que la recorría. Su mano cayó, pesada de placer. Tomé el control, penetrando más profundo y curvando mis dedos para tocar cada nervio sensible, el triunfo hinchándose en mi pecho mientras arrancaba suaves gritos de ella.

Ella ahogó su grito, luchando por mantener el ruido al mínimo. Sentí sus paredes internas temblar alrededor de mis dedos, su calidez apretándose más alrededor de mí mientras se arqueaba sobre la cama. Leah ya estaba alcanzándome ávidamente, y sabía que quería deshacerse de mi ropa. Pero no estaba listo todavía; necesitaba saborearla y explorar cada exquisito centímetro de ella.

Con un suave tirón, le quité la ropa interior, trazando besos por sus muslos internos hasta llegar al dulce y brillante centro de ella. Con un hambre nacida de una profunda necesidad primaria, hundí mi lengua en ella, haciéndola gemir. Su cuerpo respondió instintivamente, retorciéndose mientras cabalgaba mi boca. Mientras su hermoso cuerpo temblaba a mi alrededor una vez más, un murmullo de aprobación resonó en mí, el sabor de su orgasmo en mi lengua saciando algo profundo dentro de mí.

Al momento siguiente, Leah agarró mi mano, tirando de mí a su lado. Sus ojos tormentosos brillaban con determinación mientras me quitaba la ropa, dejándome sin esfuerzo desnudo ante

ella. —Te necesito dentro de mí, Ilak —casi gruñó, su voz espesa de necesidad y urgencia.

Mi corazón se aceleró ante la lujuria cruda en su tono. Me rendí ante ella, hipnotizado por las emocionantes profundidades de sus ojos.

En un momento, estaba tendido debajo de ella, y se alineó perfectamente, deslizándose sobre mi miembro, tomando cada centímetro de mí. Gemí de placer mientras su calidez y humedad me envolvían, estirándose para acomodarme completamente. Agarrando puñados de su suave trasero, murmuré bajo en apreciación: —Leah, por la diosa, te sientes tan perfecta.

La moví arriba y abajo de mi eje mientras ella me permitía marcar el ritmo esta vez. Jadeé cuando movió sus caderas. Cada embestida se sentía eléctrica, enviando éxtasis a través de mi cuerpo. Sus gloriosos senos rebotaban mientras se mecía, y capturé uno con mis dedos, inclinándome para succionar el otro, haciéndola ahogar otro grito. Arqueó más su espalda, exponiendo su garganta hacia mí, su hermoso cuerpo desnudo arqueándose como una luna creciente.

Leah se mecía adelante y atrás, cabalgándome lenta y profundamente, y me mordí el labio, luchando contra el impulso de dejarme llevar y rendirme a la abrumadora sensación. Quería hacerla ver estrellas una vez más antes de encontrar mi liberación, que supiera que la había llevado sobre ese celestial precipicio una vez más. Mis dedos encontraron su clítoris, y cada gemido confirmaba que me acercaba a su clímax. Entonces, en ese glorioso momento, mientras Leah temblaba y jadeaba a mi alrededor, me rendí a la sensación, nuestros gritos entrelazándose en un clímax sin aliento.

Capítulo 27

Kyle

Acaricié los suaves mechones del cabello de Leah apartándolos de su hombro desnudo, deslizando mis dedos por su brazo mientras ella se acurrucaba en el hueco de mi cuello. El aroma a flores silvestres y pino flotaba en el aire, rico y vigorizante, mezclándose con el almizcle de nuestra intimidad compartida. Saboreé la dulzura persistente de ella en mi lengua.

La sonrisa de felicidad post-coital en el rostro de Leah era otro regalo que me ofrecía.

—¿En qué piensas? —pregunté, acariciando su mandíbula mientras ella se giraba hacia mí.

—En que quiero hacer esto una y otra vez, compensando todo el tiempo que no lo hemos estado haciendo desde que nos conocimos —dijo Leah, con una sonrisa traviesa en su rostro.

—Estoy de acuerdo con un programa tan riguroso —dije, mientras mi miembro ya comenzaba a endurecerse bajo su muslo que descansaba sobre mí.

La mezcla de deseo y picardía que bailaba en la mirada de Leah era potente. Pero entonces, un suave golpe sonó en la puerta de su dormitorio, sacándonos de nuestra bruma de felicidad. Leah rápidamente se levantó de la cama, regalándome un destello de su hermoso cuerpo desnudo antes de envolverse en la bata con estampado de lavanda. Me puse apresuradamente los bóxers. Ella me miró, verificando que estuviera decente, con una sonrisa en su rostro mientras se deleitaba con mi imagen antes de que me cubriera. Era una mirada que me hacía desear que quien fuera que estuviera al otro lado de la puerta ya se hubiera ido. Me subí la sábana hasta la cintura, necesitando unos momentos para que el deseo que mi compañera había despertado inmediatamente se disipara.

Cuando Leah abrió la puerta, Roman apareció enmarcado en el umbral. No sentí nada de mi habitual animosidad cuando sus ojos recorrieron a Leah. Me deleitaba recordándome que él era su amigo y como un hermano para ella. Sus cejas se fruncieron. Sus brillantes ojos azules estaban serios mientras la miraba. Miró más allá de ella, sus ojos posándose en mí. Los labios del Alfa se crisparon. —Por fin.

Una sonrisa se extendió por mi rostro, sintiéndome repentinamente afectuoso hacia el solemne

Alfa. Ahora que me detenía a pensarlo, había sido más cálido conmigo desde el ritual de Lina. Sin embargo, ninguna cantidad de calidez de su parte habría sido suficiente para hacerme sentir esta simpatía hacia él si hubiera estado durmiendo con mi compañera.

Mi lobo gruñó posesivamente ante el pensamiento. Pero, aparte de la necesidad primitiva de dominación de mi bestia, solo sentía buen humor hacia el hombre que estaba frente a mí. Roman había protegido a mi compañera y a mi hija cuando yo había fallado en estar allí para ellas. Sabía que era una deuda que nunca podría pagarle al Alfa de Luna Sangrienta.

Rápidamente, me levanté de la cama y me dirigí hacia él y Leah, decidido a intentar dar vuelta la página con el amigo de Leah. —Roman, por favor acepta mi gratitud por todo lo que has hecho por mi ilak e hija. Ahora sé que entre tú y Leah hay un vínculo tan cercano como el de hermanos, y la habrías protegido por ese vínculo. Pero de todos modos estoy eternamente en deuda contigo por el cuidado que has mostrado hacia mi familia. Si alguna vez necesitas algo, no importa qué tan grande sea, solo dilo.

Una extraña mirada cruzó el rostro de Roman como si estuviera perdido en sus pensamientos. Leah le dio un codazo, y pareció volver al presente, con un leve rubor asomando en sus mejillas bronceadas.

—Me alegro de que ustedes dos hayan arreglado las cosas —dijo Roman, mirándome a los ojos—. Pero tal como están las cosas, creo que podría estar pidiendo tu ayuda antes de lo que pensabas. Mark me envió noticias de tu manada esta noche.

Mi corazón rebotó en mi pecho. Roman traía noticias sobre la Manada Luna Brillante.

Desde que juré el pacto de sangre con la Manada Luna Sangrienta, Roman me había contado sobre la posición de Mark como espía dentro de la Manada Luna Brillante. Sabía que él había sido el responsable de ayudar a Roman y a los otros Luna Sangrienta a mantenerse seguros y evadir a mi padre durante tanto tiempo. Lejos de estar sorprendido, me había dado cuenta de que Mark estaba perfectamente posicionado dentro de la manada para poder obtener información. Había tenido acceso a las idas y venidas de toda la jerarquía de la manada, tanto cuando trabajaba para mi padre como ahora como mi asistente.

Durante un tiempo, al enterarme de la verdad sobre el conocimiento de Mark, había deseado que, dado todo el tiempo que habíamos pasado juntos y lo mucho que yo había anhelado mejorar la posición de la Manada Luna Sangrienta en casa, me hubiera tomado directamente en su

confianza. Pero dado lo mucho que mi padre había logrado manipularme, no podía reprocharle que no me hubiera confiado sus secretos. Hacía tiempo que había llegado a estar agradecido por el papel que Mark había jugado en ayudar a mantener a salvo a Leah, a mi hija y a su gente.

—¿Qué dijo? —pregunté, con urgencia en mi voz.

—Tu padre y el Anciano Sam han comenzado a sabotear tus esfuerzos de reforma. Los tradicionalistas en la manada han revocado los derechos que luchaste por establecer para las lobas, lo que ha provocado conflictos violentos entre esos tradicionalistas y los que te son leales. Muchas de las hembras de tu manada han sido encarceladas —la mirada de Roman se desvió hacia Leah—. Mark dice que hay Luna Sangrienta que han sido demasiado francas sobre la revocación de sus derechos por parte del consejo, y muchas de ellas también han sido encarceladas como resultado.

Mi pecho se vació al pensar en toda esa gente inocente encarcelada; imaginé a los amigos de Leah y Roman languideciendo en las celdas que Leah había soportado, junto con mi Tlaak'w, Maria, y cualquier otra hembra franca en la Manada Luna Brillante. Eran hembras como mi madre, que se negaban a ser subyugadas y hacer la vista gorda mientras se infligía crueldad a cambiaformas inocentes.

—Reginald amenaza con ejecutarlas si no se someten —continuó Roman.

Mi corazón golpeaba contra mi pecho. Apreté la mandíbula, luchando contra la rabia hacia mi padre que se enroscaba dentro de mí.

—Necesitamos actuar ahora —finalizó Roman.

La urgencia de sus palabras envió adrenalina corriendo por mis venas. El momento de luchar, enfrentar a mi padre y liberar a los Luna Sangrienta de la tiranía a la que habían sido sometidos finalmente había llegado.

—Llevaré a Lina con Lyvia —anunció Leah sin dudar.

—Reuniré a los otros y los veré en las cavernas en diez minutos —dijo Roman antes de partir rápidamente.

Leah pasó junto a mí. Presioné un beso suave como una pluma en la sien de Lina, inhalando el reconfortante aroma a talco de bebé mientras me prometía que Leah y yo volveríamos pronto por

ella. —Pronto estarás de vuelta en las tierras de tu manada, mi pequeña loba.

La mirada de Leah encontró la mía, con determinación resuelta encendiéndose en sus ojos tormentosos. —Ella crecerá donde nosotros lo hicimos, Kyle. El gobierno de tu padre nos ha quitado demasiado a todos. Es hora de que la Manada Luna Brillante tenga un mejor Alfa, uno mucho más parecido a su madre que a su padre.

La fe que brillaba en sus ojos hizo que mi pecho se hinchara de esperanza. En ese momento, supe que podía desafiar a mi padre y corregir los errores que había infligido sobre nosotros, todo por el bien de nuestra hija y mi amada compañera, así como nuestros compañeros de manada.

Respirando profundamente, inhalé los reconfortantes aromas de Leah y Lina, rodeándome con lo que había descubierto aquí: una familia unida por el amor y la unidad. —Te amo, Ilak — murmuré, con la voz cargada de emoción—. Te amo, pequeña Lina.

Mientras soltaba a Leah, ella se preparaba para ir con la bruja. Un pensamiento me asaltó y añadí: —Por favor, dale las gracias a Lyvia de mi parte también.

—Lo haré —respondió Leah, con su suave sonrisa persistente. Ella suponía que me refería solo a cuidar de Lina. Pero la gratitud que sentía por la bruja era mucho más profunda. Su sabio consejo me había dado el impulso que necesitaba para reconciliarme con Leah. Me recordé que habría tiempo de sobra para honrar la lealtad inquebrantable y el amor de nuestros amigos una vez que esta monumental tarea quedara atrás. Cuando Leah y nuestra hija se fueron, mi corazón dolía al ver partir a Lina, pero si había alguien con quien sabía que estaba segura, era con Lyvia, su Kilaaka, su madrina.

Pronto, Leah, Roman y yo, acompañados por los guerreros de Luna Sangrienta, estábamos listos. Nuestro grupo de diez incluía a mí mismo, Leah, Roman y los leales guerreros que habían escapado con Roman: Kade, Todd, Shona, Sarah, Derick, Josh y Hannah. Bernadette se había quedado atrás para cuidar del hijo de Sarah y el suyo. Nuestro grupo era pequeño pero lleno de guerreros dedicados, cuyas habilidades había presenciado de primera mano en el círculo de la caverna. Durante mi viaje aquí, había hecho pausas para descansar en madrigueras bajo tierra, pero ahora no había tiempo para descansar o detenerse. Nos mantuvimos en los densos bosques y los sombríos valles, corriendo incansablemente, día y noche.

Cuando la segunda noche avanzaba, nos encontramos en las fronteras que separaban las tierras de Luna Sangrienta y Luna Clara. La vista de las colinas distantes en la luz plateada me envió

una ola de incredulidad. Finalmente nos acercábamos a casa. Una mezcla surreal de alivio y ansiedad me invadió, intensificada por la presencia de Leah a mi lado. ¿Cuántos meses había pasado lamentando su ausencia aquí durante el último año, anhelando tenerla a mi lado como lo estaba ahora?

Nuestro viaje nos había dejado agotados, pero no había tiempo para descansar. La loba roja de Leah se rozó contra mí en solidaridad, y podía sentir su estado de alerta erizándose a través de ella, así como el calor del cansancio radiando de sus flancos. Juntos, coronamos la colina, ojos escudriñando el paisaje familiar. En meses más suaves, estas laderas ondulantes florecían con colores vibrantes, rebosantes de flores y hierbas. Ahora, sin embargo, yacían frías y desnudas, despojadas por el agarre del invierno.

Nos deslizamos colina abajo, corazones latiendo al ritmo de cada movimiento sigiloso hacia los cuarteles de Luna Sangrienta. El aroma de hojas en descomposición colgaba pesado en el aire, y las sombras parpadeaban en el pálido resplandor de la media luna. Justo cuando llegamos al pie de la colina, el silencio pacífico del bosque se hizo añicos cuando lobos grises surgieron de las sombras y los árboles circundantes. Giraron a nuestro alrededor, creando un formidable anillo que brillaba en la luz de la luna como acero pulido. El escalofriante sonido de gruñidos bajos ondulaba por el aire, una advertencia que envió un escalofrío por mi columna.

Mi corazón latía erráticamente, la adrenalina corriendo por mis venas como fuego. Cada respiración que tomaba se sentía cargada, mi pulso retumbando en mis oídos. Habían estado esperando, me di cuenta, planeando nuestra emboscada. El espeso aroma a pino y algo más primario —una corriente subyacente de miedo— saturaba el aire a nuestro alrededor, intensificando todo.

Los ojos agudos de los lobos brillaban, intensos e inflexibles. El tiempo parecía estirarse, cada latido transformándose en una eternidad mientras la quietud se asentaba a nuestro alrededor, espesa y sofocante. La media luna de Igaluk observaba como único testigo de la confrontación que se aproximaba rápidamente.

El lobo masivo de Reginald emergió de las sombras frente a mí. Su distintivo tamaño y las vetas plateadas en su pelaje gris eran instantáneamente distinguibles entre las otras bestias de Luna Clara. Era regio pero monstruoso. Su pelaje gris comenzó a fundirse en la oscuridad, y su formidable figura humana se materializó. El aire se espesó con agresión, una tensión palpable resonando entre nosotros.

Con una oleada de determinación, me despojé de mi lobo gris, permitiendo que mi yo humano emergiera también. Sentí la solidaridad de los lobos rojos a mi alrededor. Cada uno se transformó y se mantuvo desnudo y orgulloso bajo la mirada penetrante de la luna, nuestras pieles expuestas y vulnerables pero reforzadas por la fuerza de nuestra unidad. Leah estaba a mi lado. Su piel clara era casi luminiscente bajo la luz de la luna. Meforcé a resistir el impulso de mirarla —mi hermosa compañera. Mi enfoque tenía que permanecer en los hostiles guerreros de Luna Clara que nos rodeaban.

Nadie se veía tan intimidante como mi padre, quien estaba quizás a diez metros de mí, envuelto en amenaza. Incluso en la tenue luz, mis sentidos agudizados discernían cada cicatriz blanca en su cuerpo, brillando como insignias de honor despiadado. Cada una hablaba de batallas libradas, dominio asegurado, y sugería las longitudes a las que llegaría para mantener su estatus de Alfa.

A nuestro alrededor, los otros guerreros de Luna Clara cambiaron de sus formas bestiales a humanas. Noté la ausencia de mujeres alrededor nuestro. Así que las mujeres de mi manada habían sido despojadas de su derecho a luchar. Me preocupaba lo que había sucedido con las mujeres más directas como Maria. Mi corazón se encogió mientras esperaba que no fuera demasiado tarde y que aún estuvieran en las celdas, silenciadas, pero no para siempre.

Los rostros familiares de los ancianos me rodeaban en el círculo. Sam, con cabello veteado de plata, su rostro curtido, marcado con desdén mientras se enfocaba en mí. Solo había dos mujeres en el círculo, Emily, la hija de Sam, sus rasgos afilados y ojos rencorosos enfocados en Leah a mi lado, así como la amiga de Emily.

Conté diez guerreros de Luna Clara rodeándonos. Estábamos igualados en número. La suerte me invadió al darme cuenta de que mi padre nos había subestimado. Sin embargo, no había anticipado estar rodeados por los guerreros de Luna Clara tan pronto. La incredulidad me atravesó ante la rapidez con que había llegado esta confrontación. Pero la tragué, forzando mi postura a permanecer confiada. Sabía que tenía que mantener mi compostura y determinación firme. Tenía que ser el Alfa que los guerreros de Luna Sangrienta y aquellos leales a mí necesitaban que fuera.

—Me ordenaste encontrar a los fugitivos de Luna Sangrienta, y así lo he hecho —declaré a mi padre, mi voz cortando la tensión—. Pero, esta noche, me paro aquí orgullosamente como uno de ellos. El juramento de sangre que les he hecho y todo dentro de mí me obliga a enfrentarme a ti, Reginald.

Mi padre soltó una risa burlona, y mi corazón se encogió. —¿Crees que estás aquí por tu propia voluntad? Todo lo que tuve que hacer fue revocar algunas de esas preciosas reformas que tanto valoras, y viniste corriendo como un perro.

Así que había esperado que yo volviera cuando me enterara de que las reformas para los Luna Sangrienta y los derechos de las mujeres de Luna Clara habían sido revocados. Por eso nos habían estado esperando.

Sin embargo, a pesar de no contar con el elemento sorpresa, me consolaba el hecho de que hubiera traído tan pocos Moonlights consigo. Claramente, Reginald temía lo que yo pudiera decir y el efecto que tendría en los más receptivos dentro de nuestra manada.

Un instinto protector erizó mi piel, encendiendo un feroz deseo de proteger a Leah de las miradas maliciosas que la recorrían. Sentí la furia hirviendo bajo la superficie, una que había sofocado desde que descubrí que Reginald estaba detrás del asesinato a sangre fría de mi madre. La intensidad se arremolinaba dentro de mí, recordándome la abrumadora emoción que había surgido cuando le confesé mi amor a Leah. Pero esta fuerza era de amargura, opresiva y lista para ser desatada.

Mi amargura se agitaba como tinta, filtrándose en mi voz. Había oído hablar de las tierras baldías y estancadas de la manada Black Moon, de donde provenía el asesino que mi padre había contratado. Era como si esos pantanos y ciénagas yacieran en cada una de mis palabras mientras mi odio por el hombre brotaba.

—No solo has agraviado a los Blood Moons al apoderarte de sus tierras y esclavizarlos, sino que sé que asesinaste a mi madre, Tamara. Algo que Roman, el Alfa de la manada Blood Moon, que está aquí presente, puede atestiguar. Él presencié su asesinato de primera mano, ejecutado por un lobo Black Moon que contrataste.

Los jadeos se extendieron entre la multitud reunida de Moonlights. Pero solo algunos rostros mostraban conmoción, mientras otros registraban una escalofriante sensación de complicidad, sus ojos entornándose mientras el peso de mis palabras caía sobre la asamblea.

Un par de ancianos, John y Oliver, retrocedieron un paso, sus expresiones cambiando de desafío a consternación. En ese fugaz momento, percibí una grieta en la resolución de los seguidores de mi padre, un indicio de que quizás no todos estaban preparados para seguirlo por el oscuro camino que había elegido. Mi corazón se aceleró ante la perspectiva de que la pequeña fuerza de

Reginald pudiera disminuir aún más. Pero fueron los cinco ancianos tradicionalistas que permanecieron impasibles —incluido Sam— quienes alimentaron mis siguientes palabras. —Temías la influencia de Tamara sobre la manada —declaré, mi voz resonando en la noche—, y odiabas que actuara a tus espaldas, buscando la paz con la manada Blood Moon.

Mi mirada se dirigió a mi padre. —Así que, como un cobarde, contrataste a un asesino para deshacerte de ella. Luego culpaste a los Blood Moons de su asesinato, justificando tus matanzas a sangre fría de la manada Blood Moon, de su Alfa y Beta —dije, sintiendo la ira que irradiaban tanto Roman como Leah a mi lado, sus pérdidas ardiendo como fuego en mi pecho.

—Te apoderaste de tierras que nunca fueron tuyas y esclavizaste a cambiaformas inocentes. Poseo evidencia: cartas intercambiadas entre el Anciano Sam y tú, Reginald, documentando estos crímenes atroces, junto con el diario de mi madre, que expone la profundidad de tu codicia.

Había pensado en aludir al hecho de que Mark podría testificar sobre los crímenes de Reginald, anticipando que estaría encarcelado con aquellos Moonlights como Maria, que me eran fieles. Pero, como el espía experimentado que era, ya lo había detectado dentro del círculo de Moonlights. Una emoción me recorrió al pensar en lo hábil que había sido manteniendo su cobertura. Era como si tuviera los rasgos de la manada Shadow Moon, bendecido por la diosa luna misma en su subterfugio.

La furia de Reginald se encendió, mis palabras actuando como una cerilla para su rabia explosiva. —¿Crees que puedes socavar mi autoridad? —escupió, su cuerpo vibrando de tensión.

—Nos has obligado a callar durante demasiado tiempo —respondí bruscamente, con mi espíritu erizado y la voz ronca—. El momento de pagar por tus crímenes ha llegado.

La tensión se intensificó en la noche, ganando impulso como una tormenta gestándose en el horizonte. Me preparé, el retumbar de mi corazón anunciando la batalla.

—Nunca me he arrepentido de matar a tu madre —se burló Reginald—. Quizás la verdadera tragedia es que no estuvieras con ella durante esas negociaciones de paz que tanto se empeñaba en perseguir. Entonces, la debilidad que ella fomentó en tus venas también podría haberse derramado.

La rabia se reavivó mientras recordaba la noche en que había escuchado su desprecio hacia mi madre y hacia mí. Quería que supiera cuánto tiempo había estado esperando este momento, cuánto tiempo había estado preparando esta retribución sin que él lo notara.

—Una vez dijiste que tenía demasiada sangre de Tamara en mí. Debes saber que tenías razón, y es su espíritu el que ahora exige que se derrame el tuyo. —Mi declaración quedó suspendida en el aire cargado de tensión—. Te desafío a luchar contra mí. Cuando derrame tu sangre esta noche, sabrás que es el espíritu de mi madre quien la beberá.

La adrenalina corría por mis venas, la anticipación zumbando por mi cuerpo. Fijé mi mirada en los ojos de mi padre, sintiendo la carga crepitante en la noche mientras nos enfrentábamos: dos fuerzas destinadas a colisionar.

—Que así sea —siseó Reginald, el brillo sediento de sangre en sus ojos igualando el mío—. Una vez alimenté la tierra con su sangre; esta noche, beberá la tuya.

En un parpadeo, el lobo gris de mi padre explotó desde su forma humana, los músculos ondulando y el pelaje brillando bajo la luz de la luna. Mi lobo se agitó bajo mi piel, rebosante de necesidad de venganza y sangre. Con un aullido primigenio resonando en mi alma, me fundí con mi bestia y cargué hacia el hombre que había destrozado a mi familia, listo para reclamar la justicia que se me había negado durante tanto tiempo.

Capítulo 28

Leah

Cuando Kyle dio un paso adelante para desafiar a su padre, la tensión que crepitaba en el aire se sentía cargada, y luego descendió para envolver mi corazón como un tornillo. La furia irradiaba de Reginald; la rabia ardiente que emanaba de su mirada helada me heló la sangre y me provocó escalofríos.

Sangre.

Había amenazado con alimentar la tierra con la sangre de mi compañero. Una feroz actitud defensiva surgió dentro de mí, urgiéndome a correr al lado de Kyle, a defender al hombre que amaba con cada fibra de mi ser. Pero el estruendo de las patas de los lobos grises que nos rodeaban me recordó el peligro inminente, haciéndome volver a la realidad de que teníamos otros oponentes, aquellos que se cerraban alrededor de mí y mis compañeros de la manada Luna de Sangre.

A mi extrema derecha, el primer choque de colmillos y pelaje perturbó la noche. Pelajes grises y rojos se entrelazaban en una danza caótica bajo la brillante media luna. La mayoría de los lobos estaban compuestos por los siete miembros del consejo, incluyendo al Anciano Sam. Solo dos lobas luchaban junto a ellos. Había reconocido a Emily y a su amiga Kelly también. Los Luna de Sangre estábamos igualados en número contra nuestros oponentes, pero el alivio por ese hecho se disolvió cuando las dos hembras más pequeñas vinieron a por mí. Sus gruñidos cortaron la cacofonía de la batalla a mi alrededor mientras se centraban en mí.

En un instante, las lobas de Emily y Kelly descendieron sobre mí como sombras en la noche. Los ojos oscuros y maliciosos de Emily bailaban con las burlas que habían contenido cuando estuve prisionera. Detrás de ella, la poderosa forma de Kelly se cernía. Las dos se movían como en una actuación bien ensayada.

El aire zumbaba de tensión mientras se acercaban en un movimiento de pinza. Apenas tuve tiempo de reaccionar, mis instintos se activaron mientras esquivaba el volumen de Kelly, sintiendo la ráfaga de viento cuando me rozó por poco. Pero Emily era veloz, y su asalto fue preciso. Se abalanzó sobre mí, hundiendo sus colmillos en mi hombro con una mordida abrasadora, enviando ondas de dolor ardiente por todo mi cuerpo.

Un gruñido feroz surgió desde lo profundo de mi pecho, encendiendo mi respuesta de lucha o huida. Me retorcí para liberarme del agarre de Emily, escapando con un impulso determinado. El dolor era agudo, pero alimentaba mi resolución mientras me lanzaba hacia Kelly, que ahora se reagrupaba para otro ataque. Con un movimiento ágil, me lancé contra ella, mis garras conectando con su flanco, mis dientes cerrándose lo suficientemente cerca como para que sintiera mi aliento.

Sin embargo, Emily no se desanimó. Volvió a por mí en un instante, mordiendo mis talones con ferocidad. Mi corazón latía en mi pecho, bombeando adrenalina pura en mis venas mientras esquivaba su siguiente ataque, agachándome y apuntando a sus patas en un intento de hacerla tropezar. Pero su forma esbelta me evadió con una agilidad sorprendente.

Mientras luchaba contra Emily, el caos a nuestro alrededor surgía con energía. Gruñidos y aullidos llenaban la noche. El sonido de dientes chocando arañaba la oscuridad. Atisé a mis compañeros de manada -lobos rojos- alzándose contra nuestros opresores.

Con renovada determinación, me sumergí en los amargos recuerdos de las burlas de Emily lanzadas contra mí y mis compañeros de manada. En una finta hacia la izquierda, confundí a Emily por una fracción de segundo, luego arremetí contra Kelly, que fue tomada por sorpresa. Mis dientes conectaron con su costado, y probé la sal de su pelaje mezclada con el sabor metálico de la sangre mientras aullaba sorprendida.

Sin embargo, justo cuando la victoria parecía al alcance, Emily aprovechó mi distracción. Surgió pasando a Kelly, hundiendo sus colmillos en mi pata delantera una vez más. La agonía estalló dentro de mí, aguda y abrumadora. Aullé en respuesta, el dolor cegador me llevó momentáneamente a mis rodillas.

Pero, en un borrón de movimiento, el lobo rojo de Roman se precipitó contra una de las hembras y mordió la pata trasera de la otra. Asustadas y heridas, las hembras Luz de Luna dieron media vuelta y huyeron en la noche. Respirando pesadamente, me apoyé contra el flanco de Roman en gratitud, antes de que él se zambullera de nuevo en la batalla.

Durante el breve respiro, escanéé el caos del campo de batalla, respirando la fiera del pelaje rojo y gris fusionándose bajo el cielo iluminado por la luna. Mi mirada cayó instantáneamente sobre el lobo de Kyle, todavía enfrascado en una furiosa batalla con Reginald. Sus poderosas formas chocaban en una contienda que parecía como las leyendas antiguas, cuando la diosa de la luna nos había favorecido por primera vez con nuestras formas cambiantes y los Alfas habían

luchado por el dominio sobre las tierras de la manada.

El respiro no duró mucho cuando otro lobo gris se abalanzó hacia mí. Mi corazón saltó a mi garganta, mi pelaje erizándose a lo largo de mi espalda mientras me preparaba para enfrentarlo. Pero el lobo se desvió, y luego volvió hacia mí, y luego se alejó de nuevo. La confusión dio volteretas dentro de mí. Era como si estuviera tratando de que lo siguiera.

Mientras el elegante lobo gris una vez más se alejaba de mí, solo para volver, la comprensión me inundó.

¿Podría ser Mark, el compañero de Roman?

Tentativamente, me separé del círculo de Luz de Luna y Luna de Sangre que batallaban. La emoción golpeaba en mi pecho mientras esperaba estar en lo correcto sobre quién era este macho. Mientras pasábamos corriendo los cuarteles de Luna de Sangre, un torbellino de emociones me invadió. Los edificios renovados parecían un faro de la compasión de Kyle; la esperanza parpadeó en mi pecho por nuestro futuro y nuestras manadas. Silenciosamente le rogué a Igaluk que Kyle saliera ileso y que la diosa de la luna le concediera la fuerza y la estrategia para superar a Reginald.

El lobo gris me condujo a la casa más cercana a las Cámaras del Consejo y las celdas: la casa de Reginald. En un momento, se transformó en su forma humana. El hombre era alto y delgado. Su cabello castaño ondulado y mirada chocolate hicieron que mi corazón saltara al coincidir con la foto que Roman había compartido conmigo de su compañero. En un momento, me despojé de mi forma de loba, mi piel erizándose mientras el frío de la noche rozaba mi cuerpo.

—Mark —lo saludé con una sonrisa.

Él asintió. —Leah —murmuró, con una cálida sonrisa en su rostro—. Esperaba que me siguieras. Quiero liberar a los prisioneros, pero no estaba seguro de que confiaran en mí si los liberaba solo.

Mi corazón se aceleró en mi pecho. Por supuesto, los prisioneros de Luna de Sangre y las hembras de Luz de Luna estaban encerrados en las celdas. Con la brillante actuación de Mark como uno de los miembros leales de la manada de Reginald, entendía por qué me necesitaba.

—¿Están aquí las llaves de las celdas? —exigí, la urgencia presionándome mientras pensaba en la acalorada batalla que aún continuaba en la colina.

Él asintió, corriendo dentro. En un momento, tenía las llaves de las celdas. Sin dudarlo, bajamos corriendo las escaleras, apresurándoos hacia el bloque de celdas dentro de la tierra. El olor a descomposición y moho revivió recuerdos de los días que una vez pasé encarcelada dentro de estas mismas paredes.

—Soy yo, Leah —llamé hacia las sombras, alcanzando a ver siluetas borrosas acurrucadas juntas en las celdas.

—¿Leah? —la voz de Mary atravesó la oscuridad desde la segunda celda, y las lágrimas picaron mis ojos. Una oleada de calidez me envolvió. Recordé cuando hace más de un año aferraba su llave cuidadosamente elaborada. Mi pecho rebosaba de todo lo que quería compartir: las felices noticias sobre Lina, mi amor por Kyle, sobre cómo esta lucha no era solo por mi manada y todos mis anuki y nukai de Luna Sangrienta, sino por el futuro de mi propia pequeña familia.

Cuando Roman y Mark se unieron a mí en la oscuridad al pie de la escalera, supe que si ellos podían acortar su reencuentro después de cuatro largos años, yo también podía mantener la compostura.

—Los guerreros de Luna Sangrienta estamos liderando un golpe con Kyle contra el gobierno de Reginald —anuncié, con los dedos temblorosos mientras insertaba la fría llave de metal en la cerradura de la primera celda.

El aire crepitó con energía mientras los espíritus de los prisioneros se encendían como antorchas en la oscuridad.

—¿Leah... Kyle está contigo? —la voz áspera de la Sanadora Maria reverberó desde el frente de la celda.

Si pretendía sermonearme sobre mi vínculo con Kyle, era demasiado tarde. Él era mi Ilak, el padre de mi hijo, y cada momento en su presencia me hacía sentir más yo misma, más como la persona que siempre estuve destinada a ser. Nadie volvería a negar mi lugar junto a él. Lucharía con colmillos y garras contra cualquiera que se atreviera a decir lo contrario. Pero aparté la defensiva que se erizaba dentro de mí, recordándome que Maria era como una tía para Kyle, su tlaak'w así como Roman era mi anuk.

—Sí, Kyle está luchando contra Reginald cerca de los cuarteles de Luna Sangrienta ahora mismo —dije, sabiendo que Maria compartiría mi preocupación por su seguridad.

Mientras Maria y los otros miembros de la manada Luz de Luna salían en tropel de la primera celda, su voz llenó el aire. —Mis Nukai de Luz de Luna, ha llegado el momento de desafiar al Alfa que no es apto para liderar, uno que nos negaría a las hembras nuestro derecho de nacimiento como lobas feroces y que acabó con la vida de nuestra Luna por miedo a su poder.

Mientras mis ojos se ajustaban a la penumbra, noté que la mayoría de los Luz de Luna eran mujeres, sus rostros tensos con determinación y puños apretados con indignación. La atmósfera vibraba con energía eléctrica, una tensión palpable que giraba en anticipación al poder que desataríamos una vez que hubiéramos salido.

—¡Para aquellos que tengan algo de sentido de la justicia —llamó Mark, con voz fuerte e inquebrantable—, levántense esta noche! ¡Con nuestros aliados de Luna Sangrienta, nos libremos del tirano que nos ha oprimido durante demasiado tiempo!

En una emocionante oleada, abrí de golpe las cinco celdas restantes. Me permití un breve momento de solidaridad, sintiendo el contacto de Phoebe, Mary, Lucy y otros compañeros de manada. La cacofonía de voces elevó el sonido de la liberación de voces que, como había dicho Kyle, no serían silenciadas nunca más. Juntos, surgimos hacia la noche.

En una marea creciente de pelaje rojo y gris, nos movimos como uno solo a través del complejo Luz de Luna, dirigiéndonos hacia los cuarteles de Luna Sangrienta, hacia el pie de la colina donde nuestros guerreros aún batallaban. Mi corazón se aceleró, el aliento atrapándose en mi garganta mientras buscaba a Kyle. Ahí estaba, su lobo gris rodeando al de Reginald, ambos jadeando pesadamente, sus respiraciones llenando el aire como niebla. La determinación me atravesó. Me dispuse a moverme hacia Kyle, ansiosa por ayudar a mi compañero, pero de repente, un par de lobos Luz de Luna descendieron sobre mí. Reconocí inmediatamente a Emily de nuestra pelea anterior. El otro lobo, mucho más grande, debía ser el Anciano Sam.

Al igual que Kelly y Emily antes, el par se lanzó en formación de pinza, forzándome a una posición precaria. Esquivé al lobo más grande, pero Emily tuvo éxito, hundiendo sus colmillos en mi costado.

Esta vez, sin embargo, no estaba sola. Rodeándome estaban mis amigos, un ejército de lobos rojos y grises corriendo en mi defensa. El aroma del sudor y el pelaje se mezclaba con el sabor metálico de la sangre y el aroma terroso del suelo perturbado. Con ferocidad, Emily y Sam se abalanzaron sobre mí, sus mandíbulas chasqueando. Sus movimientos eran fluidos pero agresivos, los músculos de sus flancos ondulando como cuerdas tensas. Sentí la resolución

corriendo a través de mis compañeros de manada a mi alrededor, un fuego encendido por nuestra justa causa.

El primero de mis aliados, un feroz guerrero de Luna Sangrienta con un pelaje tan vívido como las hojas de otoño, surgió hacia adelante, mandíbulas chasqueando amenazadoramente hacia Emily. Apenas logró evadir el ataque, girando justo a tiempo, pero la distracción le dio a otro lobo la apertura que necesitaba. Un fornido lobo rojo se estrelló contra su costado con la fuerza de un tren de carga, extremidades enredándose en un torbellino de pelaje, dientes y gruñidos que llenaban el aire con sonidos primales.

El tiempo se ralentizó, gruñidos eruptando de la manada a mi alrededor. Sentí la determinación grabada en cada uno de nuestros movimientos: la manera en que los Luna Sangrienta y nuestros aliados Luz de Luna cargaban hacia Sam y Emily hacía parecer que su destino ya estaba sellado. La media luna de Igaluk y el cielo estrellado arriba parecían parpadear, diciéndonos que el anciano y su hija estaban condenados.

Con un rugido visceral, un guerrero Luna Sangrienta inmovilizó a Emily, clavando sus dientes en su garganta. Pero el Anciano Sam desató un gruñido atronador que reverberó a través de la manada, un escalofriante recordatorio de su estatus y años de experiencia ganada en batalla. Mi corazón se aceleró con temor al ver sus ojos destellar con ferocidad.

Pero no había forma de detener la coreografía de nuestra manada unida. Como una máquina bien engrasada, nos abalanzamos sobre Sam. El lobo delgado de la Anciana Maria saltó hacia el flanco de Sam mientras otros atacaban desde el frente.

Sam contraatacó, sus poderosas mandíbulas chasqueando mientras trataba de sacudirse el asalto implacable. Una guerrera Luz de Luna se zambulló, su ágil cuerpo deslizándose bajo él, mordisqueando su pata trasera para desestabilizarlo. El lobo anciano giró, pelaje erizado con indignación, solo para que otro lobo se lanzara hacia él, colisionando con la fuerza de una pequeña avalancha. Cayeron contra el suelo, y el almizcle terroso del suelo húmedo se mezcló con la bruma impulsada por la adrenalina que nos envolvía a todos.

Mientras Emily luchaba por liberarse del agarre de su oponente, otro guerrero Luna Sangrienta desgarró su garganta, músculo y carne abriéndose para liberar un torrente de sangre. Un gruñido agonizado escapó de Sam, reverberando a través de la noche, atravesando el caos mientras flaqueaba bajo nuestro asalto implacable. Observé, con el aliento atrapado en la garganta, mientras el poderoso anciano luchaba contra su destino, la desesperación grabada en su amplio

rostro y hocico tenso, pero la marea había cambiado.

En un momento, un mar de pelaje había rodeado a Sam, garras y dientes desgarrando sus flancos y garganta, pero no antes de que el aullido de Sam hubiera perforado la noche. Mientras caía, despedazado por los prisioneros liberados, su aullido llenó el aire, llamando a los otros miembros del consejo.

Los lobos leales a Reginald que estaban cerca se lanzaron a la lucha con vigor renovado, enfrentándose tanto a las hembras de la Manada Luz de Luna como a los lobos de pelaje rojo de Luna Sangrienta. Cada vez que conseguía un respiro de luchar contra un nuevo lobo gris, intentaba ver qué estaba sucediendo entre Kyle y Reginald.

El enfrentamiento entre ellos continuaba con furia, una contienda pareja entre dos titanes. Cada rugido, cada gruñido reverberaba a través del aire, su habilidad y fuerza danzando peligrosamente cerca. La velocidad de Kyle lo distinguía, pero la edad y experiencia de Reginald le otorgaban una ventaja, sus ojos fríos como el hielo calculando cada movimiento.

Y entonces sucedió: una chispa de comprensión me recorrió cuando Reginald fingió, saltando sobre la forma ágil de Kyle. Mi corazón se detuvo; venía por mí.

¡No!

El pánico borboteó dentro de mí mientras Kyle se lanzaba tras su padre, con los músculos tensos, corriendo hacia mí en un intento desesperado.

En ese momento, sentí una presencia pesada a mi lado: Roman entrando en acción, un instinto protector impulsándolo hacia mí cuando Reginald me alcanzó. Con feroz determinación, Roman trabó sus mandíbulas con las de Reginald, dos Alfas chocando en un salvaje encuentro de dientes y furia. Roman contuvo a Reginald, otorgándole a Kyle la apertura que necesitaba.

Mi corazón latía aceleradamente mientras la batalla se desarrollaba ante mí: mi ilak y mi anuk, enzarzados en una feroz lucha por nuestra libertad. Mientras mi compañero y amigo luchaban con renovada urgencia, parecía como si todo lo que valoraba de mi futuro aún estuviera bajo el control brutal del Alfa de Moonlight.

Capítulo 29

Leah

El suelo temblaba bajo mis patas, un eco atronador del caos mientras la batalla continuaba. El aire crepitaba con gruñidos feroces y el agudo sonido de las garras. El olor mezclado de tierra revuelta, sudor y sangre me asaltaba. Mi corazón se aceleró cuando una nueva oleada de lobos leales a Reginald surgió del complejo, sus formas oscuras amplificando mi miedo. Habían emergido como sombras, respondiendo al aullido del Anciano Sam.

Aunque teníamos el apoyo de las hembras de Luna Brillante, los lobos de Reginald eran guerreros mejor entrenados, y el aullido de Sam había reavivado el fervor del combate. Me deslicé entre el caos, esquivando golpes y asestando otros. Cada golpe que derribaba a un lobo me impulsaba hacia adelante, desesperada por alcanzar a Kyle y Roman. Los gruñidos a mi alrededor sonaban agudos y cercanos, enviando helados zarcillos de miedo por mis venas.

Un aullido agudo perforó la noche, atrayendo mi mirada hacia arriba. Mi sangre se heló al ver las formas oscuras descendiendo por la colina.

¿Vienen más hombres de Reginald?

Apenas esquivé a un lobo gris musculoso, la ansiedad rugiendo dentro de mí y mis orejas esforzándose por captar los sonidos de Kyle y Roman.

Entonces, un destello de amarillo vibrante captó mi atención en la cima de la colina: docenas de lobos de pelaje amarillo cargaban colina abajo, su pelaje dorado como rayos de sol cortando la oscuridad.

La Manada Luna Sombra ha llegado.

Un lobo enorme apareció al frente, flanqueado por un grupo de formidables guerreros. A juzgar por su intimidante tamaño y presencia, supuse que este era Alexis, el Alfa de la Manada Luna Sombra. Los pelajes amarillos de los Luna Sombra me recordaron al brillo de los cristales sikin de Lyvia. El calor de su llegada floreció en mi pecho, una promesa de esperanza en medio del tumulto.

Kyle me había contado historias sobre su alianza con Alexis durante nuestro tiempo en el refugio. Habían planeado este momento, esperando enfrentar a Reginald juntos. Habían forjado su alianza en las tierras vecinas de la Manada Luna Sombra. Alexis había jurado su lealtad a Kyle, prometiendo ayudar a oponerse al gobierno de Reginald y ayudar a restaurar nuestras tierras a nosotros, los Luna Sangre.

Sin embargo, aquí estábamos, la sorpresa afilando nuestra ventaja mientras Alexis y su manada se lanzaban a la refriega, su habilidad y velocidad deslumbrantes mientras pasaban junto a mí, moviéndose como sombras fugaces.

Kyle había enviado un mensaje a su aliado antes de que dejáramos el refugio una noche atrás. Pero no nos habíamos atrevido a esperar, dada la gran distancia que Alexis y su manada tenían que recorrer, que pudieran llegar la misma noche que nosotros.

El asombro brilló a través de mí mientras me maravillaba de los pelajes rojos y amarillos mezclándose mientras se enfrentaban a los corpulentos machos de pelaje gris. Como hojas de otoño, se dispersaron por la noche, ahuyentando las sombras mientras golpeaban y derribaban a los lobos Luna Brillante.

Sin embargo, mi temor regresó cuando divisé a Kyle y Roman, enfrascados en su intensa batalla con Reginald. Mi pulso se aceleró; cada momento se estiraba tenso mientras observaba la forma fluida de Kyle moverse con una feroz mezcla de poder y velocidad. La sólida masa de Roman era inquebrantable mientras se lanzaba contra su adversario. No obstante, la imponente forma de Reginald brillaba en tonos de gris y plata, cada destello de su pelaje como una advertencia bajo la luz de la luna. Con su precisión táctica, contrarrestaba cada golpe con movimientos diestros, sus ojos agudos calculando sus próximas maniobras. Incluso juntos, Kyle y Roman se encontraban desafiados; la experiencia y competencia del Alfa Luna Brillante igualaba su feroz energía.

Mi concentración se fragmentó cuando la adrenalina surgió de nuevo a través de mí, mis instintos urgiéndome a entrar en la refriega. Me enfrenté al siguiente enemigo, un lobo ágil que arremetía con ferocidad. El sudor se mezclaba con la sangre en mi pelaje, el hedor sofocante. Cada respiración era un recordatorio de lo que estaba en juego, cada latido, una súplica desesperada por sobrevivir.

Y entonces, en un momento que detuvo mi corazón, Reginald asestó un golpe vicioso a Kyle.

No.

Un gruñido primario se desgarró de mi garganta. Seguí luchando, desesperada por alcanzar a mi pareja. El caos se difuminó, y el tiempo pareció estirarse mientras cada victoria se sentía agridulce porque no estaba donde necesitaba estar: al lado de Kyle.

Vi el brillo en el pelaje de Kyle, envuelto en un tono rojizo. La sangre corría por su costado mientras luchaba ferozmente. Entonces, estuve donde debía estar. Alcancé a Kyle, flanqueándolo, con Roman a su otro lado. Me lancé al asalto final contra Reginald con ellos.

Cada golpe llevaba un peso más allá de la mera fuerza física; estaba impregnado de furia, desesperación y una vida de opresión. Juntos, arremetimos contra el tirano, nuestros colmillos y garras chocando contra su gruesa piel. El suelo se sentía vivo bajo nosotros, vibrando con la intensidad de nuestra batalla, nuestros espíritus preparados para aniquilar el sufrimiento que él había infligido.

Mientras añadía mi fuerza a la lucha, la determinación ardía a través de mí. Íbamos a terminar esto en cualquier momento, los tres, nosotros que habíamos perdido a nuestros amados padres por la codicia y ambición de este hombre. Mi loba roja surgió hacia adelante como una llama, confiada y segura de su poder.

Entonces, Reginald fingió hacia la izquierda. Sentí un pulso instintivo atravesarme. Antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó hacia mí. Sus colmillos brillaron como dagas bajo la implacable luz de la luna. Una ráfaga de aire se precipitó hacia mí, intimidantemente cerca, sofocante mientras apuntaba a mi garganta. Pero antes de que me alcanzara, Kyle se lanzó frente a mí, su cuerpo protegiendo el mío, y sentí la onda expansiva del ataque de su padre reverberar a través del cuerpo de mi pareja.

Un horrible gruñido brotó de Kyle, un rugido angustiado de agonía. La rabia me consumió, encendiendo un calor furioso que corrió por mis venas mientras me lanzaba hacia adelante con Roman. Nos movimos como una sola entidad, nuestros colmillos desgarrando la carne de Reginald. Con cada desgarró de mis dientes, estaba más motivada por la necesidad de quitar las mandíbulas de Reginald de mi pareja que por matarlo. Pero antes de que pudiera procesarlo, allí yacía Reginald, una pila grotesca de carne y huesos, su sangre vital acumulándose debajo de él, derramándose por el suelo.

A nuestro alrededor, la batalla llegó a una pausa que detuvo el corazón mientras todos los que

luchaban comenzaban a notar que Reginald había caído. Jadeaba con fuerza, la confusión y el miedo mezclándose mientras mi mirada se disparaba detrás de mí, buscando el pelaje gris único de mi pareja. Mi mirada se movió a través del caos, buscando a Kyle. Él me había salvado. Su lobo se había interpuesto entre Reginald y yo.

¿Dónde está?

Un pavor nauseabundo aprisionó mi corazón cuando encontré al lobo de Kyle tambaleándose sobre sus patas, la luz en sus ojos verdes parpadeando. Entonces, con un estruendo imponente, se desplomó en el suelo. El pánico frío surgió a través de mis venas, sofocando mi respiración.

Me transformé en mi forma humana en un latido, corriendo hacia él. Mis manos encontraron frenéticamente su flanco derecho, espeso de carmesí, la vivacidad contrastando bruscamente con la tierra yerma debajo de él.

—¡Sanadora Maria! —grité, mi voz quebrándose bajo el peso del miedo.

La sanadora había estado luchando junto a nosotros, y me giré, buscándola desesperadamente entre el caos de rostros: figuras tanto de lobos como humanas empezaban a emerger en el pálido amanecer.

La loba de Maria emergió, irradiando serenidad incluso en el campo de batalla. Se transformó en su forma humana, su cabello castaño con mechones grises hasta los hombros cayendo alrededor de su rostro mientras se arrodillaba junto al lobo sangrante. —Kyle —pronunció con tanta emoción que juré nunca más acusarla de carecer de ella.

Con manos temblorosas, presioné, sintiendo que el calor de su pelaje se desvanecía. —Kyle, por favor —supliqué. Cada una de mis respiraciones se sentía laboriosa, como si reflejara las suyas, que se volvían más superficiales y cortas.

—Hay demasiada sangre —murmuré, mientras la desesperación se enroscaba como una bola espesa en mis entrañas. Con la forma en que el suelo se oscurecía a nuestro alrededor, parecía como si las palabras de Reginald se estuvieran haciendo realidad, como si hubiera maldecido a Kyle al igual que lo habría hecho una bruja oscura, condenándolo.

—El bosque, Leah —dijo Maria—. Necesito hojas para las cataplasmas antes de moverlo.

La comprensión me invadió. Asintiendo, visualicé el bosque cercano entre la colina y lo que

habían sido nuestros barracones de esclavos. Podrían albergar las hierbas necesarias para salvar a mi compañero. En un instante, me transformé de nuevo en mi forma de loba, corriendo entre la maleza, con el corazón martilleando en mi pecho mientras olfateaba el aire. La pomenta mentolada me llamó, pero me centré en la hierba absorbente en su lugar.

Con las hierbas apretadas en mis dedos humanos, corrí de vuelta hacia Kyle y Maria. En un torbellino de movimiento, ella aplicó las hojas a la herida de Kyle lo mejor que pudo. Luego Roman y Mark estaban levantando al lobo de Kyle, apresurándose hacia la enfermería, sus expresiones sombrías y concentradas.

Mientras se llevaban a Kyle, sentí que mi corazón se hacía pedazos. El momento parecía irreal, como si lo estuviera presenciando desde arriba. Mi corazón dolía al ver a mi compañero entre ellos. La mujer pelirroja que los seguía parecía tan pequeña y frágil.

Mi corazón sufría por ella. Había contenido tanto. Ahora, podría no tener la oportunidad de decirle a su compañero cuánto significaba para ella. Apenas podía respirar, mis pulmones se contraían al verlo allí tendido. Se había sacrificado para salvarme, y ahora estaba luchando por su vida. ¿Y si lo perdía? ¿Y si nunca tuviera la oportunidad de decirle cuánto significaba para mí?

Pero de repente, estaba de nuevo en medio de todo, con el pánico vibrando a través de mi cuerpo mientras llegábamos a los confines de la enfermería. Ahora que Roman y Mark habían colocado al lobo de Kyle en la cama de la enfermería, Roman vino a sostenerme. Solo entonces me di cuenta, mientras me aferraba a sus antebrazos, de cuánto estaba temblando.

Las manos de la Sanadora Maria trabajaban en una ráfaga de movimientos, tan practicados y firmes que me recordaron a las manos de Lyvia flotando sobre Lina y haciendo su magia.

Lina.

Apreté la mandíbula, los pensamientos de mi hija desgarrándose. ¿Y si perdía a su padre?

Me senté junto al lobo de Kyle en el borde de su cama, entrelazando mis dedos en su pelaje mientras cada una de sus respiraciones superficiales me atravesaba, profundizando mi terror.

Una vez más, la voz de la Sanadora Maria atravesó mi bruma.

—¿Tu vínculo de pareja, Leah? ¿Todavía existe?

Mi corazón se me subió a la garganta. Asentí vigorosamente. Sus palabras me arrastraron

simultáneamente al momento presente y a los últimos días cuando había estado considerando romper nuestro vínculo.

—Bien —dijo Maria. Preparó una poción herbal, la colocó en una bolsa que conectó a un gotero intravenoso, e insertó una aguja en el hombro de Kyle.

—La poción curativa es todo lo que puedo hacer, Leah —dijo Maria suavemente mientras me sorprendía con su ternura, apretando mi hombro—. Necesitas conectarte con su lobo, tu loba con el suyo.

Asentí, sabiendo exactamente a qué se refería. ¿Cuántas veces Kyle y yo nos habíamos conectado con nuestras esencias para ayudar a Lina? Pensé en nuestras auras, la suya de tono esmeralda y la mía, cerúlea.

—Es hora de tomar del espíritu de tu loba, de dar fuerza de tu loba a tu compañero, nutriendo vuestro vínculo, y con suerte dándole a Kyle el poder que necesita para sanar su herida —instruyó Maria—. Háblale. ¿Prefieres que te demos espacio? —ofreció, su consideración conmoviéndome profundamente.

Pero necesitaba a Roman, Mark y a ella. Negué con la cabeza. —Quedaos, por favor. Todos vosotros.

Hundí mis dedos más profundamente en el pelaje de Kyle, cerrando los ojos mientras buscaba en lo profundo de mí misma. Mi loba se agitó, desesperada por llegar a su compañero. Sentí su protección corriendo por mis venas, queriendo hacer todo lo posible para mantener a nuestro compañero aquí con nosotros.

—Kyle, por favor, si puedes oírme, quédate conmigo. —Con voz cargada de emoción, continué —: Dijiste que no te necesitaba. Pero sí te necesito. Realmente te necesito. Tenía miedo. Tenía miedo de querer demasiado. Tenía miedo de que si me permitía quererte, dolería demasiado cuando te perdiera. Pero me equivoqué. No decírtelo no protegió mi corazón. Te necesito, Ilak. Pensé que tenía que mantenerte a distancia para seguir siendo libre. Pero la libertad es amarte, Kyle.

Maria se arrodilló a los pies de la cama de Kyle.

Lo sentí antes de verlo. Una calidez me atravesó, y en ella estaban todos los momentos más mágicos del último mes: el lobo de Kyle apoyándose contra el mío; sus manos entrelazándose en

mi pelo y el de Lina, acicalándonos y cuidándonos a ambas con una ternura que nunca antes había experimentado; él diciéndome que me amaba; la forma en que me había besado con reverencia, luego adorado mi cuerpo haciéndome sentir una plenitud que nunca antes supe que existía.

Justo entonces, un jadeo escapó de los labios de alguien, y volví bruscamente al presente, el temor inundándome. Pero en lugar de terror, sentí una embriagadora calidez que irradiaba desde dentro, envolviendo a Kyle mientras una luz deslumbrante resplandecía a su alrededor. Era mi esencia cerúlea, irradiando vida y amor, entrelazándose con el resplandor verde que era el espíritu del lobo de Kyle.

Estaba luchando por su vida, luchando contra la oscuridad que amenazaba con llevárselo.

En un momento, el lobo de Kyle cambió a su forma humana. Mi respiración se entrecortó mientras observaba cómo la profunda herida en su costado se cubría de costra. Alrededor de las hojas ensangrentadas aún agrupadas allí, vi nuevas capas de piel como si hubiera estado sanando durante días.

Lágrimas de alivio bañaron mi rostro, y lloré con una nueva apertura, sin avergonzarme del deseo y el alivio que sentía hacia mi compañero. —Te necesito, Ilak —lloré mientras me acurrucaba en su costado ileso, hundiendo mi nariz en su aroma a pino, que era tan rico que ni siquiera el sudor y la sangre podían sofocarlo.

Él inhaló más profundamente y susurró: —Gracias. Y yo te necesito, siempre —añadió.

En un momento, tanto Roman como Mark estaban a nuestro lado, compartiendo la alegría de la recuperación de Kyle.

Pero la voz de Kyle estaba tensa cuando preguntó: —¿Qué pasó? ¿Reginald...? —Su voz estaba cargada de emoción, y le apreté la mano, entendiendo que no podía atreverse a decirlo. Después de todo, Reginald podría haber sido traicionero y despiadado, pero seguía siendo su padre.

—Está muerto —dije—. Roman y yo acabamos con él después de que me salvaste de sus garras. —Me acurruqué en su cuello, respirando su esencia, su presencia, su calidez y su vitalidad.

Kyle y Roman cruzaron miradas, y una vez más, sentí que se formaba un profundo respeto entre ellos. Mi corazón se encogió al pensar en el fortalecimiento del vínculo entre mi anuk y mi ilak. La gratitud por cómo había transcurrido la batalla, a pesar de la herida de Kyle, latía dentro de

mí. La diosa de la luna nos había iluminado y guiado nuestro camino.

Incluso desde su casi lecho de muerte, Kyle se apresuró a recordar quién nos había ayudado a obtener esta victoria. —Mark, gracias por todo. Si no hubiera sido por ti, esta victoria contra mi padre nunca podría haber sido exitosa.

Mark sonrió, sus ojos marrones brillando con una calidez que inundaba su rostro delgado, el cual mostraba más satisfacción de la que jamás le había visto. —De nada, Kyle. Además, aunque te respeto y quería ayudarte a terminar con el gobierno corrupto de tu padre sobre nuestra manada, esa no fue mi principal motivación.

Kyle pareció desconcertado, y mis labios se curvaron mientras observaba los ojos azules de Roman llenarse de afecto al mirar a Mark.

—Ver a mi compañero restaurado en sus tierras y en su legítima posición como Alfa —continuó Mark—, podría haber tenido algo que ver con todo mi arduo trabajo. —Un destello travieso brilló en sus ojos mientras miraba a Roman.

Mi anuk miró a Mark con una sonrisa. —¿Y cómo voy a agradecértelo, Ilak?

—Se me ocurren algunas formas —comenzó Mark.

Pero los labios de Roman lo silenciaron con un beso apasionado, los dos guerreros besándose como si tuvieran que compensar cuatro años de separación.

Sonreí y luego solté una risita al ver la expresión de asombro en el rostro de Kyle.

—Entonces —me dijo en voz baja—, cuando dijiste que Roman rompió vuestro compromiso porque se enamoró de alguien más, te referías a...

—Mark —dije, asintiendo, mis ojos llenándose nuevamente de lágrimas de felicidad por Roman y Mark, y por Kyle y por mí. Mi corazón se sentía a punto de estallar.

En un momento, Roman y Mark se disculparon, sin querer postergar más su reencuentro, y Kyle y yo nos quedamos felizmente con la Sanadora Maria, quien escuchó con alegría las noticias sobre el último mes que Kyle había estado ausente de la manada y sobre la existencia de nuestra hija.

Maria escuchaba con tanta alegría evidente todo sobre Lina que supe que estaba destinada a

convertirse en la abuela que nuestra hija había perdido por la traición de Reginald al asesinar a la madre de Kyle y por la muerte de mi madre en la guerra entre nuestras manadas.

Unos días después, solo con la promesa de que volveríamos con Lina, la Sanadora Maria finalmente le dio a Kyle el visto bueno para dejar la enfermería.

—Te veremos pronto, Aanaga —prometió Kyle, besando a Maria en la mejilla mientras dejábamos las tierras de nuestra manada. La sonrisa de la Sanadora Maria fue beatífica al escuchar el nuevo título que Kyle le había dado: Abuela.

La besé. —Gracias, Aana. —Se mostró conmovida cuando también la llamé Abuelita. Con felices pensamientos de regresar pronto a las tierras de nuestra manada, nos apresuramos a partir, ansiosos por traer a nuestra pequeña loba de vuelta a casa.

Capítulo 30

Leah

En tan solo dos semanas, Lina y yo habíamos hecho la transición del refugio del escondite de vuelta a nuestras tierras de manada. Al principio, me invadió una sensación de incertidumbre sobre dónde pertenecía. Una parte de mí anhelaba unirme a Roman y a nuestra gente, participar en la jubilosa reconstrucción de nuestra manada. Las cabañas de troncos que se alzaban de nuevo desde el abrazo del bosque, construidas con amor y respeto tanto por la naturaleza como por nuestros ancestros, parecían llamarme.

Sin embargo, era el deber de Kyle como el nuevo Alfa habitar en el corazón de su territorio, estableciéndose en la mansión del Alfa. Sabía cuánto significaba esa casa para él, impregnada tanto de buenos como de malos recuerdos, ecos del calor de su madre junto a las sombras de su padre. La idea de que él volviera a esa casa despertó un instinto protector dentro de mí. Mi corazón, inquebrantable en su compromiso con mi pareja, me llamaba a estar al lado de Kyle, facilitando su transición hacia el liderazgo Alfa.

Nos instalamos temporalmente en la casa actual de Kyle en la Manada Moonlight. Fue un torbellino de actividad mientras redecorábamos, transformando la casa del Alfa en un hogar para nuestra pequeña familia de tres. Las frecuentes visitas de la Aanaga Maria nos ayudaron a navegar la transición de vuelta a la Manada Moonlight. Sobre tazas de té en la mesa de la cocina, compartía historias sobre Tamara, la madre de Kyle, mientras él y nuestros compañeros de manada Moonlight trasladaban gradualmente nuestras pertenencias de una casa a la otra. Cuando sus deberes como Sanadora se lo permitían, pasaba tiempo con nosotros, forjando su propia conexión con Lina, ansiosa por convertirse en la figura abuela que Kyle esperaba que fuera.

Finalmente, después de dos semanas de ajetreados preparativos, estábamos listos para marcar la ocasión trascendental: la apertura de la mansión del Alfa durante la luna llena cuando Kyle asumiría oficialmente el manto de Alfa. La luz plateada bañaba a ambas manadas reunidas para escuchar el anuncio de Kyle, el aire denso de anticipación, un aliento colectivo contenido en reverencia por cómo estábamos remodelando nuestras vidas juntos. La batalla contra Reginald había puesto a prueba nuestra fuerza, pero ahora era momento de desterrar las sombras del pasado y abrazar el futuro mientras la luna de Igaluk iluminaba nuestro camino.

Bajo la brillante luna llena, Kyle se erguía alto, su cabello negro azabache fundiéndose con las sombras, su piel bronceada resplandeciendo en la noche. Vestido informalmente con un suéter tejido, con el cuello blanco de su camisa asomando, y jeans, irradiaba una presencia imponente templada por la satisfacción.

Las puertas traseras de la casa se habían abierto de par en par a la fría y nítida noche invernal, donde todos nos habíamos reunido en el césped. Habíamos encendido una hoguera en el centro del jardín, su calor y resplandor reminiscentes de las reuniones de mi Manada Blood Moon. En las noches fuera de nuestras cabañas con el bosque bordeando nuestras fogatas, solíamos cantar canciones populares. Había visto algunos estuches de guitarra y Phoebe me había saludado antes, prometiendo entretenernos más tarde con su flauta de madera. Me imaginé a los Blood Moons celebrando bajo las estrellas con música y risas.

De pie ante las manadas unidas, Kyle parecía en todo sentido el Alfa confiado. Podía ver la determinación brillando en sus ojos esmeralda mientras se emocionaba por enfrentar el futuro de frente, y eso encendió una ferocidad en mí.

—Hoy marcamos el amanecer de una nueva era —comenzó Kyle, su voz firme y resuelta—. Con el fin de Reginald, expulsamos la oscuridad que sembró entre nosotros —Tomó un respiro para calmarse—. Mi padre, Reginald, construyó mentiras, sembrando semillas de discordia, y buscó el poder a expensas de nuestras familias y nuestras manadas. Desde este día en adelante, prometo mirar hacia la luz de Igaluk para confiar en quienes me rodean y aprender de su fuerza y conocimiento para ser el mejor líder que pueda ser para ustedes. Sé en mi corazón que la diosa luna nos guiará hacia un futuro brillante y resplandeciente donde tanto Moonlights como Blood Moons vivan lado a lado, en paz y armonía.

Murmullos surgieron entre la multitud, y sentí el peso de cien emociones cortando la tensión. Los seguidores restantes de Reginald habían sido desterrados el día después de la batalla. Con Kyle aún en la enfermería, la Sanadora Maria y Roman habían mantenido la justicia de Igaluk juntos. Los seguidores de Reginald se habían escabullido en la noche, su largo dominio destrozado. Quizás se convertirían en lobos solitarios o oscurecerían aún más sus almas buscando refugio con la Manada Black Moon, pero ya no ensombrecían el futuro de nuestras manadas.

En este momento, el liderazgo de Kyle brillaba más que nunca, la fuerza y visión de su madre reverberando a través de él.

Roman dio un paso al frente, el orgullo irradiando mientras se paraba ante nuestras manadas. El manto de Alfa le sentaba bien; aparecía fuerte y confiado, vestido con un suéter de lana azul oscuro y jeans, su cabello castaño cayendo sobre su frente y sus ojos azul celeste brillando con determinación. —Con Kyle como el nuevo Alfa de la Manada Moonlight —dijo, su voz transmitiendo calidez y convicción—, me complace mantener la alianza entre nuestras manadas. Juntos, hemos demostrado que somos más fuertes unidos, y espero ver esa fuerza florecer mientras los lazos que nos unen crecen de amistad a parentesco.

Vítores estallaron de ambas manadas, una respuesta atronadora que sacudió la tierra bajo nosotros. Los vítores fueron puntuados por aullidos mientras algunos de nuestros compañeros de manada se transformaban, marcando este nuevo comienzo con su llamado más primitivo.

Capté la mirada de Mark junto a mí; su expresión estaba iluminada desde dentro por el mismo amor que llenaba mi corazón mientras miraba adorablemente a Roman. Los dos habían forjado su vínculo a través de desafíos, justo como Kyle y yo lo habíamos hecho, y calentaba mi corazón verlos haberlos superado y ver su amor floreciendo.

—Estamos comprometidos con esta alianza —continuó Kyle—, no meramente como manadas, sino como familia. ¡Juntos, las Manadas Blood Moon y Moonlight inaugurarán una unidad y prosperidad sin precedentes!

Con un fervoroso aplauso, el aire vibraba de satisfacción, pero Kyle estaba lejos de terminar. —Y hablando de unidad —dijo, con ese brillo eléctrico en sus ojos mientras encontraba mi mirada—. Tengo una pregunta para Leah, mi ilak, mi corazón: ¿te casarías conmigo?

Los jardines quedaron en silencio, el mundo conteniendo la respiración, esperando mi respuesta. La conmoción me invadió, mezclándose el júbilo con la incredulidad. Kyle había estado insinuando sus intenciones durante las últimas dos semanas, pero nunca imaginé que lo haría aquí, frente a todos. El peso del momento me abrumó.

Un pensamiento travieso surgió mientras consideraba preguntar si la alianza entre nuestras manadas dependía de que respondiera que sí. Pero al ver a mi apuesto compañero conteniendo la respiración mientras esperaba, solté: —¡Sí! —La risa brotó, jubilosa y sin restricciones—. ¡Por supuesto que sí! —Corrí hacia él, lanzándome a sus brazos.

Los vítores estallaron de nuevo, envolviendo a Kyle y a mí mientras nuestros amigos, familia y compañeros de manada nos rodeaban con sus buenos deseos.

Entre las risas que nos rodeaban, dirigí mi mirada hacia el bosque que se extendía detrás de la mansión. En el borde del césped, los árboles danzaban con la brisa, pareciendo llamarme con su antigua sabiduría. Mientras mi mirada regresaba hacia la mansión del Alfa —un símbolo tangible de nuestra vida juntos— me invadió la incredulidad. Este era ahora mi hogar. Nuestro hogar. Por un fugaz momento, la duda susurró en mi corazón, cuestionando si esta era realmente la elección correcta.

Pero cuando vi a Aanaga Maria acunando a Lina, envuelta cómodamente contra el frío en sus mantas de tonos terrosos, la certeza me invadió. Esto era exactamente lo correcto para mi hija y para mí. Lina crecería aquí, nutrida y querida por su Aanaga Maria y sus tíos, Anatch Roman y Anatch Mark. No importaba si las paredes eran de concreto o de madera; lo que contaba era lo que había detrás de ellas. Y sabía que mi compañero y yo llenaríamos estas paredes de amor.

Más tarde esa noche, cuando el último invitado se marchó, Kyle cerró la puerta principal, y la anticipación me recorrió. Por fin estábamos solos, y mi cuerpo ya pulsaba de deseo, sabiendo exactamente cómo quería celebrar nuestro compromiso ahora que estábamos a solas. Lina dormía pacíficamente, apenas se había movido durante las festividades, y sospechaba que dormiría hasta la madrugada. Kyle había traído antes una suave alfombra naranja y verde del ático, diciéndome que era de su madre. Ahora me sentaba sobre su suavidad frente al cálido y resplandeciente hogar, esperando que se uniera a mí.

Se apoyó en el marco de la puerta y me observó. Sonreí suavemente, agradecida de tenerlo solo para mí otra vez. Nuestra familia y amigos eran maravillosos, pero al igual que Roman y Mark, todavía sentía que Kyle y yo teníamos mucho tiempo perdido que recuperar. Bebí la vista de mi compañero, poderoso y relajado. Mi cuerpo hormigueaba de deseo al notar la tela tensa de su camisa estirándose sobre su pecho, haciéndome desear arrancársela.

Una sonrisa conocedora bailó en sus labios, y supe que mis deseos debían estar claramente escritos en mi rostro.

Reconocí el calor que despertaba dentro de mí, recordándome que estaba en mi ciclo de celo una vez más, mi cuerpo anhelando el suyo con una urgencia aún más profunda que de costumbre. Ardía con la sensación de que solo estaría feliz cuando estuviera llena de Kyle. Pensar que esta sensación alguna vez fue una prueba, cuando ahora me emocionaba, hacía que este sentimiento que me invadía fuera aún más dulce.

Finalmente, Kyle se sentó a mi lado, pasando un brazo sobre mi hombro y atrayéndome más

cerca.

—Estoy lista para otro nuevo comienzo —susurré al oído de Kyle, acercándome más antes de jugar con su lóbulo entre mis dientes mientras mis dedos bailaban por su cabello.

Un gruñido retumbó en su garganta, encendiendo un fuego dentro de mí mientras capturaba mis labios, su lengua saqueando mi boca como si estuviera tan hambriento de mí como yo de él.

—No sé si puedes llamar nuevo comienzo a lo que hemos estado haciendo todos los días durante las últimas dos semanas —dijo con una sonrisa, la picardía brillando en sus ojos—. Pero definitivamente estoy aquí para eso.

El calor se extendió por mis mejillas al recordar cada momento robado durante las últimas semanas, lo cual, dado lo mucho que habíamos estado viajando y reorganizando las manadas y nuestro alojamiento, no era poca cosa.

Su sonrisa se volvió traviesa mientras sus labios descendían por mi cuello hasta mi clavícula, mientras sus manos hábilmente comenzaban a despojarme de mi blusa, sus dedos acariciando los montículos de mis senos, arrancándome suaves gemidos de deseo, el placer acumulándose entre mis piernas.

Este ritmo de adoración mutua de nuestros cuerpos —tal como Kyle había hecho en aquella primera noche gloriosa recientemente— se había vuelto tan necesario como respirar. Sin embargo, esta noche era diferente. La intensidad de mi ciclo de celo magnificaba la anticipación, elevando el placer que irradiaba a través de mí. Sentí un nuevo estremecimiento mientras lo miraba esta noche, mi cuerpo rebosante de fertilidad y la luna llena de Igaluk.

—Se siente nuevo cuando estoy en mi ciclo de celo —susurré, mirando intensamente sus ojos, un entendimiento compartido surgiendo entre nosotros.

Sus fosas nasales se dilataron mientras me olía profundamente, sintonizado con la embriagadora mezcla de hormonas que mi cuerpo liberaba, cada señal susurrando que estaba fértil y lista para él.

Oh, tan lista.

Pero entonces vi la incertidumbre parpadear en su mirada verde. —Tal vez no deberíamos esta noche —dijo, la preocupación jugando en sus facciones.

Oh.

La decepción se acumuló dentro de mí ante sus palabras.

—Solo... después de la enfermedad de Lina, pensé que deberíamos esperar —dijo suavemente, con vulnerabilidad entrelazada en su voz.

Mi corazón se encogió. El hecho de que priorizara el bienestar de nuestro futuro hijo me llenó de un profundo amor, y otra oleada de deseo creció dentro de mí. ¿Cómo pude siquiera soñar con privar a este hombre de la paternidad? Era una fuerza tan natural y protectora. Una fiereza surgió dentro de mí, confirmando que nuestra familia estaba destinada a crecer en este hogar.

—¿No me dijiste que Igaluk no nos da un desafío que no podamos superar? —El desafío ardió dentro de mí, encontrándome con la mirada de Kyle, que brillaba con afecto por mi determinación. Sabía que reconocía que estaba citando a su madre, y eso hizo que mi corazón se elevara—. Si nuestros otros hijos sufren la condición de los Lobos en Guerra como Lina, entonces los ayudaremos a superarla, igual que hicimos con ella.

—¿Hijos? —repitió, arqueando una ceja, con sorpresa parpadeando en su rostro.

—La luna llena es conocida por su potencia, Ilak —susurré, con un aire de invitación en mi sonrisa coqueta.

Sus labios encontraron los míos una vez más, una promesa flotando en el aire entre nosotros. Mis manos se deslizaron por su camisa, quitándola urgentemente para acariciar cada músculo tenso como si quisiera absorber su fuerza. Con ternura, tracé la cicatriz en su costado derecho, un recordatorio de nuestro desafío y nuestra victoria. Besé las tres gruesas marcas plateadas que cruzaban su piel bronceada, instándolo a recostarse sobre la alfombra. Mientras mis labios viajaban por su pecho desnudo y sobre el plano duro de su estómago, podía saborear el sudor mezclado con su aroma a pino, siguiendo el camino que llevaba a su hebilla.

Ya podía sentir su dureza presionando contra sus pantalones. Pasando mi mano por su longitud, me encantó su profunda inhalación y la forma en que su cuerpo reaccionaba a mi toque. Pronto lo liberé de sus vaqueros, provocándolo a través de sus bóxers. Se sacudió contra mí como desesperado por mi toque, y la anticipación surgió a través de mí.

Cuando los bóxers de Kyle cayeron, su erección saltó libre, y me lamí los labios ansiosamente. Un profundo gemido de deseo se le escapó mientras me miraba con ojos entrecerrados, sus

pupilas dilatadas instándome a continuar.

Me incliné hacia adelante, tomándolo ansiosamente, saboreándolo. Mi lengua bailó sobre su eje, enroscándose y acariciando, provocando más de esos deliciosos gemidos de él.

—Leah —jadeó, el sonido instándome a continuar hasta que golpeó la parte posterior de mi garganta, y un rugido de placer reverberó a través de él.

Una parte de mí quería seguir trabajándolo con mi boca, pero cuando miré hacia arriba y lo vi mordiéndose el labio, supe que si lo quería dentro de mí esta noche, necesitaba parar. Con una última lamida, me retiré, recostándome en la alfombra junto al fuego.

Kyle se alzó sobre mí, sus manos moviéndose con intención. Quitándome el sujetador, amasó y besó mis pezones hasta que gemí. En un momento, me había quitado los vaqueros y las bragas. Su boca experta llegó entre mis muslos, y temblé y gemí mientras su lengua se hundía entre mis pliegues. Sus dedos se sumergieron en mí, acariciando mi clítoris, y un gemido se me escapó. El anhelo de estar llena de él era todo lo que sentía.

—Kyle —gemí—. Por favor, te necesito —supliqué.

Se movió sobre mí, su cuerpo listo para llenarme, pero justo antes de hacerlo, dije—: Márcame.

La mirada llena de deseo de Kyle se encendió con una luz primitiva, su enfoque agudizándose. La anticipación pulsó a través de mí mientras observaba cómo la boca de Kyle se hacía más llena, sus colmillos cambiando en un instante. Hundió su boca en mi cuello, y cuando sus caninos se hundieron suavemente en la suave carne de mi garganta, jadeé ante la mezcla de placer y dolor que inundó mis sentidos. Mientras el calor de su mordida me envolvía, mis sentidos explotaron en un tumulto de euforia. Mi loba surgió a la superficie, aullando con deleite y feroz posesividad, haciendo eco de la necesidad primitiva de estar atada a mi compañero. Ella se deleitaba en la marca que era un símbolo de nuestro vínculo.

Me encantaba que no me provocara sino que supiera mi profunda necesidad de todo él. Separando mis muslos, embistió dentro de mí. Grité cuando el dolor desapareció completamente, y un placer que nunca había conocido sacudió todo mi cuerpo mientras se enfundaba dentro de mí. Sus colmillos se retiraron suavemente, dejando atrás un calor pulsante mientras lamía la herida con ternura sensual, provocando más gemidos de mí.

La luz del fuego bailaba sobre su piel bronceada, y me sentí como algo divino mientras bebía la

visión de sus músculos tensados ondulando sobre mí. Kyle provocaba la suave piel de mi clítoris, acariciando y llenándome mientras nos movíamos.

—Kyle —jadeé, perdiéndome en el abrumador placer de nuestra conexión, el calor de su presencia y la intimidad de ser marcada por mi compañero. Podía sentirlo, cada parte de él, su espíritu y su fuerza mezclándose con los míos mientras se movía dentro de mí, embistiendo más profundo.

Con cada movimiento, nuestra conexión se profundizaba, amplificando el amor feroz que compartíamos. Cada movimiento tiraba de mi corazón, y podía decir que él también lo sentía. Éramos uno en todos los sentidos ahora. El mundo se desvaneció a nuestro alrededor, nuestras mentes se aclararon, y todo lo que importaba era esto: nosotros, envueltos en amor y luz, en el resplandor del fuego y la exquisita potencia de la luna llena sobre nosotros.

Mientras embestía dentro de mí, envolví mis piernas alrededor de su cintura, instándolo a ir más profundo como si lo estuviera atrayendo hacia cada faceta de mi ser. Me sentía más viva que nunca, cada toque una promesa, cada embestida un juramento.

—Sí, Kyle —grité cuando alcanzamos nuestro clímax al mismo tiempo. Respirando el calor de nuestro aliento compartido y el aroma del deseo, supe en mi corazón que acabábamos de comenzar de nuevo, como compañeros destinados, unidos para siempre y listos para enfrentar todo lo que nos esperaba.

Un par de semanas después, bajo las estrellas, celebramos nuestra gran ceremonia de apareamiento, la culminación de todo lo que Kyle y yo habíamos soportado juntos.

Lyvia llegó para unirse a nuestra celebración. Con su espíritu vibrante y corazón sabio, me ayudó a lavar el cabello y a tejer coronas florales en él antes de la ceremonia, entrelazando magia y amor en cada uno de sus tiernos cuidados. Todas mis compañeras de manada de Luna Sangrienta, Mary, Lucy y Phoebe, también se prepararon con nosotras, felices de ser mis damas de honor en mi gran día. Se turnaron para cuidar a Lina, mimándola y haciéndola parte de nuestras celebraciones.

Mientras caminaba por el pasillo, flanqueada por los vibrantes colores de nuestras manadas unidas, Kyle me esperaba en el altar, la personificación de todos mis sueños hechos realidad. El magnetismo de sus ojos esmeralda era tan potente hoy como la primera vez que nos conocimos. Pero la tensión del conflicto que antes tensaba su mandíbula cincelada y sus hombros había

desaparecido. Estaba de pie en su esmoquin, irradiando encanto y serenidad en cada línea de su figura alta y musculosa.

La ceremonia se desarrolló bajo un dosel de brillantes cristales sikin que Lyvia había encantado para que colgaran de los árboles que bordeaban el jardín. Resplandecían, compensando la ausencia de la luna. La luna de Igaluk era nueva hoy, y solo las estrellas fueron testigos de esta noche sagrada.

Mientras caminaba por el pasillo, mi corazón palpitaba con ansiedad y alegría. Me apoyé en el brazo firme de Roman, su calidez me anclaba entre las emociones arremolinadas. Los recuerdos me invadieron: cómo Kyle una vez había agarrado mi muñeca en una noche oscura como esta, llevándome de vuelta a través de los cuarteles de Luna Sangrienta. Lejos de doler, sentí que las sombras de mis recuerdos se fundían en algo hermoso, iluminando este momento. Kyle me esperaba en el altar, fuerte, estable y resuelto. Los cristales sikin proyectaban una luz moteada sobre su rostro, y vi cómo sus ojos brillaban con ternura, reflejando un amor inquebrantable. Bajo esta luna oscura, supe que él siempre estaría allí para guiarme a través de cualquier sombra que pudiera oscurecer nuestro camino.

Cuando llegamos al altar, Roman se inclinó y depositó un beso en mi frente, haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas, llena de amor por mi anuk. La emoción me invadió cuando colocó cuidadosamente mi brazo en el de Kyle.

Solo los Alfas, Ancianos o brujas tenían el poder y el derecho de presidir nuestros ritos sagrados como el matrimonio. Kyle y yo habíamos pedido a Alexis, el feroz Alfa de la Manada Luna Sombria, que supervisara y bendijera nuestra unión.

Su presencia era imponente pero serena, su cabello negro corto despeinado por la brisa vespertina mientras se erguía alto, irradiando fuerza.

—Amigos, familia y compañeros de manada —comenzó Alexis, su voz profunda resonando como un trueno—, nos hemos reunido aquí esta noche para celebrar y unir en sagrado matrimonio a Kyle y Leah —sus palabras nos envolvieron, y mi corazón latía con anticipación.

La mirada de Kyle era firme, brillando con ternura y orgullo mientras se preparaba para compartir su declaración de amor. —Leah, mi Ilak y mi corazón —comenzó, su voz profunda y resonante, cada palabra cargada de emoción—. Eres fuerte, hermosa y resiliente —sonreí mientras sus palabras me traían el recuerdo del momento en que me declaró su amor en la casa

segura.

—Llenas cada momento con tu luz y calidez —dijo—, convirtiendo los momentos cotidianos en magia. Prometo amarte y venerarte cada día por el resto de nuestras vidas con mi espíritu, mente y cuerpo —sus ojos se clavaron en los míos, suavizando el mundo a nuestro alrededor y anclándome a este momento.

Con ojos llorosos, aclaré mi garganta, sabiendo que mi voz sonaría quebrada. Una silenciosa vulnerabilidad envolvió mi corazón mientras decía: —Kyle, cada día me haces ver que no es debilidad desear. De hecho, muestra fortaleza querer cambiar las cosas, querer alterar el mundo que te rodea, como tú lo haces con tanta visión y compasión. Prometo amarte con la misma fiereza e intensidad de espíritu que has despertado en mí, ahora y para siempre, Ilak —mientras la última palabra salía de mis labios, temí que la emoción me dominara, pero mantuve su mirada, anclándome a este maravilloso momento.

Nuestros amigos sonrieron y vitorearon mientras sellábamos nuestros votos con un beso. Mientras miraba a nuestro feliz grupo, vi a Roman y Mark, tomados de la mano, su vínculo un testimonio palpable de la fuerza del amor y cómo, al igual que Kyle y yo habíamos demostrado, todos los desafíos podían superarse con su fuerza.

La voz fuerte de Alexis anunció: —Por el poder que me confiere la diosa de la luna, Igaluk, los declaro marido y mujer. Que la luna nueva de Igaluk, conocida por su potencia para fomentar nuevos comienzos, bendiga su unión y traiga prosperidad y riqueza a sus vidas.

Mientras Kyle y yo bajábamos del altar tomados de la mano, el mundo a nuestro alrededor estalló en aplausos y aullidos de alegría. Sentí la presencia de nuestras familias y amigos, su amor rodeándonos, asegurándonos que nunca estábamos solos.

Mano a mano, caminamos hacia un futuro lleno de promesas, sabiendo que nuestro amor tenía la fuerza para conquistar lo que nos deparara el destino y que juntos, cultivaríamos nuestra comunidad y nutriríamos nuestros sueños y familia compartidos. Cada paso dado era un testimonio de nuestra resiliencia, y mientras dejábamos el altar, con los corazones llenos y los espíritus entrelazados, me sentí lista para abrazar el luminoso viaje que nos esperaba.